ROYAL SECRET



Alessandra Neymar

ROYAL SECRET

Alessandra Neymar



Primera edición: junio de 2025

© 2025, Serie Top Secret
© 2025, Alessandra Neymar.
© 2025, Todos los derechos reservados.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo, está respaldando a los autores y permitiendo que continúen publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Distribución: Online a través de Amazon, Inc.
ISBN: 9798284303115
Sello editorial: *Independently published* by Amazon.
Imagen: © Hakule
Diseño de cubierta: Alessandra Neymar

Índice

Playlist
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
Nota de la autora
¡Sigue leyendo!

Playlist

Harry Styles ~ *Golden*
Lana del Rey ft. The Weeknd ~ *Lust for love*
Taylor Swift ~ *The Archer*
Hozier ~ *Take me to church*
The Weeknd ~ *Earned it*
Justin Timberlake ~ *Cry me a river*
Aurora ~ *Runaway*
Ellie Goulding ~ *Love me like you do*
Enrique Iglesias ~ *Ring my bells*
Teddy Swims ~ *Lose Control*
Vaultboy ft. eaJ ~ *Everything, everywhere*
Lana del Rey ~ *Music to watch boys to*
Whitney Houston ~ *Run to you*
Ari Abdul ~ *Babydoll*

Para los pocos que estuvisteis cuando el mundo se me vino abajo.
Y seguís estando hoy, que empiezo a sonreír.

1



JAMES

El Little Crown era un club muy selecto ubicado en el corazón de Mayfair. Había terminado allí, en el reservado habitual, con la gente habitual, dispuesto a cualquier cosa. Y es que un finde familiar en Londres era insoportable, y debía contrarrestar.

Reinaban las risas y el *whisky*, que junto a la música estridente y la lujuria hacían una combinación demasiado peligrosa. Prueba de ello eran aquellas dos chicas que se estaban chupando las lenguas mientras otro de mis colegas les vertía alcohol desde la botella. La imagen era tan grotesca como erótica, para aquel que le gustara el sexo femenino.

Yo estaba más centrado en las manos de aquel chico que no sabía quién cojones era. Pero sus dedos no dejaban de frotarme y, si bien me había provocado una erección, no me veía follando con él en uno de los baños. Demasiados ojos y muchas cámaras. Si alguien descubría que al príncipe James de Bellingham le gustaban las pollas, no habría mentira ni sonrisa que pudiera detener el caos mediático.

Así que aparté aquellas manos y me lancé a comerle la boca a la chica más cercana. Ella se desvivió en llenarme con su lengua. Fue incómodo y divertido a partes iguales. Pero contuvo al joven que me quería arrodillado en su cama.

Rompí el beso y me serví otra copa. No quería seguir bebiendo, pero no se me ocurría otro modo de pasarlo bien. Y de pronto no estuve seguro de en qué momento me convertí en un espectador de mi propia vida.

Me levanté de la mesa, tambaleante. Todos me observaban mientras me abría paso entre la gente. Sabían perfectamente quién era y muchos exclamaron y me tocaron. Pero yo solo sonreí y continué con mi camino hacia la salida.

Abandoné el club por la parte trasera. El aire frío me golpeó al instante, pero lo agradecí casi tanto como el silencio y el vacío que me ofrecía la sutil niebla que se alzaba.

Me encendí un cigarrillo. La noche en aquella zona era un puñado de luces doradas dispersas entre las sombras. La ciudad respiraba a mi alrededor, pero me sentía aislado, un extraño en mi propio reino. Tal vez era el *whisky* o quizá simplemente el cansancio de ser James Bellingham. El príncipe, el juguete de todos, el blanco fácil.

Me eché a reír. Era tremendamente divertido y muy patético cuando me compadecía de mí mismo. Aun así, nada me indicó el peligro que me acechaba.

Todo empezó con un ruido sordo. Fruncí el ceño y miré alrededor. El callejón era más oscuro de lo que me había parecido hacía unos minutos. Me inquietó bastante volver a escucharlo. Era como un sonido de metal.

Debería haber llamado a mi guardia, pero estaba seguro de que no habría servido de nada. Principalmente, porque yo estaba allí solo, lo que indicaba que no era tan bueno en su trabajo si me había perdido de vista.

Otro ruido.

Cogí mi móvil y encendí la linterna para despejar la oscuridad. Pero, antes de que pudiera pensar en algo útil, unos nudillos me golpearon la mejilla. El dolor hizo que me tambaleara, aunque estaba preparado para ello. Después de todo, había pasado dos años en una puñetera escuela militar, joder.

Ataqué. Bueno, en realidad, me lancé al peligro sin saber muy bien a qué demonios me enfrentaba.

Resultó que mi oponente era fuerte y astuto. Tanto que me agarró por el cuello de la camisa con una facilidad acojonante y me estrelló contra la pared. Otro puñetazo. El tercero lo esquivé a tiempo y arremetí. El tipo osciló y yo aproveché para acorralarlo porque era lo bastante imprudente como para seguir allí y no escapar en busca de ayuda.

Pero el siguiente golpe me robó el aliento y, por un momento, mi mente se nubló. Tumbado en el suelo como estaba, no pude resistirme a que me tirase del pelo para estrellar mi cabeza contra el asfalto. Fue entonces cuando saboreé la sangre y noté la afilada hoja de un cuchillo sobre mi yugular.

—Vamos a ver si tienes sangre azul.

Honestamente, no me dio tiempo a pensar que iba a morir y que al día siguiente coparía de nuevo todos los titulares del país. Y debía agradecérselo a las risas que escuchaba.

De inmediato, la sujeción de mi captor se tensó antes de liberarme. Por un instante, creí que me dejaría en paz y se iría sin más. Lo hizo, eso desde luego, pero después de soltarme una excelente patada en la cara.

Y luego todo se volvió negro.

2



DANIEL

Mi trabajo como agente especial del MI5 consistía en la protección de figuras de alto perfil relacionadas con la esfera política o incluso el mundo criminal. Al estar especializado en seguridad de alto nivel, garantizaba que mis «paquetes» superasen cualquier peligro. Y es que, si algo sabía hacer, era neutralizar todo tipo de ataques. Desde atentados terroristas hasta la más mínima idiotez.

Todo el mundo sabía que era un hombre meticuloso, serio y feroz. De hecho, había recibido decenas de ofertas del MI6 porque tenía la suficiente preparación como para convertirme en un espía completo. Nunca dije que no, pero aceptar tampoco estaba entre mis objetivos.

Esa mañana, me despertó una llamada de mi jefa. Apenas había amanecido cuando me incorporé raudo y eché mano al teléfono de la agencia. Esperaba cualquier cosa. Quizá una urgencia de Estado o un atentado. Pero jamás imaginé que mi nueva misión tuviera que ver con la familia real británica.

Amelia Clarkson fue escueta, solo me dijo una hora y una localización. Así que solo me quedaba poner rumbo al Palacio de Buckingham para descubrir qué me deparaba aquella insólita petición.



El despacho de Richard Pembroke era tan imponente como recargado. Muebles de caoba, una labrada alfombra granate, butacas de piel. Y aquel pesado aroma a habano.

Me detuve en medio de la estancia, a la espera de su llegada. Un instante más tarde, Pembroke apareció ataviado con un traje de lana azul. Su porte elegante intimidaba tanto como su entereza. A sus cuarenta y tres años, era bastante joven para ostentar el cargo de secretario personal de uno de los príncipes. Dato que me dejó claro de inmediato que era impecable en su labor.

Me echó un vistazo a modo de saludo y, sin mediar palabra, me señaló que tomara asiento. Su actitud mostró que no había margen para una charla casual, y lo agradecí. Yo no era del tipo elocuente.

—¿Daniel Cross?

—En efecto.

—Me alegra saludarle. —Se acomodó en su butaca, al otro lado del escritorio—. Soy Richard Pembroke, el secretario personal del príncipe James.

Fruncí el ceño mientras veía cómo abrir un cajón y extraía una carpeta de cuero marrón con el símbolo de la Casa Real de Bellingham.

—Lamento la urgencia, señor Cross, pero esto es de máxima importancia.

Deslizó la carpeta por la mesa en mi dirección. Sin apartar la vista de él, la cogí y le pedí en silencio si podía abrirla. Él asintió con solemnidad, yo empecé a leer.

—El servicio de seguridad de la Casa Real, en conjunto con la policía metropolitana y Su Majestad, hemos resuelto que es necesario recurrir a protección un poco más especializada dada la exposición social a la que está sometido.

En mi mente empecé a clasificar la información que tenía sobre el joven príncipe. Era el menor de los hijos del rey, el más alocado y

el más hermoso con gran diferencia. Veintitrés años de puro carisma e imprudencia. James era una de esas figuras que atrapaban para bien o para mal. Despertaba un interés inaudito y una devoción, a veces, enfermiza. La prensa lo trataba más como una estrella de cine que como un miembro de la familia real. Una estrella demasiado problemática y polémica, y es que no había semana que no apareciera en los tabloides por su actitud nada propia en la realeza.

Era el príncipe más irreverente y nunca dudaba en demostrarlo. En alguna ocasión, me había parecido que se empeñaba en desmarcarse de sus títulos. Pero era quien era y jamás podría escapar de ello.

—Aquí dice que fue atacado y que el príncipe presentaba lesiones en el pómulo y un arañazo en el cuello.

—Así es. Fue hallado inconsciente por unos jóvenes en el callejón del club Little Crown. Por suerte, no hemos de lamentar nada.

El señor Pembroke cruzó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante un poco inquieto.

—Sé que no es muy proclive a este tipo de misiones, que siempre se ha negado a trabajar directamente con la Casa Real y que todas las ofertas que le hemos enviado han sido rechazadas. Pero no se nos ocurre mejor agente para afrontar este cometido.

Era cierto que no quería trabajar con la realeza. Demasiado protocolo. Pero Pembroke tenía razón en algo: era el mejor agente.

—No está dejando espacio a que me niegue.

—Bueno, depende de su jefa, la señora Clarkson. Y ella está de acuerdo conmigo.

Fue una forma muy elegante de anunciarme que yo no tenía alternativa.

—Ha sido asignado oficialmente para proteger al príncipe James de Bellingham.

Cerré la carpeta con un golpe seco y se la devolví.

—Pues si tan claro lo tienen, ¿por qué falta información en ese informe?

—Esperaba que se negara.

—Usted mismo ha dicho que me debo a la agencia. Que yo sepa, el MI5 defiende los intereses de este país. Si la seguridad del príncipe corre peligro, entonces nosotros debemos intervenir, más allá de si a mí me gusta o no la realeza.

El señor Pembroke cogió aire y dejó entrever una sonrisa que más bien parecía una mueca de alivio.

—El príncipe ha estado recibiendo amenazas últimamente. No es nada nuevo, pero empiezan a tomar una dirección un tanto preocupante. —Me observó con fijeza—. Necesitamos que usted esté cerca del príncipe y averigüe todo lo que pueda sobre esas amenazas, además de neutralizar cualquier peligro.

Esa era una tarea muy sencilla. Tanto que me parecía tremendamente soporífera.

—¿Algún detalle que deba tener en cuenta?

—Bueno, el príncipe es un tanto... peculiar.

James de Bellingham más bien era una especie de enigma, siempre cubierto por una capa de escándalo y despreocupación. Lo que veía en las fotos no era solo un problema de actitud, era alguien que parecía carecer completamente de la conciencia de su estatus.

—¿Qué restricciones tengo? —quise saber.

Pembroke arqueó una ceja. Seguramente, le aturdió que le hiciera una pregunta tan comprometida. Pero necesitaba saber si podía neutralizar al príncipe a mi «manera» en caso de que se pusiera demasiado… caprichoso.

—Confiemos en que pueda manejarlo sin tener que recurrir a… sus métodos.

—Confiemos.

Aunque ninguno de los dos estábamos muy seguros.

—Su trabajo es protegerlo, cueste lo que cueste. Sabe cómo manejar a la gente, y James no es una excepción.

Lo sabía, sí. Había llevado a cabo misiones mucho más complejas que proteger el trasero de un crío mimado y pagado de sí mismo. Pero era evidente lo que Pembroke opinaba del príncipe: que su insurrección parecía demostrar que no le importaba las posibles consecuencias de sus acciones. Incluso si éstas le ponían en peligro o dañaban la imagen de la familia más observada del mundo.

—Aquí tiene toda la información pertinente. Se hospedará en la residencia Spencer Manor en Boars Hill. Allí dispone de seis agentes de seguridad y cinco miembros del servicio. Sus aposentos estarán ubicados junto a los del príncipe. Pero eso ya se lo explicaré mañana.

—¿Mañana?

—Así es. Nuestra llegada a Oxford está prevista a las once. Saldremos de Londres a las siete. Tiene toda la tarde para preparar su equipaje.

—¿Algún consejo adicional? —pregunté, intentando no sonar como si ya empezara a lamentar haber cogido la llamada de mi jefa.

Pembroke me observó con una amable frialdad.

—Solo haga su trabajo, señor Cross —respondió en un tono de lo más impersonal antes de ponerse en pie. Lo seguí—. ¿Alguna pregunta más?

—No, señor.

Pembroke asintió y abandonó el despacho. Por un instante, me asaltó una extraña sensación. No sentí que fuera solo un nuevo trabajo, sino un desafío personal. El príncipe James de Bellingham estaba a punto de convertirse en el núcleo de mi mundo, y no sabía si eso era algo bueno o malo.

Quizá nefasto.

3



JAMES

No me gustaba que me tocaran sin mi permiso. Era una regla inquebrantable y la dejaba muy clara siempre que se daba la ocasión. Pero no me pude negar a esas dos bocas cálidas y suaves cuando me tragaron entero.

Me desperté con una erección tan dura que, al ver a mis dos amantes lamiendo como si no hubiera un mañana, no me pude negar. Los dejé hacer hasta que mi orgasmo estalló en sus bocas. Después del placer, observé cómo se besaban compartiendo las últimas gotas de lo que me habían extraído.

Fue grotesco y molesto a partes iguales. No sé por qué creyeron que yo disfrutaría protagonizando un momento tan desagradable. Ciertamente, nos habíamos hartado de follar esa madrugada. La fiesta que empezó como algo inofensivo en el centro de Oxford, terminó convirtiéndose en un trío cargado de excesos; algunos de ellos todavía estaban en la habitación. Pero, en realidad, yo no era ese tipo de hombre. Solo había entendido que tenía que serlo para sentir algo.

—El baño está detrás de esa puerta de ahí. —Señalé hacia el lugar y ordené— Duchaos y largaos, por favor.

Ambos se levantaron de inmediato con aire ofendido y resignado. No les habían gustado mis formas y, por el modo en que

me habían mirado —al menos el rubio—, esperaban que echáramos un polvo salvaje antes de desayunar como tortolitos. Pero él simplemente era el hijo del decano de la Universidad de Oxford, y su amigo solo era el sobrino del alcalde. Así que me importaba una mierda si les molestaba mi actitud.

No sé cuándo se marcharon, volví a quedarme dormido y disfruté de la sensación de tener toda la cama para mí.

4



DANIEL

Spencer Manor se alzaba como una fortaleza, envuelta por una ligera capa de niebla que se extendía por la majestuosa campiña verde que la rodeaba. Era una mansión de proporciones imponentes, construida con ladrillos antiguos de color terracota que habían soportado el paso del tiempo con mucha dignidad.

No era la primera vez que veía mansiones de esa magnitud, pero, a medida que nos acercábamos, algo en ese lugar se me hizo particularmente sofocante.

—¿Va todo bien, señor Cross? —me preguntó Pembroke, quien apenas había hablado en todo el viaje.

—¿De cuántas hectáreas estamos hablando? —quise saber.

—Unas cien.

Eso, a priori, significaba todo lo que alcanzaba mi vista, lo cual complicaba bastante la tarea de proteger a un chico que no tenía ningún respeto por las normas.

—¿Es indispensable que el príncipe se hospede aquí? Teniendo en cuenta que está recibiendo amenazas, no me parece el lugar más adecuado.

—Por eso está usted aquí.

—Ni mil hombres como yo podrían mantener la seguridad de este lugar, señor Pembroke.

—Lamentablemente, sus padres prefieren mantenerlo alejado del bullicio de Oxford.

Alcé las cejas, incrédulo.

—¿Oxford bulliciosa?

—Es una ciudad que cuenta con una de las mejores universidades del mundo, señor Cross. Miles de jóvenes adultos exprimiendo sus últimos momentos de adolescencia.

—El futuro de la nación.

—Hasta el más sabio se divirtió en sus tiempos mozos.

Me costó imaginar al señor Pembroke pillándose una buena cogorza o echando un polvo con una chica a que ni siquiera recordaría la mañana siguiente. Pero esa era una de las habilidades más notables de la alta alcurnia y todo lo que giraba en torno a ella, que nunca se les notaba que en realidad eran gentes tan corrientes como todos los demás. Y cagaban sentados como cabría esperar de cualquier humano funcional.

—Dijo que contaba con una seguridad de seis hombres. Eso a duras penas abarca la planta baja —protesté.

—Si su temor es el acceso a la campiña, déjeme decirle que eso está controlado por un muro, además de cientos de cámaras y sensores de seguridad.

—Me deja mucho más tranquilo —resoplé.

El mayordomo ya nos esperaba en la entrada principal cuando el coche se detuvo. Alto, pulcro, con esa rigidez característica de los que llevaban demasiados años al servicio de la aristocracia. El tipo parecía haber nacido con guantes blancos y un palo metido en el culo, pero se mostraba amable y un poco hasta las pelotas de servir a un príncipe.

—Señor Arthur, le presento a Daniel Cross, el nuevo guardia personal del príncipe —anunció Pembroke con la entonación de quien ya anticipa un desastre.

—Encantado de saludarle, señor Cross —dijo el mayordomo, inclinando apenas la cabeza, pero evidenciando cierta frustración.

Durante esos pocos segundos de silencio, deduje que el secretario y el mayordomo se estaban hablando sin necesidad de palabras.

—¿Sucede algo, Arthur? —indagó Pembroke.

El hombre dudó, pero finalmente habló.

—Me temo que… Su Alteza… todavía duerme…

Me limité a enarcar una ceja. Eran las doce del mediodía. Si el príncipe no sufría narcolepsia, aquello solo podía significar una cosa. Pembroke aprovechó la pausa como un soldado que sabía lo que se le venía encima.

—Bueno, dejémonos de reservas —dijo, girándose hacia mí con gesto resignado—. Será mejor que lo lleve a los aposentos del príncipe. Así podrá... familiarizarse con su entorno.

—¿Acaso debo prepararme? —curioseé con la sensación de estar a punto de presenciar un momento de lo más esperpéntico.

—Con el príncipe James uno nunca está seguro de nada, señor Cross.

Nos adentramos en la mansión. El mármol del suelo relucía, los candelabros eran antiguos y valiosos, y las paredes estaban adornadas con retratos que gritaban «privilegio» en cada pincelada. Nuestros pasos nos llevaron hacia las escaleras que conducían a la planta superior. Desde luego, el ambiente parecía haber sido diseñado con lujo y sobriedad. Pero había una tensión flotando en el ambiente que no tenía nada que ver con el protocolo.

—¿Suele haber este… nivel de incomodidad en el servicio? —pregunté mientras subíamos las escaleras.

—El príncipe James tiene una personalidad... desbordante. Rebelde —respondió Pembroke, midiendo cada palabra—. Le gusta la atención. No distingue entre la discreción y el escándalo. Le aburren las normas, detesta el control y convierte todo lo que toca en un campo minado. Pero eso es algo de lo que usted se dará cuenta más pronto que tarde.

—Eso no termina de responder a mi pregunta.

—Digamos que todos los que estamos aquí guardamos afecto por el príncipe y nos enerva que a veces sea tan… promiscuo.

Terminamos de recorrer aquel enorme pasillo hasta detenernos frente a una gran puerta doble. Pembroke posó la mano en el picaporte y respiró hondo.

—Intente no juzgarlo con demasiada severidad —susurró, casi con pesar.

Abrió la puerta.

Lo que me encontré al otro lado fue una escena sacada de una pesadilla decorada con champán caro y lubricante. La habitación parecía haber sobrevivido a una explosión de desenfreno absoluto. Había botellas vacías en el suelo, ropa tirada por todas partes, restos de comida y unos calzoncillos colgando de una de las lámparas.

Y en medio de todo eso, él.

Su Alteza Real el Príncipe James Arthur de Bellingham, duque de Clarence y Strathearn, conde de Kildare y barón de Marlow. Quinto en la sucesión al trono británico.

Estaba tumbado boca abajo en una cama desproporcionadamente grande. Desnudo. Las piernas enredadas a una sábana arrugada. Su cabello negro revuelto. La respiración profunda. Desconectado por completo del desastre que lo rodeaba. O tal vez acostumbrado a ello.

No había nadie más. Solo él. Y el silencio después del huracán que había pasado por allí esa madrugada.

Iba a costarme mucho cumplir con la petición de Pembroke. Me resultó inevitable juzgar. Aunque pensé más en lo poco que debía apreciarme la jefa si había decidido asignarme aquella puñetera tarea.

—¿Con qué frecuencia suceden estas situaciones? —pregunté en voz baja, sin apartar la vista del caos.

Pembroke no respondió. Solo soltó un largo suspiro, como si ya hubiera agotado toda su paciencia, lo que me bastó para confirmar.

Volví a mirar al príncipe. No se había inmutado. Estaba tan dormido que seguramente no podía imaginar que tenía público. O quizá le importaba una mierda.

Lo examiné como lo haría con cualquier objetivo, minuciosamente, desde los pies hasta la cabeza. Evaluar el entorno era parte de mi trabajo. Debía detectar todas las debilidades.

No me impactó verlo desnudo. Había estado en misiones donde la gente sangraba con el estómago abierto y seguía respirando. Un cuerpo masculino no tenía ningún poder sobre mí.

Pero algo me llamó la atención. Y es que James era… hermoso. En el sentido más molesto de la palabra.

Los músculos definidos con naturalidad, la piel pálida y tersa, las curvas suaves de la espalda, que se deslizaban hacia unos glúteos redondos y apretados.

Me obligué a desviar la vista.

Ese chico no era mi tipo. Ni por género, ni por actitud, ni por nada. Sin embargo, me descubrí observándolo más tiempo del que era razonable. Y no sé si fue porque todo aquello me parecía surrealista o porque ese tipo mimado me ponía de los nervios, y eso que todavía no había abierto la boca.

—¿Debo despertarlo o hay protocolo para eso también? —pregunté para aliviar la tensión.

Arthur parecía al borde del colapso nervioso. Pembroke, en cambio, solo se frotó el puente de la nariz, soltó un suspiro y cruzó la estancia como quien va directo al patíbulo. Con un movimiento brusco, descorrió las gruesas cortinas de terciopelo verde oscuro. El sol irrumpió de golpe, colándose por los ventanales a borbotones. El príncipe gruñó en protesta. Se giró sobre el colchón y enterró la cara en la almohada como si eso pudiera repeler la realidad.

—Cinco minutos más… —rezongó.

—Su Alteza —espetó Pembroke—. Tiene visita.

James resopló. Se giró de nuevo, despacio, como si hasta el aire le pesara. Tardó varios segundos en enfocar. Pero, cuando lo hizo, me clavó una mirada inquisitiva. Sus ojos de un azul cristalino me observaban como si intentara ubicarme entre el mayordomo, la decoración y sus sueños febriles.

—¿Y tú quién coño eres? —dijo sin pudor alguno—. ¿La nueva niñera?

No me molesté en responder. Solo me limité a sostenerle la mirada, evaluando su estado con la tibieza que me caracterizaba.

Él, mientras tanto, aprovechó para sentarse en la cama. Se estiró sin pudor y se levantó con toda la lentitud del mundo, mostrando todos sus atributos. No hizo ni el menor esfuerzo por cubrirse mientras se acercaba a la silla de donde colgaba una bata de satén. Con un movimiento de lo más sofisticado e irritantemente

elegante, se colocó la prenda. La tela se deslizó por sus hombros, acariciando su piel como si estuviera diseñada para adorarlo. Aunque la dejó abierta.

«Provocador sin esfuerzo», pensé irritado.

El príncipe, sabiéndose observado, se acercó a la mesa baja del salón y tomó una copa antes de sentarse en el sillón. No comprobó qué contenía. Simplemente, bebió, y su expresión fue una mezcla de alivio y desprecio.

Me pareció un buen momento para interrumpir.

—¿Siempre es así de excéntrico en sus bienvenidas o es que hoy ha hecho un esfuerzo especial por impresionarme?

Fui tan sutil como venenoso, detalle que impactó al señor Arthur y que me granjeó una mirada curiosa por parte de Pembroke. James, en cambio, simplemente se mantuvo estoico.

—Yo he preguntado primero —me desafió.

—Soy Daniel Cross —respondí con calma, manteniendo la compostura—. Su nuevo jefe de seguridad personal asignado por el MI5.

James se cruzó de piernas y se pasó la lengua por los labios con una languidez ensayada. Me observó con esa clase de mirada que desviste, pero no por deseo, sino por diversión. Como si intentara ver qué tan rápido podía hacerme perder los nervios. Estaba a punto de conseguirlo y no hacía ni cinco malditos minutos que nos habíamos conocido.

—Un agente del MI5, guau —se mofó antes de llevarse la copa a los labios, otra vez—. Y dígame, señor Cross, ¿sus jefes le han obligado a aceptar esta labor?

—Se me ha encomendado su protección.

—Qué aburrido suenas —respondió con una sonrisa muy peligrosa—. ¿Todos los agentes sois así de insípidos o a ti te instruyeron para amargar fiestas?

—Solo cuando las fiestas empiezan a implicar amenazas de muerte —repliqué—. Aunque, viendo cómo vive, sospecho que tiene un don especial para atraerlas.

Ese tipo de comentario no era el más adecuado para referirse a un miembro de la familia real. Me lo dejaron bien claro las

exclamaciones del señor Arthur y de Pembroke. Pero yo no me caracterizaba por seguir las normas y tampoco escogí ese trabajo. Así que, si lo deseaban, podían enviarme de vuelta a Londres. Yo obedecería de inmediato.

Inesperadamente, James soltó una carcajada baja, como si le divirtiera que alguien le echara cara. De hecho, un brillo travieso iluminó sus magníficos ojos.

—Qué interesante —sonrió.

Pembroke parecía estar al borde de un ataque de nervios. Pero James, con una sonrisa ladina, no parecía molesto. Solo estaba... disfrutando del caos.

—Su Alteza, le agradecería que dejara sus provocaciones para cuando estuviera vestido y se prepare para el almuerzo.

Pero el príncipe no escuchó a su secretario. Y si lo hizo, no mostró ninguna señal.

De pronto, se puso en pie y caminó lentamente hacia mí. La bata de satén le dio un aire imperial, nunca mejor dicho. Realzó sus hombros, perfiló su figura y aumentó su insoportable atractivo. Me permití un instante de aturdimiento, uno muy corto, pero que bastó para concretar que la belleza de ese cretino era demasiado problemática.

Se detuvo a un solo palmo de mi cara y apoyó una mano en mi pecho. Yo me limité a alzar una ceja, imperturbable.

—Ya veremos si esa entereza perdura lo suficiente.

Lo miré de arriba a abajo, sin inmutarme. Presentía que esta situación se iba a complicar aún más, pero algo de mí se activó de súbito.

—Bienvenido a la jungla —me dijo James con una sonrisa ladina antes de encaminarse arrogante hacia el vestidor.

5



JAMES

Oficialmente, Spencer Manor se había convertido en mi cárcel personal. De acuerdo, era una residencia increíble y disponía de unas vistas espectaculares. Pero eso no cambiaba el concepto.

Mis puñeteros títulos y mis «privilegiados» apellidos no solo me habían jodido la experiencia de ser un tipo normal y corriente, sino que, para colmo, tenía que soportar una desquiciante agenda repleta de absurdas obligaciones.

Y esa era una de ellas.

Habían intentado disfrazar toda esa mierda de «retiro temporal» de la vida pública para cuidar mi imagen, como si esconderme en medio del puñetero campo inglés pudiera hacer que la prensa y los fieles olvidaran que casi me matan en un callejón. Una idea cojonuda, cortesía de mis padres.

La hipocresía era atronadora. Podía beber hasta desfallecer, meterme lo que me diera la gana, follar con medio Londres si se me antojaba y soltar cualquier barbaridad en una entrevista mientras no se hiciera en público ni pusiera en riesgo el protocolo. Decoro ante todo. Incluso cuando intentan rebanarte el pescuezo con un cuchillo. Ahí lo importante era llevar trajes caros y evitar manchar la alfombra roja.

Suspiré. Me dolía la cabeza y el cuerpo me pesaba como si me hubiera acostado con un ejército. Pero, aun así, bajé las escaleras y me encaminé al comedor principal.

Y allí estaba él. Daniel Cross. El nuevo juguete del MI5 al que le habían asignado vigilar mi trasero real.

La primera impresión que tuve de él me cortó el aliento. El tipo me había observado impertérrito, pero con la mandíbula apretada, como si le molestara compartir oxígeno conmigo. Vestía de negro y desprendía un aura que parecía decir «tócame y muere». Definitivamente, pensé que era una especie de muñeco de plomo con código militar y cero sentido del humor.

Pero, desgraciadamente, el cabrón estaba buenísimo. No en el sentido dulce. Ni siquiera en el clásico. No era de esos que sonríen fácil o se esfuerzan por parecer amables. Daniel Cross tenía el tipo de presencia excepcional que uno debía mirar dos veces para confirmar que de verdad existía semejante ejemplar de hombre. Espalda ancha. Brazos y pecho absurdamente marcados. Manos grandes. Rostro serio y sexi. Una voz excitante. Y unos ojos que me dejaron sin palabras.

Sí, su maldita mirada era un problema. No creía que necesitara gritar para que le obedecieran. Había sentido cómo me desnudaba con una sola ojeada. Por un instante, me dieron ganas de provocarlo solo para ver si fruncía el ceño o me partía la cara.

Y eso me irritó. Porque me había caído como una patada en las pelotas a simple vista. Su energía era de todo menos divertida. Resultaba fría y estricta. Era, sin más, un profesional. Y yo detestaba a los profesionales.

El reloj del comedor marcaba casi la una y media cuando decidí aparecer. Me había tomado mi dulce y regia libertad para llegar tarde. Porque sí. Porque podía y quería ver cuánta paciencia tenía Daniel Cross. Y es que fastidiar a ese hombre acababa de convertirse oficialmente en mi nuevo pasatiempo. Aunque el pobre Richard tuviera que ser el daño colateral.

Lo vi sentado en el lateral, junto al extremo que yo debía ocupar, presidiendo la mesa. Esos segundos en que todavía no me

había detectado, me sirvieron para observar a la única persona que no me había abandonado por más putadas que le hiciera.

Pembroke llevaba aguantándome desde los quince años, cuando lo asignaron como mi secretario personal tras la declinación de los tres tipos anteriores. Fue el primero que no se asustó con mis desplantes. El único que me trató con respeto incluso cuando yo lo mandaba a la mierda.

Nunca se lo había dicho, por supuesto, pero lo quería. Probablemente, más que a mis propios hermanos. Más incluso que a mis propios padres. Y justo por eso me dio un poco de pena verlo otear el reloj junto al Hombre de Hielo.

Cross estaba sentado con la espalda recta, los hombros relajados, las manos perfectamente colocadas. Charlaba con Richard bastante distendido. Pero cuando me clavó la vista, esa corta mueca que atravesó su cara me hizo creer que se estaba tragando las ganas de arrestarme y no por motivos de seguridad.

Me dejé caer en la silla con toda la elegancia desganada que me caracterizaba y mostré una sonrisa falsa.

—Buenos días —dije en tono angelical, ese nunca fallaba. Pero no caló en ninguno de los dos.

Pembroke no dijo nada. Solo asintió, con esa expresión que mezclaba decepción, paciencia y afecto. Cross, en cambio, me miró como si yo fuera un virus que acababa de entrar en su sistema.

—Su Alteza —murmuró seco como el desierto.

Los sirvientes se acercaron. Platos de porcelana blanca, cubiertos de plata, servilletas de lino planchadas como si la nobleza dependiera de su simetría. Me sirvieron primero, claro. Todo muy pulcro y ostentoso. Y Daniel observando cada gesto como si esperara que me atragantara con el *foie*.

Empecé a cortar la carne con lentitud. Sin decir palabra. Pero saboreando cada segundo de la incomodidad que flotaba en el ambiente.

—Su Alteza, necesitamos hablar de la situación actual —empezó Pembroke—. Ha pasado casi una semana desde el ataque, y esta mañana ha llegado una nueva amenaza. Es la cuarta en los últimos días.

Me llevé la copa a los labios sin inmutarme.

—¿Qué clase de amenaza?

—Una carta como las anteriores.

De esas que componen el mensaje con letras recortadas de revistas y periódicos. A veces, incluso añadía algún *souvenir*, como un condón lleno de champú o una hoja de cuchilla. Qué detallista. No había sido nada creativo. Literalmente había copiado las estrategias acosadoras de las películas de serie B de los noventa. Aunque el cabrón había sido muy meticuloso porque no había ni un gramo de ADN suyo en las cartas.

—Esta vez ha especificado una fecha —continuó Pembroke.

Eso hizo que mi mirada se desviara apenas del vino. Tenía que mantener las formas, no iba a ponerme histérico delante de nuestro «fortachón».

—¿Y?

—Cita el próximo evento en la universidad. Dice que «no permitirá que continúe manchando el nombre de Reino Unido».

—Qué dramático —susurré, dejando la copa sobre la mesa—. Me sorprende que no lo haya escrito con sangre de unicornio.

—James —espetó, bajando ligeramente la voz. Cuando me llamaba por mi nombre me enternecía. Pero lo que iba a decirme no tenía nada de tierno—. No es una broma. Tu vida corre peligro, y necesitamos que colabores con el protocolo de seguridad.

Dirigí una mirada lenta a Cross, que no había apartado la vista de mí.

—¿Y él? ¿También cree que mi vida corre peligro o solo está aquí porque le ha tocado el peso pesado?

El capullo ni se inmutó. Aquello se estaba convirtiendo en una especie de tribunal. Pero, claro, nadie me dijo que tenía que hacer esto con alguien como él.

Nos miramos fijamente, desafiantes.

—Debe de ser agotador proteger a alguien que no tiene intención de comportarse —comenté dejando el tenedor sobre el plato.

—No es agotador cuando uno sabe lo que hace —replicó Cross, imperturbable.

—Ah… qué profesional suena. —Le dediqué una sonrisa ladina —. ¿También dice eso cuando lo invitan a cenas aburridas y compromisos reales?

—No suelo aceptar invitaciones. Menos aún si vienen con amenazas de muerte incluidas.

—Eso quiere decir que está aquí por obligación —me mofé.

—Igual que usted, al parecer.

—Buena respuesta. Aunque evidencia una vida mucho más triste que la mía.

No se molestó en contestar. Apenas alzó una ceja. Pero el brillo de irritación en sus ojos me dio suficiente material para divertirme un rato. Me incliné hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa, y bajé la voz lo justo para que sonara íntimo.

—¿Siempre es tan… rígido, agente? —La pausa fue deliberada y produjo el efecto que esperaba.

Vi cómo su mandíbula se tensaba. Solo un poco. Pero lo noté. Y esa mínima reacción me valió más que mil palabras.

—Cuando el trabajo lo requiere, sí —replicó con sequedad.

—Entonces, va a ser un verdadero suplicio para usted tener que seguirme el ritmo.

—No se preocupe, Su Alteza —dijo él, mirándome con una expresión neutra que apenas ocultaba el fuego bajo la superficie—. Estoy entrenado para soportar cualquier escenario hostil.

Solté una risa breve. No sé qué me hizo más gracia si la ironía con la que me había llamado «Su Alteza» o lo absurda que era la tensión entre nosotros.

—Hostil, dice... Aún no hemos empezado, Cross.

Le lancé una mirada lenta, estudiada. Me detuve un segundo demasiado largo en su mandíbula, en sus hombros bajo esa camisa perfectamente planchada, en esa boca que supe que podía devorarme si tan solo se lo proponía. En esas malditas manos que podían poseer con rudeza y una pasión abrasadora.

Y fue entonces, justo en ese momento, que percibí el destello en sus ojos rabiosamente azules. No bajó la vista ni se incomodó por el evidente repaso que le di. Pero sus pupilas se dilataron.

Ese tío no era de piedra. Y acababa de mostrarme una grieta por la que yo, obviamente, me iba a colar. Porque una cosa tenía clara y es que no iba a obedecer más imposiciones.

—James, por favor —me advirtió Richard.

Me acomodé en mi silla como si fuera una especie de trono improvisado. No podía evitarlo. La vista desde ahí era perfecta para observar a mi *babysitter* intentando disimular su indiferencia por mi presencia.

—Richard, querido... —empecé, saboreando la ironía en mi voz antes de mirar a Pembroke con una sonrisa burlona—, ¿este es tu gran plan para mi seguridad? Un tipo que claramente acaba de salir de la academia de seguridad. ¿No te parece un poco... insulso?

Como era de esperar, Richard se entiesó en su asiento. No podía creer que hubiera desprestigiado a Cross con tanta facilidad. Pero es que buscaba provocar un poco más. Dudaba que la Casa Real me hubiera asignado un novato.

El agente, en cambio, me miró como si estuviera evaluando un problema. Ambos supimos que aquello iba a convertirse en una guerra de egos. Él, con su seriedad eterna y carisma imperturbable, y yo con mis juegos mentales. Ya que me habían endosado la cualidad de problemático, quería divertirme.

—No estoy aquí para ser tu amigo, príncipe —respondió con su voz grave, ajeno a que me estremeció la piel—. Estoy aquí para garantizar que no salgas herido. Así que lo primero que necesitamos es que sigas las reglas.

Le regalé una sonrisa afilada y cargada de veneno.

—Me sorprende el poco respeto que le tiene a la jerarquía, señor Cross —ironicé—. Dejando a un lado el hecho de que no le he dado permiso para tutearme, es alarmante la facilidad con la que ha olvidado quién soy yo y quién es usted…

—Adoptaré esa medida solo cuando el protocolo lo requiera.

Bingo. Ahí estaba la tensión. La noté en el modo en que evitó mirar mi boca y en la forma en la que sus ojos se endurecieron.

Cogí aire, me lamí los labios tentadoramente y me reí entre dientes.

—¿Qué le hace pensar que voy a acatar sus estúpidas normas?

Era una pregunta retórica, claro. Y provocó exactamente lo que quería, esa mezcla de frustración y resignación.

—Que atesoras tu vida más de lo que crees —dijo él, inmutable.

Sus ojos no me dejaban. Era como si estuvieran evaluando cuáles serían las consecuencias si decidía olvidar por completo que yo era un príncipe de Reino Unido. Eso me divirtió aún más porque descubrí que, en el fondo, Daniel Cross sí respetaba las normas.

—A partir de ahora, reestructuraremos tus horarios —recondujo la conversación—. He empezado redistribuyendo la seguridad del perímetro.

Alcé las cejas.

—¿Con solo seis guardias?

—Una buena organización reduce considerablemente los peligros. Aquí no importa el espacio, sino tu integridad. Así que da igual que alguien se cuele en el perímetro si tú te encuentras en una de las estancias.

—¿Vas a meter a seis tíos en mi habitación? —exclamé adoptando una mueca de fingida sorpresa.

Richard carraspeó la garganta antes de decir:

—El señor Cross se hospedará en los aposentos contiguos al tuyo, James.

—Solo nos separará una puerta, interesante —bromeé.

Pero lo cierto fue que se me formó un nudo en la garganta. No estaba muy seguro de cómo le sentaría a mi cuerpo saber que ese tío estaba a una sola pared de distancia más que dispuesto a saltar sobre mí.

Comencé a juguetear con el pie de mi copa, que uno de los sirvientes acababa de llenar con más vino.

—Así que, ¿vais a convertir todo esto en mi propia jaula dorada y a seguirme a todas partes como si fuera un crío desvalido? ¿Qué será lo siguiente, Richard? —Miré a mi secretario un poco molesto—. ¿Limitarme a beber solo un vaso de vino tinto durante las comidas? ¿Nada de mojitos en la piscina o mamadas en los baños?

La realidad era que todo aquello empezaba a molestarme. Aceptaba que mi vida fuera una tortura de obligaciones, exposición

mediática y protocolos forzados, pero yo no lo había elegido, maldita sea.

—Se hará lo que sea necesario —aseveró Cross, perfectamente metido en su papel de agente implacable.

Qué mal me caía. Y qué bueno que estaba, joder.

—¿También vigilarás las duchas o eres de los que prefieren intervenir? —lo desafié.

Silencio. Breve. Pero lo bastante largo como para sentir que algo crujía dentro de él. Disimuló bien la tensión, aunque yo era hábil para notar esas cosas. Daniel Cross no era de piedra. Y eso me excitó más que cualquier caricia.

—Esas son las nuevas normas —sentenció—. A partir de hoy, no puedes salir sin autorización. Nada de fiestas improvisadas ni de salidas si notificar con antelación. Y, por supuesto, irás acompañado en todo momento.

—Por ti.

—Exacto —remarcó de un modo que me encendió en todos los sentidos.

Lo miré con incredulidad.

—¿Pretendes también ponerme un collar, Cross?

—Preferiría no tener que hacerlo, Su Alteza.

La forma en que lo dijo, sin alzar la voz, sin emoción alguna, me erizó la piel. Lo jodido fue que me gustó.

Daniel me miró con esos ojos de acero, esa calma tan absoluta que me hizo sentir como si estuviera jugando contra un muro. El muy maldito estaba empezando a intrigarme. Podía ver que debajo de esa fachada de seguridad y control había algo más. Algo que me mantenía alerta y me hacía querer romper su rígida disciplina solo para ver hasta dónde podría llegar.

El silencio que siguió a mis palabras fue palpable, pero, de alguna manera, esa mirada desafiante que nos lanzamos fue lo que realmente selló el trato.

6



JAMES

The Wolseley olía a café tostado, mantequilla y dinero viejo. Había algo casi tranquilizador en ese sitio. El murmullo de conversaciones refinadas, el tintineo de los cubiertos sobre la porcelana cara, los camareros deslizándose como sombras bien entrenadas entre las mesas. No era ostentoso. Digamos que tenía la clase de lujo que solo se reconoce si se pertenece a él.

Fuera llovía —como era habitual en otoño— y yo estaba sentado en mi rincón favorito, junto al ventanal, intentando disfrutar de mi *brunch* acompañado con una copa de Krug Grande Cuvée. Quizá era demasiado a las once de la mañana, pero no tenía la oportunidad de reunirme con mis queridos amigos todos los días y eso había que celebrarlo.

A un lado estaba Kenneth Langford, que se había pedido un segundo entrante de diminutos canapés de pato laqueado con salsa de arándanos mientras continuaba engullendo su plato de pasta.

Kenny era divertido hasta el hartazgo. No tenía filtro, ni paciencia, ni necesidad de fingir nada. Y quizá por eso me resultaba imposible no quererlo.

Nos conocimos en Eton cuando teníamos ocho años y yo todavía pensaba que la amistad era algo que se negociaba con títulos y favores. Él me robó una galleta, yo intenté pegarle y

terminamos revolcándonos en el suelo bajo la atenta mirada del resto de compañeros. Después de eso, nos hicimos inseparables. Fue el único que nunca me trató como al «príncipe». Para él solo era James y eso valía más que todo el oro de Buckingham.

En la actualidad, Kenny se había convertido en uno de los mejores jugadores del mundo. Un maldito ídolo de masas leal al equipo que le dio la oportunidad de jugar cuando ningún otro confió en él. Langford ni siquiera se había planteado dejar el Tottenham para fichar por el City.

Sí, era leal hasta los huesos. Y seguía siendo ese crío de alma gamberra que hablaba sin pensar, que le costaba obedecer las normas, que me cubriría las espaldas sin pedir explicaciones y el único que podía decirme las verdades a la cara sin que yo quisiera tirarlo por una ventana.

Al otro lado estaba Gianni Moretti. El monegasco era un exceso con el porte de un puñetero príncipe de época y una sonrisa de pecado.

Kenny y yo lo conocimos en una fiesta en París hacía cinco años, cuando él todavía corría en la F2 y acababa de fichar por Ferrari. Recuerdo que llevaba la chaqueta de su traje mal abrochada, una copa de champán en la mano y esa mezcla de arrogancia y hambre que tienen los que saben que van a comerse el mundo. Terminamos follando esa misma noche. Y fue divertido, sí. Pero no hubo carantoñas ni promesas.

Lo que vino después, fue una amistad sin filtros, sin celos, sin expectativas. Solo lujo, complicidad, fiestas infinitas y algún revolcón ocasional cuando la soledad pesaba más de la cuenta. Nos conocíamos y sabíamos qué darnos el uno al otro.

Gianni era descarado, provocador y elegante hasta cuando estaba borracho. Tenía un talento natural para convertir cualquier conversación banal en algo hilarante. Lo adoraba, aunque me sacara de quicio cada vez que decía «*mamma mia*» o «*sacreblue*» con esa ironía más italiana que francesa que me robaba el protagonismo en cualquier evento. Con él compartía el amor por lo caro, la ironía y lo políticamente incorrecto. Y eso, en mi mundo, ya era decir mucho.

Agradecía tenerlos en mi vida. Aunque no lo dijera. Aunque no me permitiera mostrarlo más allá de una sonrisa sincera de vez en cuando. Ellos eran lo más parecido a casa.

—¿Vas a contarnos por qué estás tan sorprendentemente callado o tendremos que sacártelo a hostias? —indagó Kenny sin preámbulos y masticando como si fuera una vaca.

—Estoy reflexionando —murmuré, sirviéndome más champán.

Evité, como era lógico, mirar a Daniel Cross. Ese cretino me había seguido hasta Londres sin mediar una sola palabra y mirándome como si tuviera que agradecerle que me hubiera llevado hasta allí.

La verdad es que aquella reunión se había convertido en un pequeño ritual nuestro. Desde que Gianni pasó a la F1, cuadrar agendas era un infierno. Así que los tres decidimos establecer un día al mes como mínimo para vernos. Lloviera, nevara o uno de nosotros estuviera colgando de un avión, ese día era sagrado.

Hoy tocaba. Y por suerte no había tenido que abandonar el país como la última vez. Pero, para poder disfrutar de aquel almuerzo, había tenido que «pedir permiso» a mi guardaespaldas. Yo. Pedir permiso. A ese imbécil.

—Reflexionar nunca fue lo tuyo. Siempre terminas haciendo tonterías. —Kenny me conocía tanto que irritaba.

—Qué halagador.

Gianni Moretti se echó a reír y yo no pude evitar contagiarme porque todavía no se había quitado aquellas gafas de sol ridículamente grandes. El muy arrogante llevaba los dos primeros botones de la camisa abiertos y derrochaba ese aire de «yo follo en cinco idiomas» que tan loco volvía al personal femenino.

A él le encantaba gustar y, conociéndolo, no me extrañaría que terminara acostándose con una de las camareras en el baño antes de pagar la cuenta.

—Está tramando algo, seguro —comentó dándole un mordisco a su tostada de aguacate—. Cuando se queda callado, siempre termina explotando en alguna portada. ¿Es una apuesta? ¿Una venganza? ¿Tu insoportable prometida? ¿Cómo coño se llamaba?

—Diana Ellington —dijimos Kenny y yo al unísono con un deje de molestia.

La insoportable Diana Ellington.

—¿Acaso no puedo simplemente disfrutar de un almuerzo con mis amigos? —pregunté con fingida inocencia.

Ambos me miraron como si hubiera dicho que me iba a meter a monje.

—Tú problema se llama Daniel Cross y no te quita ojo de encima desde que apoltronaste tu regio trasero en esa silla.

El señor MI5 seguía ahí, sentado en una mesa a unos metros de la nuestra. Perfectamente recto, con una taza de café en la mano y ese rictus de imperturbabilidad permanente. A esas alturas, ya debía conocer de memoria mi silueta, mi ritmo al caminar y hasta la forma exacta de coger la copa de champán.

Llevaba una semana en casa. Una semana exacta siguiéndome a todas partes como si fuera mi perro de presa personal. A veces, ni siquiera hablábamos. Y cuando lo hacíamos, solía terminar mal. Su tono seco, el mío sarcástico y algún portazo de fondo daban como resultado una dinámica perfectamente insoportable.

—¿Sigue mirándote con esa cara de «tengo una orden judicial y sé usarla»? —preguntó Gianni, que ahora partía un cruasán como si fuera una víctima más.

Pude ver que Daniel me miraba como si saltar sobre mí para arrancarme la yugular fuera una buena idea.

No sé por qué sentí un latigazo en la entrepierna, detestaba que ese tío me pusiera cachondo incluso cuando era un imbécil.

—Ni siquiera necesita mirarme —gruñí—. Su presencia ya me molesta lo suficiente.

—Que te quejes tanto evidencia lo bueno que está —añadió el monegasco, y yo fruncí el ceño.

—¿Qué tiene que ver su atractivo con ser insoportable? —pregunté.

—Mucho, querido —contestó, relamiéndose un dedo—. Los más buenos siempre son los más peligrosos.

—Te recuerdo que es hetero.

—Hasta que te vea en pelotas, Bellingham. Eres una puta obra de arte y eso haría dudar a cualquiera, créeme.

Kenny se limitó a mirarnos a los dos por encima de su taza de café con una mueca divertida.

—Di algo, joder —exclamé, dándole un codazo.

—Bueno, a mí me gustan los coños. —Grandes declaraciones.

—El de Sofía, especialmente —especificó Gianni, tan sabedor como yo de la extraordinaria relación que compartía Kenny con su novia.

—Por supuesto. Pero admito que eres una monada y que ese cabronazo tiene planta —se sinceró—. Parece una escultura del Louvre con licencia para matar.

Esas bromitas me estaban poniendo de los nervios. Sobre todo cuando los dos rompieron en carcajadas.

—Pues que se vuelva al puto Louvre y me deje respirar —resoplé enfurruñado—. No puedo hacer nada sin tener a ese tío pegado al culo. Ni correr por el jardín, ni salir a comprar chicles, ni contestar un mensaje sin que me mire como si fuera a apretar un botón nuclear.

—¿Y de verdad no puedes pedirle que se quede en casa por un día? —preguntó Gianni.

—Claro —satiricé—. Antes de que mi acosador me apuñale en una esquina, puedo llamarlo y decirle: «tranqui, que hoy me sentía valiente».

El silencio duró un segundo. De nuevo, los dos se echaron a reír. Era unos cretinos.

—Definitivamente, necesitas una buena juerga —sentenció Gianni—. Algo que te devuelva el alma al cuerpo.

—Yo voto por fiesta privada —dijo Kenny—. Casa de campo. Gente seleccionada. Alcohol de sobra. Y, por supuesto, prohibido guardias de seguridad con palos metidos en el culo.

—O podrías escaparte —sugirió el monegasco—. Salir sin avisar. Que te pierda la pista. Y que vea quién manda.

Eso me hizo sonreír. No mucho, pero lo justo para que ellos supieran que algo acababa de hacer clic en mi cabeza.

Y, por primera vez en toda la semana, me sentí… tentado.

7



DANIEL

Llevaba diez días en Spencer Manor y ya había considerado, al menos tres veces, la idea de llamar a la señora Clarkson y suplicarle que me sacara de allí. No porque el lugar no fuera agradable. La verdad es que la mansión era hermosa, el servicio impecable y el personal sorprendentemente cordial. Había incluso cierto ambiente hogareño, algo inusual para tratarse de una residencia real que además era enorme.

El mayordomo, Arthur, era discreto y eficiente y tenía una elocuencia que me había arrancado alguna que otra sonrisa, lo cual era bastante extraño viniendo de mí. Los cocineros eran tan buenos como amables. Los guardias habían aceptado las nuevas reglas con mucho optimismo. Y después estaban las sirvientas, que siempre tenían una risita para mí. Aunque Lucy… Bueno, Lucy tenía la habilidad de aparecer en las mismas habitaciones que yo, más veces de lo que era estadísticamente razonable. No podía negar que su presencia me resultaba muy agradable, y la forma en que me miraba cuando creía que yo no la veía... Digamos que me recordaba que aún estaba vivo.

Pero nada, absolutamente nada, podía compensar el hecho de tener que lidiar con él.

James se había convertido en una pesadilla de proporciones insoportables. No era maleducado. Ni agresivo. Ni siquiera cruel. Era algo peor que todo eso. Ingenioso, mordaz, evasivo y encantador en la forma más desesperante posible. Se escabullía de las normas como si fueran telarañas viejas, y desafiaba la autoridad con la elegancia de quien ha sido educado para sonreír mientras le prende fuego al mundo.

Las conversaciones con él duraban poco y, por lo general, terminaban con sarcasmo, una sonrisa irritante o una frase del tipo «no te pagan lo suficiente para gustarme». Y probablemente tenía razón.

Pero lo que más me frustraba e irritaba era el modo en que mi cuerpo reaccionaba siempre que James estaba cerca. No importaba que mi atención estuviera puesta en el bonito trasero de Lucy o en las flores que crecían en el jardín. Si el maldito príncipe aparecía en ese preciso instante, atrapaba toda mi atención.

Vale, ese era mi trabajo después de todo, convertirme en la sombra de ese malcriado. Sin embargo, en esa puñetera ecuación no entraba que me molestara tantísimo la bonita curva de su boca o esa mirada tan pizpireta con la que me desafiaba.

Una de las cosas que me habían convertido en uno de los mejores agentes del MI5 con apenas treinta años había sido mi seriedad, que a veces llegaba a cotas de frialdad desquiciante.

Al parecer, el príncipe me encendía y no en el mejor sentido de la palabra. Me sacaba de quicio. Y esa noche se propuso llevarlo al extremo.

La residencia estaba tranquila, todo el mundo se había retirado. Los guardias de turno hacían su ronda. Habíamos acordado hacer cambios cada cuatro horas, así que ahora tenía a dos hombres vigilando los exteriores de la residencia y uno más en la sala de seguridad.

Yo me encontraba en mi habitación. Ya había comentado con Pembroke cómo se había desarrollado el día, como cada noche después de la cena, y enviado el informe diario a la central en Londres. Me había dado una ducha y estaba revisando las cámaras del ala oeste desde mi portátil antes de irme a dormir.

Entonces, algo en la pantalla me llamó la atención. Un movimiento rápido, casi fuera de plano.

Rebobiné y amplié.

Allí estaba él. Chaqueta negra, gorro calado, gafas de sol a las once de la noche y esa forma de caminar como si el mundo fuera una pasarela hecha exclusivamente para él.

Resignado, me levanté, me vestí aprisa y me dirigí hacia la entrada trasera de la mansión, lugar que el maldito príncipe había escogido para pasar desapercibido. No imaginó que yo había exigido ampliar el circuito de cámaras y que había pedido expresamente colocar una en ese recodo para evitar el mayor número de puntos muertos.

Todos temían al acosador, pero yo estaba más preocupado por la imprevisibilidad de James.

Y no me equivoqué.

Al llegar, lo encontré encajándose discretamente la capucha de su sudadera sobre el gorro mientras forcejeaba con una mochila de diseñador que no combinaba con nada.

Alcé las cejas, me crucé de brazos y me apoyé en el marco de la puerta.

—¿Va a alguna parte, Su Alteza? —pregunté.

Ni siquiera se sobresaltó al verme. Solo giró la cabeza con desgana y suspiró

—Me apetecía dar un paseo —dijo con ese aire de petulancia que tanto me irritaba.

—Sin avisar. Por la salida de servicio. Con gorro y gafas de sol.

Se encogió de hombros.

—Bueno, hay días en los que me gusta sentirme… normal.

«Cabrón petulante», pensé.

—Oh, ya veo. Solo te falta el carrito del supermercado.

Me miró por encima de las gafas como si yo fuera una mosca particularmente culta que había interrumpido su momento poético. Y no pude evitar hacer lo mismo. De arriba abajo. Rápido. Preciso. Profesional.

Era... irritantemente hermoso. Y lo pensé con toda la frialdad que uno puede reunir cuando está observando cómo un príncipe

intenta escapar de su castillo con pinta de modelo de catálogo.

Nunca me había detenido a pensar si un tío era guapo. Ni siquiera consideraba si me importaba. Pero no hacía falta desearlo para reconocer, objetivamente, que James de Bellingham era un problema para el sentido común de cualquier hombre con un poco de criterio, joder.

Y ese maldito problema estaba intentando reprimir una sonrisa.

—¿No tienes otra cosa que hacer, Cross?

—Por supuesto que sí —admití impertérrito—. Me debato entre sí dejar que te largues y montes otro escándalo o atarte a una silla y darte papilla para desayunar.

—Aburrido.

—Eficiente.

Suspiró con dramatismo, puso los ojos en blanco y dio media vuelta como si acabara de perder la batalla más irrelevante de su vida.

Olvidaba la parte más importante, a mí.

Me interpuse en su camino con un movimiento tan rápido que logró desconcertarlo por primera vez desde que lo conocí.

—¿Adónde te crees que vas? —rezongué con voz gutural.

James, a solo un palmo de mí, creyó que apoyar una mano en mi pecho y sonreír como lo haría de estar a punto de lanzarse a los brazos de su amante era una buena idea.

—Has perdido los modales, cariño.

Deslizó la mano por mi vientre. Yo ni me inmuté. Continué mirándolo fijamente pensando que, si lo reducía, quizá podría justificarlo con que temía por su vida. Pero no se me ocurrió ninguna excusa con la que alimentar una coartada que no pareciera salida de un informe psiquiátrico. Y sus dedos rozaron el botón de mi pantalón.

No sé por qué demonios mi pulso se saltó un latido.

—Podría reducirte en un segundo, James.

—No me importaría que lo hicieras, Cross —respondió él, con esa media sonrisa que era todo lo que estaba mal en este mundo.

—Vuelve dentro.

—No —me desafió—. Voy a subirme a ese coche y a largarme de aquí para disfrutar de esta bonita noche. Y tú no te opondrás porque recordarás que, al fin y al cabo, trabajas para mí y no te apetece terminar de guardia de seguridad en un centro comercial.

—Trabajo para el Estado —repliqué con dureza—. Y por encima de ti están tus padres, que son los reyes, y todo un sistema burocrático que olvidas cuando se te antoja. Así que eso te deja dos opciones: o regresas a tu habitación por tu propio pie o puedo arrastrarte yo mismo.

—O me sigues, como haría cualquier guardaespaldas que entiende las inquietudes de su protegido.

Torcí el gesto.

—¿Inquietudes?

—Tengo veintitrés años —resopló con fingida indignación—. ¿De verdad esperas que me pase la vida actuando como uno de esos vejestorios del White's Club?

—Has estudiado en Eton, ahora estás en Oxford, y posees más títulos nobiliarios que sentido común. No me extrañaría que te dejaran un sillón con tu nombre grabado.

—Te propongo algo, Cross —dijo entonces, bajando la voz y acercándose un poco más—. Sígueme si tanto te importa mi integridad.

Su aliento me rozó la mandíbula. No estaba jugando limpio. Pero nunca lo hacía. Yo no reaccioné, solo apreté los dientes. Porque, si algo tenía claro en ese momento, era que aquella noche iba a ser muy larga.

Y yo tenía muchas ganas de prenderle fuego a algo.

Preferiblemente, a él.

8



JAMES

El Drunken era un antro. Uno con historia, eso sí. Pero un antro, al fin y al cabo. Se decía que en ese *pub* habían vomitado tres poetas laureados, se habían liado a puñetazos cinco parlamentarios, y un joven príncipe —que no era yo, gracias al cielo— había perdido los pantalones y la dignidad en una partida de *beer pong*.

El local era viejo, con las paredes cubiertas de madera oscura, techos bajos y una barra de latón abollado que olía a tradición fermentada. El suelo crujía, las luces eran cálidas pero tristes, y la cerveza sabía a gloria por razones que probablemente incluían bacterias no registradas. Pero, con todo, era uno de mis sitios favoritos en Oxford. El tipo de lugar donde los títulos no valían nada y el mayor acto de nobleza consistía en pagar la siguiente ronda sin vomitar encima de nadie.

Ahí estaba yo, con una pinta en la mano, sudando entre cuerpos ruidosos, risas escandalosas y el olor a juventud mal gestionada. Mi entorno natural, vamos, y el de todo universitario que había vivido mínimamente encorsetado. Porque, una cosa estaba clara, y es que todo el que iba al Drunken era porque necesitaba desfogar sin que su apellido influyera.

—¡El príncipe de las malas decisiones! —gritó Marcus, uno de mis compañeros de curso, antes de abalanzarse sobre mí.

Iba un poco puesto. De lo contrario, no me habría ni tocado.

—Por favor, Marcus, espera a que esté un poco más borracho antes de gritarme —repliqué con una sonrisa mientras la cerveza seguía entibiándome la sangre.

A mi alrededor, todo era ruido. Amistades medio alcohólicas, chistes privados, saludos efusivos, y ese reguero de miradas que me perseguían siempre. Algunas de lujuria, otras de envidia, y unas cuantas de esa mezcla enfermiza que solo despiertan los personajes públicos: curiosidad, morbo y deseo de verme caer. O quizá empotrarme contra la pared.

Pero esa noche no tenía ganas de sexo. Solo quería librarme de esa sensación persecutoria pese a que había traído conmigo al principal.

Daniel Cross intentaba pasar desapercibido, pero le era imposible. Al menos para mí. Estaba quieto, con los brazos cruzados y ese rictus aniquilador. El tío no pestañeaba. Ni siquiera fingía. Estaba tan fuera de lugar que casi dolía verlo allí. Pero eso no evitaba que me siguiera a todas partes como un perro elegante que, en vez de ladrar, juzgaba.

Lo miré de reojo. Parecía estar calculando cuántas salidas de emergencia había en el local y si alguna incluía lanzarme por una ventana.

—¿Quieres una cerveza, Cross? —le pregunté, acercándome con mi copa en alto—. Prometo no escupir en ella.

Levantó una ceja como si acabara de preguntarle si quería ver mi colección de calzoncillos reales.

—No bebo estando de servicio —replicó, seco.

—Ni bibi istindi di sirvici —me burlé—. Mierda, ¿siempre tienes esa maldita cara de funeral o es un regalo especial para mí?

Como cabía esperar, no respondió. Solo me regaló una mirada helada e insoportablemente irresistible. Que también podía significar las ganas que tenía de partirme por la mitad.

Lo dejé allí tirado y me acerqué de nuevo a mis compañeros. Solo entonces aproveché para echarle un vistazo más amplio. Aquella sudadera negra y esos vaqueros un poco holgados no eran nada del otro mundo, pero me encendían. Todo en Daniel Cross

gritaba control. Cada músculo, contenido. Cada respiración, medida. Una máquina hecha para proteger… Y para provocar.

Me ponía nervioso. No de esa forma adolescente y estúpida, sino nervioso de verdad. De ese modo en que el pulso se salta un compás y el cuerpo arde aunque haga un frío endiablado.

Me pasaba las horas observándole. Era… obsesivo. Solo pensaba en evitarlo y, cuando creía estar consiguiéndolo, mi mirada volvía a él como si mi cuerpo necesitara asegurarse de que todavía estaba allí. Como si me quemara no verlo.

Para mi desgracia, ese imbécil me excitaba. Era irritante porque Daniel no hacía nada para gustar y, aun así, lo deseaba. Y lo peor es que nunca me había pasado antes. Cuando alguien me atraía, simplemente lo tomaba y punto. Había tenido amantes que ni siquiera eran gais y, sin embargo, habían sucumbido a mis encantos.

Pero con Daniel todo era diferente. No me gustaba, no era el tipo de hombre en el que me habría fijado, rudo con ese toque salvaje e inalcanzable. Ni de coña. A mí me iban más los tipos malotes con encanto, los atrevidos y charlatanes, los promiscuos y alocados, puede que también los pijos y señoritos.

Pero jamás alguien como él. Por eso me molestaba tanto luchar con mi cuerpo cada vez que aparecía en mi campo de visión. Lo cual sucedía el noventa y nueve por ciento del día.

Todo lo que me imaginaba haciendo con Daniel Cross parecía imposible. Un maldito inconveniente. Algo inmoral. Y deliciosamente irresistible. No sabría decir si quería provocarlo hasta que me besara o hasta que me empotrara contra una pared. Tal vez ambas cosas.

Quizá ese era el verdadero problema. Si Daniel continuaba en mi círculo más inmediato, me rompería y yo no estaba dispuesto a darle semejante poder. Por eso era indispensable alejarlo.

Vacié mi cerveza de un trago y, en menos que canta un gallo, tenía otra en la mano, cortesía de Melani, la bonita camarera con la que solía compartir amantes y millones de chismes.

Le guiñé un ojo, ella me lanzó un beso. Bailé, me reí a carcajadas y pedí una tercera y una cuarta y una quinta cerveza. Y entonces apareció. Hugh Gladstone, el hijo del rector de la universidad. Elegante, guapo, educado… y un coñazo. Nos habíamos

acostado varias veces. De hecho, la última fue en mi habitación hacía unas semanas.

Me sonrió con ese aire de «yo te conozco mejor que los demás» y, antes de que pudiera reaccionar, ya se había deslizado entre la gente como una serpiente con *blazer*.

—James. ¡Qué sorpresa!

—¿No me digas? —ironicé.

—Seguimos siendo los mejores para elegir lugares con buena… compañía, ¿cierto? —comentó inclinándose hacia mí.

Sabía qué quería decir. La primera vez que nos liamos fue precisamente en aquel bar.

Me rodeó con un brazo y, aunque su contacto fue breve, me bastó para saber adónde pretendía llegar. Lo aparté con sutileza. No tenía intención de repetir lo de la última vez.

—¿Has venido con alguien?

—Con mi nuevo guardaespaldas —solté señalando a Cross con la cabeza.

Él vigilaba la distancia que nos separaba, valorando cuál sería el momento exacto para intervenir. Joder.

—Ah, sí —sonrió Hugh—. El atractivo agente del que me han hablado. Muy intenso, ¿no?

—Como una buena resaca. Solo que lleva pistola y no se va al día siguiente.

Hugh soltó una risa suave, pero no pareció captar la indirecta, y en sus ojos vi el destello de lo que venía a continuación. Se inclinó un poco más y su tono bajó peligrosamente.

—Podríamos irnos. Solo un rato. —Señaló con disimulo a Daniel —. No creo que se dé cuenta.

No tenía ni idea de quién era Daniel Cross. Y yo tampoco, pero, desde luego, sí sabía lo bueno que era cazando a sus presas. No llegaríamos ni a los servicios antes de que él se nos apareciera como un puto *ninja*.

El *pub* seguía rugiendo a mi alrededor. No estábamos haciendo nada malo, pero unos centímetros podían marcar la diferencia e iniciar los rumores. Y Hugh lo sabía. Lo último que necesitaba era que la prensa abriera un maldito debate sobre mi sexualidad. Papá

me arrancaría la cabeza y mamá se la daría de comer a los gansos de Balmoral.

No quería desatar esa clase de espectáculo solo porque a Hugh se le había antojado ser un gilipollas y tomarse unas libertades que yo no le había dado. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí acorralado.

—No sé en qué estás pensando, pero —dije serio— esta noche prefiero mantener las distancias, ¿vale?

Su rostro se endureció. No estaba acostumbrado a que le dijeran que no o quizá buscaba algo más que echar un polvo y yo le estaba destrozando los planes. Pero no iba a quedarme a averiguarlo.

9



DANIEL

Desde mi posición, lo veía todo. Estaba lo suficientemente entrenado como para detectar cualquier anomalía por encima de todo el caos humano. Y podía confirmar sin temor a equivocarme que algo no encajaba.

James se había apartado junto a uno de sus compañeros. Al principio, me costó reconocerlo. Y es que, cuando Pembroke me pasó la lista de las personas que rodeaban al príncipe, el exceso de nombres casi me bloquea. Pero tenía una memoria fotográfica portentosa y, en unos segundos, pude resolver que se trataba de Hugh Gladstone.

Según la información de la que disponía, ese joven había tenido varios encuentros sexuales con James, aunque no corría el riesgo de ir por ahí pregonándolo porque él también estaba en una posición comprometida.

Sin embargo, no podía decir lo mismo del chico que había en un rincón. Se ocultaba tras una columna, discretamente. Fingía beber, pero sus ojos no se despegaban de James. Ni siquiera disimulaba, y lo peor era que tenía el móvil en la mano.

Estaba a la espera de algo.

Seguí su mirada a tiempo de ver que Hugh se acercaba demasiado al príncipe y no parecía advertir el rechazo. No me gustaba la forma en la que le hablaba. Ni cómo lo miraba. Ni que su mano estuviera tocándolo.

Ese era yo siendo profesional. O eso quería creer porque, por un momento, sentí un tirón en la tráquea demasiado inoportuno.

Me moví con rapidez entre la gente, con los ojos fijos en ese punto donde el peligro se escondía en lo cotidiano. El ángulo era perfecto. James encajonado entre la pared y ese tal Hugh con una expresión que lo decía todo. Era incomodidad disfrazada de cortesía.

Lo entendí todo. Aquel desconocido estaba esperando captar el momento más comprometido para venderlo a los tabloides.

Pude imaginarme el circo que provocaría. «Príncipe James cazado en una actitud demasiado obscena en un *pub* lleno de universitarios».

No iba a permitirlo.

Tomé un atajo entre dos grupos, rodeé una mesa de billar y llegué justo a tiempo para interceptar al tipo del móvil. No me hizo falta tocarlo. Solo trinqué su teléfono y le clavé una mirada aniquiladora.

—Lárgate —gruñí.

El joven tragó saliva y se alejó a toda prisa. A continuación, me acerqué a James lo suficiente para que Hugh retrocediera, inquieto al ver el teléfono de su amigo.

—¿Hay algún problema? —pregunté con voz grave.

Hugh alzó las manos como si yo acabara de acusarlo de secuestro.

—Solo hablábamos.

—Pues parece que la conversación ha terminado.

James me miró. Sus ojos azules brillaron con una mezcla de diversión, alivio… y algo más. No dijo nada. Pero tampoco se apartó cuando yo di un paso más.

—No tienes autoridad para eso —replicó Hugh.

Una mirada bastó para entender que podía reducirlo en un instante. Quizá por eso se fue como si estuviera huyendo de un grupo de zombis.

Me giré hacia James, que aún tenía la cerveza en la mano y una sonrisa ladeada que me puso de los nervios.

—¿Me vas a arrastrar a casa ahora, agente Cross?

—Estoy considerando la idea —respondí seco.

Seguía mirándome con esa maldita risita, desafiándome en silencio, con los ojos achispados y la piel escondiendo secretos que yo no quería saber.

Me acerqué un poco más. James se entiesó y terminó apoyándose en la pared, creyendo que mi cercanía sería menos invasiva. Se equivocó estrepitosamente, y me observó como si todo su mundo se redujera a mí.

—Se acabó la noche. Has bailado, te has divertido, has bebido suficiente. Nos vamos —dije bajito con un tono firme que buscaba aprovecharse de esa pequeña vulnerabilidad.

Pero James arqueó una ceja.

—¿Perdona?

—No estás en condiciones de decidir, Su Alteza.

—¿Ah, no? —Torció el gesto—. Porque juraría que soy mayor de edad y el titular de esta bonita cara que tú decides vigilar como si fuera un bebé de porcelana.

—La diferencia es que los bebés no tienen acosadores, ni amenazas en curso, ni imbéciles con móviles intentando vender sus escándalos por un puñado de libras.

Entrecerró los ojos. Sabía que buscaba una respuesta digna de él, pero no la encontró.

—Deja de controlarme, Cross.

—No necesito controlarte. Solo sacarte de aquí antes de que la próxima foto tuya inicie una crisis diplomática.

Puso los ojos en blanco.

—Eres un auténtico coñazo. ¿Lo sabías?

—Me importa una mierda. Camina.

Me adelanté sin darle opción y, sorprendentemente, me siguió. A regañadientes, claro. Como si cada paso fuera un acto de protesta silenciosa.

—Podría hacer que te abrieran un expediente por tus malos modales —se quejó mientras atravesábamos el pub.

—Ambos sabemos que mis modales no te incomodan ni lo más mínimo —espeté sin molestarme en mirar atrás.

—Cabronazo arrogante. —Sonrió.

Abrí la puerta para que él pudiera pasar delante de mí, pero James se detuvo a mi altura y me miró con una mueca demasiado traviesa.

—Que sepas que me has interrumpido el polvo.

Me incliné un poco.

—Mentiroso.

Fue insoportable sentir que la tensión nos envolvía como una segunda piel.

En cuanto nos subimos al coche, me concentré en la carretera. En el retrovisor. En el paisaje. En cualquier cosa que no fuera la maldita presencia de James vibrando a mi lado. Pero, aun así, lo sentía. Demasiado. Y eso, honestamente, nunca me había pasado. Ni siquiera en mi etapa más alocada.

James no dijo nada en todo el trayecto, pero su respiración y su cuerpo tenso y su lengua deslizándose por los labios con cada exhalación... Me estaba provocando sin tan siquiera intentarlo ni gustarme, joder. No podía entender porque la concentración se me iba hacia a esos pequeños detalles. Era agotador e insoportable y muy confuso.

No sabía qué me estaba pasando.

Entonces, me miró. Lo hizo de reojo, con mucho disimulo. Parecía inquieto. Podía escucharlo pensar por encima del ruido del motor.

—Eres selecto con tus amantes, pero confías demasiado en que ellos tengan tanto que perder como tú y ese es tu principal error —le reprendí para sorpresa de ambos.

Lo dije como si fuera una especie de hermano mayor. Algo bastante aturdidor teniendo en cuenta que nuestra relación hasta el momento se había basado en encontronazos y comentarios cargados de sarcasmo.

—¿No vas a juzgarme porque me gusten las pollas?

No negaría que me había desconcertado un poco descubrir sus preferencias. James estaba prometido desde hacía un año con Diana

Ellington, la hija del Conde de Surrey, y las pocas apariciones de ambos habían causado sensación, se les veía muy bien juntos. Pero, claro, la aristocracia era experta en ocultar y fingir.

—Lo que hagas en la cama es asunto tuyo.

James resopló con una sonrisa. Ahora me miraba con descaro, incluso se acomodó en su asiento para observarme con insolencia.

—Vaya, te hacía de mente más cerrada —ironizó.

—Y yo que tú eras un poco más comprensivo —contrataqué—. Diría que esta es la primera conversación tranquila que hemos mantenido desde que nos conocimos.

—Eso es porque estoy medio borracho. En cuanto se me pase, volveré a la carga.

—Qué alivio.

James sonrió abiertamente. Y yo, por extraño que pareciera, también lo hice. Pero el silencio regresó pronto y detecté la mortificación que desprendía el príncipe. La fachada de opulencia se le estaba cayendo a pedazos.

—¿De verdad que no te importa? —dijo tan bajito que apenas pude escucharlo.

—¿El qué?

—Que sea gay —murmuró—. ¿No tienes nada malo que decirme ni vas a juzgarme?

Al parecer, se movía en unos círculos dónde la atracción se entendía estrictamente entre hombres y mujeres. Pero no era mi caso. Yo me había criado en Broadwater Farm Estate, al norte de Londres. Allí había visto de todo y normalizado incluso aquello que no tenía sentido. Y la realeza para mí era más un puñetero *souvenir* para los turistas que otra cosa. Así que me importaba una mierda si James prefería encamarse con hombres.

—No me gusta repetirme, Su Alteza —le especifiqué, y él suspiró como si hubiera estado conteniendo el aliento.

—Nadie lo sabe. Solo Richard, y mis amigos. Bueno, mi familia lo sospecha.

—Lo sé.

Atravesé la verja principal y detuve el vehículo en la entrada. Creí que James se bajaría de inmediato, pero no se movió.

—Mis padres me matarían. Y mis hermanos me colgarían.

—Eso sería un delito.

Dejó escapar una risa seca, pero no sonó divertida, sino más bien rota.

—¿Me protegerías también de ellos? —susurró.

Lo miré. No sentí compasión, solo una confusa certeza.

—Mi trabajo es protegerte hasta de ti mismo.

En silencio, me sostuvo la mirada. Luego bajó los ojos, casi como si no pudiera aguantar el peso del alivio. Y me pregunté por qué demonios le tranquilizaba que yo no lo juzgara.

—Eres raro, Cross. —Volvió a mirarme.

No sé en qué maldito momento me pareció buena idea inclinarme hacia él.

—Y tú estás borracho.

—No —negó con la cabeza—. Solo estoy... jodidamente cansado.

No dije nada. Pero cuando lo vi apartarse un poco y pasarse una mano por la nuca, supe que esa confesión había sido más peligrosa que cualquier fiesta clandestina o plan de fuga nocturna.

Esa fue la primera vez que no lo vi como el príncipe, sino como un veinteañero cansado de obligaciones que no había elegido.

10



JAMES

Soñaba que estaba en una cama de terciopelo, rodeado de elfos desnudos que tocaban el arpa y me ofrecían copas de champán helado mientras me masajeaban los pies. Hasta que de pronto un centauro de proporciones épicas irrumpía arrasándolo todo y me arrancaba la cabeza de un mordisco.

Ese bicharraco se llamaba Daniel Cross y me sacó de mi paraíso onírico con una explosión nuclear de luz. Las malditas cortinas.

—¡¿Pero qué coño...?! —rezongué, cubriéndome la cara con un brazo y gruñendo como anciano con problemas broncopulmonares.

—Buenos días, Su Alteza. —Esa dosis de ironía en su voz era lo que necesitaba para empezar el día como una mierda—. Le recuerdo que tiene clase en una hora.

No contesté. El muy cabrón no necesitaba que lo hiciera. Era de esos hombres cuyo lenguaje corporal decía «sabes que meterte conmigo sería demasiado problemático para ti».

Hice la croqueta bajo las sábanas, sintiendo el martilleo de la resaca en mis sienes. Los fríos ojos azules de Daniel no fue lo único que sentí. Por el rabillo del ojo vi a Lucy. La joven sirvienta, que últimamente parecía estar siempre por donde andaba Cross, entró con la bandeja de mi desayuno.

—Buenos días, Su Alteza —saludó ella toda emocionada.

Tenía esa sonrisa que parecía haber visto a cierto guardaespaldas sin camiseta y, de la impresión, se le había cambiado hasta el horóscopo. La entendía, vaya que si la entendía.

—¿Qué hay en esa bandeja, Lucy? ¿Un ataúd con huevos y beicon? —farfullé.

—Zumo de naranja recién exprimido, café, tostadas, huevos Benedict y un suculento analgésico —contestó, y a punto estuve de sonreír como un bebé.

—Eres un ángel —suspiré.

—¿Quiere que le prepare algo más, Su Alteza?

—Sí. Un sedante que me tumbe durante todo el día, gracias, cariño.

Daniel chasqueó la lengua. Y fue entonces cuando lo miré de verdad. El muy cretino estaba demasiado bueno para mi sentido común. Un puñetero bloque de granito con mandíbula perfecta que me ponía muy cachondo.

Resoplé porque, joder, despertarme con la visión de Daniel Cross plantado a los pies de mi cama como si fuera el general de mi ejército personal tenía su encanto, pero también era un problema.

Entonces entró Arthur y fue directo al vestidor. Ni saludó, ese hombre no entraba a las habitaciones, sino que las conquistaba.

Pude ver claramente cómo mi mayordomo y Daniel intercambiaban una mirada de complicidad.

—¡Ajá! Ya lo pillo, sois un sindicato. Un adorable e irritante sindicato de servicio doméstico que ha decidido que Cross me despierte a partir de ahora para que no pueda quejarme más de lo debido, ¿cierto?

Arthur asomó la cabeza desde el vestidor con una ceja en alto.

—Alguien tiene que hacerlo, Su Alteza. No querrá llegar tarde por quinta vez este mes.

—¿Y por qué Cross? —pregunté con voz de mártir, revolcándome en la cama.

—Porque no teme adoptar medidas más… decisivas —le oír decir a mi mayordomo, que seguramente estaba concentrado en seleccionar mi atuendo.

Lucy soltó una risita. Daniel no dijo nada, pero lo imaginé burlándose de mí internamente. Maldito bastardo.

Suspiré profundamente. Estaba hecho polvo, pero no era estúpido. Cuando el mundo entero se ponía de acuerdo para sacarme de la cama, era porque no tenía escapatoria. Así que me revolví un poco más como si eso fuera a devolverme el control.

—Nunca te cansas, ¿verdad? —le dije a Cross.

—Mueve el trasero, príncipe.

Me incorporé muy lentamente.

—No eres nada cariñoso. ¿Dónde ha quedado la amabilidad?

—En la lista de cosas que no están incluidas en mi contrato.

Sonreí. Era curioso y muy desconcertante lo mucho que me divertía esa actitud desafiante y estricta de él.

—Pues que sepas que eres el único hombre al que le he permitido abrirme las cortinas sin que le clave un tenedor en el muslo.

—Eso no es cierto —añadió mi mayordomo.

—Cállate —protesté—. No rompas el misterio, Arthur.

Cross se acercó un poco a mí. Maldita sea, nunca sabía en qué demonios estaba pensando.

—¿Debo sentirme halagado?

—Deberías sentirte en peligro. —Me puse en pie de un salto—. A ti sí sería capaz de morderte.

—Inténtalo.

De haber tenido más valor, habría saltado sobre él. Quizá de ese modo volvería a Londres con el rabo entre las piernas y yo me quitaría un peso de encima.

11



JAMES

Las clases eran un coñazo. Nadie podía convencerme de lo contrario. Ni siquiera los cuadros de los alumnos históricos que colgaban de los pasillos y parecían juzgarme cada vez que bostezaba.

Era buen estudiante. Más que eso, era brillante. En Eton me gradué con matrícula de honor, superando a mis hermanos, a mi padre e incluso al cabrón petulante de mi abuelo. Detalle que, más que enorgullecer a mi familia, se había convertido en una exasperante excusa para juzgarme aún más por mi «escandalosa» actitud.

Pero estudiar Ciencias Políticas por obligación era otra cosa. Detestaba las ideologías, las relaciones diplomáticas, las malditas estructuras de poder. Todo con la finalidad de convertirme en «una figura con sentido de Estado». Básicamente, mi padre quería que yo fuera un príncipe decorativo, pero que sonara inteligente cuando abriera la boca.

Por eso apenas prestaba atención. Prefería pasarme las horas leyendo poesía o desnudando tíos mentalmente o mirando a Daniel Cross, por ejemplo. Me había seguido a cada clase, ocupando un asiento de la última fila, como si con eso fuera a pasar desapercibido. Actuó impecable, imperturbable. Y yo fingía que no lo veía. Pero, joder, mis ojos siempre orbitaban a su alrededor.

Me atraía más de lo que estaba dispuesto a admitir. Me gustaba su silencio, el modo en que tomaba notas. No cruzaba palabra con nadie. Pero su mirada se movía con una precisión que haría llorar de envidia a un francotirador. Y sí, puede que yo leyera en voz alta con más entusiasmo solo porque sabía que él me escuchaba.

Ridículo, ¿verdad? Yo, provocando a un agente del MI5 en medio de una clase sobre sistemas parlamentarios. Pero era lo único que me mantenía despierto y el mejor aliciente para seguir.

Cuando por fin sonó el timbre y la clase terminó, escapé del aula como si me persiguiera el aburrimiento en forma de comité constitucional. Mis compañeros de curso se dirigieron a la cafetería. Algunos me siguieron por pura cortesía monárquica. Otros porque creían que ir conmigo mejoraría sus estadísticas sociales. Me caían bien porque eran previsibles y no me obligaban a esforzarme por encandilarles.

Daniel me siguió, pasando desapercibido. Se pidió un café y tomó asiento en la mesa más alejada del comedor, periódico en mano. La imagen perfecta del guardaespaldas británico: sobrio, contenido, y probablemente armado hasta los dientes.

Imaginó que yo compartiría un almuerzo con mis compañeros, pero tenía otros planes. Y sin pensarlo demasiado, cogí mi café y aquella porción de tarta y me planté frente a Daniel Cross.

—¿Te importa que te haga compañía? —pregunté con una sonrisita de niño bueno.

Él levantó lentamente la vista y me clavó una mirada que me encendió la piel.

—Es una cafetería. No una sala de interrogatorios.

—Perfecto. Me encanta interrogar.

Me senté frente a él y crucé las piernas con teatralidad. Daniel ni se inmutó. Devolvió la atención a su periódico como si yo no fuera el centro de Gran Bretaña. Esa frialdad y serenidad me pusieron de los nervios. Porque quería sacarlo de quicio. Quería romper su compostura. Y sobre todo, quería seguir mirándolo de cerca.

—¿No desayunas nunca? —indagué mientras devoraba mi tarta.

—Ya he desayunado.

—¿Y no almuerzas tampoco? ¿O es que tu dieta solo incluye aire, tensión sexual y amenazas de muerte?

Eso sí lo hizo parpadear. Una diminuta grieta en la armadura.

—¿Qué quieres, James?

—Charlar. Estás aquí conmigo, sentado en una mesa. A esto se le llama interacción social. Deberías probarlo alguna vez. Dicen que es saludable.

Cerró el periódico con un leve suspiro, lo dobló con precisión militar y me miró. No, más bien me desnudó con la mirada.

—Creí que los príncipes solo hablaban con nobles y multimillonarios.

—¿Y quién dice que tú no seas uno de ellos? —jugueteé—. Tienes pinta de guardar una herencia secreta y un castillo en Escocia.

Daniel apoyó los brazos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—La herencia son unos padres adictos al fentanilo que se mataron entre ellos y el castillo es una chabola que compartí con más de treinta personas que se pasaban el día pinchándose hasta que Servicios Sociales creyó que podía salvarme.

No sabía qué esperaba oír. Tal vez la historia de un joven brillante criado por militares con mucho sentido del deber que le ofrecieron una educación impecable. Pero no. Me soltó aquello con un desapego escalofriante sin parpadear.

Por un momento, no supe qué decir. Estaba demasiado impactado por la normalidad con la que me había mostrado el infierno por el que había pasado. Me sentí ridículo. Rodeado de títulos, de honores, de ropa hecha a medida. Quejándome de mis gilipolleces como si mi drama fuera comparable a vivir entre agujas, muerte y abandono.

Honestamente, lo que más me impactó no fue lo que contó, que ya era grave de por sí. Sino cómo lo contó. Sin buscar lástima. Sin esperar comprensión o compasión. Como si fuera parte del paisaje. Como si el dolor ya no lo tocara.

Entendí que ese hombre no solo era fuerte. Era invulnerable de verdad, y lo peor es que, por primera vez en mi vida, no quise tener

el control. Sino conocer cada parte de su historia, entender cómo había llegado hasta ahí.

Quise… Maldita sea, quise quedarme y ver todo de él.

Me recompuse en mi asiento y aparté el plato de tarta, ya no tenía hambre. Daniel no parecía el tipo de persona de la que compadecerse, así que decidí escudarme en la ironía

—Qué dramático.

Fue lo único que pude soltar. Una frase absurda, insensible, más propia de una serie británica de los noventa que de una persona con sentimientos funcionales.

Cross ni se inmutó.

—Mucho. ¿Algo más?

Ahí lo supe. No era solo su historia, era su forma de vivir con ella. Daniel había creado una muralla tan jodidamente alta que ni sus recuerdos más oscuros podían treparla. No necesitaba que nadie le hiciera un psicoanálisis. Solo soltó la bomba y volvió a su silencio como si no acabara de desnudar una parte de su alma que yo nunca habría mostrado.

—No eres muy hablador, ¿cierto? —comenté.

—Para eso ya estás tú, que nunca callas.

Me reí, tenía toda la razón. Yo hablaba hasta en sueños. Era mi forma de defenderme del mundo: hablar, bromear, provocar. Él, en cambio, sobrevivía en silencio. Nos habíamos convertido en una especie de antítesis con piernas. Era irritante lo bien que empezábamos a funcionar.

—Te estoy protegiendo de tu introversión —bromeé.

—Muy amable de tu parte.

—En el fondo, soy un buen chico.

Por un segundo, uno muy pequeño, vi una chispa en sus ojos. En el fondo, le divertía mi presuntuosa forma de arrancarle una sonrisa. Y yo, por supuesto, quise verla de nuevo.

—¿Siempre has sido tan reservado?

—Prefiero observar.

—¿Y qué ves? —Lo desafié.

Cross me estudió un instante.

—Detestas la universidad. Te has pasado todas las clases garabateando en tu cuaderno, pero siempre tachas cuando crees haber terminado.

Me encogí de hombros, jugueteando con el tenedor. Yo no era tan valiente como él. No le diría que tenía cientos de cuadernos en casa con miles de garabatos y que esos garabatos, que a veces no tenían sentido, eran burdos intentos de diseños de moda que más adelante lucía en mi propio cuerpo.

—Sí, la detesto —confesé sin rodeos—. Estoy harto de fingir interés por la política y la diplomacia solo porque es el único modo de complacer a nuestro rey.

—¿Y qué hubieras escogido de haber podido decidir?

—Yo quiero fundar mi propia empresa. Algo mío. Algo que no tenga escudos heráldicos ni himnos nacionales detrás.

No sé por qué me atreví a ser sincero. Lo más aturdidor de todo fue que no me arrepentí.

—Algo que tenga que ver con la moda.

—Los garabatos… —sonreí.

Pero adónde iría un príncipe que quería dedicarse a los diseños. Gilipolleces.

Daniel frunció levemente el ceño.

—Sabes que la familia real no puede tener negocios propios.

—*Voilà* —exclamé alzando las manos—. Por eso odio ser príncipe.

Se quedó callado, observándome. No con lástima, sino con honestidad. Y en ese preciso instante, como si el universo tuviera alergia a las confesiones íntimas, se acercaron tres chicas de primer año. Todas peinadas como *influencer*, con carteras de diseño y unas sonrisas dignas de alfombra roja.

—¡James! —dijo una de ellas—. Disculpa la interrupción, solo queríamos decirte que estamos emocionadas con que vayas a dar el discurso de la hermandad. Seguro que será brillante.

Mierda, lo había olvidado.

—Tan encantadoras —las adulé con mi sonrisa más protocolaria —. Siempre es un placer ayudar a las mejores embajadoras de Oxford.

—¿Vendrás a la fiesta de después, verdad? —preguntó otra.

Ni siquiera me acordaba de sus nombres, joder.

—¿Lo dudáis?

Las tres rieron como si hubiera hecho un chiste. Se despidieron con un par de reverencias y se alejaron entre murmullos y carcajadas.

Daniel las siguió con la mirada y luego se giró hacia mí, alzando una ceja.

—Tienes pretendientas.

—No me hagas recordarte que soy gay —dije irónico.

—Pero eso ellas no lo saben. Y no parece que les importe que estés prometido.

—Porque solo buscan echarme un polvo.

Cross torció el gesto. Parecía intrigado.

—¿Eso te molesta?

—En absoluto, estoy al servicio de la corona.

Daniel apretó los labios, pero le brillaron los ojos.

—Podrías ser menos seductor.

—Y tú podrías relajarte un poco. Estás tan tenso que, si te empujo un poco, sales disparado por la ventana.

—Soy así.

—Te excita saber que tienes todo bajo control, ¿cierto?

Me miró sin cambiar el gesto. Inmóvil. Imperturbable. Pero sé que algo en su mandíbula tembló.

—Solo me excita saber que puedo hacer que alguien deje de hablar en cualquier momento.

—Auch —sonreí—. Casi me haces daño, Cross.

—Casi es todo lo que te voy a dar.

Era tan irritante. Me exasperaba tanto.

«Y si no dejas de mirar esa boca, empezarás volverte loco». Ah, no. Eso sí que no. Me puse en pie de un salto.

—Nos vamos —solté como si fuera un comandante.

—¿Adónde?

—Al fútbol.

—¿Perdón?

Cross pestañeó aturdido. Tenía lógica. Era un hombre muy estricto con las rutinas. Sabía que se despertaba cuando el sol todavía no había asomado para salir a correr y no regresaba hasta el amanecer. Después estructuraba su día basando en horarios que trataba de cumplir con precisión. Y eso de ir a un partido de fútbol no entraba en sus planes del día. Pero yo era así, un chico lleno de sorpresas.

El fútbol no era de mis aficiones favoritas. Pero Kenneth Langford era mi mejor amigo y solía apoyarlo. Además, me pareció muy entretenido ver a Cross intentando disimular su pánico logístico mientras yo hacía exactamente lo que me venía en gana.

Me miró de arriba abajo. Más tiempo del debido. Empezaba a conocerlo como para saber que en su cabeza ya estaba maldiciéndome.

—Juega el Tottenham —aclaré con gesto de solemnidad.

Vi cómo sus cejas se fruncían.

—Tenía entendido que la familia real se mantenía al margen de preferencias futbolísticas.

—Tradicionalmente, sí. Pero en la intimidad son del Chelsea. Excepto mi hermano Charles, que prefiere el Aston Villa, no me preguntes por qué.

—Y tú eres Spurs.

—Yo soy del equipo en el que juegue mi mejor amigo.

No tenía que decir su nombre. Daniel sabía a quién me refería. Y si Kenny decía Tottenham, yo decía Tottenham. Punto.

—¿Quieres viajar a Londres, ahora?

—Londres, no. Manchester, querido —le corregí.

La expresión de Daniel fue una obra de arte. Podría haberla enmarcado y colgarla en la National Gallery bajo el título «El horror administrativo».

—¿Quieres ir a Manchester a la una de la tarde?

—En efecto, mi querido Cross. —Le dediqué mi mejor sonrisa de cabrón encantador—. Los contribuyentes de este país pagan religiosamente sus impuestos para que mi trasero real pueda disfrutar de viajes en helicóptero cuando me salga de las pelotas.

—Voy a fingir que no he oído eso.

—Haz lo que quieras, pero muévete.

12



DANIEL

El palco VIP del Etihad Stadium era todo lo que uno esperaría de un club tan rico como el Manchester City. Desde allí se tenía una vista panorámica perfecta del campo, y la insonorización parcial permitía que el bullicio del estadio se colara con elegancia, sin necesidad de subir la voz para mantener una conversación.

Un camarero nos ofreció una bandeja con canapés minimalistas: tartaletas de salmón ahumado con crema de eneldo, mini *brioche* con rosbif y lo que parecía una reinvención innecesaria del clásico *fish and chips*, entre otros.

James agarró uno de cada tipo sin el menor pudor y sonrió a los presentes. En cuanto entramos, todos se giraron. Algunos se levantaron. Otros directamente sacaron el móvil. La reacción fue instantánea y él enseguida se endosó la máscara del príncipe de Reino Unido.

Saludó a todos con una amabilidad capaz de desarmar a cualquiera. Lucía una sonrisa impecable, modales de vitrina, y ese aire encantador que reservaba para cuando quería ganarse al público. Dio la mano a los organizadores, hizo una broma a los reporteros, se dejó fotografiar con un par de niños y hasta saludó a una anciana que llevaba un gorro con el escudo del City bordado. Todo sin perder la compostura.

Durante unos segundos, olvidé por completo que estábamos a un paso de arrancarnos los ojos la mitad del tiempo. Lo observé con auténtica atención. James era un arrogante y provocador, pero había algo en su capacidad para conectar con la gente que me resultaba casi hipnótico. Jugaba su papel con una habilidad impresionante.

A decir verdad, no era la primera vez que lo veían en un estadio. Todo el mundo sabía que James apoyaba activamente al Tottenham, y no se ocultaba que su mejor amigo, Kenneth Langford, era la principal razón. Un vínculo que los tabloides solían explotar porque se sabía que ambos habían compartido etapa en Eton. Entre ellos había una camaradería real, limpia y sin pretensiones, que, de alguna manera, me recordaba a la que yo compartía con Jace Grayson, mi compañero.

Kenny ya estaba en el campo calentando. Lo había conocido con anterioridad junto a Gianni Moretti. Ese chico era carismático y muy educado. Pero, en el campo, era imponente. Y me parecía un buen tipo. Uno de esos jugadores que no solo brillan por el talento, sino por el respeto que inspiran en el vestuario y en la grada, pese a su juventud.

Yo era del Tottenham desde crío. Nunca lo había ocultado, pero ahora lo llevaba en silencio, como tantas otras cosas. Así que, aunque el deber era mi prioridad, no podía negar que me gustaba estar allí, en ese palco, ante esa vista.

Y con James. Siempre él. Tan irritante como inevitable.

«Tan hermoso».

Negué con la cabeza. No me gustaban este tipo de pensamientos. Eran demasiado desconcertantes y no sabía cómo gestionarlos. Objetivamente hablando hasta un ciego habría reaccionado a la belleza de James. Pero yo era un hombre firme y no me afectaban ese tipo de cosas. Mucho menos viniendo de otro hombre.

El partido empezó con la energía propia de un encuentro cuyos equipos se detestaban. La multitud rugía, las banderas ondeaban como si anunciaran el apocalipsis y se coreaba cada pase de balón con fervor.

Kenny Langford era una maldita bestia. Rápido, intuitivo, agresivo cuando hacía falta. Cada movimiento suyo era puro instinto, talento y precisión. Me costaba encontrar fallos en su técnica, y eso que yo era especialista en encontrar errores.

El príncipe estaba sentado a mi derecha, con la pierna cruzada, copa en mano y ese brillo particular en los ojos.

—¿Qué? —preguntó al notar que lo estaba mirando.

—Estás disfrutando.

Se encogió de hombros, altanero.

—Langford es un gran jugador. Por supuesto que lo disfruto.

Torcí el gesto.

—Pero apenas miras el terreno de juego.

—¿Insinúas que tú eres más importante que el partido?

Esa expresión burlona y ese tono retador... Sabía lo que estaba haciendo, y no me contuve de sostenerle la mirada sin pestañear.

—Yo nunca insinúo, Su Alteza —murmuré.

Sus labios se curvaron en una carcajada tan inesperada como sensual. Como si no esperara que alguien le siguiera el juego con esa calma.

—Esa ironía… —dijo riendo con una malicia que se me metió bajo la piel.

Fue entonces, justo en ese instante, cuando supe que le encantaba la dinámica que teníamos. Ese tira y afloja constante lo excitaba tanto como a mí me exasperaba. Porque él sabía perfectamente lo que me provocaba. Y yo… Maldita sea, yo estaba empezando a pensar que lo dejaría ganarme solo para ver qué demonios haría después.

La pantalla del estadio mostró una repetición a cámara lenta y, durante unos segundos, todo el palco se llenó de aplausos suaves y murmullos de admiración. James mantuvo su porte de aristócrata, pero vi esa sonrisa contenida de orgullo sincero.

—Así que eres del Tottenham, ¿eh? —indagó—. ¿Nacido o criado allí?

—Ambos.

—¿Qué parte?

—Broadwater.

Alzó las cejas.

—Vaya, un chico marginal —soltó con voz suave.

Supongo que se acordó de la bomba que le había soltado en la cafetería de la universidad.

—Con mucho orgullo —respondí concentrado ya en lo que pasaba en el campo.

Kenny recibió el balón, se desmarcó a una velocidad asombrosa y disparó directo a puerta desde fuera del área. La zona del estadio reservada para los Spurs estalló al ver el golazo de su hombre.

James aplaudió con elegancia, sin alterarse. Pero en sus ojos vi algo que no había visto antes, una emoción genuina. No por el gol en sí, sino por su querido amigo. De no haber sido príncipe, supe que se habría puesto a gritar como un demente.

Yo, en cambio, no aplaudí. Ni siquiera reaccioné.

Porque algo me dio mala espina.

En medio del público enloquecido, de los gritos, las bufandas al viento y la marea humana eufórica había un tipo que no se había movido ni un milímetro.

Llevaba gorra negra, mascarilla quirúrgica oscura y una chaqueta ancha que no me dejó intuir su corpulencia. Además de un móvil levantado.

Hasta ahí, nada anormal. James era una figura pública. Lo habían enfocado miles de veces desde que llegamos. Muchos lo fotografiaban. Algunos incluso se habían hecho selfis con él de fondo.

Pero ese sujeto no sonreía ni hablaba. No había reaccionado al gol, solo miraba fijamente a James. Y cuando notó que yo lo había cazado, se dio la vuelta y se escabulló entre la gente.

Mi pulso no se aceleró, pero mis músculos se tensaron, más que listos para pasar a la acción. Todo mi cuerpo estaba en alerta. Era instinto, había aprendido a distinguir cuándo una amenaza se disfrazaba de normalidad. Y ese hijo de puta no estaba allí para disfrutar del espectáculo.

13



JAMES

El restaurante era uno de esos sitios de autor donde los camareros hablaban como si recitaran poesía gastronómica y la carta venía escrita en tipografía minimalista con nombres tan pretenciosos que uno dudaba si estaba pidiendo cena o una exposición de arte.

Estábamos Kenny, Cross y yo sentados ante una mesa redonda junto al ventanal, rodeados de luces cálidas, platos que parecían lienzos y un vino carísimo que me sabía a redención. Había convencido a mi guardaespaldas de sentarse con nosotros. Bueno, convencer no era la palabra exacta. Más bien, lo había arrastrado conmigo. En el fondo, no soportaba la idea de tenerlo sentado en la barra observándome cual acosador. Principalmente porque toda la concentración se me habría ido a la polla y no era justo para Kenny después del *hat trick* que había marcado.

—Tú no cenas con nosotros —le había dicho mi amigo con una sonrisa—. Tú eres parte del equipo, hermano.

Y ahí estaba. Mi agente personal, MI5 *edition*, compartiendo mesa como si fuera un colega de toda la vida. Hablaba de fútbol con Kenny como si esa pasión los hubiera unido desde críos. A mí no me mentía, estaba disfrutando pese a esa cara de póker con mueca letal. Y yo disfruté por verlo a él y eso me molestó. Muchísimo.

Kenny se expresaba animado, gesticulando como siempre, mientras Daniel asentía, preguntaba y analizaba jugadas. ¡Hasta se rio! Y yo tuve que fingir que no me afectaba, que no me producía ningún tipo de ¿deseo? ¿emoción? ¿Una mezcla de ambas?

Los observé. Mi mejor amigo y mi mayor dolor de huevos.

«No, no puedes permitirte esto. No puedes empezar a ver a Cross como otra cosa que no sea un obstáculo glorificado con abdominales», me dije a mí mismo.

Pero es que, maldita sea, estaba siendo muy difícil.

Tenía esa forma de apoyar los codos sobre la mesa, de llevarse la copa a los labios, de soltar una observación con voz grave y segura que me provocaba un nudo en el estómago. Y en los pantalones.

Cerré los ojos un instante. Imaginé cosas que no debía imaginar. Cosas físicas y carnales. Intensamente explícitas. Lo imaginé empujándome contra la pared y besándome como si no le importara nada más.

Me enfadé conmigo mismo. Ese hombre era recto como una maldita flecha y jamás pondría un dedo encima a otro hombre. Así que hice lo único que sabía hacer cuando mi cuerpo se rebelaba.

Cogí mi móvil y abrí mis contactos. Max, fotógrafo freelance, residente en Manchester. Nos habíamos cruzado un par de veces en fiestas discretas. Guapo, obediente y muy dispuesto.

«¿Estás en la ciudad? Me apetece desconectar esta noche», le escribí.

14



DANIEL

Era demasiado tarde para regresar a Spencer Manor, y el helicóptero no era una opción con la niebla cerrándose sobre Manchester. Así que activé el plan B. Un hotel de cinco estrellas que había reservado antes incluso de que saliéramos de Oxford.

A esas horas, solo quería llegar a la habitación, quitarme el traje, y revisar las grabaciones de seguridad de ese tipo encapuchado que había visto en el estadio. Reconozco que disfruté muchísimo de la cena. Kenny era un tipo súper divertido y tenía un poder de conversación impresionante. En el caso de James, podía decir que había sido la versión que era con sus amigos más íntimos. Encantador, divertido e incluso tierno.

Pero, en cuanto nos quedamos a solas, su actitud cambio.

—¿Realmente es necesario eso de tener habitaciones contiguas? —rezongó en cuanto entramos en el ascensor del hotel.

No respondí. Creo que quedaba perfectamente implícito que la seguridad era indispensable. Me irritaba que James lo olvidara con tanta frecuencia. A veces, no parecía consciente de quién era, le gustara o no.

Se apoyó contra el espejo. Yo miraba al frente, evitando otear cómo se quitaba la corbata. Pero sentía sus ojos fijos en mi nuca. Esa tensión incómoda que se había instalado entre los dos ya no era

solo profesional. Y no la entendí. No entendí por qué también surgía de mí cuando lo único que a veces deseaba era abofetearlo.

—Deberías relajarte, Cross. Esta noche no hay amenazas. —Sonrió irónico—. Solo un príncipe con ganas de portarse mal.

Giré un poco la cabeza. No me había dado cuenta de lo cerca que estábamos.

«O tal vez eres tú que estás demasiado receptivo», pensé. Maldita sea.

—¿A qué te refieres?

—Esta noche voy a tener compañía.

Lo dijo con una naturalidad que me golpeó en el pecho, pero me mantuve callado. Porque si hablaba, podía decir algo de lo que me arrepentiría y eso me frustró muchísimo. Nunca me había sentido tan cerca de perder los nervios.

—No hace falta que vigiles —continuó el príncipe un tanto desafiante—. Me defenderé solo. Ya sabes que soy muy ágil.

—¿Cómo la última vez? —ataqué.

Sé que fue un golpe bajo, pero no lo pude evitar, y James me aniquiló con la mirada.

Cuando llegamos al piso, caminamos en silencio por el pasillo enmoquetado. Nuestras habitaciones estaban unidas por una puerta interior, pero el acceso desde fuera era independiente. Así que James abrió la suya, se giró un instante y dijo:

—No interceptes mi visita o mañana estarás de vuelta a tu chabola de Broadwater, cariño.

De pronto, lo empujé contra la pared sin pensarlo. Mi cuerpo reaccionó antes que mi maldito instinto de autocontrol. Lo arrinconé con ambos brazos firmes a los lados de su cara, tan cerca que podía sentir el latido acelerado en su cuello, el calor que desprendía su cuerpo y la maldita arrogancia que vibraba bajo su piel.

Aun así, seguía provocándome.

—No vivo en Broadwater y mi chabola resulta ser un ático en Clerkenwell bastante espacioso —espeté con voz gutural—. Pero si lo que pretendes es amenazarme y no tanto humillarme, déjame decirte algo, príncipe…

Me acerqué un poco más. Vi cómo él se entiesaba. No por miedo. Era otra cosa. Una tensión sorda que solo se da entre dos personas que no se soportan, pero no pueden evitar sentir ese maldito impulso salvaje, estúpido y prohibido. Muy prohibido.

—Podría reducir a tu amante antes incluso de que ponga un pie en este hotel —continué, sin moverme ni un centímetro—. Y después subirte al primer coche disponible y llevarte de regreso a Spencer Manor, de donde no saldrás hasta que entiendas cuáles son mis funciones y dejes de ser un capullo insufrible.

Sentí algo sucio, demasiado carnal y desconocido para mí. Algo que me sacaba por completo de mi zona de confort.

—¿Entre tus funciones también incluyes acorralarme? —Su maldita voz sonó ronca y provocadora, como si estuviera al borde del orgasmo solo por llevarme la contraria.

Me incliné aún más. Casi podía saborearlo.

—Sí. Si es necesario.

—Aléjate —susurró, pero su cuerpo no se movió ni un milímetro.

Sus ojos tampoco lo decían en serio. Mierda, ese chico era puro caos. Y me estaba arrastrando con él.

—Tus órdenes no tienen valor para mí —gruñí.

Mi cuerpo estaba al borde del precipicio. Lo peor fue que cometí el error de mirar su boca y, por un momento, me pregunté cómo sería besarlo y follármelo hasta dejarlo temblando en mi cama.

«Estás perdiendo la cabeza, compañero», me dije. Nada de aquello tenía sentido.

James me miró como si hubiera escuchado mis pensamientos y me desafió. Alzó el mentón y se mordió el labio. Esperaba a que yo hiciera cualquier cosa, como si ese hubiera sido el plan desde el principio. Para destruirme a mí y después a sí mismo.

—De acuerdo. —Sonrió malicioso—. Puedo decirle a mi amante que no venga porque ya he encontrado un sustituto dispuesto a cualquier cosa para tenerme justo donde él desea.

Lo dijo tras haber acercado su boca a un suspiro de la mía. Noté uno extraño hormigueo vibrando bajo mi piel. Uno de los dos debía ceder. Y sabía perfectamente que no sería él.

Me alejé de golpe, resignado.

—Dos horas, no más.

Abrí la puerta de su habitación, lo empujé dentro y cerré de un portazo. Justo entonces apoyé la frente en la madera y me planteé darme cabezazos hasta entrar en razón y, de paso, calmar el calor que se me había instalado en la parte baja de mi cintura.

Quizá lo mejor era una ducha de agua fría.

15



DANIEL

Había pasado una hora cuando escuché que alguien golpeaba la puerta de la habitación del príncipe. A continuación, le siguieron unas voces, risas, pasos. Y entonces, un silencio que dijo mucho más que las palabras.

James y ese tipo al que había seguido a través del circuito cerrado de cámaras estaban besándose. Podía imaginarlo. De hecho, casi pude oír el leve crujido de la ropa. Y lo peor, la ducha no había servido de una mierda.

Respiré hondo. No podía darle un nombre a lo que me pasaba. Era algo sucio y demasiado humano para mí.

Me tentaba llamar a mi jefa y declinar el trabajo. Incluso ofrecerle que me pusiera a hacer papeleo durante un año, si lo creía conveniente. Pero una de las cosas por las que Amelia Clarkson me había recomendado para proteger al príncipe era que confiaba en mí más que en nadie. No podía defraudarla.

Conocí a esa mujer cuando era un adolescente con demasiada rabia y poco que perder. Por entonces yo formaba parte de los Tinkers, una banda que se dedicaba a trapichear y dar pequeños golpes. Tenía catorce, cara de perro y puños rápidos. Y ella apareció por primera vez con una gabardina gris, tacones de aguja y esa mirada que podía partir en dos a cualquiera sin decir una palabra.

Me reclutó. Digamos que me convirtió en su puto proyecto personal. No sé por qué lo hizo. Tal vez vio algo en mí o quizá solo le gustaban los desafíos. Pero lo cierto es que desde entonces fue la única figura de autoridad que no quise destruir a golpes.

Amelia era sarcástica, afilada y con una lengua tan venenosa como precisa. Tenía la capacidad de hacerme sentir un inútil con una sola frase, pero también era la primera en cubrirme las espaldas cuando todo se iba al carajo.

A su manera, era lo más parecido a una madre que había tenido. Y sí, discutíamos. Todo el tiempo. Nos lanzábamos puyas, ironías, comentarios que rozaban la falta de respeto. Pero sabía que, pasara lo que pasara, Amelia estaría para mí. Y eso lo significaba todo para alguien como yo. Por eso debía quedarme con el príncipe, por más complicado que fuera.

Decidí centrarme en el informe diario, pero terminé desplomándome en la silla del comedor de aquella excesiva *suite.* Algo de mí estaba a la espera de escuchar los gemidos de James. Pero nunca llegaron. No dejaba de imaginarlo desnudo, retozando con ese tío en su cama.

De pronto, la puerta que conectaba mi habitación con la del príncipe se abrió. Di un salto ágil al tiempo que cogía mi arma y apuntaba en la dirección. James se congeló y me miró aturdido. Vestía un albornoz blanco impoluto que no hizo más que resaltar los preciosos rasgos de su cara y esos ojos azules que parecía dos diamantes.

—¿Tanto me odias? —dijo un poco asfixiado.

Suspiré mientras él se adentraba en la habitación. Lo seguí con la mirada hasta mi cama, donde se sentó como si no le importara saber que estaba desnudo bajo esa gruesa tela. Ni siquiera le importó que el nudo se le aflojara un poco y desvelase un poco más de piel de la debida. La forma de su pecho, el camino hacia su ombligo, esa piel pálida y dorada, aquellas piernas bien definidas, su maldito cuerpo adoptando una postura relajada mientras el cabello húmedo le caía sobre las cejas.

No pude apartar los ojos de él. No moví ni un músculo. Solo fingía que no estaba divagando sobre cómo sería tenerlo desnudo de

verdad. Joder, estaba perdiendo la cabeza.

—Dos horas justas. ¿Qué te parece? A esto es a lo que llaman puntualidad británica —dijo socarrón y me entraron ganas de empujarlo por la ventana antes de cometer la locura de arrancarle ese maldito albornoz.

Le clavé una dura mirada. El príncipe respondió tan insolente como sensual. Tan jodidamente peligroso como deseable.

Me obligué a relajarme y tomé asiento para seguir con el informe como si su presencia no hubiera llenado los doscientos metros cuadrados de aquella habitación.

—Oh, vamos, Cross. ¿Sigues enfadado? —protestó.

—No. Solo quiero terminar el informe y dormir.

—¿No has podido terminarlo en estas dos horas?

Desvié la vista hacia él, muy despacio, como si ese simple gesto me costara la integridad. James sonrió. Sabía muy bien cuánto me irritaba. Lo que no imaginó fue que su piel era el principal motivo.

—No estoy para provocaciones —espeté.

—¿Y qué has escrito? ¿Que el príncipe es maricón y se ha pasado la noche follando con un tío mientras imaginaba a su guardaespaldas? —Apreté los dientes—. ¿Que soy un maldito irreverente, indomable que te saca de quicio y estás deseando un traslado?

Lo miré de nuevo. No a su boca, ni a su clavícula, ni a la gota de agua que descendía por su pecho como si el universo quisiera torturarme. Lo miré a los ojos. Odiaba cómo me afectaba.

—Les estoy informando de las anomalías que he percibido mientras tú disfrutabas del partido de tu amigo —sentencié.

El estupor lo golpeó. Creo que, por primera vez desde que todo aquello empezó, James pareció consciente del riesgo real. De lo mucho que se estaba jugando con cada uno de sus pasos. Vi pasar por su mente el mapa completo de las consecuencias y noté el miedo. Minúsculo, sí. Disfrazado, también. Pero real.

Se sintió estúpido por no haberlo previsto. Por confiar en que todo podía manejarse con una sonrisa descarada. Por no haber reparado en todos los detalles que lo rodeaban. Pero para eso estaba yo allí, y esa certeza le aliviaba.

Razón de más para ser yo quien jugara un poco ahora.

—¿Le ha comido la lengua el gato, Su Alteza? —ironicé a su estilo.

James entrecerró los ojos, y yo volví a la carga.

—¿Sabes que tengo formación militar? —dijo travieso.

—Sí. Cuarenta y cuatro semanas en la Royal Military Academy Sandhurst.

—Entonces, sabrás que es extremadamente exigente. Tanto en lo físico como en lo psicológico.

Alcé una ceja, muy despacio.

—¿Qué intentas decirme?

—Podríamos batirnos en duelo —comentó con fingida solemnidad.

Mi comisura se levantó apenas un milímetro. La única expresión que se me escapaba cuando el muy cabrón conseguía divertirme de verdad. Y, por supuesto, él lo notó.

—¿Eso es una risa? ¡Oh, joder, el Hombre de Hielo ha sonreído! —exclamó, teatral, llevándose una mano al pecho.

Suspiré y me puse de pie, cerrando el portátil.

—Lárgate. Es tarde y tengo sueño.

Se me acercó todo emocionado. Mierda, estaba demasiado bonito, y yo no dejaba de notar esa risa estúpida luchando por salir.

—Hablaba en serio, ¿eh? —protestó divertido.

—Sí, sí.

Lo insté a caminar.

—¿No vas a arroparme? —me provocó en cuanto llegó al umbral de la puerta.

Lo miré de arriba abajo, notando como mi pulso temblaba un poco.

—Vístete antes de acostarte. No quiero despertarte mañana y encontrarte en pelotas.

Me regaló una sonrisa a medio camino entre lo encantador y lo seductor.

—No me des ideas, Cross.

16



JAMES

Habían pasado unos días desde nuestro viaje a Manchester, y no podía dejar de pensar en un detalle. Algo había cambiado. No fue la mirada de Cross ni su tono. Ni siquiera su forma de mirarme como si quisiera estrangularme y empotrarme al mismo tiempo.

Era yo el que estaba cambiando. Porque me había dado cuenta de que Daniel Cross no era esa piedra hecha de sarcasmo y acero. No. Era humano. Tan humano que supe, en lo más profundo y retorcido de mi ser, que si empujaba lo suficiente, se rompería.

Ciertamente, era una sensación vinculada al instinto. Nada más. Seguía sin poder leer sus movimientos, sus reacciones, esos ojos que me quemaban. Cada vez que creía ver una grieta en su armadura, él la cerraba con una mirada helada y un muro de silencio. Ese hombre me odiaba y no soportaba que yo me escapara de su dominio. Era eso lo que me había despertado unas ganas desesperantes de empujarlo al abismo.

Así que decidí cambiar de táctica. Si la provocación no lo quebraba, tal vez la seducción le incomodaría lo bastante como para que desapareciera de mi vida ahora que todavía confiaba en mis emociones.

No quería que Daniel me gustara. En realidad, nadie nunca me había gustado lo suficiente como para sentirme intimidado.

Despreciaba el romance y todas esas ñoñerías que solo servían para convertir a un humano funcional en un gilipollas de proporciones insoportables.

Yo no quería eso. Mucho menos sentirlo por alguien como Daniel Cross. De verdad. Me esforzaba en odiarlo. Era seco e inflexible. Me vigilaba, me juzgaba, me ponía límites. Definitivamente, no me caía bien. Se le daba de escándalo sacarme de quicio. Y no lo soportaba porque yo necesitaba tener el control. Si continuaba explorando ese sendero, temía necesitarlo. Era demasiado peligroso.

Por eso era imperativo que se largara. Lo quería fuera de Spencer Manor, de mi habitación, de mi cabeza. De mi puto sistema.

Esa mañana estaba entrenando en el gimnasio. Digamos que era su rato libre porque sabía que yo no tenía previsto salir y me encontraba en la residencia bien vigilado por el resto de los hombres que componían la seguridad del lugar.

Daniel lanzaba golpes al aire con una habilidad excitante. El maldito control que tenía sobre su cuerpo era impresionante. Se movía con naturalidad, como si la lucha fuera su segunda piel, derrochando una masculinidad pura, cruda y salvaje.

Maldita sea, era un espectáculo mirarlo. Músculos marcados, torso perlado en sudor, esa espalda ancha tensándose con cada movimiento. Y ese rostro severo y hermoso plenamente concentrado.

Cross no era solo la belleza física. Desbordaba puro magnetismo y una energía dominante. Y yo no quería apreciarlo. Quería lamerlo entero.

Me quedé en la puerta un momento, observándolo sin pudor. Y lo odié. Odié lo guapo que era, la forma en que su cuerpo me hablaba como si me conociera. Odié que me apeteciera besarlo, morderlo, empujarlo contra la pared y decirle «admítelo, idiota, tú también lo sientes».

Pero ¿el qué? ¿Qué era eso? ¿Qué sentía, qué nombre tenía?

Quería apartar la mirada, darme la vuelta y marcharme. Quería ser un príncipe frío, indiferente, civilizado. Pero no lo hice. Así que había llegado el momento de jugar sucio.

Avancé hacia el expositor de material con esa falsa indiferencia que aprendí en palacio. Mi mano se deslizó por las empuñaduras de madera hasta encontrar lo que buscaba: una *shinai*. La levanté con una leve sonrisa.

Pocos sabían que había pasado años practicando kendo. Me fascinaba el ritmo, la disciplina, ese tipo de combate. Era bueno, muy bueno. Lo bastante como para haber competido a nivel internacional. Incluso mi antiguo *sensei* me había animado a presentar mi candidatura a la selección juvenil. Pero el rey tenía otras prioridades.

«Los príncipes no se baten en duelo, hijo. Los príncipes heredan, gobiernan y ceden», me dijo mi padre una vez. Y vaya si cedí. Me había pasado la vida cediendo.

Sujeté la barra con ambas manos, dejando que el peso me recordara lo mucho que me gustó esa época en la que creía que podía aspirar a todo. Apreté los dedos sobre la empuñadura y ensayé un par de movimientos suaves. Mi cuerpo lo recordaba bien.

Al otro lado de la sala, Daniel se detuvo. Vi cómo cogía la toalla y se secaba el sudor del cuello con lentitud. Cada músculo de su torso se contrajo, definido hasta lo absurdo. Después se llevó la botella de agua a los labios y bebió derrochando una sensualidad involuntaria que me encendió la sangre.

Su forma de observarme me desveló que me había percibido mucho antes de reaccionar. Ese cabrón siempre lo veía todo.

Yo, en cambio, lo miré con descaro. Como si fuera mío. Como si me perteneciera porque sí, porque era un maldito príncipe de Reino Unido. No oculté nada. Ni la forma en que mi mirada se arrastró por su abdomen ni cómo me demoré en la curva de su boca. Quería que lo sintiera. Que ardiera por dentro. Que se sintiera asqueado.

Se mostró impertérrito. Pero detecté la tensión en su mandíbula y ese parpadeó lento. Daniel Cross estaba incómodo y eso me encantó. Porque el hielo había empezado a agrietarse. Y estaba dispuesto a aprovechar la oportunidad.

Apunté a Daniel con la *shinai,* sin sutilezas, y algo brilló en su mirada.

—¿Conoces el arte del kendo? —pregunté con una sonrisa torcida. Su silencio me invitó a continuar—. Es lo único que mi padre me permitió escoger. Supongo que eso de verme portando un palo me daba un aspecto más varonil. —Abrí los brazos y me exhibí—. ¿Qué opinas?

Daniel me recorrió con los ojos, lentamente. No desveló ninguna emoción, tan solo me analizó desde esa frialdad suya que a mí tanto me encendía. Se tomó su tiempo en cada parte de mí, y, por alguna razón, ese gesto tan analítico me hizo tragar saliva. No entendí si me estaba desnudando con la vista o si simplemente intentaba evaluar la respuesta a la pregunta tan capciosa que le había hecho.

—¿Tu padre tiene dudas sobre tu masculinidad? —inquirió de pronto, con voz grave.

—Mi padre cree que soy una desvergonzada damisela con rabo y unos huevos que no merezco —repliqué con una dulzura venenosa.

Entonces, me giré, cogí otra *shinai* y se la lancé sin pensar. Daniel la atrapó al vuelo sin apenas esfuerzo. Maldita sea, ese gesto me produjo un escalofrío. No era justo que ese cretino fuera tan sexi. Debería estar prohibido.

—¿Te animas? —lo desafié.

—Mi disciplina es más física —me anunció tanteando el peso del arma entre las manos, girándola con precisión, sin apartar los ojos de mí.

—El cuerpo a cuerpo, ¿no? —Sonreí mientras me acercaba a él.

—Exacto.

Nos posicionamos. La distancia exacta entre el deseo y la imprudencia. Daniel ajustó el agarre con disciplina militar, observándome como si quisiera encontrar mi punto débil. Yo, en cambio, lo miraba intentando congelar el deseo que de pronto sentí por él.

—Seguro que sabrás defenderte.

El primer golpe retumbó en el aire con un crujido seco y contundente. Nuestros *shinai* chocaron y las vibraciones subieron por mis brazos hasta el pecho. Me lancé con una combinación rápida

y precisa y ataqué el flanco izquierdo, después el derecho, y terminé con un giro que pretendía sorprenderlo.

Daniel retrocedió un par de pasos, pero no perdió la compostura. Su cuerpo se movía con una fluidez contenida, como si tuviera resortes bajo la piel. Contraatacó con fuerza, me obligó a girar, a bloquear, a adaptarme.

Y ahí empezó el juego de verdad.

Los golpes se intensificaron. El ritmo se volvió más rápido y feroz. Más... íntimo. Los jadeos comenzaron a llenar el espacio. No eran de agotamiento, sino de pura provocación, de algo sucio que empezaba a hormiguear bajo mi piel.

Entonces, el chasquido de las *shinai* hizo que nos detuviéramos en seco y nos observáramos con el amago de una sonrisa bailando en nuestras bocas. Maldito fuera, qué erótico era verlo así, con el flequillo negro colgando sobre el marcado puente de sus cejas, esa mueca traviesa en los labios y esos ojos rabiosamente azules.

—Eres bueno —admitió con un jadeo.

—Por supuesto que lo soy —sonreí orgulloso.

Daniel atacó de nuevo y me arrinconó.

—Pero pierdes reflejos en la parte baja —anunció—. Y eres lento moviendo los pies.

Respondí a la maniobra con la sabiduría que requería esa disciplina.

—Te aprovechas porque no respetas las normas del arte del kendo.

—Tengo las mías propias —dijo con una voz que me erizó la piel.

Y así estalló el caos.

Me lancé en diagonal con un ataque rápido y limpio, buscando su flanco derecho. Lo sorprendí y, por un segundo, creí que iba a caer. Pero Cross reaccionó con una fluidez casi animal, giró su torso, soltó la *shinai* y me atrapó por la cintura con una brutalidad contenida que me dejó sin aliento. Ambos caímos a la lona con un golpe sordo. Mis pulmones expulsaron el aire abruptamente, pero me recompuse y terminé a horcajadas encima de él.

Nuestras caderas se tocaron al tiempo que nuestros alientos se entremezclaban. Estábamos tan cerca que casi podía notar el roce de sus labios. Mientras tanto, sus manos aún aferradas a mis caderas, las mías clavadas en su pecho.

—¿Tablas? —susurré desafiante.

Daniel no dijo nada. Solo me sostuvo la mirada con una intensidad que me desarmó. Y luego actuó. Con un movimiento rápido, me volteó. De pronto, se me subió encima, atrapó mis muñecas y encajó su cintura entre mis piernas. La presión de su peso. Su calor. Su puta respiración acariciando mi boca. Lo percibí todo y fue demasiado. Me hizo desear cosas que no debía imaginar.

Su mirada me taladraba., me excitó tanto que cada célula de mi cuerpo parecía vibrar. No lo pude evitar, atrapada entre los dos como estaba, mi erección comenzó a despertar. Reclamaba atención y lo peor de todo fue que Daniel la notó. Pudo sentirla, no había forma de disimularlo. Mi polla se puso tan dura como una piedra en cuestión de segundos.

Era el mejor momento para espantarlo, debía aprovecharme de él. Así que empecé a frotarme. El roce contra sus caderas me produjo una descarga eléctrica que fue directa a mi sistema nervioso.

Daniel no se movió ni un milímetro y su expresión tampoco varió. Pero sus ojos… Sus ojos eran puro fuego contenido. Como si se estuviera librando una guerra interna por no ceder.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó entre dientes.

—La otra noche no mentí cuando dije que te imaginé mientras me follaba a ese chico —solté para poner a prueba su resistencia.

Daniel estrujó un poco más mis muñecas y apretó la mandíbula.

—Pero se te olvidó añadir que solo lo haces para irritarme —dijo gutural.

—¿Tanto se nota?

Sus ojos bajaron a mi boca. Luego, a mi cuello. Y después a mi entrepierna, donde mi erección era una provocación descarada contra su pelvis.

—No vas a conseguir lo que quieres solo porque te pases el día insinuándote.

Lo que quería era que se largara. Ambos lo sabíamos. No tenía nada que ver mi reacción física. Eso podía explicarse. La fricción, la carga de testosterona. Era un hombre gay sano y funcional frente a un ejemplar extraordinario.

—Yo creo que si aprieto un poco más —mi erección chocó con su miembro— caerás. Y entonces ambos podemos librarnos de toda esta gilipollez, Cross.

Entrecerró los ojos. Genial, me repudiaba. Lo que no terminaba de entender era por qué demonios no se apartaba de mí y me daba una paliza.

—¿Tanto te cuesta aceptar que estoy aquí para protegerte?

No iba a ceder, y me acerqué a su boca.

—¿Acaso alguien me ha preguntado si quiero protección? —susurré.

Y ahí nos quedamos. Él, clavándome en el suelo con todo su peso, y yo, con el cuerpo en llamas, las venas ardiendo y el corazón estrellándose contra mis costillas. Lo deseaba con una necesidad que rayaba lo enfermizo. Y su odio no hacía más que empeorar.

Entonces, Daniel se apartó y se puso en pie de un salto. Me dejó en el suelo boqueando como un pececillo con una erección impresionante a la vista. La oteó un instante, pero no detecté repulsa en él, sino más bien hastío.

Yo también me incorporé. El sudor me pegaba la camiseta al pecho y el pulso seguía acelerado, pero no pensaba rendirme. No después de lo que acababa de sentir. No cuando él me había empujado a ese límite.

—Te has puesto nervioso —murmuré travieso.

—No conoces los límites, ¿verdad? —gruñó.

—Cruzarlos es lo más divertido —Alcé las manos con gesto inocente—. Oh, ¿no me digas que te he incomodado? ¿Tu ego de hetero no te permite aceptar que despiertas atracción en mí?

—Sé lo que te propones, James. Y no va a funcionar.

Me acerqué muy despacio. Sabía que estaba jugando en el borde del precipicio, pero ahí era donde me sentía más libre. Me detuve frente a él. Sus ojos ardían, la mandíbula seguía tensa.

Entonces, decidí volverme loco. Me incliné hacia su boca y pasé la lengua por sus labios. Despacio. Como si lo estuviera saboreándolo. Fue un gesto obsceno, intencionalmente sucio y un poco desesperado. Porque la verdad era que la lujuria empezaba a hervirme en la piel, pero no olvidaba mi propósito. Si conseguía que se largara, quizá mi cuerpo se olvidaría de él.

Quizá yo podría olvidarme de él.

Pero Daniel siempre encontraba la forma de sorprenderme.

Resolló y su mano me atrapó del cuello con fuerza. Sus dedos se clavaron hirientes en mi yugular, me obligaron a inclinar la cabeza hacia atrás en busca de aire. Me sentí tremendamente pequeño, a merced de la bestia que yo mismo había despertado.

Me empujó hacia atrás hasta que mi espalda chocó contra la pared con un golpe seco. No me dolió, pero sí me cortó el aliento. Porque Daniel me acorraló con su cuerpo. Su pecho contra el mío, su cara a escasos milímetros de la mía. Podía sentir su aliento cálido e irregular. Estaba respirando como si acabara de correr una maratón. Y sus ojos destellaron febriles.

Por un segundo, creí que iba a besarme. Lo noté en las entrañas. Sentí cómo su nariz rozaba la mía, cómo su pulgar apretaba levemente mi garganta, cómo su otra mano se clavaba en mi cintura.

Cerré los ojos y me abandoné a lo que sea que quisiera hacerme. Pero no sucedió nada.

Súbitamente, me soltó y empezó a retroceder. Se largó sin decir nada y cerró la puerta de golpe. Me dejó allí, jadeando asfixiado, duro como el acero y sintiendo un vacío desesperante en la boca de mi estómago.

17



DANIEL

La noche había caído sobre Spencer Manor.

Me había duchado. Dos veces. Primero con agua caliente y después con agua helada. Nada. Había probado con un par de tragos de *whisky* caro. Me puse música. La apagué. Me tumbé. Me levanté. Todo en vano. Porque mi cabeza seguía girando en torno a lo mismo.

James.

El maldito entrenamiento de la mañana me había dejado marcado y no por el cansancio. Aún podía sentir su cuerpo contra el mío. Su jadeo a centímetros de mi boca. Esa erección descarada que me abrasó la piel incluso a través de la ropa. Ese momento en el que creí que lo besaría, que perdería el juicio por completo y terminaría sucumbiendo a esas extrañas ganas que me despertaba.

Me sentía inquieto. El deseo nunca me había condicionado, no era de los que pensaban con la polla. Obviamente, había tenido mis escarceos, pero ninguno tuvo el poder de alterarme. Siempre fui práctico con el sexo, era parte de mi disciplina. Porque labrarse una carrera como la mía habiendo salido de las cloacas no permitía distracciones. Mucho menos debilidades.

Sin embargo, ahí estaba yo, encendido por alguien que no era un simple error, sino el peor error posible.

Salí al balcón buscando aire. El cielo estaba cubierto, Boars Hill dormía bajo una capa de nubes densas. Me apoyé contra la barandilla y pensé que necesitaba hablar con alguien. Si llamaba a Pembroke no sabría ni qué decirle. Si llamaba a Amelia, terminaría hecho picadillo antes del amanecer.

Solo existía una persona con la que podía hablar de aquello sin que me sintiera como un desalmado.

Jace Grayson era, a todos los efectos, mi mejor amigo. Y eso no era poca cosa. En un entorno como el nuestro, la amistad era un lujo que casi nadie podía permitirse.

Nos conocimos en la Intelligence Officers' New Entry Course, comúnmente conocida como la IONE, durante el entrenamiento de ingreso al MI5. Dos jóvenes con expedientes brillantes y demasiada rabia acumulada como para encajar en una oficina.

Jace hablaba seis idiomas, tenía una mente privilegiada y un encanto arrogante que le permitía mimetizarse con cualquier entorno. A los veintiocho fue transferido al MI6 y, desde entonces, no había dejado de sumar misiones internacionales.

En los últimos meses, no habíamos hablado mucho. Pero teníamos un sistema. Una frase clave que podía enviarle por mensaje si necesitaba algo.

«¿Todavía tomas el té con miel?». Era absurdo, lo sabíamos. Pero había funcionado las pocas veces que lo usamos.

Lo envié. Ahora solo hacía falta esperar unas horas. Quizá días. En el peor de los casos, semanas. Y todo aquello me parecía una gilipollez. Molestar a mi mejor amigo para hablarle de por qué demonios me excitaba el puñetero príncipe James de Bellingham.

Sorprendentemente, mi móvil empezó a vibrar a los pocos minutos y una oleada de alivio se expandió por mi sistema.

—Daniel, ¿va todo bien? —preguntó Jace en cuanto descolgué.

Su voz era la misma de siempre, irónica, cálida y ligeramente burlona. Y no supe ni por dónde empezar.

—Sí, no te preocupes. Te llamaba por un asunto… personal.

Un silencio breve al otro lado, Jace captó la anomalía de inmediato.

—¿Personal?

Mierda, no quería hablar de mí. Pero tampoco podía seguir fingiendo que todo estaba bajo control cuando hacía días que lo había perdido.

Tragué saliva.

—No quiero tener esta conversación contigo, Grayson… —admití en voz baja—, pero las cosas no parecen que vayan a cambiar a corto plazo.

En realidad, iban a empeorar. Yo empeoraba por momentos.

—Es James, ¿verdad? —comentó—. La jefa me dijo que te habían asignado su seguridad.

Respiré hondo.

—Siempre has sido tan astuto.

—¿Qué pasa?

Me pasé la mano por la nuca, incómodo. No estaba preparado para decirlo en voz alta, pero ya había cruzado esa línea. Retroceder no era una opción.

—No puedo mantener una relación estrictamente profesional— admití al fin—. Se mete debajo de mi piel.

Y era cierto. Lo hacía. James tenía esa capacidad de infiltrarse e instalarse en mi sistema como un maldito veneno dulce. Se me aparecía hasta con los ojos cerrados.

—¿El príncipe de los escándalos y las fotos virales? Qué honor —bromeó sin una pizca de sorpresa.

—No es como todos creen —musité pellizcándome el entrecejo —. No es solo un tipo encantador que se sale del guion real para llamar la atención. Es mucho más complejo. Y más… auténtico.

James no era una portada de tabloide. Era una bomba emocional con mecha corta. Una criatura salvaje. Eso lo hacía imposible de ignorar. Yo lo estaba intentando, maldita sea, pero era como pretender controlar un incendio con las manos desnudas.

—Creía que podrías manejarlo —comentó Jace, sin juzgarme, pero con una nota de advertencia.

—Yo también… Pero…

—¿Pero?

—Intenta seducirme —gruñí por lo bajo.

—Ya… —Jace arrastró la palabra, dejando espacio para lo inevitable—. ¿Eso te supone un problema?

—¿No debería?

—Bueno —suspiró—, según sé, a James le fascina jugar. Siempre se mueve en esa peligrosa línea entre la estabilidad y la locura. Es fácil caer en la trampa… Pero sabe poner límites. Nunca se le ha cazado un escándalo sexual. Eso debería servirte.

Quizá debería. Pero no servía.

—Soy heterosexual, Jace —espeté entre dientes—. Y eso no parece importarle.

—¿Y qué más te da?

Silencio.

No supe qué decir. Esa pregunta me golpeó más fuerte de lo que esperaba. Porque era verdad, ¿qué coño me importaba a mí que el príncipe estuviera intentando seducirme?

La respuesta era tan obvia que dolía.

—¿Daniel? —insistió Jace—. ¿Estás bien?

—No soy objetivo —confesé sintiéndome derrotado.

—Entiendo. Temes no poder controlarlo.

Apreté la mandíbula. Sentí que las palabras saldrían solas, sucias, cargadas de todo lo que no debía sentir.

—¿Cómo se controla el deseo de follarte a alguien, ah? —gruñí cabreado conmigo mismo.

Jace no respondió de inmediato. Probablemente estaba sonriendo como el buen cabronazo que era.

—¿Y cuál es el problema?

—¿El problema? —Se me escapó una carcajada amarga—. ¿Hablas en serio? Es un puto príncipe de Reino Unido, Jace. Ni siquiera jugamos en la misma liga, joder.

—¿Te acojona sentir atracción por un hombre?

—No… —suspiré—. Tal vez un poco. Digamos que me desconcierta. Nunca me había pasado. Ni siquiera me gusta… Más bien, me vuelve loco. La mayor parte del tiempo quiero partirle la cara.

—Pero te pone cachondo. —Lo dijo con esa tranquilidad de quien podía leerme sin necesidad de mirarme.

—Solo ha pasado un par de veces. —No quise ni rememorarlo —. Pero hoy… se me ha ido de las manos. —Me froté la cara—. Ah, no tiene sentido. En mi vida me he fijado en si un tío tiene una boca seductora o un buen cuerpo. —Hice una pausa, y volví a repetir—: No tiene sentido…

—Estás jodido, amigo mío.

—¿No me digas? —resoplé con ironía—. Te llamo para que me des ánimos, gilipollas.

—Verás… —Su voz cambió. Más baja, más seria—. Puede que el consejo que voy a darte me haga ver como un cretino, pero que quede claro que no es mi intención.

—Te escucho.

—James es prudente con sus conquistas. —Lo dijo con convicción—. Que te esté provocando puede tener dos significados: o bien está buscando que tú colapses y termines largándote o…

Se contuvo y yo me tensé.

—¿O qué?

—O le atraes de verdad.

Silencio.

Tuve que cerrar los ojos. Sentí algo moverse dentro de mí, algo primitivo.

—Voy a colgar.

—Tu falta de sentido del humor me enferma —se burló.

—No voy a tirarme al príncipe, Jace.

—Buena suerte, entonces.

Me moví incómodo. La mera idea de arrastrar a James a mi cama y explorar su cuerpo con mi lengua me ponía de los nervios. Era una imagen que me prohibía tener. Pero ahí estaba, constantemente.

—No lo entiendo… —susurré.

—Eso no es verdad —replicó Jace con firmeza—. Pero no quieres reconocerlo.

Apoyé la frente en el marco de la ventana. Sentía el pulso en la garganta y la frustración latiendo en cada costilla.

—James es ridículamente hermoso —murmuré—. Es irritante que capte mi atención con tanta facilidad. No tiene nada que ver con

mi trabajo.

—Daniel… Eres el mejor en tu campo. Tienes un currículum limpio y una reputación sólida. Conoces todos los entresijos de esa casa. ¿No sería mejor sacar esa tentación de tu sistema antes de que te reviente por dentro?

—No deberías darme ese tipo de consejo, Jace.

—¿Tan malo te parece?

Solté una risa áspera y oscura.

—Espero no tener que averiguarlo nunca.

Pero, en el fondo, sabía que no era cuestión de si pasaría, sino cuándo. Y lo peor era que, cada día que pasaba, estaba más cerca.

18



JAMES

La noche prometía ser un desfile de apariencias, hipocresías bien vestidas y sonrisas barnizadas con Moët & Chandon. Otra velada en la Oxford Union, esa sociedad tan selecta, ilustre y devotamente comprometida con las causas nobles… como financiar los caprichos de sus propios miembros con el pretexto de salvar al mundo.

«Cena benéfica en apoyo a la educación global», rezaba el programa con letras doradas sobre papel marfil, como si el gramaje fuera proporcional a la moralidad del evento.

Pero allí estaba yo, ajustándome el esmoquin frente al espejo mientras practicaba una sonrisa que no fuera demasiado condescendiente. Porque ese era mi papel, el de príncipe ejemplar.

Obviamente, tenía un discurso preparado. Richard era un genio para esas cosas. Frases vacías y estadísticas decorativas que decían mucho sin comprometer a nadie. Lo había leído una vez y me había dormido a la mitad.

Me ajusté los gemelos de oro, esos que llevaban el escudo de Bellingham-Spencer grabado. Era irónico, considerando que probablemente mi escudo tenía más dignidad que la mayoría de los presentes en aquella gala, y eso ya era mucho decir.

Ser príncipe significaba eso. Aparecer. Sonreír. Fingir. Callar. Comentar lo políticamente correcto. Incluso cuando sabía que iba a

pronunciar un discurso cuya utilidad era equivalente al papel higiénico.

—Pareces muy ensimismado. —La voz grave de Daniel me sacó de mis cavilaciones—. ¿Concentrado en salvar el mundo con tus palabras?

Lo miré por el espejo. Traje negro, corbata recta, postura rígida. El cabronazo era tan atractivo que me daban ganas de cometer un crimen para ver qué era capaz de hacerme. A veces, contra mi propia voluntad, me imaginaba hincándome de rodillas en el suelo y tragándome su polla.

—Todo es una mentira, querido Watson —dije sin rodeos.

—¿No me digas? Estoy impresionado —replicó sin pestañear.

Solté una carcajada seca, de esas que suenan a riqueza.

—Esta gente no quiere soluciones, Cross. Quiere aplausos. Caridad con etiqueta. Dinero que se recicla entre ellos para pagar más cenas absurdas en sus clubes privados. Lo llaman filantropía porque corrupción queda mal en el cartel.

Daniel me sostuvo la mirada y, por un instante, juraría que vi algo parecido a comprensión en sus ojos. Una extraña conexión entre los dos.

—¿En qué estás pensando?

Alcé una ceja.

—¿Sientes interés?

Me miró como si quisiera desnudarme. O quizá fueron mis ganas de saltar sobre él. En el fondo, quería volver a ver toda esa marea de dudas que asaltó su rostro la mañana en que me empotró contra la pared en el gimnasio.

Me encogí de hombros.

—Lo que esperan de mí. Sonreír, hablar bonito, agitar la copa y ser el príncipe modelo que puede hablar de desigualdad mundial sin despeinarse.

Daniel se cruzó de brazos. Su mirada fue más blanda de lo habitual, lo cual, viniendo de él, era prácticamente una caricia.

—Podrías matizar —sugirió—. No hace falta escupirles la verdad, pero sí dejar claro que sabes que el sistema es una farsa. A veces, basta con sembrar una duda.

Fruncí el ceño. Eso no me lo esperaba. Yo creía que él siempre iba de frente, a lo rudo, y tampoco lo imaginaba capaz de hablarme como si fuéramos colegas.

—Vaya, Cross, qué inesperado —me giré para encararlo—. ¿Quién diría que tu brutalidad moral tiene un modo sigiloso?

—Se llama diplomacia —respondió, inmutable—. Deberías usarla más a menudo.

—No sabía que tu currículum incluyera ser un sabio profesional.

—Ni que el tuyo incluyera ser un niño bueno con dilemas existenciales.

Nos quedamos en silencio. Por un instante, sentí que esa armadura que tanto se esforzaba en mantener empezaba a ceder junto a la mía lo bastante para notar al hombre que se escondía bajo el agente del MI5.

—Gracias, Cross —dije, y me sorprendió lo sincero que sonó.

Él asintió levemente y se giró hacia la puerta. Pero antes de salir, añadió:

—Recuerda que no hace falta que todos te crean. Solo basta con que algunos duden.

Y entonces se fue, dejándome con el discurso en una mano, un cosquilleo en la nuca y la ligera certeza de que me gustaba hablar con él más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Avancé hacia el salón. Richard Pembroke me esperaba en la escalerilla. Frunció el ceño porque en el fondo sabía que yo barruntaba algo.

—No te excedas, James —me pidió, y le sonreí cómplice.

—Seré tan fino como un cuchillo japonés.

Subí al escenario como si todo en mí estuviera programado para ese momento, tal y como me enseñaron desde niño. Los iluminaron la sala con una violencia innecesaria. Me coloqué frente al atril con micrófono, cogí aire, y, durante unos segundos, dudé. Porque esa sala estaba repleta de gente con trajes caros. Algunos eran mis compañeros; otros, peces gordos del universo Oxford. No podía fallar. En realidad, nunca podía.

Tragué saliva y arranqué.

—Buenas noches. Es un honor para mí estar aquí en nombre de la familia real para apoyar esta noble causa.

Las palabras salieron limpias, perfectamente redactadas para causar empatía. Pero luego, bajé ligeramente el tono. Y deslicé el cuchillo suavemente.

—Cuando hablamos de caridad, solemos imaginar grandes gestos, cifras deslumbrantes y eventos como este. Pero la verdadera generosidad no siempre lleva pajarita ni se sirve en bandejas de plata. A veces, es anónima… y no necesita prensa.

Algunos en la primera fila fruncieron el ceño.

—Vivimos tiempos complejos —continué—. El supuesto cambio climático, las desigualdades educativas, los conflictos olvidados por los medios. Y, aun así, la juventud de este país sigue creyendo que puede marcar la diferencia. No solo asistiendo a eventos como este, sino haciendo preguntas. Preguntas incómodas. Del tipo: «¿A dónde va realmente este dinero?».

El silencio fue muy denso, pero un susurro incómodo recorrió la sala. Vi al secretario de la Oxford Union ajustarse la corbata. Otro tipo empezó a toser. Una señora en el fondo bajó la copa con más fuerza de la necesaria. Y algunos de mis compañeros me miraron fascinados.

—La transparencia no es una opción —concluí, sonriendo—. Es un deber. Y creo que la nueva generación está preparada para ejercerlo con valentía.

Me alejé del micrófono al son de un aplauso que arrancó reservado. No fue un estallido de vítores. Más bien, fue elegante y controlado. El tipo de aplauso que uno recibe cuando dice algo incómodo pero irrefutable.

Bajé del escenario con las manos templadas pero la sangre hirviendo. Porque había sido honesto por primera vez en mucho tiempo. Y en medio del revuelo contenido, busqué los ojos de Cross.

Estaba sonriendo, si es que a esa mueca se le podía llamar sonrisa.

Pero me bastó.

19



JAMES

La fiesta posterior al discurso fue una oda al exceso.

—Recaudación benéfica —me repetí en voz baja, contemplando a un grupo de jóvenes de veintipico brindando con champán Dom Pérignon como si hubieran acabado de encontrar la cura del cáncer.

Aunque estaba acostumbrado a la opulencia de mi mundo, esa noche todo me pareció especialmente grotesco. Quizá fue el discurso o la reacción medida del público. O tal vez fue Daniel, observándome desde el fondo del salón con esa mirada suya que lo veía todo, incluso lo que yo no quería que viera.

Le di un sorbo a mi *whisky*. No podía evitar sentirme incómodo.

Fue entonces cuando mi mirada volvió a buscarlo.

Daniel Cross permanecía cerca de una de las columnas laterales. Las manos cruzadas al frente, la espalda recta, la mandíbula apretada. Inamovible y letal.

«Maldito canalla, qué bueno que está», y era cierto. El muy cabronazo estaba buenísimo incluso sin esforzarse. Y me estaba mirando. No de la forma en que otros me miraban, como si fuera una pieza de exposición. Ni siquiera me observaba como el príncipe de Reino Unido que era. Me miraba a mí. De verdad. Y eso me hizo sentir algo peligrosamente parecido a la calma.

Una calma real que el entorno no me dejó disfrutar.

En algún momento de la velada, la fiesta se descontroló. Dejó de ser un evento sofisticado para convertirse en un salón de luces estrambóticas y música retumbante lleno de jóvenes adultos con ganas de desfase.

Se podía decir que estaba intentando prestar atención a la perorata de uno de mis compañeros cuando de pronto la vi. A Lydia Carter-Worthington. Hija de un conde, nieta de una exembajadora y con el título oficial —pero no exclusivo— de la chica que más veces había intentado meterse en mi cama sin éxito.

«Olvidas que también es una de las organizadoras del evento», me recordé.

Lucía un vestido escarlata que dejaba poco a la imaginación y una copa en cada mano mientras caminaba hacia mí como una modelo.

—James —ronroneó, acercándose demasiado rápido.

No tuve tiempo de esquivarla. Me tocó el brazo, luego el pecho y, antes de que pudiera emitir palabra, sus labios estaban sobre los míos.

Fue un beso húmedo y muy invasivo. Su lengua buscó entrada, con esa urgencia propia de quien cree estar protagonizando una comedia romántica. Yo no la correspondí. Pero mi cuerpo se tensó y, por desgracia, mis manos no le impidieron nada. Tampoco la empujé como deseaba porque sabía que cualquier gesto en público podía desatar un escándalo.

El sabor a licor y perfume caro me revolvió el estómago. Todo en mí gritaba que no. Que ese beso era una violación de mi espacio, de mi control. De mi identidad. No era solo desagrado, sino repulsión. Me sentí usado. Como una figura decorativa que todos pueden manosear sin permiso.

Intenté apartarme con tacto. Murmuré algo, pero ella solo se pegó más, creyendo que mi resistencia era parte del juego.

Entonces, lo noté.

Daniel Cross se movió como una sombra. Lo vi abriéndose paso entre la gente, mirándome fijamente. Me alcanzó en segundos, y tomó a Lydia por el brazo con una firmeza educada antes de separarla de mí.

—Señorita —rezongó—, el príncipe necesita un momento de privacidad. Agradezco su comprensión.

Lydia balbuceó una protesta ofendida, con la dignidad tambaleándose sobre sus tacones de diez centímetros. Pero Daniel no se inmutó. Su autoridad era inquebrantable. No hubo agresividad, solo el tipo de poder que uno obedece, aunque no entienda por qué.

Finalmente, la joven se perdió entre la multitud, tragada por su propio ridículo mientras hacía aspavientos con las manos.

Me quedé quieto, aún con el pulso acelerado, el estómago revuelto y la garganta apretada. Daniel se mantuvo a mi lado, vigilante, como si su mera presencia bastara para calmar el incendio.

Vaya si lo hizo.

Pero para mí la fiesta había terminado. Lo sentí en los músculos y en el estómago. En ese rincón entre la garganta y el pecho donde uno guarda la vergüenza cuando no quiere que se perciba.

Daniel lo notó en cuanto nuestras miradas se cruzaron. Me estudió un instante y asintió con un leve movimiento de cabeza antes de inclinarse sobre mí.

—Será mejor que nos vayamos —dijo bajito, íntimo.

No tenía fuerzas para bromas ni para sarcasmos. Solo acepté porque en realidad quería alejarme de toda esa gente.

Cuando subimos al coche, agradecí el silencio. Me dejé caer sobre el asiento, cerré los ojos y me dejé invadir por el aroma de Daniel tan sobrio, masculino y acogedor. Me calmó más que cualquier copa u orgasmo.

En ese instante, entendí algo. No se trataba de haber recibido un beso no deseado. Ni siquiera de sentirme usado. Era la aplastante sensación de estar solo. Incluso rodeado de cientos de personas.

Sin embargo, Cross no me trataba por quien era, y eso era irritante y molesto y muy esperanzador, a la par que problemático.

Me giré hacia él. Lo observé. No era solo mi guardaespaldas, ni mi barrera contra el mundo. Era la razón por la que estaba empezando a cuestionar toda mi vida. Y me odié un poco por empezar a confiar irremediablemente en él.

20



DANIEL

Aquel domingo empezó tranquilo, casi plácido teniendo en cuenta lo ajetreada que solía ser la vida del príncipe. El comedor se había llenado con el aroma del café recién hecho, del crujido del pan tostado y del repiqueteo suave de la porcelana fina. Mientras la luz del sol se colaba a borbotones por los ventanales.

James estaba en su asiento habitual, coronando la mesa, en uno de esos silencios cómodos que solo existen cuando el otro ya no es del todo un extraño.

Hojeaba distraídamente un libro mientras comía con una elegancia extraordinaria. Yo fingía estar concentrado en el informe de seguridad que me había pasado mi equipo, pero la verdad era que estaba observando al príncipe.

Bueno, más bien, lo estaba devorando con la vista. Sin quererlo.

Tenía el pelo revuelto, como si hubiera dormido mal. Unos pantalones holgados de satén gris oscuro que combinaban con el batín que llevaba suelto, desvelando así su pecho desnudo. Se entreveía el contorno de sus pectorales. Maldita sea, parecía una escultura griega. Era un maldito querubín incluso cuando no lo intentaba.

De vez en cuando, James me devolvía el vistazo. Eran miradas breves, pero cargadas de seducción. Algo jodidamente peligroso.

Sobre todo, cuando dibujaba esa sonrisa sutil y traviesa. Parecía estar disfrutando muchísimo que yo no pudiera quitarle ojo de encima.

Me aclaré la garganta e intenté continuar con mi desayuno. Al menos hasta que Richard Pembroke irrumpió en la sala como un vendaval.

De pronto, lanzó un ejemplar del Daily Mail sobre la mesa con una contundencia que rompió el hechizo de inmediato. James apenas se movió. Solo pestañeó aturdido y oteó la portada.

La foto había congelado el momento exacto en el que su compañera se había abalanzado sobre él con una efusividad en absoluto correspondida. Pero el titular no dejaba mucho al azar: «¿Infidelidad en Oxford? El príncipe James enciende las alarmas de palacio tras un beso inesperado».

Observé cómo los hombros de James se tensaban y cómo fruncía los labios. No fue un gesto de vergüenza, sino de hartazgo y fastidio. Como si una parte de él estuviera perfectamente programada para el escándalo que se venía a continuación. Y eso me pareció más triste de lo que estaba dispuesto a admitir. Porque, en las semanas que llevaba allí, había podido confirmar que James apenas hacía nada malo la mayor parte del tiempo.

—Me han sacado bastante favorecido.

Observé con una atención silenciosa. Maldita sea, la imagen era clara. James. Lydia. Un beso ocupando la portada a todo color. Lo más inquietante no era el escándalo en sí, sino la calma con la que James lo asumió todo. El mundo podía arder, que él seguiría desayunando con esa serenidad suya que rozaba lo inquietante, propia de los que habían sobrevivido miles de veces al apocalipsis.

—¿En qué demonios estabas pensando? —soltó Richard, irritado.

James se encogió de hombros.

—En ese preciso momento solo quería escapar de los brazos de esa chica, pero no pude evitar el morreo. Me metió la lengua hasta el gaznate.

No fue cinismo ni ironía. Más bien, resignación. Lo cual me exasperó porque significaba que había perdido el interés en luchar.

—Tengo al departamento de prensa de la Casa Real trabajando a destajo por tu culpa —gruñó Richard—. Tu madre está fumando en pipa. ¡No te rías!

Pero James se carcajeó. Por supuesto que lo hizo.

—¡Lo siento! —exclamó James, levantando las manos. Esa cara de ángel no se la creía ni el diablo—. Es que te pones muy gracioso cuando te enfadas.

—Te recuerdo que estás prometido. No puedes ir por ahí coqueteando con cualquiera.

—Mira la parte positiva —respondió él, alzando el periódico—. No me pillaron liándome con un tío.

Pembroke resopló hastiado y se pellizcó el entrecejo.

—Te has librado de una buena bronca gracias a mi capacidad de persuasión, James —resopló—. Pero si sigues por ahí, provocando al personal, amargándole la existencia a tu guardaespaldas y fingiendo ser un demente, no serás tú quien pague las consecuencias. Y yo no podré protegerte.

El silencio que siguió fue espeso.

James entrecerró los ojos. Se acabaron las burlas y las evasivas.

—¿Te han amenazado con trasladarte? —preguntó con seriedad.

—Peor.

Vi cómo se le tensaban los hombros. Podía fingir que no le importaba nada, incluso podía bromear con todo, pero el príncipe James Arthur Bellingham-Spencer no soportaría perder a Richard Pembroke.

Ese hombre era su brújula. Su único punto de cordura en medio del circo real. Su consejero. Lo apreciaba tanto que, la mera idea de no tenerlo a su alrededor, le parecía una condena. Y eso podía aplicarse a todo el personal de Spencer Manor. Los adoraba, aunque jamás lo admitiera.

James le clavó una dura mirada a Pembroke.

—¿Cuál es el plan? —preguntó con firmeza, decidido a lo que sea.

—Tu prometida —sentenció su secretario.

Detecté un parpadeo más lento de lo normal, apenas perceptible. Su mandíbula se endureció, y ahí supe que estaba

tragándose la idea como si fuera veneno. Se llevó la taza a los labios, bebió lento y a continuación me miró de soslayo. Me dio tiempo a ver la determinación en sus preciosos ojos.

—Un almuerzo informal, lleno de arrumacos y sonrisas —dijo Pembroke, como quien lee una receta—. Sois felices, os amáis y estáis ansiosos por pasar toda una vida juntos.

—Más te vale que sea un buen plan, Richard —comentó, dejando la taza sobre la mesa con un leve golpe seco—. De lo contrario, preferirás el despido a tener que aguantarme.

Cualquiera hubiera creído que James estaba amenazando a Pembroke. Pero yo supe que solo era un comentario irónico para destensar el ambiente y ponérselo fácil al hombre.

—Haz tu papel.

—Y tú llama a David —suspiró el príncipe—. Y cágate en sus ancestros de mi parte, por favor.

—A David le importan un carajo sus ancestros mientras tenga exclusivas sobre el príncipe más deseado del planeta —respondió Richard, impasible, y James soltó una carcajada áspera.

—Qué divertido.

Ese fue el momento exacto en que entendí que James no era solo lo que decían sus palabras, sino también lo que mostraban sus silencios.

21



JAMES

The Ivy olía a vanidad recién planchada. Todo en aquel restaurante en West End era una coreografía de apariencias: desde los manteles impolutos hasta el murmullo educado de los camareros. Las paredes verdes, el mármol reluciente y los espejos estratégicamente colocados multiplicaban la sensación de estar allí para ser observado. Y ese era justo el maldito punto.

Uno podía pedir un filete de *wagyu* a sesenta libras, pero en realidad estaba pagando por los que esperaban en la acera de enfrente.

El almuerzo había sido orquestado hacía días y la prensa ya sabía perfectamente que el «irreverente, pero adorado príncipe James» compartiría mesa con su «inminente esposa», *lady* Diana Ellington. Así que todo en este plan era una pantomima bien engrasada tan vieja como nuestras casas nobiliarias.

Me habían ubicado en un reservado junto a los ventanales. Si bien desde fuera no se veía demasiado del interior, me sentí un tanto expuesto. Daniel estaba cerca. No podía verlo, pero sabía que estaba ahí. Siempre lo estaba. Su presencia era como una constante silente, algo que secretamente me tranquilizaba.

Respiré hondo. Me aburría.

Diana se estaba haciendo de rogar, y a mí me parecía cada vez más complicado eso de fingir estar enamorado.

Conocía a esa pedante cretina desde niño. Nuestras familias se encargaron de cruzarnos en todos los eventos sociales importantes del reino. Carreras de Ascot, navidades en Balmoral, galas de beneficencia con nombres imposibles y tenedores de postre que costaban más que el alquiler de un piso en Chelsea. Siempre estábamos uno frente al otro. Obligados a compartir fotos, sonrisas y silencios incómodos.

Nunca hubo complicidad ni conexión, ni siquiera respeto mutuo. Diana Ellington era un manual de lo que se esperaba de una futura dama de la nobleza. Hermosa, correcta, discreta, buena en equitación y, aún mejor, en manipulación. Una muñeca de alta alcurnia con software aristocrático y una hija de puta importante. Y es que bajo esa capa de compostura, se escondía una lengua afilada, una mente calculadora y un alma incompatible con la mía. Digamos que nos detestábamos cordialmente.

Al fin apareció.

Diana entró al restaurante como si lo poseyera. Luciendo un vestido blanco roto, abrigo largo de *cashmere*, labios color borgoña y gafas de sol que se quitó con una lentitud dramática justo en el momento en que todos se giraban para mirarla. Le encantaba. Se alimentaba de eso, era su oxígeno, y el único momento en que llamaba la atención.

Caminó hacia mí sin una sonrisa. Solo con esa expresión suya que no sabía si era de desprecio o aburrimiento crónico. Puede que ambas. Yo me puse en pie por pura costumbre como acto de cortesía y dimos comienzo al espectáculo. Estiré la mano con la intención de coger la suya para besarla.

—Diana. Qué… alegría.

Puso los ojos en blanco y esquivó mi contacto antes de tomar asiento. Genial. Iba a ser un rato muy largo y desagradable.

—James. Veo que conservas el cuello. Creí que alguien ya te habría decapitado.

—Ah, pero entonces os quedaríais sin nadie a quién culpar de todos vuestros males —contraataqué con exquisita delicadeza—. Y

eso sería una tragedia nacional.

Nos sonreímos con una falsedad de lo más punzante justo cuando la camarera apareció como si hubiera sido invocada.

—Lo de siempre —pidió Diana, sin mirar la carta.

—Para mí igual, por favor —añadí un poco más amable—. Si algo me ha enseñado la nobleza es a encontrar consuelo en la repetición.

La camarera sonrió un poco tensa antes de marcharse.

—Me sorprende lo que has dicho. Pensé que encontrabas consuelo en cosas más… húmedas y menos previsibles —ironizó Diana, bebiendo de la copa de champán rosado que yo mismo le serví.

Esos afilados ojos verdes se mantenían firmes en mí, me cuestionaban en silencio como si ella no ocultara secretos como la gran variedad de pollas que había probado.

—¿Te refieres al champán? —Sonreí al ver cómo vaciaba su copa de un solo trago—. Oh, querida, no lo bebas tan rápido.

Diana sonrió como una cobra.

—Sigues igual de encantador. Me pregunto cómo no has podido rechazar nuestra oferta de matrimonio —susurró, apoyando los codos en la mesa con ese aire de conspiración elegante.

—Me he esforzado, créeme. Pero la nuestra no es una propuesta, es un acuerdo geopolítico con falda. Y, como tal, lo abordaré con la cortesía que merece.

—Qué romántico —ironizó Diana—. Debiste usar esa frase para nuestro brindis de compromiso. Podrían haberlo bordado en las servilletas.

—Oh, no querrás que los invitados se atraganten leyendo sarcasmo en lino egipcio.

Nos miramos con una sonrisa perfectamente ensayada que ocultaba los puñales que nos estábamos enviando.

—Me han preguntado por ti en Kensington. Quieren saber si todo sigue en pie después de tu… bochornoso espectáculo.

—Todo sigue en pie, incluida mi paciencia —le aclaré—. De momento.

—No pareces especialmente interesado en aclarar los rumores. —Hizo una pausa—. Ya sabes, la rubia. El beso. Las fotos. Esa forma tan tuya de hacer que todo parezca un accidente con lengua.

Le sostuve la mirada porque en realidad me estaba costando muchísimo no mandarla a la mierda.

—Los tabloides necesitan alimento. Y yo, como buen súbdito de Su Majestad, me sacrifico por la estabilidad de la prensa británica. —Tiré de ironía. Al fin y al cabo, era lo que mejor se me daba.

—Ah, claro —se burló Diana—. Un mártir. Pero con abdominales y mirada de *fuckboy*.

Qué equivocada estaba. Si *milady* hubiera sabido que me gustaba las pollas tanto como a ella, quizá hubiera sido un poquito menos cabrona.

—Querida, si quisiera parecer un mártir, me vestiría de *beige* y haría discursos sobre el té sostenible.

Se echó a reír. Algunos comensales giraron la cabeza. Bien, eso se había incluido en el guion que Richard nos había confeccionado. Por suerte, todavía estaba dispuesta a seguirlo. Aunque, en mi caso, lo único que quería era largarme de allí.

—A veces, pienso que, si no fueras tan insoportable, hasta podrías caerme bien. —No se lo habría creído ni un niño.

—Lo tomaré como un halago.

La comida llegó. Un festín digno de la hipocresía: lubina en cama de puré trufado, conversación en cama de amenazas pasivo-agresivas.

Durante los siguientes minutos, ambos hicimos lo que se esperaba de nosotros. Pero Diana siempre tenía un as en la manga más que listo para aguarme la fiesta.

—¿Sabes cuál es tu problema, James? —me dijo, dejando los cubiertos sobre el plato con un ruido seco—. Que has nacido con todas las ventajas y, aun así, crees que el mundo te debe algo.

Levanté la vista muy despacio. Estaba cansado del espectáculo, de ella, de fingir que podía seguir aguantando aquello. Y ni siquiera lo había provocado yo, joder.

Diana me sonrió, pero no fue una sonrisa amable, sino una declaración de intenciones.

—Eres como el payaso de una corte moderna, el niño bonito que se desvive por arañar un poco de atención. Pero nadie te respeta, James. Ni siquiera en tu propia casa. Así que, por más que finjamos esta… cita, la realidad es que nunca podrás escapar de ese complejo de inferioridad que tienes. Porque no vales nada.

Eso dolió. Porque, aunque no fuera cierto, sonó demasiado convincente.

Tuve que disimular, como siempre. Pero vi que varias miradas se giraban hacia nosotros, al acecho, oliendo el escándalo como hienas.

Cogí aire. Había sido paciente hasta el momento, había jugado tal y como solíamos hacer y estaba más que convencido de mi papel. Pero la rabia me jugó una mala pasada.

—Es lo que diría una mujer resentida que aspira a enamorar a un príncipe que ni siquiera la aguanta. ¿Y sabes por qué, Diana? —Me incliné hacia ella y susurré— Porque solo eres una versión deslucida de una señorita noble con la mente atrofiada y el corazón podrido. Y eso, querida mía, hace que cualquier hombre que orbite cerca de ti piense que lo único que puedes darle es una buena mamada y un apellido con solera. Nada más.

Fui con todo. Mordí con saña y no me arrepentí. Porque, puesto a sentirme como una mierda, no iba a dejar que ella se fuera de rositas.

Diana no contestó. Al menos no con palabras. Más bien, decidió actuar. Se levantó de súbito con la mirada encendida, cogió su copa de vino y me la echó encima.

—Eres un hijo de puta, James —gruñó antes de largarse.

El impacto fue absoluto. Todo el restaurante se giró y un murmullo se elevó como una niebla venenosa. Me quedé congelado. No era para menos, acababa de ser rociado de champán por mi prometida en uno de los restaurantes más famosos de Londres.

Sentí el calor del champán deslizándose por mi abdomen. Y entonces, vi a Daniel. Como una especie de dios con traje oscuro. Avanzaba entre las mesas con una calma quirúrgica y una mirada que podría haber detenido la rotación del planeta.

Se colocó a mi lado sin decir palabra. Me escaneó brevemente, evaluando daños y analizando el ambiente y, a continuación, me

miró a los ojos como pidiéndome permiso para sacarme de allí.

Solo asentí, y me levanté, tragándome mi orgullo herido e ignorando todas las malditas miradas que atraje sin remedio.

Daniel hizo de parapeto ante la prensa, protegiéndome de los fotógrafos que había en la calle, y me guio hacia el coche como si aquello fuera una evacuación táctica.

Me subí al vehículo a toda prisa y recurrí a mi pañuelo para limpiarme el estropicio mientras Daniel aceleraba. Pero sus miradas me abrasaban a través del retrovisor. Y hablé con descaro.

—Qué.

Lo que no esperé fue que él respondiera con esa complicidad tan empática.

—¿Estás bien? —dijo bajito.

Detuvo el coche ante un semáforo en rojo y pudo mirarme con más profundidad. Sí, nos miramos como si el tiempo se hubiera detenido y el mundo que nos rodeaba no existiera. Por un momento, solo deseé tener la valentía para saltar al asiento delantero, subirme a horcajadas sobre él y pedirle que me abrazara.

—Sí… —jadeé casi sin aliento—. Sí, llévame a casa…, Daniel.

Reaccionó como si su vida dependiera de ello.

22



DANIEL

El sonido de las hélices fue lo último que escuché antes de que el silencio cayera como una losa sobre los jardines de Spencer Manor.

Técnicamente, el objetivo se había cumplido. Pero, aun así, todo en mí gritaba desastre. Porque Diana había ridiculizado al príncipe y no sabía quién demonios había podido captar ese momento.

Vi cómo James se aproximaba a la entrada de la mansión. Iba con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos del abrigo y el cuello de la camisa luciendo una mancha amarillenta ya seca.

—¿Desea que le prepare la cena, Su Alteza? —preguntó su mayordomo, que le esperaba en la puerta con su habitual elegancia discreta.

—No quiero cenar, Arthur. —Fue todo lo que dijo James antes de desaparecer escaleras arriba.

Me detuve a observarlo, y me pregunté si podría haber hecho más. Mi trabajo era precisamente asegurarme de la integridad del príncipe, pero, no sé por qué, sentí que podría haber hecho más. Que quizá James necesitaba más.

Pembroke apareció en ese momento, teléfono en mano. Se había quitado la chaqueta y ahora lucía una camisa blanca impoluta con unos sujeta mangas de lo más elegantes y una corbata color borgoña. Richard tenía la elegancia un hombre del siglo pasado.

Al mirarme, desveló esa mezcla de prisa contenida y profesionalidad que tan bien sabía manejar.

—Señor Cross. He recibido un chivatazo desde la sala de prensa del *Daily Mail*. Al parecer, tienen documentos gráficos sobre lo sucedido este mediodía.

Fruncí el ceño. Ese tema no era para hablarlo en un vestíbulo. Por eso nos encaminamos al despacho.

—Continúe —le pedí.

—No pueden garantizarme que no se haya filtrado en otros medios. Probablemente, *The Sun*. Puede incluso que *The Telegraph* o *The Times*. —Hizo una pausa—. Y eso, como imaginará, nos pone contra las cuerdas.

No necesitaba que me lo dijera. Un escándalo con Diana después de lo sucedido en el evento de Oxford sería lo suficientemente sonoro como para despertar a medio Fleet Street y que las malditas redes sociales se pusieran moralistas durante semanas.

—Entiendo. —Asentí con calma—. Quiere evitar que esto llegue al gabinete de prensa de la Casa Real.

Pembroke exhaló por la nariz. Era lo más parecido a un «sí» que diría un secretario personal sin mancharse las manos.

—Me gustaría poder resolverlo aquí. Internamente. Sin que en Sandringham se enteren… Por ahora.

Lo miré fijo. Su petición era clara. Silenciar aquello antes de que se hiciera bola. Sobre todo porque era una gilipollez de proporciones estúpidas. Y, maldita sea, lo entendía. Richard llevaba años cubriendo la espalda de James. Era más que un secretario.

—Déjemelo a mí —comenté sin dudar.

Él se relajó. Luego giró sobre sus talones y, con una elegancia medida, caminó hacia el aparador que había junto a la enorme librería. Sacó dos vasos y seleccionó el mejor *whisky* antes de servirlo.

—Esto va a necesitar más que una buena nota de prensa —murmuró, ofreciéndome una copa.

Cogí el vaso sin cambiar la expresión.

—Evitemos la dichosa nota de prensa —le dije—. Lo que no sucede, no se explica.

Chocamos levemente las copas como si fuéramos viejos amigos reconvertidos en cómplices. Entonces, dejé el vaso sobre el estudio y cogí el teléfono más que listo para marcar un número. Una línea directa y codificada. Solo para ella.

Tres tonos.

—Agente Cross, informe.

La voz de Amelia Clarkson siempre era igual. Precisa como una hoja de afeitar.

—El príncipe ha tenido un desencuentro —empecé, sin florituras —. Durante el almuerzo con *lady* Diana Ellington.

Un leve silencio al otro lado. Pero sabía que ya estaba poniendo en funcionamiento su maquinaria. Amelia era como una especie de diosa en el MI5, tenía unas capacidades extraordinarias.

—Define «desencuentro».

—Discusión personal. La típica escena de pareja que da titulares. La señorita le arrojó una copa de champán en público al príncipe en medio del restaurante The Ivy. Se produjo delante de más de una docena de comensales y tengo constancia de que esa información se ha filtrado a la prensa.

—Entiendo. —Amelia suspiró—. ¿Medios implicados?

—Daily Mail podría publicar algo esta misma noche si no intervenimos. The Times seguramente lo omitirá. Pero The Sun... depende del humor de sus redactores.

Eché un vistazo a Pembroke para concretar si debía añadir algo más. Su silencio y aparente alivio me dieron la respuesta.

—¿Algún tipo de daño colateral? —indagó Amelia.

—No.

Omití decirle que extrañamente estaba preocupado porque el príncipe se hubiera encerrado en su habitación sin cenar. Pero el silencio de Amelia era peligroso. Esa mujer me conocía demasiado. Sabía cuándo algo no iba bien y, al parecer, era uno de esos momentos.

—¿Y tú? —soltó.

—Yo gestioné la evacuación. Nadie más se vio involucrado.

Hubo una pausa.

—No me refería a eso.

Tardé un par de segundos.

—Todo controlado. —Fui un poco esquivo.

Amelia me estaba analizando. Pembroke me observaba como dándome a entender que él también se había dado cuenta de mi relación con James. Pero yo me mantuve impertérrito porque eso se me daba muy bien.

—De acuerdo. En efecto, si esto se filtra, nos costará más que un comunicado oficial. Activaré el protocolo de prensa. Nivel dos. ¿Richard Pembroke ha sido informado?

—Está al tanto de todo. Ha sugerido nuestra intervención.

—¿Y la Familia Real?

—Todavía no. Hemos creído conveniente dejarlos al margen.

—De acuerdo, tenemos nueve horas antes de que la prensa llegue a Sandringham.

—Entendido.

Silencio. Esta vez diferente, más personal.

—Daniel.

—Señora —suspiré.

—Te conozco. Eres insoportablemente frío y creo que lo mejor sería continuar en esa línea.

—¿Qué te hace pensar que no lo estoy siendo?

—Tu voz. Tus silencios.

No supe qué decirle. Ni yo podía entender qué me pasaba cuando estaba cerca del príncipe. Era como si drenase todo mi sentido común. Me despertaba sensaciones que jamás había albergado, ni siquiera por una mujer. Y eso me confundía y molestaba e incomodaba, pero no podía evitarlo y, maldita sea, no dejaba de crecer.

—No permitas que esto se convierta en algo personal.

—Eso no pasará, te lo aseguro. —Pero no estaba tan seguro.

Amelia colgó, y yo suspiré consciente de que Pembroke me observaba.

—Gracias, señor Cross.

—¿Podríamos tutearnos? —le sugerí, y él alzó la copa y me regaló una sonrisa amable.

—Estoy de acuerdo con eso.

23



JAMES

La mañana empezó como siempre, aunque demasiado temprano para mi gusto y con demasiadas decisiones que no quería tomar.

—Esa corbata no, Arthur —le dije mientras me abotonaba la camisa con desgana frente al espejo—. Hoy tengo clase. No un funeral.

—Con todo respeto, Su Alteza, para usted a veces es lo mismo. —El muy cabronazo ni parpadeó al decirlo, y yo tuve que carcajearme.

De pronto, mi móvil vibró en la mesilla. Lo cogí sin prisa y sin molestarme en mirar quién coño llamaba a esas horas. Craso error.

—¡¿De verdad tienes los santos cojones de hacer esto?!

Diana.

Esa voz suya, que sonaba como una varita de escarcha golpeando una campana de cristal, me revolvió el estómago, y eso que todavía no había desayunado, joder.

—Buenos días a ti también, cariño —murmuré mientras me sentaba en la butaca del vestidor con toda la elegancia que me permitía el hartazgo que suponía aguantar a esa mujer—. Qué alegría oírte tan temprano.

—¡Has movido tus putos hilos para tapar lo de ayer, ¿cierto?!

Parpadeé aturdido. ¿Yo había hecho eso? Porque juraría que, cuando llegué a Spencer Manor, me encerré en mi baño y me masturbé pensando, para mi desgracia, en cierto agente del MI5. Y después de aquel tremendo orgasmo, me arrastré a la cama y dormí como un puto bebé. No recuerdo en qué maldito momento se me ocurrió urdir un plan para silenciar a la prensa.

—¿De qué estás hablando, Diana?

—¡No te hagas el idiota! —me chilló—. Toda la prensa habla del «tierno» encuentro entre los dos. Pero no dice nada sobre que fuiste un cretino insufrible que me obligó a lanzarte una copa de champán y largarme del restaurante con ganas de clavarte un tenedor en los huevos. Sin embargo, ¿sabes lo que sí sigue en circulación? ¡Tus fotos con esa zorra metiéndote la lengua hasta las amígdalas!

—¿Eso te molesta? —dije arrogante—. Creía que a ti solo te gusta salir en la prensa cuando asistes a alguna gala o estrenas modelito nuevo.

—Eres un hipócrita. ¿Sabes cómo quedo yo en todo esto? ¡Me has humillado y tú resurges como un mártir! ¡Otra vez!

—Bueno, literalmente tú me arrojaste champán encima en medio del The Ivy. En términos humillantes, estamos a la par, querida.

—¡Eres repugnante!

—Lo que tú digas, cariño.

Colgué y me quedé mirando el móvil un segundo antes de dejarlo caer sobre la cómoda.

—¿Arthur?

—¿Sí, Su Alteza? —preguntó mientras se acercaba a mí para ayudarme a ajustar el cuello de la camisa que llevaba bajo el polo.

—¿Sabes algo sobre el silencio de la prensa?

—No, Su Alteza.

—¿Richard sigue en la residencia?

—Desayuna en el comedor.

—Excelente. —Me giré hacia él y abrí los brazos para exhibirme —: ¿Qué tal estoy?

—Impecable se queda corto. —En eso estábamos tremendamente de acuerdo.

Me acerqué a darle un besito en su calva. Arthur resopló como un lord con urticaria, pero no se apartó. Era parte del ritual. Él protestaba. Yo hacía lo que me daba la gana. La monarquía en su máxima expresión.

Al llegar al comedor, encontré a Richard perfectamente sentado en la mesa, con su traje de tres piezas. Ya había terminado su clásico desayuno de tostadas con aguacate y fruta, y ahora leía The Sun con una concentración casi orgullosa.

—Tus artes de manipulación han debido alcanzar un nuevo nivel si puedes degustar tu desayuno mientras consultas la prensa sin inmutarte, teniendo en cuenta lo que pasó ayer con nuestra querida y muy equilibrada Diana.

Richard me miró por encima del periódico.

—A lo mejor no son mis artes —ironizó, y yo me acerqué a la mesa, ocupé mi asiento y coloqué la servilleta sobre mi regazo. Una coreografía de lo más sofisticada.

—Sorpréndeme.

Esa risilla traviesa de Richard me puso en alerta.

—Daniel tiene una capacidad impresionante para manejar cualquier revuelo. De haberlo sabido, probablemente lo habría contratado antes. Aunque dudo que hubiera aceptado.

Pestañeé aturdido.

—¿Cross?

—Habló con su jefa, activaron sus protocolos y, ahora, el incidente con tu prometida ha desaparecido, como tu sentido del decoro.

Enmudecí, por extraño que eso fuera. Pero es que no pude evitar regresar al instante en que me sacó del restaurante como un caballero oscuro. Como si en lugar de proteger a un príncipe, hubiera visto a alguien que merecía ser cuidado. Honestamente, eso me molestó más que la copa de champán, pero también despertó algo muy peligroso.

—Vaya, qué eficaz. —La ironía, mi recurso favorito.

—Lo sorprendente es que lo hayas dudado —interrumpió su voz.

Desvié el rostro para mirarlo, y enseguida todo mi cuerpo se puso alerta al ver cómo accedía en el comedor. Eso solo sucedía cuando estaba ante una amenaza y, al parecer, Cross lo era.

Sus ojos azules como el hielo se clavaron en los míos. Él jamás me miraba como un príncipe, veía al hombre sin más. Me desnudaba y me arrebataba incluso la capacidad para controlar ese calor ridículo entre las piernas o esa punzada incómoda en el pecho.

Sí, me fastidiaba. Porque odiaba no poder dominar lo que me despertaba. Y él ni siquiera hacía nada, solo estaba ahí, mirándome impertérrito.

—Me retiro —anunció Richard poniéndose en pie—. Tengo demasiado que hacer como para asistir a una de vuestras batallas verbales. —Se detuvo a mirarnos—. Por favor, no os matéis.

Sonreí con malicia.

—He oído las alabanzas sobre tu gesta —carraspeé—. Felicitaciones.

—Prefiero tu ironía a la pedantería, James.

Daniel se sirvió un poco de café y se encargó de que cada uno de sus movimientos me encendieran. El muy cretino sabía que me ponía muy cachondo. Lo que no entendía era por qué jugaba. ¿Acaso no sabía que podía quemarse? ¿Quizá no le importaba?

«Me está volviendo loco», pensé.

—Oh, no te favorece la modestia, Cross.

Mi voz sonó más suave de lo que pretendía, y Daniel torció el gesto y entrecerró los ojos.

—¿Hoy no vas a intentar echarme? —preguntó tan sereno que me provocó un escalofrío.

—¿Serviría de algo?

—En absoluto. Alguien tiene que vigilarte.

Me apoyé en el respaldo de la silla y me crucé de piernas, fingiendo estar más cómodo de lo que en realidad me sentía. Era muy difícil relajarse teniendo a ese hombre cerca, observándome como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Tal vez intuía el amago de erección que crecía entre mis piernas.

Desde luego, necesitaba echar un polvo cuanto antes, así podría sacarme a ese tío del sistema.

—Agente del MI5 por la noche y *babysitter* experto en evitar escándalos por el día —me mofé.

—También soy bueno provocándolos, si me lo propongo.

Aquella voz aterciopelada me cortó el aliento un instante.

—¿Ah, sí? Qué polifacético.

Carraspeé. Había una intensa tensión en el ambiente. Como si la electricidad nos estuviera mordiendo la piel desde dentro. Y yo sentía que me estaba desmoronando, que esas barreras de contención que me aislaban de las emociones más viscerales empezaban a resquebrajarse. Quizá no había sido tan buena idea que Richard nos dejara a solas. Lo que notaba no eran nervios, maldita sea, sino la presencia de Cross invadiéndome sin necesidad de tocarme.

—Digamos que tengo talento para contener… lo incontrolable —añadió, despacio.

Su mirada bajó por mi rostro hasta detenerse en mi boca. Y esa pausa me encendió.

—Que me consideres incontrolable suena a cumplido.

—Pero no lo es.

—Obvio que no.

Sus ojos brillaron. Me estaban evaluando y seguramente notaron el desastre que era mi cuerpo en ese preciso momento.

—Y dime, ¿había mucho que controlar? —indagué, tratando de recomponerme.

—Lo habitual. Recibimos un chivatazo del núcleo del Daily Mirror.

—Esos hijos de puta siempre están a la caza —murmuré—. Pero no deberías haberte molestado, en serio.

Tal vez me hacía ver desagradecido, pero quise aferrarme a la certeza de que ese era su maldito trabajo después de todo. De ese modo, me ahorraría de empezar a verlo de una forma más íntima.

Pero mis instintos tenían otro plan. Querían jugar con ese fuego que Daniel me despertaba.

—Honestamente, Cross… ¿te merece la pena soportarme?

—Es parte de mi trabajo.

—Ahora hablo en serio.

Entonces, me miró y esos ojos dejaron de ser fríos.

—Parece que no quieres entender que nunca podría ser tu enemigo.

Me congelé. En esa frase hubo algo que no supe cómo encajar. Algo demasiado problemático para los dos.

—Nunca es demasiado —murmuré casi sin pensar—. Y sabes que mi pregunta va mucho más allá de lo aparente. No eres idiota.

Daniel apretó la mandíbula y me miró lentamente. Durante un instante, sentí que el mundo se detenía entre nosotros.

—Cuidado con lo que insinúas, James.

—¿Por qué? —lo desafié. Pero Cross sabía cómo noquearme.

—Porque podría tomarlo en serio.

Se me encogió el estómago. El calor subió de golpe como si me hubieran rociado de gasolina y me hubieran prendido fuego. Se me cerró la garganta y el pulso se me disparó hasta el punto en que me taponó los oídos.

Me levanté despacio, notando el peso de su mirada sobre mi cuerpo. Empezaba a entender que Daniel Cross iba a ser mi perdición.

—¿Eso sería tan terrible? —dije bajito.

—Depende.

—¿De qué?

—De si estás buscando un juego... o una caída lenta.

Me quedé estupefacto. Porque lo entendí. Aquello no era una amenaza, sino una advertencia para él mismo. Yo no era el único que deseaba piel y lujuria.

Disimulé ajustándome la chaqueta con gesto arrogante, como si no pasara nada.

—Mueve el culo. Llego tarde a clase —dije con ironía.

—¿Ya te has cansado de jugar? —se burló Daniel, implacable, y se puso en pie.

Su presencia me hizo sentir pequeño y muy, pero que muy excitado. Sin embargo, no me acobardé. Entonces, me acerqué a su boca lo suficiente para que mi aliento rozara sus labios.

—Cariño…, yo mismo soy el juego —susurré.

Me marché sin darle la satisfacción de una última mirada.

24



JAMES

Salir de clase un lunes a las dos de la tarde debería estar prohibido. Me rugía las tripas del hambre que tenía. Obviamente, la culpa la tenía cierto guardaespaldas. Si no me hubiera abordado en el desayuno, yo habría podido disfrutar de mis huevos Benedict y mis tostadas francesas sin temor a escupir el corazón. Pero al muy cabronazo se le antojó ser un *mojacalzones.*

—James —dijo una voz a mis espaldas justo cuando salíamos del aula.

Me giré sin demasiado entusiasmo. Allí estaba Lydia. La rubia del beso. Lucía muy mona, muy arrepentida y consciente de que yo no estaba de humor.

—Solo quería decirte que… lo siento. Lo del otro día…

—Aceptado —respondí con una sonrisa falsa—. Pero la próxima vez procura preguntar antes de atacar. Así nos libras a los dos de un trauma. ¿Algo más?

Ella soltó una risita tímida, de esas que solo sirven para aliviar tensiones, y negó con la cabeza. Yo asentí y me largué de allí. Honestamente, solo pensaba en comida. Ya. Urgente. Pero, por supuesto, el universo tenía otros planes. O mejor dicho, Cross los tenía. Me tomó por el codo con la fuerza justa para hacerme saber que no había escapatoria.

—Qué…

—Conmigo, Su Alteza —ordenó.

—¡Oh, vamos, Cross! Solo quiero una indigestión por pasta. ¿Qué clase de tortura medieval es esta?

—No exageres.

—Mis niveles de glucosa caerán en picado. Moriré. Serás el primer agente en la historia del MI5 que mata a su protegido por inanición.

Él ni se inmutó. En cambio, sacó del bolsillo interior de su chaqueta una barrita energética y me la puso en la mano.

—¡¿Qué demonios es esto?! —protesté—. ¿Qué soy ahora, un hámster? ¿Hola?

—Lleva quinoa y nueces. Alto contenido en proteínas.

—Eres un cretino.

Me llevó fuera del edificio sin más ceremonia, directo hacia uno de los jardines laterales del campus, donde rara vez pasaba alguien a esas horas. Un sendero de grava, árboles centenarios y un aire a refugio secreto para dramas universitarios. Por suerte, brillaba un sol esplendoroso, y la barrita estaba deliciosa. A Cross se le había olvidado comentar que también llevaba miel y plátano.

Entonces, vislumbré una silueta al fondo del sendero. Chaqueta de cuero, gafas de sol enormes y ese andar despreocupado, como si no existiera el concepto de urgencia en su diccionario. Solo se me ocurría un hombre en ese mundo que estuviera tan bueno y a la par me provocara una carcajada sin necesidad de abrir la boca.

—*Ciao, cucciolo!* —gritó Gianni con un descaro encantador.

Era el «príncipe» monegasco de Ferrari con sonrisa de infarto, acento que derretía el hielo y esa energía que lo convertía en el centro de gravedad de cualquier sitio en el que estuviera.

—¡Gianni! —exclamé y me lancé a él—. ¿Qué demonios haces aquí? ¡No te esperaba hasta el jueves!

Me abrazó con esa efusividad mediterránea suya que siempre me dejaba oliendo a perfume caro y peligro. Joder, cuánto lo quería. Era mi compañero de batallas.

—Me he adelantado al viaje. No tenía sentido pasar unos días libres en Abu Dabi cuando este finde es el Gran Premio de

Silverstone. Así que pensé pasarme a saludar. Aunque casi tengo que pedir pasaporte diplomático para evitar que tu agente me redujera contra un seto —terminó bromeando, y lanzó una mirada divertida en dirección al nombrado.

Daniel, que estaba unos metros más allá, cruzado de brazos y con cara de «estoy controlando hasta la fotosíntesis», no se movió. Pero lo vi levantar apenas las comisuras de su boca. Para él, eso era lo más cercano a un aplauso.

—Has llamado a Pembroke, ¿no? —pregunté risueño.

—Obvio. No soy tan suicida como para presentarme sin avisar. Me dijo que si venía de improviso corría el riesgo de ser abatido.

Me eché a reír, relajado por primera vez en toda la mañana.

—Has hecho bien. Cross tiene el gatillo fácil cuando se trata de hombres guapos con chaqueta de cuero.

—Y eso que todavía no me ha visto sin ella.

Nos carcajeamos. Daniel escuchaba, pero prefirió no intervenir. Aunque, en el fondo, supe que le hizo gracia.

—Joder, cómo me alegra verte, tío —suspiré antes de darle un codazo.

—¿Creías que iba a pisar este país sin ver tu preciosa cara antes? —me guiñó un ojo—. Te ha pillado desprevenido mi visita, ¿eh?

—Solo un poco más que el champán.

—O un morreo a traición. —Gianni soltó una carcajada sonora porque pilló perfectamente la ironía—. Ya me han contado el espectáculo. Diana sigue siendo igual de encantadora, ¿eh?

—Un sueño húmedo para cualquier terapeuta.

Nos sentamos en una banco de piedra bajo un árbol. Gianni se quitó las gafas y me examinó.

—¿Y el agente Cross? —preguntó con tono casual.

—¿Qué pasa con él?

Me crucé de piernas en actitud casual.

—No sé… Pareces bien protegido. O al menos bien vigilado.

—Es un guardaespaldas, Gianni, no un consejero espiritual.

—No digo lo contrario. Solo que lo observas como si lo odiaras y lo necesitaras al mismo tiempo. Muy tú.

Lo miré de reojo.

—¿Has venido a analizar mi vida amorosa o a correr a trescientos kilómetros por hora?

—Las dos cosas. Pero, vale, lo pillo —alzando las manos—. Tema Daniel: clasificado.

Ambos le echamos un vistazo profundo.

—Mira que está bueno el hijo de puta —suspiró como si estuviera al borde del orgasmo—. No me importaría tirármelo a lo guarro.

—No follas de otro modo, Gianni.

—No mientas, que yo soy de los románticos.

Más risas. Y me palmeó la rodilla con camaradería.

—Vas a venir, ¿verdad? —preguntó.

—¿Al Gran Premio? ¿En serio lo dudas? No me perdería una carrera así por nada del mundo.

—Eso quería oír. El príncipe en primera fila. Me trae suerte. —De pronto, vibró su móvil—. Mierda, es del equipo. Tengo que irme.

—No sería la F1 si no hubiera un drama.

—Exacto. ¿Cena en tu casa?

—Obvio.

Se despidió con un beso en la mejilla y se largó con esa energía suya que parecía recargar a todo el mundo.

Lo que no esperé fue que la alegría me durase tan poco.

25



JAMES

Percibí una vibración extraña en el ambiente. No sabría explicarlo, pero sentí algo acechándome. Entonces, se me erizó la piel y decidí girarme, pero lo hice medio segundo tarde.

De pronto, una sombra se me echó encima. Fue tan rápido que apenas tuve tiempo de procesar el movimiento. Un tipo encapuchado de cuerpo fornido surgió de entre los arbustos con una precisión que me heló la sangre. Me embistió con fuerza por el costado y me arrastró al suelo. Fue como si la gravedad cambiara de dirección y, en apenas segundos, noté que una mano me capturaba del cuello.

El pánico es curioso, nunca llega de golpe, sino que arrasa como un tsunami invisible. Y eso fue lo que a mí me sucedió. Porque, cuando sentí aquel puñal en mi costado, realmente creí que ese sería el último instante de mi vida.

Sin embargo, no estaba solo.

Existía Daniel Cross y ese hombre jamás permitiría que me ocurriera nada.

En un parpadeo, el peso que tenía encima desapareció. Escuché un golpe seco y una especie de rugido contenido. Cuando levanté la cabeza, vi al atacante estrellarse contra el suelo con una violencia arrebatadora.

No entendí lo que pasó. Mis ojos no pudieron seguir el movimiento. Solo vi a Daniel moverse con una rapidez brutal, como si cada músculo suyo respondiera a una partitura de combate perfectamente orquestada.

Se había deslizado sobre el agresor como un maldito cazador entrenado y lo desarmó en segundos, lanzando el cuchillo lejos de su alcance.

Me incorporé como pude, con la respiración descontrolada y las pulsaciones golpeándome el cráneo, justo a tiempo para ver la transformación de Daniel. Ya no era el tipo serio que desayunaba café sin azúcar. Era otra cosa. Una bestia de instinto. Y lo había hecho de forma tan jodidamente hermosa que no pude apartar la vista.

El tipo intentó golpearlo. Mala idea. Daniel atrapó su brazo en el aire como si fuera un juguete y lo giró con una contorsión que hizo crujir los huesos. Luego lo inmovilizó clavándole una rodilla en la espalda y enterrando su rostro en la grava.

Me quedé estupefacto, ya no solo por lo que acababa de pasar, sino por el hombre que tenía delante con los músculos tensos, los ojos encendidos y la mandíbula marcada como si hubiera sido cincelada para intimidar a los dioses.

Ese era mi guardaespaldas. Y la persona que se estaba colando en mi sistema sin pedir permiso. Era un depredador con traje que acababa de salvarme la vida.

—Quieto —gruñó Daniel ejerciendo aún más fuerza sobre su presa.

El tipo soltó un alarido de dolor y, por cínico que pareciera, lo disfruté. No solo por venganza, sino porque ese tono autoritario de Daniel activó algo primitivo dentro de mí. Algo que no me atreví a analizar ahora que tenía el corazón en la garganta y el deseo me había asaltado como una puta tormenta.

Entonces, se escucharon unos reclamos. A continuación, unos pasos acelerados. Y de pronto aparecieron cinco guardias de la seguridad del campus portando sus bastones extensibles.

—¡Suelte al individuo! —gritó uno, claramente alterado al ver a Daniel inmovilizándolo.

Cross ni se inmutó. Tan solo levantó la cabeza, echó mano al bolsillo trasero de su pantalón y mostró su identificación oficial.

—Agente especial Daniel Cross del MI5. Este hombre ha intentado atacar a Su Alteza Real —declaró tajante.

Los guardias se miraron entre ellos, aturdidos, y, en esos segundos de duda, Daniel giró al atacante sobre sí mismo y lo dejó en el suelo boca arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho. Ya ni se resistía. Estaba completamente doblegado.

Uno de los agentes del campus se acercó, esposas en mano, y Daniel le cedió el espacio mientras otro de los guardias llamaba a la policía. Al tiempo, los estudiantes empezaron a agruparse. Murmullos, móviles en alto, algún idiota soltando risitas nerviosas como si aquello fuera parte de una representación teatral. Una de las chicas de primero incluso murmuró algo sobre mí. Pero todo ese caos de gente me importó una mierda. Yo solo tenía ojos para el hombre que venía hacia mí.

Daniel me cogió del brazo y me puso en pie de un tirón. Se acercó demasiado, apenas dejó unos centímetros de distancia entre nuestros cuerpos. Su mirada me escaneó con una precisión quirúrgica. No, más bien me devoró, y yo me pregunté si otros de sus protegidos se habían sentido de la misma forma, tan intimidados y fascinados al mismo tiempo.

Daniel no habló. Solo me leía. Mis pupilas, mi respiración, mis movimientos. Como si estuviera evaluando si estaba a punto de desmayarme, de ponerme a llorar o de perder la cabeza y besarlo allí mismo, delante de toda esa gente.

Fue curioso notar que estaba peligrosamente cerca de lo tercero.

—Estás temblando —murmuró al fin, tan bajo que solo yo pude oírlo.

Pero no entendí si era una pregunta o una constatación. Porque entonces levantó su mano, con una lentitud impropia del momento, y la apoyó en mi cuello con firmeza. Por alguna estúpida razón, me estremecí.

Nada en el gesto pretendía ser suave. Sin embargo, su contacto me quemó la piel mientras se deslizaba por mi hombro hasta llegar

al codo. Entonces, una corriente me atravesó cuando sus dedos se cerraron en torno a mi brazo. Fue eléctrica, invasiva y francamente sexual.

Quise hablar. De verdad. Decirle que estaba bien, que no necesitaba que me mirara así, como si fuera algo más que un trabajo. Pero me quedé sin voz. Me ahogué en esos ojos arrebatadores. Y durante unos segundos, el caos del campus desapareció. Ya no había móviles grabando, ni estudiantes murmurando, ni guardias moviéndose de un lado a otro, tratando de poner orden.

Solo estábamos él y yo y ese silencio espeso lleno de todo lo que no nos atrevíamos a decir.

—¿Puedes caminar? —murmuró.

Asentí, aunque no estaba seguro.

—Vamos.

Lo seguí como un idiota fascinado que, lamentablemente, había encontrado una adicción en su maldito guardaespaldas.

26



JAMES

No dije ni una palabra en todo el trayecto.

El coche avanzaba por la carretera, pero yo ni siquiera escuchaba el motor. Solo ese zumbido extraño que se había instalado en mi cabeza después del ataque.

Me fijé en cosas absurdas. Una hoja seca que se cruzó volando. Un pájaro solitario sobre una verja. Las costuras de mi pantalón. Las líneas de mis nudillos. Mis manos que temblaban un poco y las convertí en puños para contenerlo. Era ridículo sentirme así. No era la primera vez que me atacaban o encajaba un golpe y seguía con la cabeza alta. Pero aquello era diferente.

Mi cuerpo reclamaba a un hombre que no podía tener.

Traté de quitarle importancia. Lo achaqué a la presión del momento, a la adrenalina. Me repetí que solo estaba impresionado, que era normal y se me pasaría. Quizá solo era un calentón.

Pero entonces lo miré.

Nuestras miradas se cruzaron a través del retrovisor.

Su expresión era la de siempre, seria, atenta y contenida. Pero algo dentro de mí se encogió. Lo más molesto no era que Daniel me mirara como si pudiera leerme, sino que yo empezara a sentir algo por él. Y era hetero, joder. Eso no se podía revertir ni aunque me pusiera una corona de flores en el culo.

Pero, aun así, estaba cayendo por él como un imbécil. Yo, un puto príncipe de Reino Unido rindiéndose a un tío que sería capaz de aparearse con una cabra antes que tocarme a mí de forma íntima.

En cuanto llegamos a Spencer Manor, no esperé a que nadie dijera nada. Subí las escaleras y me encerré en mi habitación. El baño fue mi refugio más inmediato, y me desnudé sin pensar como si eso pudiera deshacerme también la tensión.

Abrí el grifo y me metí bajo el agua sin comprobar la. Simplemente, dejé que me empapara el cuerpo, y apoyé la cabeza en la pared antes de suspirar. No sabía si estaba limpiándome o intentando disolverme. Solo supe que necesitaba sentir algo que no fuera el roce invisible de su mirada.

«Joder, Cross».

Incluso cuando no estaba, lo sentía. De hecho, lo imaginé allí observándome, y sentí cómo una descarga atravesaba mi miembro. Lo miré. Estaba medio erecto y me tentó tocarme mientras mi mente dibujaba a ese hombre delante de mí.

No me atreví, pero me quedé bajo el agua hasta que el vapor llenó el baño y mis dedos empezaron a arrugarse.

Me sequé con una toalla, me envolví en el albornoz salí a la habitación aún con el corazón inquieto. Nadie me había explicado que la atracción podía volarme los sesos. Así era exactamente cómo me sentía, como si alguien estuviera haciendo un *smoothie* con mi cerebro.

De pronto, llamaron a la puerta. No esperó a que le diera permiso. El puñetero Daniel Cross se había propuesto desquiciarme los nervios, y entró con la misma determinación que lo hacía todo. Pero esta vez se detuvo casi en el umbral como si hubiera sentido lo que yo no me atrevía a nombrar.

Nos miramos. Solo eso. Yo, empapado por un deseo que no quería. Él, con esa sombra en la mirada que tan difícil era de entender.

—¿Querías algo?

Fui más seco de lo que pretendía, pero no me corregí. Y a Daniel tampoco pareció importarle. Creo que se estaba acostumbrando demasiado a esa parte de mí.

—Tengo que viajar a Londres —anunció.

No sé por qué noté aquella chispa de indignación.

—Adelante, entonces.

Le di la espalda y me acerqué hacia el minibar para servirme una copa mientras notaba su mirada clavada en mi espalda. Lo supe. Me estaba devorando con los ojos. Inspeccionaba esas partes de mi cuerpo que el albornoz no cubría, las analizaba sin pensar en las consecuencias para mi pulso.

—He dejado instrucciones…

—¿Vas a encerrarme en esta mansión mientras tú te paseas por ahí?

Me giré para clavarle una mirada desafiante que él aceptó.

—No me gusta que lo enfoques de ese modo —contestó impertérrito.

Yo torcí el gesto y adopté una mueca socarrona.

—¿Y bien, qué quieres que haga? —Quise saber.

—No abandones el perímetro. No desobedezcas el protocolo de seguridad y evita contradecirlo ante el personal. Richard se queda al mando en mi ausencia.

Habló como un robot programado para no sentir. Pero su mandíbula estaba tensa. Sus ojos brillaban demasiado, habían oteado mi clavícula y esa parte de mi pecho que no cubría el albornoz. Y yo sabía leer cuerpos. Daniel podía fingir indiferencia, pero su piel no.

—Por favor, intenta no desacreditarlo —continuó—. Cada vez que lo haces confundes a mis hombres.

—¿Tus hombres? —Alcé una ceja—. Te recuerdo que trabajan para mí.

—Pero siguen las reglas que yo establezco.

—No me gusta que me den instrucciones como si fuera un niño —rezongué.

—Lo sé.

—Y aun así lo haces.

Cogió aire y lo expulsó haciendo un alarde de paciencia.

—Desconocemos las intenciones que tenía tu asaltante y si es el mismo que te atacó hace unas semanas. Lo han trasladado a las

inmediaciones del MI5. Allí podré sacar más información.

No sé si me molestó más su tono impersonal o el hecho de que su presencia me sacara de quicio.

—Entonces, tus superiores podrían interrogarlo. No sé qué tan necesario eres allí como para abandonar tus responsabilidades aquí.

Me arrepentí casi de inmediato, pero lo noté. Algo se encendió en los ojos de Cross. Y ese algo lo animó a caminar hacia mí con una lentitud tan calculada que me encogió el estómago.

No imaginé que se detendría a un solo palmo de mi cara. Pude sentir su respiración contra mis labios. El olor de su piel. El calor que desprendía. Su poderosa presencia llenó la habitación. Se hizo enorme, absolutamente arrebatadora. Y yo… Yo solo pensé en su boca.

Tragué saliva, el corazón se me estrellaba contra las costillas. Ese maldito hombre era puro dominio masculino. Pero no quería hacérselo saber, y tiré de arrogancia. Alcé el mentón y acepté el desafío que vi en sus ojos, ignorando el cosquilleó que sentí en la parte baja de mi vientre. Temí empalmarme y que él lo viera.

Sin embargo, Daniel se propuso jugar a un juego que estaba prohibido para los dos y que no dejaba alternativa alguna.

—Primero intentas echarme, luego seducirme y ahora me pides que no me vaya. —Su voz sonó rasposa, como si supiera exactamente lo que estaba provocando.

—Yo no he dicho eso —gruñí.

—No, pero lo piensas… Y lo deseas.

Destiló una arrogancia más propia de mí. Pero no supe si en ese momento quería asfixiarme con sus propias manos o follarme contra la pared.

Entonces, su mirada se deslizó hacia mi boca sin molestarse en disimular. la observó más tiempo del debido, como si supiera que bastaba con un movimiento en falso para que todo estallara.

Eso fue lo que hizo que mi mente bajara a los infiernos. Me imaginé empotrándolo contra la puerta, mordiéndole el cuello y arrancándole la camisa. Me vi lamiéndole la piel, bajando por su pecho e hincándome de rodillas en el suelo para desabrochar su cinturón con los dientes. Pensé cómo sería tragármelo entero,

empujarlo al extremo y después cabalgarlo como si el mundo se acabara ese día.

Y lo imaginé tan fuerte que hasta me dolió.

—James…

La forma en la que murmuró mi nombre me volvió loco. Mi polla ya estaba dura como una roca. Quise besarlo. Que me rompiera el albornoz y me follara salvajemente. Quise que me hiciera suyo por completo.

Pero no se lo pedí porque él nunca me lo daría.

—Lo he entendido —solté al fin, déspota—. Nada de salidas ni de berrinches. Ahora, lárgate.

Le hice un gesto evasivo con la mano y me alejé de él.

—He anunciado la visita de Gianni. Será la única persona con acceso permitido hasta mi regreso. ¿De acuerdo?

—Qué detalle de tu parte.

Lo miré de reojo y, de nuevo, sus pupilas otearon mi boca. Lo que sea que significara esa mirada solo él lo sabía, pero causó estragos en mí, alimentaron mis fantasías.

—Será mejor que me vaya.

Ni siquiera supe si lo dijo para protegerme o para salvarse a sí mismo.

Pero lo odié por irse. Y lo odié aún más por no besarme.

27



DANIEL

El helicóptero aterrizó en las inmediaciones del complejo del MI5 bajo un cielo oscuro y encapotado. Y en cuanto puse un pie en el suelo, pensé en regresar a Spencer Manor de inmediato.

El pensamiento me asaltó de improviso. Llevaba Londres en las venas, la adoraba y odiaba a partes iguales, pero era mía, mi territorio e identidad. Por eso me aturdió echar de menos la campiña inglesa de Oxford. Mi mente aprovechó entonces para dibujar a James con aquel maldito albornoz. No fueron normales las ganas que sentí de empujarlo contra el colchón y follármelo como si no hubiera un mañana. Me costó horrores disimular que mi polla quería protagonismo.

Ese tipo de fantasías estaban reservadas a hombres más viscerales que yo y, en cualquier caso, deberían haberlas despertado una mujer. Pero hacía ya unos días que había dejado de insistir en comprender cómo funcionaba esa parte de mí. Solo sabía que el maldito príncipe me estaba volviendo loco.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron, recorrí el pasillo con paso firme. Ninguno de los hombres con los que me crucé preguntaron, nadie se atrevió a saludarme. Sabían por qué estaba allí y no tenía tiempo que perder. Mi mente estaba de regreso a su

espacio natural y pronto se tornó fría, calculadora, extremadamente precisa.

Llegué a la sala de interrogatorios. Amelia Clarkson esperaba allí junto a su informe previo y el espejo unidireccional que mostraba el espacio donde estaba el asaltante.

Mi jefa me observó circunspecta.

—No ha dicho nada útil —me informó con un tono neutro—. Cinco mil libras en efectivo. Pagador anónimo. Supuestamente, solo tenía que asustar al príncipe. Tiene antecedentes menores, trapicheos y pequeños hurtos.

Cinco mil libras no bastaban ni para un susto decente. No para lo que había intentado hacer. Había algo más. Lo sabía. Lo sentía.

Me detuve frente al cristal de observación para mirar a ese tipo. Rondaba los treinta y pico, mandíbula marcada, ropa de mercadillo y rostro de no haber dormido en días. El típico imbécil al que nadie echaría en falta si desaparecía.

Pero su lenguaje corporal me habló más de lo que nadie imaginaba. Estaba nervioso, pero no se sentía derrotado. No era un profesional, aunque tampoco un completo idiota.

Sin embargo, un tipo así no tenía recursos para rastrear a un miembro de la familia real. Mucho menos infraestructura ni entrenamiento. Pero había sabido exactamente dónde estaría James, a qué hora y por qué parte del campus se movía. Demasiada precisión o demasiada suerte, y yo no creía en la suerte.

Ese tío no era el cerebro. Ni siquiera el músculo. Era solo la mano ejecutora. Un peón barato al que alguien le había soltado cinco mil libras para jugar a ser terrorista. Y lo más preocupante es que había estado a un segundo de conseguirlo.

—No cuadra —mascullé sin apartar la vista del cristal.

—¿Te refieres al perfil? —preguntó Amelia.

—Nada de esto cuadra.

Ella me estudió en silencio, esperando. Sabía leerme mejor que nadie, incluso cuando me esforzaba por parecer indiferente.

—No es un profesional —añadí—. Sin embargo, ha conseguido acercarse más al príncipe que muchos con entrenamiento.

—¿Qué planteas?

—No trabaja solo. Alguien cercano al príncipe está filtrando información. —Me giré para mirar a mi jefa—. Quién sea, sabe por dónde se mueve, cuándo aparece, qué seguridad lo cubre, qué accesos usa. Eso no lo reconocería un tío con un Nokia y cinco mil libras en el bolsillo.

—¿Crees que hay un topo en Spencer Manor?

Negué de inmediato.

—No. Revisé a todos antes de llegar. Personal, invitados habituales, incluso al claustro de profesores. Nada.

Amelia frunció el ceño, tensa.

—Entonces, ¿dónde propones buscar?

—En su entorno más amplio. En lo que no podemos ver. Alguien que está pasando desapercibido a propósito.

Volví a mirar hacia el cristal. El sospechoso bostezó, nervioso. No tenía ni puta idea de lo que había desencadenado.

—Voy a entrar.

Amelia me miró de reojo.

—No le arranques los dientes. Aún no ha firmado la confesión.

—Depende de él —respondí, y me dirigí al lugar.

Abrí la puerta y entré en la sala con la seguridad de quien sabe exactamente qué hacer para romper algo sin que la sangre llegara al río. El tipo me miró con una insolencia que se esfumaría más pronto que tarde.

La puerta se cerró a mi espalda con un clic seco. No saludé ni me presenté. No le ofrecí agua ni fingí cortesía. Solo me senté frente a él y dejé que el silencio hiciera su trabajo.

El tipo intentó sostenerme la mirada con chulería.

«Qué necio eres», pensé.

—¿Vas a hacerme preguntas o solo quieres que disfrutemos de la tensión sexual? —soltó esbozando una sonrisa torcida.

«Ah, es de esos».

—Si lo que quieres es saber qué ha pasado, ya se lo he contado a la vieja rubia.

Omití el comentario despectivo hacia Amelia. Total, en breve la cosa cambiaría y mucho.

—Cinco mil libras —dije sin rodeos—. ¿Eso cuesta tu dignidad?

—No fue tan grave —se encogió de hombros—. Solo tenía que asustarlo un poco, ¿sabes? No era nada personal.

Sonreí. No porque me hiciera gracia, sino porque ya había escuchado demasiadas veces esa mierda.

—Entonces, ¿fue un encargo?

—Me entregaron un sobre con una dirección y un cheque.

—¿Y tú aceptas trabajos de fantasmas?

—Acepto el dinero. Lo otro es irrelevante.

Lentamente, me incliné hacia él para apoyar los codos en la mesa.

—Escúchame bien. Has tocado a un miembro de la familia más importante de esta nación. No vas a salir de aquí con una palmadita. Si te estoy hablando ahora mismo y no hay una bolsa en tu cabeza es porque quiero entender todos los porqué antes de eliminarte.

Tragó saliva. Por primera vez, sus ojos parpadearon demasiado rápido.

—Ya te lo he dicho —repitió todavía chulesco—. Solo era un susto a cambio de cinco mil libras. Fin. El príncipe está bien, así que os jodan a todos.

Bueno, fin del interrogatorio. Había llegado el momento de pasar a métodos más efectivos.

Me recliné hacia atrás, dándole espacio. Dejé que se acomodara en la silla como si fuera el puto rey del lugar. Que se creyera que tenía el control. Que pensara que esto iba a ser una charla con derechos humanos incluidos. Le di treinta segundos de falsa calma. Y luego se los arranqué de cuajo.

Me levanté de golpe a la par que empuñaba el cuchillo que tenía escondido en el cinturón, un arma táctica militar que me había regalado Jace. Salté sobre él, lo cogí del cuello y estampé su cabeza contra la mesa de metal. A continuación, clavé el cuchillo entre sus dedos. El tipo chilló como un cerdo a punto de ser desollado. Creyó sinceramente que lo había apuñalado. La verdad, ganas no me faltaban.

—¡¿Estás loco, tío?! —intentó retroceder, pero la silla estaba fijada al suelo—. ¡Estás jodidamente loco!

Me incliné hacia su oreja. La hoja aún vibraba por el impacto, rozándole apenas la piel.

—No del todo. Créeme, tengo mejor puntería, pero me estoy controlando.

—¡No sé nada! ¡Ya te lo he dicho, no sé una mierda!

—Entonces, vas a empezar a decirme lo que no sabes. Porque, escúchame bien, escoria: si has aceptado un trabajo para joder a una persona protegida por el MI5, vas a cantar hasta el puto color de calzoncillos que llevabas ese día.

—¡Me lo encontré en el buzón, te lo juro! ¡Solo eso!

Giré el cuchillo y la hoja se clavó en su piel, entre los dedos. El chillido fue de pura desesperación. Empezaba a entender que estaba dispuesto a cortarle lentamente cada uno de sus dedos.

—Si no sueltas algo útil en los próximos dos minutos, juro por lo más sagrado que te vas a arrepentir de haber respirado el mismo aire que él.

—¡Vale! ¡Vale, hostia puta, vale! —gritó.

La voz le salió quebrada, empapada en saliva y terror. Temblaba y sudaba. Incluso se meó encima. Literalmente. Pude olerlo.

—Todo lo que he dicho es verdad —sollozó—. El dinero, el sobre, la nota. Pero… había un tipo. Uno solo. No me dio un nombre completo. Solo… solo dijo que se llamaba David.

Le aflojé apenas la presión en el cuello, pero no solté del todo.

—¿David qué?

—¡No lo sé, joder! No lo sé. Pero me citó en un callejón detrás de Barking Road. ¿Te suena?

Claro que me sonaba. Barking Road estaba en Plaistow y ese barrio seguía siendo sinónimo de marginalidad, miedo y supervivencia. Un rincón del East London donde la miseria no se disfrazaba. Allí no se vivía, sino que se resistía. Y saber que alguien estaba reclutando en esa zona me revolvió el estómago.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace dos días. Me dio el sobre y me dijo que, si lo asustaba, me ganaba cinco mil… Y si le hacía daño me daba cincuenta mil.

—¿Y si lo matabas? —gruñí, clavándole los dedos en el gaznate.

Levantó los ojos. Brillaban llenos de algo parecido a culpa. En realidad, era miedo.

—Trescientas mil.

Cerré los ojos un segundo.

«Trescientas mil libras por la vida de James».

—¿Y lo pensaste? —murmuré con una calma que no sentía.

—No soy un asesino. ¡Lo juro! Nunca he matado. Solo... solo pensé en los cincuenta mil. Me hacen falta. Unos colegas me dijeron dónde pinchar sin matar. ¡Lo ensayé! Practiqué, incluso. Para no cagarla.

Giré el cuchillo de nuevo lo suficiente para que chillara de nuevo. Esta vez sí que le hice sangre de verdad y un hilo rojo manchó el metal.

—Practicabas. Para no cagarla —repetí en voz baja—. Qué considerado.

Lo solté. Se derrumbó en la silla como un saco de carne mientras yo limpiaba el cuchillo con su jersey. A continuación, me lo guardé en el cinturón y salí de la sala sin mirar atrás.

Amelia me esperaba en el pasillo, impasible como siempre, con los brazos cruzados y los labios apretados. Me detuve frente a ella.

—¿Lo has escuchado? —indagué.

—Tus métodos, aunque cuestionables, son los más eficaces.

—Ha confirmado mi teoría: alguien está organizando esto desde las sombras. Pero recluta en barrios marginales, usando a tipos desesperados que no hacen preguntas porque necesitan el dinero.

—O no tienen escrúpulos.

Cierto.

—Necesitamos un perfil. Cualquier rasgo físico que el tipo recuerde. Voz, gestos, altura, lo que sea. Que los analistas trabajen con eso. Si conseguimos un retrato aproximado, podré moverme sobre el terreno.

—Dalo por hecho. Pondré al equipo en marcha de inmediato.

Pero Amelia lo notó. Sabía que algo demasiado comprometedor se estaba asentando dentro de mí.

—Daniel…, ¿estás seguro de que puedes seguir con la misión?

Torcí el gesto y le regalé una sonrisa ladina.

—¿Ahora sí me dejarías negarme? —ironice.

—Implicarse emocionalmente resta facultades, eso lo sabes mejor que nadie.

—¿Te parece, de verdad, que me estoy viendo afectado?

Nos desafiamos con la mirada, pero no como rivales, sino como confidentes.

—Te mantendré informado.

28



JAMES

El vapor lo cubría todo. Flotaba como una neblina densa sobre la piedra cálida de aquel baño termal de Spencer Manor. Un espacio inmenso, silencioso, perfumado de historia. Parecía más un templo natural que una sala privada.

Se distribuía en zonas que se conectaban sutilmente, donde cada rincón parecía parte de un sueño a medio camino entre la realeza élfica y la magia antigua. Allí no se entraba, se accedía. Como si fuera un lugar sagrado.

No solía usar ese espacio con frecuencia, pero a Gianni le encantaba. Siempre que me visitaba allí, terminábamos metidos en la terma conmigo preguntándome por qué demonios no disfrutaba más de ese pequeño paraíso.

Estábamos desnudos. Sin pudor, sin tensión sexual entre nosotros, pero con la complicidad de haber compartido más de una ducha poscarrera, una piscina a las tres de la mañana o alguna borrachera en la que la ropa sobró mucho antes que la dignidad.

Yo tenía los ojos entrecerrados, me había apoyado contra la piedra caliente, el cuello hacia atrás, los dedos acariciando la copa de champán.

Fuera la noche había caído por completo. Podíamos ver el cielo estrellado por entre el vapor, a través de los ventanales y el

lucernario. La iluminación del jardín se colaba lo justo para que el baño siguiera siendo un rincón ajeno al mundo.

Gianni le dio un trago a su copa y resopló.

—Este lugar es ridículamente perfecto —murmuró Gianni, girando la copa entre los dedos—. Es que ni el vapor tiene defectos. ¿Cómo haces para vivir en esta postal sin volverte un sociópata?

—Confía en mí, ya lo soy —dije sin apartar la vista del techo de cristal.

—No es lo mismo tener el ego inflado que estar clínicamente jodido. Aunque… cuando llevas albornoz empiezo a sospechar. —replicó.

Solté una risa breve. Una de esas que salen más por reflejo que por diversión real. Mi amigo lo notó.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —murmuré.

—¿Pretendes estar toda la puta noche ahí, mirando al techo como si esperases una aparición divina?

—Técnicamente, tú ya estás aquí.

—No soy tan guapo como Cross, así que no me des falsas esperanzas.

La copa se tambaleó entre mis dedos, pero no la solté. Sabía lo que venía, lo notaba, y, por alguna razón, no tenía fuerzas para esquivarlo.

—James…

—¿Qué?

—Tu cinismo, a veces, llega a cotas preocupantes. Pero ahora no eres capaz ni de forzarlo. Y, francamente, eso no suele pasar salvo por una de tres cosas: a, alguien te ha traicionado. B, alguien te ha ignorado. C, alguien te gusta más de lo que estás dispuesto a admitir.

Me encogí de hombros.

—¿Tiene que haber un motivo?

—Sí, y empieza por D.

Me negué a aceptar el cambio que sufrió mi pulso.

—Eso es muy poco sutil.

—Tampoco lo es tu cara.

Le lancé una mirada de advertencia, pero Gianni era Gianni. Se crecía con el drama ajeno.

—No tiene sentido hablar de eso.

—Ah, entonces es un sí.

—No he dicho eso —protesté.

—No hace falta. Llevas media hora en plan monje budista metido en este spa élfico, mirando al horizonte como si fueras la princesa de un drama histórico. Y todo por un tío que te pone tan cachondo que ya no sabes si quieres pegarle o tirártelo.

—Eres un imbécil —resoplé con una sonrisa.

—Y tú estás tocado, cariño.

La frase cayó con la sutileza de un piano sobre un tejado. Pero no le contradije porque llevaba razón.

De pronto sentí que, si abría la boca, si soltaba, aunque fuera una palabra al azar, se desbordaría todo lo que estaba conteniendo. No era miedo, sino temor a la exposición. Para entender todo lo que me estaba pasando debía abrirme en canal y eso jamás me había sucedido. No era fácil reconocer en voz alta que Daniel Cross había creado una grieta en mí.

Gianni nunca me presionaría ni me juzgaría. Pero yo sí. Yo me juzgaba constantemente, me sentía estúpido, débil e insulso. El muchacho que valía únicamente por sus títulos. Más allá de eso, solo era carne y huesos.

Decir que deseaba a mi guardaespaldas era ridículo y tan absurdo como inoportuno. Un chiste de mal gusto que el universo se había empeñado en contarme a fuego lento.

—No lo soporto —solté de improviso, como quien escupe algo que lleva demasiado tiempo atragantado.

Gianni no reaccionó. Solo me observaba consciente de que me quedaba mucho por decir ahora que me había decidido a empezar.

—Es jodidamente insoportable. Y lo peor es que no tengo ningún motivo válido para odiarlo. En el fondo, es buen tío. Incluso admirable. Hace su trabajo magníficamente bien. Me protege. Me aguanta. Tiene principios, valores, toda esa mierda… —Me reí sin gracia—. Lo veo y me molesta. Me jode su disciplina. Su calma. Su puta forma de mirarme, como si pudiera atravesarme con los ojos

sin hacerme una pizca de daño. Me irrita que no intente agradarme, que no se esfuerce en caerme bien. Y detesto que me caiga bien...

Tragué saliva. El calor del agua no era nada comparado con el fuego que me quemaba por dentro.

—Me cabrea y me altera. Me convierte en un imbécil la mayor parte del tiempo. Me hace sentir como si tuviera quince años otra vez, un niñato vulnerable e impulsivo, con esa rabia estúpida que no sabe si canalizar follando o rompiendo cosas. —Cerré los ojos—. Y lo deseo.

Silencio. El tipo de silencio que lo cambia todo.

—No sé cuándo empezó ni por qué. Solo sé que cuando está cerca me enciende y me siento desnudo. Que si se aleja de mí, me deja un puto vacío en el pecho que no logro entender. Que solo puedo pensar en su boca. En sus manos. En su maldita voz diciéndome qué hacer.

Abrí los ojos, pero no miré a Gianni, sino que me pellizqué el entrecejo y cogí aire hondamente,

—Me pone muchísimo… Demasiado. Y no tengo ni idea de cómo demonios evitarlo —murmuré para mi desgracia.

Gianni permaneció callado un rato más. Bebió sin apuro, como si estuviera esperando que mi confesión se asentara entre nosotros. No parecía sorprendido ni me miró extrañado. Solo asintió levemente, como quien confirma algo que ya sabía, y eso me puso la piel de gallina.

—¿Sabes qué es lo más importante de todo eso que acabas de soltar? —dijo al fin, con voz tranquila—. Que es la cosa más humana que has dicho desde que te conozco.

Lo miré de reojo, sin saber si tomarlo como halago o insulto.

—Te estás enamorando, compañero. O, al menos, te estás acercando lo suficiente como para acojonarte.

Negué con la cabeza, frustrado.

—Yo no he dicho que esté enamorado.

—Ya. Claro —ironizó—. Solo estás completamente desquiciado por un tío que te rompe los esquemas, te pone duro con una mirada y te despierta cosas que nadie te ha hecho sentir antes. Pero no, enamorado no estás. Qué alivio.

Le lancé agua y el muy capullo se carcajeó.

—¿Puedes dejar de burlarte? —protesté.

—No me estoy burlando, idiota —se quejó—. Solo intento recordarte que hay una primera vez para todo. Que no hayas sentido eso antes no significa que no pueda pasar.

Tragué saliva, incómodo.

No. Ni de coña. Eso no era amor. No podía serlo. No quería que lo fuera. La palabra me sabía a trampa, a debilidad. El amor era lo que te rompía desde dentro, lo que te dejaba expuesto y vulnerable. Amor era confiar, ceder, entregarse… Y yo había aprendido a sobrevivir negándome a todo eso.

Lo que sentía por Daniel no era amor. Era deseo puro y sucio. Una necesidad animal que me asaltaba sin permiso cada vez que lo veía. Me enfadaba y excitaba al mismo tiempo. Y eso era lo que más me frustraba.

No era amor lo que me revolvía por dentro. Era el deseo de que me tomara, me arrancara la ropa, me empujara contra una pared y me follara con rabia. Quería verlo perder el control. Quería que me hiciera perderlo a mí. Quería… Joder, quería demasiado. Y ahí estaba el verdadero problema.

Por mucho que me dijera que solo era sexo, había algo más. Una maldita sombra se cernía sobre mí y se parecía peligrosamente al principio de todo lo que yo nunca quise sentir.

—No… No estoy preparado para... eso —dije bajito.

—No tienes que estarlo. Nadie lo está —respondió Gianni, encogiéndose de hombros—. Solo tienes que dejar de negártelo, Jamie. No todo es amor, vale, lo sabemos, pero tampoco todo tiene que ser negación. Solo... deja de luchar contra lo que sientes. Al menos, escúchalo.

—Te recuerdo que es imposible, Gianni. Ese tío es hetero —solté, como un disparo.

Mi amigo alzó las cejas y ladeó la cabeza.

—¿Y eso qué coño importa?

—Lo complica todo.

—No, tú lo complicas todo. El deseo no entiende de género ni de lógica. Y yo he podido ver cómo te mira. No sé si es amor, pero

existe la tensión sexual entre los dos. Demasiada. La clase de tensión que puede acabar en guerra… o en polvo legendario.
Me tentó echarme a reír. Pero no me salió. En cambio, me llevé la copa a los labios y la vacié de un trago.

—Odio hablar de estas cosas —mascullé—. Lo sabes. Los sentimientos son... ruido innecesario. Trampas con forma de palabras bonitas. No creo en eso.

Gianni se incorporó un poco y me clavó una mirada sincera.

—Solo recuerda una cosa, lo que estás reprimiendo ahora, va a salir por donde menos lo esperes. Y con él… No creo que sobrevivas indemne. Y ahora me voy fuera que se me están arrugando las pelotas.

Se levantó sin más, cogió la toalla, se secó el rostro y salió como si no hubiera dejado una bomba en mitad de mi cabeza.

Me quedé unos segundos a solas. El vapor me acariciaba los hombros como si intentara calmarme. Me hundí hasta el cuello y cerré los ojos.

Quizá no fuera amor, pero desde luego tenía que deshacerme de lo que sea que fuera aquello.

29



DANIEL

Extrañamente, me alivió volver a Spencer Manor.

Eran más de las diez de la mañana cuando aterrizamos en el helipuerto privado. Me sentía exhausto. Después del interrogatorio, me pasé horas con el equipo de analistas y no paré hasta el amanecer. Solo entonces acepté un café con Amelia y subí mi trasero al helicóptero.

Pero eso no era lo único. También estaba agotado por todo lo que me esperaba dentro de aquella espectacular mansión.

Me encontré con Richard en la puerta principal, impecable como siempre, con su carpeta, su peinado intacto y esa mirada de «gracias por seguir vivo» que por poco me arranca una carcajada.

Desde luego, Pembroke se estaba convirtiendo en la clase de colega que tenía altas probabilidades de pasar a ser casi como un hermano.

—Bienvenido, agente Cross —dijo con un toque de ironía.

—Pembroke. —Le seguí el juego y nos regalamos una sonrisilla —. ¿Y bien? Sorpréndeme.

Estaba preparado para cualquier cosa. Una orgía multitudinaria, una borrachera legendaria, una pelea de Lego en el salón. James era muy creativo para el caos. Pero misteriosamente todo parecía en calma.

—Todo ha ido convenientemente bien durante tu ausencia. No ha habido incidentes, Gianni ha pasado la noche en las dependencias y el príncipe ha permanecido en el perímetro sin berrinches. Solo tuvo una pequeña discusión con el chef. Al parecer, porque se le ocurrió añadir menta a su postre.

Asentí en silencio. Si ese era el mayor drama, podía vivir con ello. Qué demonios, estaba orgullosísimo de no tener que limpiar un desastre.

—Por cierto, he de informarte.

—Te escucho.

—Esta noche hay cena de Estado en Buckingham Palace. Confirmación directa de protocolo. Me acaban de llegar las medidas.

—Perfecto —murmuré irónico—. Me encanta planear las cosas con tiempo.

—Dejaré que comas algo y descanses un rato. Tienes cara de haberte zurrado con una manada de ñus.

Alcé las cejas, asombrado.

—¿Eso es una broma?

—Soy la mar de creativo.

—Trabajando para James, no me cabe la menor duda.

Me dispuse a entrar cuando lo vi a través del cristal del vestíbulo, enmarcado por la luz del jardín.

Se abrazó a Gianni. El piloto le dijo algo al oído que provocó la sonrisa del príncipe. No se parecía en nada a la risa pública que solía usar. Aquella era distinta, más auténtica y sincera.

Lo observé. Solo un instante más de lo necesario. Lo justo para recordarme el problema que significaba ese maldito hombre. Había algo en su cuerpo que parecía desafiar toda lógica. Esa manera de mover los hombros al girarse. Esa forma tan suya de existir en el espacio. Como si todo lo demás se adaptara a él y no al revés.

Tragué saliva y giré la mirada antes de que me traicionara.

«Estás aquí para protegerlo, Cross. No para imaginar cómo sería arrancarle la ropa», pensé y, de paso, me obligué a neutralizar el consejo de Jace.

Gianni me vio antes de cruzar el umbral. Se detuvo en seco y me regaló una sonrisa.

—Vaya, vaya... —dijo mientras se me acercaba—. El hombre al que esperaba ver antes de irme.

—¿En serio?

—No, pero queda bonito decirlo. —Era un capullo encantador.

Me tendió la mano, pero, en cuanto la tomé, tiró de mí para darme un abrazo con palmada en la espalda incluida.

—¿Algún caos del que quieras hablar? —indagué, un poco asombrado que me tratara de un modo tan familiar.

—Increíblemente, no. Estoy tan desconcertado como agradecido.

—Bueno, le dejé amenazas subliminales y le intervine el circuito de cámaras para verlo desde mi móvil.

—Inteligente. —Me dio otra palmada en el hombro—. Nos vemos en Silverstone —añadió mientras se giraba hacia su coche, que uno de los mozos ya le había dejado convenientemente en la entrada—. Intenta no explotar antes de entonces. O explota, pero hazlo con estilo.

No respondí. Solo lo seguí con la mirada mientras se alejaba notando la vaga sensación de que Gianni no necesitaba de extensas conversaciones para saber qué sucedía a su alrededor. Lo que me despertó cierta incomodidad.

Atravesé el vestíbulo y accedí a la sala de estar. Probablemente, lo mejor habría sido desayunar algo antes de tomarme una copa, pero no lo pude evitar. Cuando el *whisky* calentó mi garganta me sentí listo para dejarme invadir por la presencia de James.

Estaba en el umbral de la puerta con esa expresión satisfecha y maliciosa que me hervía la sangre. Se acercó caminando con esa arrogancia encantadora que era tan natural en él como su maldito cabello perfectamente revuelto. Entonces, se desplomó sobre el sofá con la gracia de un querubín endemoniado antes de colocar una pierna encima del brazo acolchado. Esa maldita postura y esa condenada sonrisa… Definitivamente, se había propuesto joderme la cabeza.

—He sido un buen chico, Cross. —Lo dijo con voz dulce e inocente.

Me apoyé en el mueble, me crucé de brazos y luché por no comérmelo con la mirada.

—¿Quiere una galleta, Su Alteza?

Alzó una ceja, complacido.

—Depende. ¿De qué sabor?

—De los que no deberías probar sin receta.

James se rio por lo bajo. Cuánto disfrutaba el muy cabronazo con esos juegos mentales.

—Qué pena. Me gustan los dulces peligrosos.

—Te va a costar encontrarlos.

—¿Tú crees?

Volvió a reír, y se estiró como un gato bien alimentado. Una parte de mí quería tirarle una manta encima y encerrarlo en una celda de seguridad. La otra quería follárselo en ese sofá sin decir una sola palabra.

—Admítelo, Cross —dijo bajito y sensual—. Me has echado de menos.

Lo miré incrédulo.

—¿Yo?

—Tú.

—Lo que echo de menos es la paz. Y el silencio.

—Aun así, aquí estás, mirándome como si hubieras estado contando los minutos para hablar conmigo.

No lo negué. Pero tampoco lo confirmé. Solo lo miré sin pudor alguno. Entonces, James se puso en pie y se acercó hacia mí con un descaro lento y seductor. Apreté la mandíbula, el príncipe sonrió. Quizá creyó que me intimidaba su cercanía, pero no podía estar más equivocado.

Maldita sea, lo que me acojonaba eran mis impulsos, que no dejaban de gritarme que lo redujera para azotarle el trasero.

—¿Te gusta lo que ves, Cross? —preguntó, evidenciando lo pagado que estaba de sí mismo.

Admitía que era una puta obra de arte.

—No me pagan por opinar —espeté.

—Qué diplomático eres cuando te reprimes.

—Me gusta mantener el control, es la única forma de manejarte.

James torció el gesto.

—¿Tan complicado te parezco?

—Digamos que no eres apto para principiantes.

Retrocedió un poco y se acercó al minibar para servirse una copa. Pero en realidad no hizo nada, solo acarició la madera. Entendí que estaba nervioso y que esa era su forma de disimularlo antes de dejar caer la pregunta con una fingida indiferencia.

—¿Y bien? ¿Tu viaje a Londres dio frutos o solo fue una excusa para huir de mí?

—¿Tú qué crees?

—Yo creo que no me estás respondiendo. —Me oteó de reojo.

Fruncí el ceño. Lo había notado, el recelo en su voz. James jamás admitiría que le preocupaba la situación. Y yo jamás alimentaría esa inquietud.

—El sospechoso habló lo justo —desvelé—. No dio ningún dato relevante.

—¿Y tú… estás bien?

Jamás hubiera esperado que me preguntara eso. Mucho menos como si estuviera a punto de sufrir un colapso por pudor.

—Estoy acostumbrado a ese tipo de interrogatorios. No fue nada fuera de lo habitual.

—Claro —dijo, bajando la mirada—. Para ti todo es un operativo, ¿no? Hasta lo que deseas…

Lo soltó como quien lanza una piedra al agua creyendo que no verá las ondas. Pero noté el brillo en sus ojos. Ese gesto mínimo que desvelaba que James esperaba algo que no se atrevía a pedir.

No dije nada. Me limité a dar un paso más. Lo justo para invadir su espacio sin tocarlo. No tardé en sentir de nuevo esa puñetera electricidad. Crepitaba en el ambiente siempre que respiraba cerca de él.

James ladeó la cabeza y me regaló una sonrisa tremendamente peligrosa.

—No te pongas tan serio, Cross… Te vas a romper la mandíbula de tanto apretar.

«Es por tu culpa, no dejas de ponerme a prueba exhibiéndote como si fueras comestible», pensé. Pero, obviamente, no lo dije. Eso habría sido como estrellarse contra un muro de hormigón.

—No soy el que lleva media hora provocando —mascullé—. ¿Qué te propones esta vez, James?

—Ah, yo no provoco —respondió, fingiendo que lo había ofendido—. Es que soy naturalmente estimulante.

—Estimulante no es la palabra más adecuada.

—¿Ah, no? Entonces, ¿cuál?

Me quedé callado. Lo que quería decir no era apto para un informe ni para mi sentido común.

Cuando Jace me preguntó si me acojonaba sentir atracción por un hombre no fui del todo sincero. Por supuesto que aturdía, pero también me despertaba una sensación demasiado incontrolable. No tenía sentido que el tipo más exasperante con el que me había cruzado fuera precisamente el que más me encendía.

Para colmo, ni siquiera me gustaban los hombres. Todo aquello era como masticar una crisis de identidad. En mi vida me había planteado besar a un tío. Ni cuando más borracho había estado.

Sin embargo, ahora empezaba a pensar que el consejo que me había dado Jace, quizá, era el más sabio.

Puede que lo que James me despertaba fuera simple lujuria. Tal vez llevaba demasiado tiempo sin follar como para ver atractivo a un tío. Quizá bastaría con echarle un polvo. El príncipe era receptivo, hasta un ciego podía ver las ganas que me tenía. No me pondría reservas y me dejaría hacerle lo que me diera la gana.

James entrecerró los ojos.

—¿En qué estás pensando, Cross? —indagó curioso.

—En que tienes una cena de estado esta noche y no dispongo de la suficiente paciencia para soportar tus ironías.

—Y sin paciencia serías capaz de cualquier cosa, ¿cierto?

—Evitemos ponerlo a prueba. Subiré a descansar un rato. Procura estar listo a la una.

Giré sobre mis talones antes de darle tiempo a soltar otra provocación. Porque, si se atrevía a decir una sola palabra más, una sola, iba a cruzar esa puta línea. Y no sabía de qué sería capaz.

30



JAMES

El espejo devolvía la imagen de un príncipe. Uniforme de gala perfectamente entallado, botonadura brillante, banda cruzando el pecho, medallas estratégicamente alineadas. Todo en su sitio y pensado para deslumbrar.

Detrás de mí, el ayudante de cámara me quitaba el polvo de los hombros, asegurándose de que luciera impecable. Mi cuerpo sabía el ritual de memoria. Podía mantenerme erguido, girarme cuando debía, levantar los brazos sin vacilar. Todo mientras mi mente se perdía en ese punto muerto.

Me asqueaban ese tipo de eventos. Iba a sentarme en una mesa rodeado de personas que sonreirían mientras pensaban que sería mejor que no existiera. Personas que me observarían como si llevara una mancha invisible en el cuello.

En Buckingham, el oxígeno se mezclaba con la expectativa. Todo el mundo olía a perfume caro, a poder antiguo y a frases ensayadas. Allí, hasta el silencio tenía protocolo y cada mirada era una evaluación. Si no se superaba, estabas socialmente muerto.

Respiré hondo. El ayudante retrocedió con una reverencia y me anunció que ya estaba listo para bajar.

«Qué cansado estoy de fingir esta mierda», pensé.

Me encaminé a la sala de bienvenida, ese lugar en el que la familia se situaba como si fuéramos maniquís para que cada uno de los invitados hiciera sus reverencias mientras la prensa acreditada sacaba sus fotos. Todo un circo, como la mayoría de las cosas en palacio.

Las puertas estaban abiertas, los suelos pulidos como un espejo y el personal dispuesto como si fueran parte del mobiliario ornamental.

El protocolo exigía una disposición ordenada según la línea de sucesión, lo que, para mi desgracia, significaba que me tocaba entre dos personas a las que habría preferido ver una vez cada diez años.

A mi derecha, Helena Fairfax, la «amable» prometida de mi hermano Henry. Si la perfección británica pudiera condensarse en una sola mirada de desprecio, sería la suya. Qué suerte que no le gustara hablar conmigo.

A mi izquierda estaba Diana. Perfecta, inmaculada, insoportable.

Su presencia era exigencia directa del Gabinete de Imagen. Mostrar un frente unido. Por eso se había vestido para la ocasión como si fuera a una coronación, y cada vez que se movía dejaba una estela de perfume y resentimiento.

—¿Estás preparado para mantener la compostura esta vez, James? —susurró con una sonrisa imperturbable, sin mirarme del todo.

—Desde luego, querida. ¿Y tú, para fingir que me toleras? —respondí en el mismo tono, con una sonrisa aún más educada.

—No necesito fingir. La indiferencia es más fácil de sostener.

—Ya. Supongo que por eso brillas tanto cuando no hablas.

Me hubiera matado, de eso no me cabía duda. Pero éramos muy buenos fingiendo cuando nos plantaban una cámara delante. Tan buenos que nadie en esa sala habría imaginado que nos detestábamos.

Aún no había empezado la cena y ya quería largarme. Lo peor es que aquello solo era la antesala. Lo verdaderamente insoportable vendría después.

Mis ojos recorrieron la sala sin que nadie lo notara mientras los invitados iban pasando. Había hombres de seguridad en cada

esquina, perfectamente ubicados, todos con el mismo aire de compromiso y seriedad. Observé sus posturas, pero ninguno era Daniel.

Él no pertenecía al protocolo de palacio, así que no podía estar allí. Sin embargo, eché de menos su figura acechándome. Creo que eso habría sido lo más agradable de todo. Digamos que prefería nuestras batallas dialécticas, que posteriormente me granjeaban un dolor de huevos, a tener que aguantar toda aquella pantomima. Al menos con Daniel no tenía que fingir que me alegraba de haber nacido con estrella.

Pensé en su voz. En esa forma suya de decir «Su Alteza». Y, por un segundo, hubiera dado lo que fuera por escucharlo detrás de mí, tocando la palma de mi mano con sus nudillos.

El anuncio del mayordomo mayor marcó la entrada del invitado principal, el presidente de uno de nuestros aliados en materia de defensa. Un hombre de sonrisa blanqueada, apretón de manos seguro y mirada afilada como una hoja de afeitar. Había nacido para codearse con reyes y dejar claro que su país era lo bastante importante como para ser temido y respetado a partes iguales.

Tras el saludo oficial, el rey guio al invitado hacia el salón principal mientras su reina consorte y la esposa del hombre le seguían de cerca. Y como un desfile, empezamos a movernos.

Me senté en el sitio que me habían asignado, entre dos embajadores cuya conversación era tan hueca como sus intereses, y me preparé para sobrevivir.

La cena, como siempre, fue una mezcla de platos inmaculados y temas reciclados. Se me daba bien. Qué demonios, se me daba de puta madre. Pero lo más interesante de todo no fue entretener a dos peces gordos que terminaron invitándome a sus proyectos. Sino capear las microagresiones disfrazadas con sonrisas.

Abrió la veda mi hermano Charles. Le siguió su esposa, Helena, que aprovechaba cada pausa para recordarme con una sonrisa que yo era el eslabón más frágil de la cadena. O cómo mi madre, entre sorbos de vino blanco, soltaba sus opiniones con una serenidad tan fría que, a veces, parecía que ni siquiera me veía.

Yo sonreía. Porque un príncipe no puede permitirse fruncir el ceño. Y contestaba porque era lo bastante cabrón como para olvidar cómo contenerme.

Pero lo mejor lo reservaron para el final.

En cuanto aquella tortura de cena se dio por finalizada, nos retiramos al salón familiar como mandaba la tradición.

Aquel espacio amplio y perfectamente engalanado ya estaba listo. Se había servido té y las bandejas con *petit four*. Nos sentamos con ese orden invisible que todos conocíamos: el Rey en su sillón habitual, mi madre cerca, mis hermanos ubicados estratégicamente para parecer casuales y, por supuesto, yo al margen del centro, de pie porque sentarme habría complicado una posible escapatoria.

La primera pulla la lanzó Charles, como era habitual. El segundo de mis hermanos era con diferencia el más capullo de todos ellos. Luego estaba Henry que parecía haberse metido un palo en el culo y lo único que le importaba era reírle las gracias a Charlie. Y por último el mayor, el heredero, el perfecto Edward, que si bien era mi favorito, los once años que no separaban destacaban imperiosamente.

Pero el público femenino era peor. Allí estaban mi madre, mis dos tías, mis tres cuñadas y mi puñetera abuela paterna. Entre las siete sumaban las neuronas suficientes para amargar la existencia de cualquiera. Tan expertas eran que mi pobre abuelo se había ahorcado en la torre de Windsor. Sí, esa era la verdad pese a que el mundo creyera que había tenido una insuficiencia cardiaca.

«El diablo lo tenga en su santa gloria», pensé del viejo.

—¿Sigues con el retiro espiritual en Spencer Manor o ya has considerado hacer algo útil con tu tiempo? —empezó la reina madre, Maria, como no.

—Me veo en la obligación de recordarte, querida abuela, que la universidad no es el camino de rosas que imagina. —Sonreí.

—Bueno, tampoco es que te esfuerces demasiado —añadió una de mis tías con tono neutro.

—Desde luego preferiría que fuera un retiro espiritual. Sería recomendable para no terminar como el abuelo.

—James —me reprendió mi padre.

Entonces, Charles aprovechó la oportunidad para seguir el juego.

—Ah, el eterno buscador de sí mismo —dijo avivando las risas de los demás—. Lástima que no parezcas ser gran cosa. ¿Te acuerdas de aquella vez que intentaste ser escultor? ¿Qué era aquello que hiciste? ¿Un caballo? ¿Un burro? ¿Una tostadora?

—Una versión artística de tu ego —contrataqué—. Torcido y hueco por dentro.

Mi madre no alzó la voz, pero su intervención fue como un bisturí frío.

—Deberías pensar en consolidar tu imagen pública, James. Últimamente, los tabloides parecen más interesados en tus fiestas que en tu trabajo institucional. Es una pena.

—¿A qué trabajo institucional te refieres, madre? ¿A poner cara de interesado en las inauguraciones de placas?

—A cualquier cosa que no implique salir por la puerta trasera de un club con una modelo húngara colgada del cuello, querido.

Helena soltó una risita que sonó como cristales rompiéndose.

—Qué pretencioso se me hace ver cómo omites que me gustan las pollas, mamá.

Mi padre dio un golpe en el brazo de su sofá.

—¡James! —clamó.

—¡Qué! —rezongué.

—Cuida tus modales o ¿he de recordarte con quién estás hablando?

—Con mi madre, papá. Con mi madre.

Nos desafiamos con la mirada. No me haría pasar por el aro de actuar como un príncipe cuando allí éramos normales y nadie podía ver lo podrida que estaba nuestra familia.

—No seamos tan duros, por favor —intervino Edward por primera vez, y me miró con compasión, como si me tuviera lástima.

Me pareció más insoportable que la repulsa que estaba recibiendo de los demás. Porque el resto me creía defectuoso, pero Edward me creía infeliz y eso se acercaba demasiado a la verdad.

—Te recuerdo que estás prometido con Diana. Al menos hay una apariencia de estabilidad —comentó mi hermano Henry para

destensar el ambiente.

—La estabilidad es una ilusión elegante —murmuré, alzando mi taza de té—. Como las fotos familiares. O los matrimonios reales.

—Lo que se espera de ti es que madures, no que des la nota —dijo mi madre.

—¿Y qué es dar la nota exactamente? ¿Respirar sin permiso? ¿Que un demente intente matarme? Quizá habría sido afortunado… —dejé la taza sobre el mostrador—… para todos.

El silencio se instaló unos segundos y nadie quiso romperlo. Lo que evidenció que tal vez sí deseaban ese final para mí. Tal vez me querían pero no lo suficiente como para que un maricón formara parte de su círculo.

Y me dolió. Más que eso. Me destrozó por dentro que ninguno de ellos me reprendiera por decir semejante barbaridad o que no me detuvieran cuando decidí mandarlos a la mierda sin palabras y largarme de allí.

Sentía que la piel me ardía mientras caminaba por el pasillo. El corazón me latía en las sienes y el pulso me retumbaba en los oídos. El nudo en la garganta ni siquiera me dejaba respirar. Me apoyé en la pared y comencé a aflojarme el cuello de la camisa. Necesitaba coger aire de verdad.

—Su Alteza, ¿se encuentra bien? —dijo uno de los lacayos que pasan por allí.

Debía disimular y forcé una sonrisa.

—Sí, llame a mi guardia. Abandonamos palacio.

No confiaba en dejarme a solas y pensé en el espectáculo tan lamentable que estaba ofreciendo. Seguramente, estaba pálido como un muerto y la humedad me bailaba en los ojos. Ante ese tipo de situaciones, pocos en Buckingham sabían cómo actuar.

—De inmediato, Su Alteza.

Traté de enderezarme y avancé hacia el vestíbulo. Tan solo tuve que esperar unos pocos minutos antes de ver aparecer a Daniel en nuestro vehículo.

Al mirarnos sentí que el mundo se hacía pedazos bajo mis pies. Me entraron unas ganas demenciales de lanzarme a él y romper en llanto. Sin embargo, alcé el mentón. No iba a llorar, joder. No iba a

darle a nadie ese privilegio. Ni siquiera a ese hombre, que con una sola mirada lo entendió todo.

Me situé frente a la puerta del vehículo. Cross la abrió.

—Spencer Manor. Ahora —ordené.

31



DANIEL

El silencio fue una constante desde el instante en que James se subió al coche en Buckingham. Se limitó a mirar por la ventanilla como si pudiera encontrar un resquicio de algo que se le había perdido dentro. Los ojos ligeramente húmedos, los labios apretados, la mandíbula tensa. Era una mezcla de rabia, orgullo herido y una profunda soledad de esas que no hacen ruido, pero atraviesa los huesos.

Preferí no indagar. No me parecía el momento más adecuado. James necesitaba silencio y eso le di. Solo lo observé de reojo y a través del retrovisor.

Cuando nos subimos al helicóptero, sucedió lo mismo. James ni siquiera se quitó la chaqueta de gala. Tan solo se sentó, se abrochó el cinturón y dejó que su mirada se perdiera en la oscuridad. Mientras tanto, yo me mantuve atento a cualquier gesto o señal. Pero no hubo nada. Solo ausencia.

Por primera vez, no supe cómo protegerlo.

Al llegar, Spencer Manor dormía cuando James bajó sin decir nada. Ni una mirada ni un suspiro. Caminó hacia el interior de la residencia con los hombros rectos, pero el paso lento. Subió las escaleras, atravesó el pasillo y se encerró en su habitación.

Un instante más tarde, comenzó a sonar música. Pensé en subir, pero no creí que fuera bienvenido. Sospeché que, si intentaba hablar con James justo entonces, lo rompería un poco más.

Así que decidí ir a la biblioteca. Había escrito a Richard antes de despegar, avisándole de que regresaríamos antes de lo previsto. No hubo respuesta, pero lo conocía lo suficiente como para saber que estaría despierto. Y tenía razón.

La puerta estaba entreabierta. Dentro, el ambiente era cálido y acogedor, y allí estaba él. Me miró una vez sin decir nada. Solo señaló la botella, y yo asentí mientras él llenaba nuestros vasos. A continuación, me entregó uno de ellos y me guio hacia el cenador de la terraza, donde nos sentamos sin protocolo ni roles.

Durante varios minutos no hablamos. Solo bebimos en silencio y disfrutamos del jardín, que desprendía un aroma a hierba húmeda bajo un cielo que anunciaba lluvia.

—Siempre vuelve así de Buckingham —confesó Richard en un susurro.

Percibí una preocupación que iba más allá de sus responsabilidades como secretario. Se acercaba a la empatía de un allegado y evidenciaba un afecto imposible de disimular.

—¿Siempre? —indagué.

Richard no respondió enseguida. Primero bebió. Luego apoyó el vaso en el reposabrazos y cogió aire.

—Sí, siempre —suspiró resignado—. Regresa fingiendo entereza con los ojos llenos de algo que no se atreve a llorar.

Lo miré de reojo. Richard observaba el jardín y sus sombras con un aire nostálgico.

—James es un ave hermosa atrapada en una jaula. Todos aplauden cuando canta, pero nadie pregunta si está bien.

Me quedé en silencio.

No creí que su comentario describiría tan bien lo que había visto esa noche ni lo que sentí en el coche, esos tipos de tristeza muda y de soledad aplastante.

Richard volvió a hablar, esta vez más despacio.

—Siempre fue diferente. Desde niño. Disponía de una energía que desconcertaba. Brillante, impredecible, caótica pero vivaracha.

Tenía esa manera de ver el mundo demasiado opuesta a su familia.

Tuve la impresión de que llevaba mucho tiempo conteniendo esos pensamientos, y fue muy reconfortante que quisiera compartirlos conmigo. Pero me tocó la fibra. Algo de mí se contagió del rastro de tristeza que tenían sus palabras.

—Y eso no gustó —adiviné.

—Claro que no —sonrió con amargura—. A esta familia no le gusta los fuegos artificiales. Le gusta los relojes suizos. Todo controlado, medido, previsible. Y James... Bueno, él nació siendo un estallido.

No dije nada. No me parecía correcto interrumpirlo.

—Intentaron moldearlo. Apagarlo. Le cortaron las alas, lo empujaron al protocolo como quien encierra a un animal salvaje en una caja de música. Pero lo peor... no fue eso. —Agachó la cabeza y apretó los dientes. Me pregunté cuánto había llegado a ver ese hombre para que le pesaran hasta sus propios recuerdos—. Lo peor fue que lo obligaron a ocultar su identidad. Recuerdo que el rey montó en cólera la primera vez que lo mencionó.

—Su orientación —suspiré.

—James no es tan diplomático como parece. Puede fingirlo durante horas, pero, en el fondo, ni siquiera él mismo puede fiarse de su resistencia. Al final, siempre si impone ese carisma impetuoso. Desafió a su padre, y su padre creyó que necesitaba hacerse un hombre.

—Por eso lo envió a la escuela militar.

Richard asintió con pesadumbre.

—Dos años de servicio. Se le encomendaron misiones demasiado agresivas para un cadete novato. Fueron meses terriblemente duros para él, pero, como el buen cabezota que es, lo superó con honores —terminó diciendo con orgullo.

—Es magnífico en el arte del kendo —admití.

Desde luego, nunca nadie había conseguido tumbarme y James lo hizo sin despeinarse. Puede que su porte esbelto y desgarbado y esos modales tan refinados y seductores confundieran, pero el príncipe desbordaba potencial por todos los poros de su piel. Me extrañaba que la gente lo creyera tan frágil e inepto.

—Lo es también en otros muchos artes, te lo aseguro. Es un experto cazador. Puede disparar a una distancia sobrenatural y tiene altas capacidades de supervivencia en escenarios de peligro —explicó—. Todo un triunfo para la familia real, que vio en él la posibilidad de recuperar la popularidad ahora que «supuestamente» era un hombre hecho y derecho. Lo expusieron. Lo sacaron al mundo como un trofeo, como el rebelde encantador, el príncipe mediático. Querían aprovechar su carisma, su magnetismo… Pero nunca lo escucharon. Nunca le preguntaron qué quería. Ni quién era de verdad.

Me pareció muy duro todo lo que dijo, era evidente toda la basura que se escondía detrás de cada una de sus palabras.

—Hablas como si nadie en su familia lo… quisiera de verdad —aventuré.

Richard me sostuvo la mirada con cierta pesadumbre, pero noté un pequeño atisbo de rencor. No contra mí, sino contra todos aquellos que habían osado herir a James.

—Probablemente, lo quieren. Pero no como él necesita. —Esa tristeza con la que habló se me hizo de lo más insoportable—. Y ni siquiera sé si eso es querer de verdad. Excepto Edward, los demás son un poco… complicados.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros, como si reconociera que todo lo importante ya había sido dicho. Lo cierto era que ahora tenía una imagen más clara de James, no solo del príncipe sarcástico y provocador, sino del muchacho que se había escondido bajo una capa de cinismo meticulosamente construida. Empezaba a entender por qué se escudaba en la irreverencia o por qué lo convertía todo en un chiste. Y era demasiado triste que, alguien que parecía tenerlo todo, estuviera tan roto por dentro.

—Siento toda esta turra —murmuró Richard al cabo de un rato, con una sonrisa casi culpable.

—Estás preocupado…

El secretario bajó ligeramente la cabeza.

—A veces me gustaría que encontrara el valor para dejarlo todo —añadió, con la mirada de nuevo fija en la oscuridad del jardín.

—Eso es más complicado de lo que imaginas —suspiré.

—Por eso he mencionado el valor. —Richard se incorporó con calma y alisó ligeramente las solapas de su chaqueta—. Será mejor que nos retiremos. Ya está bien por hoy, compañero.

Yo también me levanté y asentí con un leve gesto.

—Gracias por la copa —le dije.

Lo cierto era que había pasado un momento bastante agradable junto a él. Me gustaba su compañía.

—No me importaría repetir, Cross. Hablas poco, pero sabes escuchar.

—Ventajas del oficio.

Me conmovió el modo en que nuestras risas se entremezclaron.

32



JAMES

La habitación apestaba a *whisky*, sudor y dignidad evaporada. Pero lo peor fue que no había pegado ojo. Bueno, en realidad, ni siquiera lo había intentado. Me limité a tumbarme sobre la cama con el uniforme medio puesto, clavé la mirada en el techo y reproduje un extenso repertorio de pop británico mientras bebía directamente de la botella.

Sí, bebí creyendo que eso silenciaría mi mente, pero algo de mí se había roto. Y fingir que no me importaba solo funcionaba mientras el alcohol hacía su trabajo.

Ahora, en plena resaca, la máscara pesaba el doble.

Me incorporé con desgana. El cuerpo me dolía como si me hubiera peleado con un oso pardo. Tenía la boca pastosa, los ojos hinchados y un pálpito incómodo en las sienes.

De pronto, escuché cómo se cerraba una puerta.

«Daniel».

Fue alarmante reconocerlo por sus pasos y más aún estar despierto cuando ni siquiera había amanecido.

Me levanté aprisa y me asomé al pasillo justo a tiempo de ver cómo se alejaba por el corredor vestido de negro. Parecía una maldita sombra con un cuerpazo de infarto.

No sé en qué maldito momento se me ocurrió pensar que era una buena idea seguirlo, pero me lancé al vestidor y me vestí a toda prisa. Ni siquiera me detuve a valorar qué me ponía, me daba absolutamente igual. Después de todo, no iba a correr para batir un récord.

Salí de mi habitación consciente de que mi equilibrio estaba lejos de ser el de una persona normal. Cuando llegué abajo, miré alrededor. No había rastro de Daniel por ninguna parte, así que me asomé al jardín. Lo encontré haciendo los estiramientos previos a su rutina.

Esos pantalones negros que llevaba no dejaban absolutamente nada a la imaginación y esa camiseta ajustada parecía diseñada para torturar a los que sufríamos de atracción crónica por hombres imposibles.

El aire era frío, pero a él no parecía afectarle. Se agachaba, giraba el cuello, alargaba los brazos como si fuera una pantera lista para cazar. El muy cabronazo se estiraba como si no supiera que tenía los muslos más obscenamente perfectos de Inglaterra. Y lo peor es que ni siquiera lo hacía con intención. Era condenadamente sexi porque sí.

Salí al jardín fingiendo que no estaba a punto de desmayarme. Me detuve a unos pasos de él y simulé estirar también, obviando que en el intento casi me disloqué el hombro.

Daniel se detuvo un instante a mirarme, torció el gesto y levantó una ceja. Su reacción fue tan él, que me dieron ganas de morderle. Pero continuó estirando, y yo pensé que, si el infierno tenía entrada, probablemente empezaba en sus pectorales.

—¿Desde cuándo te unes al turno de las seis, Su Alteza? —preguntó irónico.

—Desde hoy. —Me hice el arrogante—. La realeza también puede hacer cardio, ¿o es exclusivo de los tristes?

No se molestó en responder a eso, y yo me alegré porque no quería admitir, ni siquiera para mí, que me apetecía pasar un rato con él.

—¿Cuántos kilómetros? —solté, aunque ya me estaba arrepintiendo.

—Lo de cada día. Veinte.

Disimulé el asombro. Miré la campiña, que se abría esplendida ante nosotros. Veinte kilómetros. Si nos despistábamos llegábamos a Londres.

Cogí aire.

—Pocos me parecen —dije con una sonrisa estúpida.

Daniel me miró con esa intensidad tan suya.

—Puedes retirarte cuando quieras. No hay ninguna prueba que pasar hoy.

—¿Y quién ha dicho que pienso retirarme? —protesté.

—Tu cara.

—Mira que eres encantador —ironicé—. Ten cuidado, no vaya a darte una embolia por culpa de tanto afecto.

Soltó una breve carcajada y comenzó a trotar. Yo lo seguí. O, más bien, intenté no perderlo de vista. No tenía la menor intención de correr veinte kilómetros cuando mi cuerpo todavía estaba filtrando el alcohol. Pero, joder, tenía que intentarlo. Porque, si algo tenía claro esa mañana, con la resaca zumbándome en la cabeza y el pecho lleno de cosas que no quería nombrar, era que no podía quedarme solo en mi habitación.

Necesitaba estar cerca de… Daniel. Aunque no lo entendiera del todo.

Trotamos por unos diez minutos. Quizá doce. O eso quise creer. Para cuando llegamos al final del sendero que bordeaba el bosque, yo ya estaba un poquito mejor que muerto. El sudor me empapaba la espalda, las piernas me dolían horriblemente y el corazón parecía a punto de salírseme por la boca.

Daniel seguía adelante con ese trote magnífico y constante. Ni una gota de sudor en la frente ni un jadeo fuera de lugar. Solo ese ritmo perfecto de máquina entrenada y genética ofensiva. Parecía sacado de un catálogo de ropa deportiva para deidades.

«Maldito bastardo…», pensé. Y sí, hasta ese pensamiento jadeó sin aliento.

Resollaba como un galgo jubilado y lo peor era que ni siquiera me arrepentía. Aunque debía reconocer que hubo un punto en que mi alma abandonó mi cuerpo, y terminé sentándome en el suelo.

—Hasta aquí —resoplé—. Fin. Adiós mundo cruel lleno de abdominales.

Daniel se detuvo. Se giró despacio y me miró con media sonrisa en la boca. Me entraron ganas de estrangularlo y besarlo al mismo tiempo.

—¿Ya? —preguntó con una sombra divertida en los ojos.

—Si me dejas aquí, me moriré —gimoteé—. Haz lo que sea. Arrástrame, cárgame, invoca un helicóptero…, pero no puedo más.

Daniel suspiró, se acercó a mí sin mediar palabra y me agarró por los hombros para ponerme en pie. A continuación, se giró.

—¿Qué haces? —pregunté, más por costumbre que por sorpresa. Sabía perfectamente qué se proponía.

—Cumplo tu deseo, Su Alteza —ironizó, y yo alcé las cejas, travieso.

—¿Vas a cargarme a lo Oficial y Caballero?

—Preferiría que te me colgaras de la espalda. —Se giró y me miró por encima del hombro—. Si es que el agotamiento te deja dar un saltito.

Cretino. Le di un golpecito en las lumbares.

—Mides un metro noventa. Facilítame el proceso, señor MI5.

Él se agachó un poco y yo trepé por su espalda con la gracilidad de una tortuga volteada. Daniel terminó de cargarme, enganchando sus brazos a mis piernas y reanudó su camino, esta vez sin correr.

—¿Cuánto hemos recorrido? —quise saber.

—Kilómetro y medio.

«¡Qué!». Joder, creía que llevábamos al menos cinco. Aunque recostado contra su espalda la cosa cambiaba. Así que cerré los ojos y aproveché para maldecir la cantidad de cosas que estaba sintiendo.

Su cuerpo estaba caliente por el ejercicio. Sus brazos me sostenían con facilidad. Su respiración era constante, su pecho subía y bajaba, y, aunque había bromas en mi cabeza —algunas muy buenas, de hecho— no dije nada. Porque en ese preciso momento, lo único que me importó fue ese calor y ese contacto. La sensación de que, aunque fuera solo unos minutos, yo podía abandonarme en brazos de alguien que sabría cómo manejar el timón.

—Estás muy poco hablador hoy —comenté con total naturalidad —. Bueno… más de lo habitual, quiero decir.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Me das permiso para iniciar una conversación de índole personal?

—¿Acaso te callarás si te digo que no?

—Estoy amenizando el viaje —sonreí—. Podrías mostrar algo de gratitud.

—Claro. Todo se ve muy cómodo desde ahí arriba —respondió cansado.

Lo cierto era que Daniel estaba haciendo todo el esfuerzo mientras yo disfrutaba del paisaje encaramado a su espalda. Era tan injusto como divertido.

—En fin, cuéntame algo —lo animé.

—¿El qué?

—No sé… ¿Tienes novia?

Prácticamente, lo vomité, y me maldije por haber preguntado algo así. En realidad, no quería saberlo. O sí, pero me irritaría su respuesta. O no. Mierda, la había cagado.

—No.

Por suerte, Daniel no era un hombre de muchos rodeos. No creo que imaginase el placer que me causó. Aunque eso no significaba que de pronto fuera a tirarme sobre la hierba para echarme un polvo legendario.

—¿La has tenido? —continué, porque era lo bastante masoca.

—Sí. —Escueto, conciso.

Pestañeé aturdido.

—¿Entiendes el concepto de conversación?

—Por supuesto.

—Creo que se te ha olvidado añadir algo más que un monosílabo, Cross.

—Concreta tus preguntas, entonces. Si buscas respuestas más elaboradas, dímelo.

—¿Te has enamorado alguna vez?

Lo solté como una bomba que también arrasó conmigo. Daniel permaneció en silencio, pero finalmente habló.

—Jamás he experimentado un sentimiento que se le aproxime.

Había esperado una respuesta de lo más profunda.

—Eres muy poco elocuente, Cross —resoplé.

—¿También buscas elocuencia?

Apreté las manos contra su pecho solo un poco, para sujetarme mejor. Mi cuerpo se movía al ritmo del suyo y, por un instante, creí que podía notar sus pulsaciones contra mi pecho. Entonces, me incliné hacia delante, apoyé mis labios en su oído y murmuré:

—Más bien, busco sinceridad. Y algo de diversión.

Sentí cómo se le tensaban los músculos del cuello, como si la frase le hubiera hecho cosquillas en algún lugar peligroso. Pero no era solo provocación. Quizá, muy en el fondo, solo quería equilibrar la balanza. No me parecía justo que Daniel hubiera visto mis miserias y yo no supiera ni cómo respiraba cuando dormía. Era como jugar con desventaja. Y yo odiaba perder.

—No soy un tipo demasiado romántico —soltó Daniel al cabo de un rato.

—¿No me digas? —repliqué irónico—. No me lo imaginaba para nada.

—Deja de ser un capullo.

Me carcajeé. Honestamente, me encantaba cuando se pasaba las normas del protocolo por las pelotas.

—Oh, insultando a un príncipe. Por esto podrían inhabilitarte.

—Buena suerte intentándolo.

Sonreí. Estaba cansado de cargar a un idiota como yo, pero esa conversación era exactamente lo que necesitaba para no pensar en todo lo demás.

—Y si no eres romántico… ¿cómo te describes?

—La verdad es que nunca me lo he preguntado. Si me gusta alguien, me acerco, trato de entablar una conversación con ella y pasamos al siguiente nivel.

—¿Follar?

—La mayoría de las veces, sí.

Me mordí el labio. No porque estuviera escandalizado, sino porque me gustaba su forma de decirlo. Directo y sin rodeos.

—¿Y nunca te has planteado tener una relación a largo plazo? —indagué, bajando el tono. No quería que sonara como una acusación, solo era… curiosidad. Y tal vez algo más, como la hipotética posibilidad de tener una oportunidad—. Los encuentros esporádicos están muy bien, pero… no sé… nunca llegan a nada.

—No es mi prioridad mantener una relación con alguien.

—¿Por qué?

Se hizo un pequeño silencio.

—Porque necesito sentir. Y si eso no sucede, siento que estoy mintiendo.

Esa frase me golpeó en un lugar muy incómodo.

—Entonces, sí que eres de los románticos —susurré con una media sonrisa—. Solo que no te gusta reconocerlo.

Daniel no respondió, y yo no lo presioné. Pero lo sentí inhalar por la nariz, como si se tragara algo que no quería verbalizar.

El aire entre nosotros se volvió distinto, más denso y peligroso. Pero apenas faltaban unos metros para llegar a la residencia y, a la lista de cosas que Daniel no era —además de romántico—, debía añadir delicado.

Me soltó de golpe, provocando que me cayera de culo. Acababa de darme la razón perfecta para mandarlo a la mierda, pero Daniel me miró con esa mueca de insuficiencia y a mí me dio por reír.

—¿Todo bien, Su Alteza? —preguntó él, conteniendo una sonrisa.

Maldito fuera, cómo lo odiaba.

—Me siento como una mezcla entre un jabalí asmático y un saco de harina mojado —respondí sin una pizca de vergüenza.

Me tendió la mano y yo la cogí antes de ponerme en pie de un salto. Nos miramos fijamente a solo unos centímetros de distancia. Estaba tan cerca que podía escuchar los latidos de su corazón. O quizá eran los míos.

Compartir aquel momento con él fue la mejor decisión que pude haber tomado. Daniel no solo aceptó cargar conmigo, sino que evitó preguntar sobre lo sucedido la noche anterior. Ni siquiera insinuó algo pese a que, bajo toda esa charla trivial, se escondían sus ganas de saber más.

—Gracias —dije bajito, casi para mí.

Daniel asintió con la cabeza. Con eso, fue suficiente.

Subí las escaleras despacio, sintiendo el cuerpo entumecido. Cuando cerré la puerta de mi habitación, el silencio me golpeó, pero ya no era tan opresivo. Me quité la camiseta empapada, me miré al espejo, y no supe si el calor que sentí tenía más que ver con la resaca o con las ganas que tenía de regresar a Daniel y estamparle un beso.

No sabía qué coño estaba haciendo ni por qué me afectaba tanto. Solo sabía que el corazón me latía demasiado rápido y no tenía nada que ver con el ejercicio.

Me metí en la ducha con la esperanza absurda de aclararme las ideas. Pero lo único que conseguí fue recordar cómo se sentían sus brazos. Y cometí el error de imaginar sus manos sobre mi piel.

33



DANIEL

Me pasé la toalla por el cuello con lentitud. Digamos que el cuerpo me funcionaba, pero la cabeza estaba en otra parte.

Me había vestido a medias, con una sudadera blanca de algodón y unos vaqueros básicos. La clásica indumentaria para un día normal en el que solo tendría que llevar a James a la universidad y pasar el resto del día deambulando por Spencer Manor.

Mi rutina de ejercicio diaria había sido leve. Normalmente, terminaba sintiendo el resquemor en los músculos, más que listo para una sesión de pesas. Pero esa mañana había sido diferente. Cuando vi a James aparecer supe que sería imposible mantener mis instintos controlados. Pero me lo puso bastante difícil. Sobre todo cuando se rindió.

No sé en qué momento me pareció buena idea cargar con él. Sinceramente, no lo hice por protocolo ni por deber, sino porque me salió así. Por extraño que fuera, quería sostenerlo, y eso no era profesional, aunque tampoco me importaba.

James había bromeado, se había reído y me hizo reír a mí. Actuó como un muchacho normal y corriente, algo que no pasaba muy a menudo.

Evité indagar en lo sucedido la noche anterior. Ni siquiera lo insinué. Era bueno saber cuándo apretar y cuándo callar, y en ese

momento lo único que me apetecía era verlo siendo James, sin más. Esa fue mi forma de respetarlo. Cuando quisiera hablar, seguramente lo haría. Y yo lo escucharía.

Me acerqué a la mesa y miré mi teléfono. Acababa de entrar el correo con el orden del día. Sin novedades. No había actividades programadas ni eventos. Pero mi mente apenas procesó la información. Enseguida regresó al sendero por el que habíamos corrido. Regresé a su risa, a su respiración jadeante contra mi nuca.

Las cosas entre James y yo funcionaban de una manera muy confusa. Era extraño de describir y seguía sin tener sentido. Pero, a más tiempo pasaba a su alrededor, más complejo se volvía todo y más al límite me sentía.

De pronto, un golpe seco retumbó al otro lado de la pared. No fue un ruido casual ni un portazo. Sonó como algo que caía con fuerza y pesaba más de la cuenta.

Solté el móvil en la mesa y me lancé más que dispuesto a cruzar la puerta que conectaba mi habitación con la de James. Esa fue la primera vez que la abrí y no dudé. Entré allí como si fuera el dueño del lugar.

Todo estaba en silencio, pero había humedad en el aire y se escuchaba el rumor del agua. No había rastro de nada ni señales de voz. Y eso, viniendo de James, me inquietó aún más.

Me acerqué al baño, avanzando con paso controlado. La puerta estaba entreabierta. Solo tenía que empujarla. Pero preferí tirar de prudencia porque no quería invadir la privacidad del príncipe.

—¿James?

Hubo una breve pausa, seguida de una exclamación apenas audible. A continuación, su voz resonó algo más aguda de lo normal y con un deje nervioso.

—¡Estoy bien! Solo se me ha caído un bote, joder.

Fruncí el ceño. El tono había sido demasiado rápido y defensivo. No sonaba molesto, sino… como si lo hubiera interrumpido.

Entonces, lo entendí. Había entrado pensando en un accidente físico y, en realidad, había interrumpido un momento personal tremendamente masculino.

Solté el aire por la nariz, sopesando si decir algo más, pero concreté que lo mejor era largarme de inmediato. Cuando me dispuse a hacerlo, su voz volvió a sonar. Esta vez más baja y cargada de esa ironía que usaba cuando no sabía cómo manejar la situación.

—¿Vas a quedarte ahí como una marmota o prefieres entrar?

Me llevé una mano al cuello y negué con una sonrisa. Me había acostumbrado tanto a sus provocaciones que ya no me afectaban. O eso quería creer.

Estaba listo para marcharme. Iba a hacerlo, de verdad. Tenía los músculos tensos y la lógica me gritaba que me largara y olvidara que esa puerta estaba entreabierta. Pero entonces descubrí su reflejo en el espejo. El vapor cubría gran parte del cristal, pero bastó con esa pequeña abertura para destrozarme.

Ahí estaba James. Desnudo. Bajo el agua. Demasiado hermoso para ser real.

Me daba la espalda, y tenía un brazo apoyado en la pared. El agua resbalaba por su columna, deslizándose entre los omóplatos y desapareciendo por entre sus firmes nalgas, que parecían diseñadas para destruir la moral de cualquier ser racional. Sus músculos se tensaban de forma casi artística con cada movimiento sutil de su cuerpo, como si su piel supiera que estaba siendo observada y no tuviera la menor intención de disimularlo.

No pude apartar la vista, y mi cuerpo reaccionó, provocándome un intenso escalofrío. Era el aviso de una erección que creció tan súbita que me robó el aliento.

Tragué saliva y apreté la mandíbula. Tenía que irme y, aun así, no me moví. Me quedé obnubilado observándolo, sintiendo cómo un deseo primitivo e inédito estallaba en mi pecho.

Entonces, James giró la cabeza lo justo para clavar sus ojos en los míos a través del espejo. No dijo nada, ni siquiera reaccionó, pero esa media sonrisa tímida que me regaló lo dijo todo.

Creí que el sentido común se impondría en él, ya que a mí me había abandonado. Pero James no se tapó y tampoco retrocedió. Tan solo cogió aire y se giró un poco más, mostrándose al completo, con una mueca que parecía lanzarme a un silencioso desafío.

Preguntaba sin palabras si de verdad su cuerpo me encendía. Quería comprobar si un hombre como yo podía perder la compostura por otro hombre. En el fondo me estaba retando a que lo repudiara.

Sin embargo, no encontré rechazo alguno. James me excitaba tanto que dolía. Sentía el pulso latiendo en mi polla, palpitando con una necesidad que no recordaba haber sentido en mi vida. No era curiosidad ni confusión. Era un deseo brutal, físico y salvaje.

Me forcé a alejarme, crucé la habitación en silencio y regresé a la mía con las manos convertidas en puños, como si sujetándome los dedos pudiera contener lo que se me estaba saliendo por los poros. Su cuerpo seguía ahí, tatuado en mi cabeza. El agua resbalando por sus piernas. Su maldita expresión.

Y yo… yo estaba tan duro que me costaba respirar.



La noche había caído sin ceremonias sobre Spencer Manor y el silencio se había asentado como una capa espesa sobre cada rincón. Sin embargo, dentro de mí, nada estaba en calma.

Había sido un día normal, si es que se podía llamar normal a estar cerca del hombre que me estaba volviendo loco y que había hecho que empezara a replantearme quién coño era.

No comentó nada sobre lo sucedido. Ni la puerta entreabierta, ni el bote que se había caído, ni el hecho de que lo había cazado en un momento íntimo. Yo, por supuesto, tampoco dije nada. De hecho, hablamos como era habitual entre los dos, compartiendo pullas y esquivando insinuaciones. Casi parecía que me lo había imaginado todo.

Pero había visto a James mirándome de reojo y esas pupilas ocultaban decenas de preguntas. Así que la tranquilidad que aparentaba solo era una ilusión tan bien construida como la mía, pese a que estar cerca de él fue como caminar con una erección invisible que no me dejaba respirar.

Intenté mantenerme centrado. Terminar el informe que debía enviar a Londres me llevó el doble de tiempo. No porque no supiera qué poner, sino porque las palabras se mezclaban con las imágenes.

Apreté los puños, respiré hondo, y terminé el maldito documento. Lo envié con una frialdad que no sentía. Después, apagué la pantalla del portátil y me despatarré en la butaca. Aquella habitación insultantemente grande me estaba asfixiando. Me sentía encerrado en una tensión constante.

Necesitaba sacarme esa sensación del cuerpo. Agua caliente. Quizá una copa. Y dormir.

Fui al baño, me desnudé sin pensar demasiado y abrí la ducha. El vapor no tardó en subir y el sonido del agua me envolvió. Cerré los ojos bajo el chorro. El calor recorrió mi cuerpo con la intensidad justa para aflojar los músculos, pero no logró calmar la rigidez más evidente.

Porque el agua no podía borrarlo a él.

Apoyé las palmas contra la pared húmeda y lo vi de nuevo con una claridad insoportable. Su cuerpo. Esa curva perfecta que bajaba hacia sus nalgas, la manera en que ladeó la cabeza para mirarme, la forma en la que se expuso, desafiante.

Debería haber sido una imagen deshonesta. Su desnudez sin reservas, su hombría colgando orgullosa y medio dura entre las piernas. Pero ese maldito reflejo me perseguía como una obsesión. Me irritaba y encendía a partes iguales. Y mi cuerpo reaccionó con la misma violencia que esa mañana, pero esta vez no tuve escapatoria.

El deseo me atravesó entero y se instaló en mi polla, provocándome una punzada. No lo pensé. En realidad, ya no podía pensar. Bajé una mano, rodeé mi erección con fuerza y comencé a frotarme.

Primero con lentitud, tanteando mi propia carne. Pero no tardé en aumentar el ritmo, dándome tirones ásperos, como si pudiera arrancarme el deseo de raíz, como si al apretar con más fuerza pudiera olvidarme de que era James quien me había puesto así.

Jadeé en silencio con la mandíbula apretada y apoyé la frente en la pared. El agua me golpeaba la espalda, pero no bastaba. Deseaba a James. Maldita sea, lo deseaba como un demente.

Mi respiración se volvió errática, mi puño se apretó aún más, moviéndose con rabia y una necesidad que ya no podía llamar curiosidad, ni calentón, ni accidente. Era puro sexo contenido. Era la lujuria que me despertaba el maldito príncipe.

Aunque no dijera su nombre, aunque no me atreviera ni a susurrarlo, flotaba en mi mente como un veneno dulce. Cada sacudida era una confesión. Y cuando el orgasmo me arañó y exploté, lo hice sin sonido pero con el alma temblorosa.

Me corrí con una violencia que me sacudió las piernas. Mientras tanto, el agua seguía cayendo y yo me quedé quieto a la espera de sentir remordimientos. Pero la culpa no llegó. Porque, en ese momento, no me importó nada más que haberlo deseado.

34



JAMES

No podía dormir. Y solo se me ocurría un culpable. Ese maldito hombre de mandíbula perfecta se había pasado todo el día mirándome como si fuera a saltar sobre mí en cualquier momento.

Seguramente, él no se tenía ni la menor idea de que yo no dejaba de pensar en su cuerpo sosteniendo el mío. Y en sus ojos cuando me miraron a través del espejo.

No había sido un accidente ni curiosidad.

Fue puro deseo.

Lo noté. En su expresión apretada, en su respiración, en ese corto instante en que no se congeló. Pudo huir y no lo hizo. Pudo soltar una de sus tantas palabras afiladas y prefirió callar. Solo me miró y se aseguró en quemarme con sus pupilas.

Desde entonces mi propia locura por él se hizo insostenible. Porque ahora, cada vez que se me acercaba, solo podía pensar en… sentirlo dentro de mí.

Me desconcertaba más de lo que quería admitir. Había estado con hombres heterocuriosos antes que buscaban una experiencia o una anécdota o ponerse a prueba a sí mismos.

Pero aquello… Aquello no había tenido nada que ver. Daniel no parecía confundido, sino en pleno conflicto. Y lo que más me jodía

era debatirme entre si de verdad lo había excitado o solo había sido una ilusión mía.

Jamás pensé que podría despertar deseo en un hombre como él. Nunca imaginé que Daniel Cross, tan recto y hermético, tan jodidamente masculino, podría desearme. Yo creía que aquella estúpida excitación que me despertaba era unilateral, y ahora, por primera vez, ya no estaba tan seguro.

Decidí levantarme de la cama y salir al balcón. No me molesté en ponerme una bata, la brisa helada y el cielo nocturno fue lo único que podía mantenerme cuerdo.

Respiré hondo y miré hacia el balcón de la habitación de Daniel. Había luz. Quizá el señor MI5 estaba luchando con el maldito caos que tenía en la cabeza. Pero eso no podía ser cierto. Cross no solo era madrugador, solía trasnochar. La idiota posibilidad de que estuviera en el mismo punto que yo, solo hizo que me sintiera un gilipollas.

Probablemente, estaba trabajando, leyendo o ignorando que lo estaba deseando con la misma intensidad con la que uno se lanza desde un acantilado. Pero no podía más con la incógnita. Necesitaba saber si era real. Si esa erección que vi en sus ojos la había provocado yo. Si ese silencio significaba algo más que contención.

Volví dentro y me miré al espejo. No usaba camiseta para dormir, solo unos pantalones holgados de seda y mis bóxers. Si le añadía una bata obtendría la combinación perfecta para buscar una reacción. Lo necesario para saber en qué punto nos encontrábamos.

Me acerqué a la puerta que unía nuestros aposentos, cogí aire y apoyé la mano en el pomo. El corazón me golpeaba las costillas cuando me atreví a llamar.

Apenas esperé unos segundos y abrí con suavidad. Ni siquiera sabía si quería hablar o incendiar algo. Pero allí estaba yo, cruzando el umbral como si llevara una bomba en el pecho.

Encontré a Daniel frente a su portátil. Tenía el pelo revuelto y húmedo, una camiseta negra ajustada y el pantalón de chándal que se le ceñía demasiado a la entrepierna. Sus ojos se clavaron en los míos como cuchillas, pero no habló su voz, sino su cuerpo, que se tensó como si yo fuera un problema con patas.

—¿Se puede? —pregunté.

—¿Qué quieres? —respondió tajante. Pero no detecté hostilidad, sino…

«Ni tú mismo lo sabes», pensé. Y es que para mí Daniel era muy complicado de leer.

Cerré la puerta a mi espalda y avancé unos pasos.

—Nada. No podía dormir y he visto luz desde el balcón.

Miré a mi alrededor. Sus aposentos no eran tan grandes como los míos, pero disponían de todas las necesidades. Y la principal en ese momento era beber. Me acerqué al minibar con calma. Abrí la pequeña vitrina de cristal y saqué dos vasos, tomándome mi tiempo para llenarlos de *whisky*.

Después, los cogí y me acerqué a Daniel para tenderle uno de ellos. El modo en que nos miramos parecía más una batalla encarnizada que un encuentro normal.

—¿Una copa? —ofrecí.

Daniel aceptó, y yo alcé la mía para brindar con el aire. No pude contener una sonrisa traviesa cuando lo vi vaciar el contenido de un solo trago mientras me atravesaba con la mirada.

—Te noto bastante tenso —murmuré—. Tengo la impresión de que, cuando avanzo unos pasos contigo, tú retrocedes. ¿Te intimido, Cross?

No respondió. Solo dejó el vaso en la mesa, cerró el portátil con un gesto medido y se puso en pie. Maldita sea, era imponente.

—Es tarde, James —soltó al fin—. No tengo ganas de hablar.

—Pues no hables —dije, alzando una ceja—. Solo quédate ahí. Puedes mirarme si quieres. O puedes servirme otra copa, ya que eres tan hospitalario.

Me apoyé en la barra del minibar, dejando que la bata se abriera un poco más. Mi hombro asomó con un gesto deliberadamente casual.

Noté que Daniel tragaba saliva. Pero no debía confundirme ni dejar que mi propio pulso me engañara. Quizá Cross solo detestaba tenerme cerca, esa era una posibilidad que no podía descartar. Por eso estaba allí.

Torcí el gesto.

—¿Siempre eres así con tus «protegidos»?

—¿Así cómo?

—Tan… distante y estricto. A veces, creo que me odias con todas tus fuerzas. —Lo mencioné en clave de broma, pero en realidad fue un comentario muy auténtico.

Me sostuvo la mirada.

—No todos los protegidos se pasean medio desnudos —espetó, y yo sonreí arrogante pese a que por dentro me estaba volviendo loco de nervios.

—Bueno, no todos los agentes de seguridad me miran como si fueran a empotrarme contra una pared.

El silencio se volvió más denso e íntimo. Por un instante, dejamos de fingir. No hubo máscaras, ni bromas, ni pullas. Solo la tensión cruda entre dos personas demasiado perdidas como para admitirlo en voz alta.

Sentí que mi corazón se apretaba. No por el deseo, sino por el miedo. Porque en esa mirada suya no vi burla ni rechazo definitivo, sino una fisura. Y supe que, si yo daba un paso más, ya no podría retroceder.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti, Cross? Que pienses que tienes el control. Que creas que nada puede afectarte —dije bajito mientras caminaba despacio por la habitación, bordeando el sofá—. Ojalá me pareciera más a ti.

—¿Para qué? —runruneó.

—Para saber leer mejor lo que tienes en la cabeza.

Daniel apretó los dientes, y yo no me atreví a acercarme más. Supongo que la valentía para exhibirme me estaba abandonando.

—¿Qué esperas conseguir con esto, James? —indagó con una voz que me erizó la piel.

Agaché la cabeza y cogí aire. No sé por qué la vulnerabilidad estaba reclamando su parte de protagonismo. Yo no era así. Dominaba los juegos de seducción. Pero con Daniel cerca esa seguridad se tambaleaba.

—¿Y si te dijera que no busco provocarte, que solo quiero una respuesta? ¿Me creerías? —murmuré cabizbajo.

—¿Una respuesta a qué?

—A esto —Le clavé una mirada desafiante—. A la forma en la que me observas cuando crees que no me doy cuenta. A cómo tensas los dedos cuando estoy cerca. A cómo te tragaste el aliento esta mañana cuando me cargaste sobre tu espalda. A cómo te quedaste anclado al suelo cuando me viste desnudo en la ducha.

Si los ojos hubieran sido capaces de fulminar a alguien, probablemente Daniel me habría desintegrado allí mismo. Nunca nadie me había mirado de aquel modo tan salvaje. No supe ni qué pensar.

Tragué saliva.

—Puede que quieras correr un tupido velo entre los dos —rezongué—. De acuerdo, lo aceptaré. Es lógico, al fin y al cabo. Pero antes necesito respuestas.

Daniel apretó los labios.

—¿Qué resolverías si las obtuvieras?

—Dejaría de fantasear. Volvería a ser yo, pero con las herramientas necesarias para contenerme.

Escogí la sinceridad. Mentir no tenía sentido si me hallaba en su habitación, con el pulso desquiciado esperando a que él me dijera si estaba imaginando una atracción mutua.

Daniel, entrecerró los ojos. Una chispa peligrosa brilló en ellos, y negó con la cabeza. Pero no se movió de su lugar.

—No sabes lo que estás haciendo, James —advirtió.

Me acerqué un poco más. No tanto como para tocarlo, pero lo suficiente como para sentir el calor que irradiaba su cuerpo. Alcé la copa hacia mis labios y me la bebí de un trago antes de dejarla sobre la mesa que había tras él. Me lamí el labio inferior más por costumbre que por provocación, pero sus ojos siguieron ese movimiento y su rostro adoptó una mueca que se podía interpretar como rechazo.

«Genial, es lo mejor», me mentí.

—¿Qué estoy haciendo, Daniel? —contraataqué.

—Delirar.

Me encogí de hombros.

—Puede ser. Pero, si es así, ¿por qué no cortas de raíz? ¿Por qué no me pides que me largue?

Nada. Silencio. Y la electricidad no dejaba de crecer entre los dos, me picaba en la piel, me ardía en las entrañas.

—¿Sabes qué es lo peor de ti, Cross? —continué—. Que eres el tipo de hombre que se desvive por controlarlo todo, por mantener el orden y no desviarse ni un milímetro la dirección establecida. Pero yo… —me incliné un poco más, a solo un suspiro de distancia—… yo soy un puto caos que a veces ni siquiera puede consigo mismo.

—Tienes razón. —Tuve un escalofrío—. No puedo contigo. Pero no estás listo para jugar a este juego —masculló, dando un paso hacia mí, lento como un depredador midiendo a su presa.

—¿Quién dice que estoy jugando?

El aire se comprimió entre los dos. Su pecho subió y bajó. El mío también. Podía sentir cómo se estremecía el suelo bajo mis pies. Cómo las palabras ya no bastaban. Cómo la piel empezaba a gritar.

—Dime que soy un inmaduro arrogante y demasiado iluso. Dime que salga de esta habitación. Deja de llamarme por mi nombre. Deja de tratarme como si hubiera la mínima posibilidad de convertirte en mi compañero. Imponme las normas de la Casa Real, exígelas. Y juro que saldré por esa puerta y mañana serás tan solo un guardia más.

Su rechazo sería como una puñalada, sí. Pero la necesitaba. En realidad, la deseaba. Encapricharse de un hombre heterosexual traía consecuencias demasiado destructivas. Y yo era un príncipe de Reino Unido. No podía permitirme el lujo de obsesionarme con mi guardaespaldas.

Sin embargo, me debatía entre la desesperación de querer alejarlo para salvarme y la necesidad visceral de que me rompiera del todo. No quería salir de su habitación. No quería ser sólo un trabajo más para él. Quería que me eligiera. Aunque fuera un error. Aunque fuera la peor de todas las decisiones y solo fuera un juego.

Daniel me sostuvo la mirada un instante más. Y entonces, juro que sentí el momento exacto en que perdió la guerra. No hubo advertencia ni tregua. En un segundo pasó de matarme con la mirada y al siguiente me tiró del cuello y estampó su boca contra la mía.

Fue brutal, casi despiadado. Daniel atrapó mi rostro entre sus manos, apretándome como si necesitara asegurarse de que yo no pudiera escapar. Como si hubiera decidido que, puestos a caer por ese precipicio, lo haríamos juntos.

Y saltamos de un modo visceral.

Nuestros dientes chocaron en un primer embiste torpe. No hubo dulzura ni tiempo para exploraciones lentas. Fuimos lengua, saliva, respiraciones chocando, gemidos sordos atrapados entre nuestras bocas.

Daniel me besaba con la intención de devorarme. Como si fuera un incendio que necesitaba propagarse. Y yo respondí con la misma hambre. Le mordí el labio inferior y me pegué a su cuerpo completamente desesperado por él. Todo lo que no podía decir con palabras lo vertí en ese beso implacable.

Sentí su cuerpo endureciéndose contra el mío, y la rigidez de su polla apretándose contra mi vientre me arrancó un gemido ahogado. Daniel gruñó y me empujó hacia el mueble más cercano. Mis riñones chocaron contra la madera, pero no me importó. Yo solo quería ahogarme en su calor. Que ese hombre me consumiera hasta los huesos.

Sus manos se deslizaron por mi cuello hacia mis hombros, se colaron bajo mi bata y continuaron resbalando por mi espalda como si quisiera arrancarme la piel a tiras. Yo me aferré a su camiseta y la arrugué entre los dedos, deseando romperla.

Entonces, separó su boca de la mía para hundirla en mi yugular. Me mordió y lamió como si quisiera marcarme. Gemí su nombre entre dientes casi sin quererlo, y su reacción fue inmediata. Clavó sus grandes manos en mi trasero y me levantó del suelo para sentarme sobre el mueble sabiendo que yo rodearía su cintura con las piernas. Cuando su erección chocó contra la mía volví a gemir.

—Mierda... —gruñó contra mi garganta. Incliné la cabeza para darle más acceso—. ¿Sabes lo que me haces, James?

El aliento se me quedó atascado en la tráquea. Solo podía estremecerme bajo su contacto, frotarme contra él, buscando que me diera más. Ansiaba que ese cuerpo imponente me hundiera en el colchón.

—Dímelo —susurré con la voz quebrada, apretando mis muslos alrededor de sus caderas—. Dime lo que ves cuando me miras.

Daniel soltó una carcajada ronca y oscura. Demasiado peligrosa.

—Veo al hombre que me va a joder la vida.

Y volvió a besarme. Más salvaje. Más sucio.

No sé en qué momento perdimos lo poco que quedaba de cordura. Solo supe que Daniel agarró con violencia la bata y tiró de ella hasta arrancármela del cuerpo. El sonido de la tela rasgándose fue la detonación definitiva. No sentí nada más que sus manos feroces descubriéndome centímetro a centímetro como si necesitara demostrarme que no me lo estaba inventando.

Me mordió la boca de nuevo. Esta vez más lento, buscando saborearme entero antes de destruirme. Su lengua se enroscó a la mía con exigencia, tan hambrienta y áspera que me sentí al borde del orgasmo. Mientras tanto, sus manos recorrían mi torso desnudo. Se deslizaron hasta la cintura de mis pantalones de seda y deslizó una de las manos por dentro.

Gemí contra sus labios cuando su palma atrapó mi polla, que ya estaba un poco húmeda en la punta.

—Estás tan duro... —murmuró contra mi boca.

—¿De quién es la culpa? —logré mascullar, empujando mis caderas hacia su mano en busca de más contacto.

Daniel emitió un sonido crudo y salvaje, y me apretó aún más contra el mueble. Sus manos viajaban como malditas armas, deslizándose desde mi cintura hacia los muslos, acariciándome con un descaro que me hizo temblar.

Ya no pude soportarlo más y le arranqué la camiseta sin pensar. Él me dejó hacer, se deshizo de la tela en un movimiento rápido, y quedamos piel contra piel. El calor que desprendía era impresionante. La sensación de su pecho pegado al mío y el roce de nuestras erecciones hicieron que me arqueara de puro placer.

Repasé sus marcados abdominales y la cálida piel de su pecho mientras mi aliento se entrecortaba. No podía creerme lo que estaba pasando.

Daniel deslizó sus caricias hacia mis nalgas, bajo el pantalón, y me invitó a inclinarme hacia él para darle más acceso a sus manos.

No sabía que se proponía, pero dejé que mi cuerpo se apoyara en el suyo mientras sus dedos se acercaban a mi entrada. No hubo romanticismo. Era pura voracidad. La misma que yo empleé para morder su cuello y clavar las uñas en sus hombros.

—Maldita sea, James... —jadeó en mi boca—. Esto no está bien…

—Me da igual… —le dije al oído.

En ese momento, ni él era un agente del MI5 ni yo el príncipe al que debía proteger. Solo éramos dos hombres que se deseaban de un modo desesperante. Así que no iba a permitirnos dudar ahora.

Sus dedos encontraron mi entrada e hicieron un poco de presión. Parecía como si quisiera advertirme de lo que estaba por venir, de lo que me haría sentir cuando decidiera abrirse paso dentro de mí. Me estremecí de pies a cabeza, aferrándome a su espalda mientras mi polla palpitaba atrapada entre nosotros, rogando ser tocada de nuevo.

Aquello no era un juego ni una fantasía. Era tan real y crudo. Tan perfecto.

De pronto, Daniel me cargó sin esfuerzo. Mis piernas rodearon su cintura por puro instinto y anclé los brazos a su cuello más que dispuesto a cualquier cosa. Me lanzó sobre el colchón con una brusquedad controlada que me encendió aún más, si es que eso era posible.

Lo miré. Se quedó quieto, observándome desde arriba, como si necesitara memorizarme antes de destruirme. Consciente de que iba a exponerme y podría hacer lo que quisiera conmigo.

Por un instante, creí que iba a retroceder. Quizá la realidad de lo que estaba pasando lo abrumó. No le habría guardado rencor si hubiera decidido parar. Pero su mirada me recorrió de arriba abajo, clavándose en cada centímetro de mi piel expuesta. Sus pupilas estaban tan dilatadas que apenas quedaba rastro de ese azul hipnótico. Eran pura pasión. Ambos supimos que no había forma de escapar de las ganas que nos devoraban por dentro.

Se subió lentamente a la cama, se colocó entre mis piernas y me agarró de las caderas para arrastrarme hacia él con un brusco tirón. Solté un gemido ahogado y emocionado cuando asimilé que

ese hombre estaría encima de mí y me haría suyo sin pudor ni reservas.

Y empezó con suavidad. Se tomó su tiempo para que sus manos viajaran por todo mi cuerpo. Acariciaron mis muslos, mis caderas, mi vientre. La fricción de sus ásperos dedos me arrancaba pequeños espasmos de placer.

Enganchó los dedos a mis pantalones y los bóxers y me los quitó con una habilidad increíble, dejándome completamente expuesto bajo su mirada hambrienta. Me intimidó que ya no hubiera barrera entre sus ojos y mi cuerpo. Ni siquiera la oscuridad podía ocultarme, porque la luz tenue que reinaba en su habitación hacía visible todo lo que yo era, el hombre al que Daniel Cross estaba a punto de devorar.

Su boca fue la siguiente en reclamar el territorio. Se inclinó y me mordió un pezón. Fue lo bastante duro como para arrancarme un gemido bajo y tembloroso. Su lengua le siguió, repasando el trayecto que había marcado con los dientes. Una caricia caliente, húmeda y devastadora que se deslizó hacia mi pelvis.

—Daniel… —tartamudeé algo temeroso.

—Qué.

Pero no supe qué decirle. Las dudas solo eran mías, él no parecía sentirlas. Tal vez ya había tomado una decisión y lo demás era estúpido comentarlo.

Entonces, atrapó mi erección con una mano. No dudó ni un ápice, y me clavó una mirada como retándome a que yo observara lo que estaba a punto de hacerme. Esa imagen de él, con la cabeza entre mis piernas y sus dedos frotándome, por poco me lleva a correrme con violencia. Me masturbó sin prisa, pero sin una pizca de compasión. Subía y bajaba con un ritmo que me destrozaba, presionando lo suficiente para hacerme arquear la espalda y gimotear desesperado. Me estaba deshaciendo en su boca. Y él lo sabía. Por eso sonrió.

De pronto y sin previo aviso, atrapó la punta de mi dureza entre sus labios y succionó. Un grito escapó de mi garganta. Maldito fuera, su boca me volvió loco.

Succionó otra vez, bajando poco a poco, engulléndome casi entero mientras su mano seguía acariciando la base. Yo me retorcía en la cama, gimoteando, moviendo las caderas en busca de más. Y cuando creí que no podía dármelo, cuando pensé que iba a correrme en su maldita boca, sentí sus dedos deslizándose hacia abajo. Acarició con suavidad mis testículos y continuó bajando un poco más…

Hasta que rozó mi entrada.

—Daniel... —susurré tembloroso.

Él gruñó algo incomprensible contra mi polla antes de apartarse un instante. Me miró desde abajo con ojos ardientes y se humedeció dos dedos con su propia saliva antes de volver a acariciar mi entrada. La paciencia y suavidad que empleó no encajaban con la desesperación que ambos sentíamos. Presionó un poco y yo cerré los ojos porque en el fondo algo de mí estaba a la espera de despertar de aquel sueño.

Presionó más. El primer dedo entró despacio, deslizándose con delicadeza. El ardor inicial fue mínimo, solo esa punzada breve de la intrusión. Después, el placer rugió en mi interior.

Su boca nunca dejó de trabajar mientras me preparaba. Me chupaba, lamía, succionaba con hambre, mientras su dedo se movía dentro de mí en círculos lentos, acariciándome por dentro.

Con el tiempo, añadió un segundo dedo. El estiramiento fue delicioso. Arqueé la espalda, estrujé las sábanas, moví las caderas buscando más de él. No podía parar. No quería parar.

—Joder... Estás tan caliente por dentro... —gruñó, mirándome como si fuera un maldito manjar.

Sus palabras me arrancaron otro gemido desbocado. No sabía si llorar, gritar, correrme o pedirle que me destrozara de una vez. Mi entrada palpitaba alrededor de sus dedos, mi polla latía en su boca, mi corazón golpeaba las costillas como un tambor desaforado. Era la rendición absoluta.

Y Daniel lo sabía. Me tenía a su merced.

—No aguanto más… Daniel. —No podía soportar otro segundo sin tenerlo dentro.

Él debió de leerlo en mis ojos, en mis gemidos y en la forma en la que me retorcía contra su boca. Entonces, soltó mi erección con un sonido húmedo y me miró desde abajo.

—¿Seguro? —murmuró.

No contesté con palabras. Tan solo abrí más las piernas y le ofrecí todo mi cuerpo como única respuesta. La urgencia me explotaba en cada vena. Lo quería. Lo necesitaba.

Daniel soltó una maldición apenas audible mientras se incorporaba. Se bajó los pantalones con manos torpes y su erección asomó gruesa y palpitante. Se me secó la garganta solo de verla.

—Joder… —susurré, incapaz de evitarlo.

—¿Le intimida, Su Alteza? —se burló mientras se tocaba.

El muy cretino lo hizo lento, para que yo pudiera disfrutar de todo el espectáculo que era su maldito cuerpo.

—Idiota… —resoplé con una sonrisa boba.

Daniel aprovechó para colocarse entre mis piernas, acarició mis muslos y se inclinó sobre mí. Quizá un beso era lo último que me esperaba, pero lo recibí hambriento. Su prodigiosa forma de besarme hizo que me olvidara de todo, incluso del roce de su erección contra mi entrada.

Empujó despacio, me robó el aliento. La presión fue brutal, tanto que me arrancó un profundo gemido que resonó hasta en las paredes.

—Relájate… —me pidió en susurro al tiempo que sus labios dibujaban mi clavícula.

—Es muy fácil decirlo —gruñí cerrando los ojos mientras intentaba adaptarme a su tamaño conforme me invadía.

—Iré despacio.

Pero en realidad no era eso lo que quería.

—Mírame —suspiró en mi boca.

—No puedo.

—¿Por qué?

No sabía cómo decirle que temía que toda aquella magia se acabara. Mi mente estaba abrumada por el placer y el deseo, pero una parte de mí no dejaba de recordarme que Daniel era hetero.

Que yo, quizá, solo era una curiosidad. Que se arrepentiría mañana. Que me miraría con asco.

—James… —susurró.

Cuando estuvo completamente dentro de mí, cuando sentí su polla encajada hasta el fondo, me aferré a sus hombros como si fuera a desmoronarme. El ardor inicial se transformó en una sensación abrasadora, densa y deliciosa. Cada pulso suyo dentro de mí me hacía ver las estrellas.

—Mírame —exigió, acariciándome la mandíbula.

Tragué saliva y obedecí ajeno a que sus ojos me atravesarían hasta el alma.

El primer embate fue lento y medido, saliendo apenas para luego empujar de nuevo, bien profundo. Buscaba que me aclimatara a su enorme presencia para después follarme sin compasión.

—¿Te haces idea de lo difícil que me lo has puesto todo este tiempo?

—¿Yo a ti? ¿Un hetero? —ironicé, y él me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Te parece que miento incluso cuando tengo mi polla enterrada en ti?

—Si tanto has deseado este momento, demuéstramelo, señor MI5 —lo desafié, y esa fue la chispa.

No se contuvo más. Aceleró el ritmo, embistiéndome sin clemencia. Los golpes de sus caderas contra mi cuerpo resonaban en el aire cargado. Me folló con rabia, como si quisiera dejarme grabado en su piel. Y yo me abrí para él, me rendí a cada estocada, me perdí en cada golpe.

—Así… —gemí—. Joder, Daniel… No pares…

—No pienso parar —gruñó contra mi garganta—. Vas a acordarte de mí cada vez que intentes correrte.

Sus palabras me encendieron aún más. Atrapada entre nosotros, mi erección rozaba su vientre con cada embestida. Y yo temblaba porque el muy desgraciado sabía perfectamente cómo moverse para que yo recibiera oleadas de un placer que me ardía hasta en las entrañas.

—¿Te gusta así, príncipe? —jadeó con una risa sucia contra mi oído.

—Me encanta... —gimoteé, casi sin voz—. Eres una maldita droga, Cross.

Daniel gruñó salvaje y embistió aún más fuerte. Sentí su polla golpearme tan profundo que creí que me atravesaría. Me estaba llevando al límite. Y entonces volvió a besarme. Nos comimos con unas ansias sobrenaturales mientras me hacía completamente suyo.

Maldita sea, lo era. En ese momento, lo era al completo.

—Voy a correrme… —avisé, completamente desbordado.

—Hazlo para mí… Enséñamelo… —susurró, y esa frase me rompió.

El orgasmo me golpeó como una explosión. Me corrí con un gemido desgarrador, la espalda arqueada, la boca abierta en una mueca de puro éxtasis mientras mi placer salpicaba nuestros vientres. Sentí a Daniel estremecerse un segundo después, enterrándose hasta el fondo, gruñendo mi nombre contra mi garganta. Y se derramó dentro de mí con un gemido gutural que me hizo sentir más vivo que nunca.

Durante unos minutos, solo hubo ruido de respiraciones trémulas y el mortificante peso del remordimiento. Pero Daniel no se movió ni yo tampoco. Seguíamos anclados el uno al otro, empapados en sudor, pegajosos y aturdidos por el brutal sexo que acabábamos de compartir.

Sentía su cuerpo pesado sobre el mío, su miembro todavía enterrado en mi interior, su respiración contra mi cuello, irregular y cálida. No supe si era el calor, la humedad o el hecho de tenerlo dentro, pero sentí una molesta inquietud en el pecho.

Quise decir algo, cualquier gilipollez que rompiera el nudo que se me estaba formando en la garganta, pero entonces Daniel se movió. Lentamente, casi con reverencia, salió de mí, provocándome un estremecimiento involuntario que me arrancó un pequeño gemido. Me sentí vacío en el sentido más literal, como si me hubiera arrancado algo más que su cuerpo. Y, joder, eso me aterrorizó más que todo lo anterior.

No dijo una palabra. En lugar de eso, me atrajo hacia su pecho y me envolvió con sus enormes brazos. A continuación, hundió su rostro en mi cuello y respiró de mi piel.

—Te estás arrepintiendo —murmuré.

—Debería… Ambos sabemos que debería, James… —susurró con la voz rasgada.

Me estremecí entero. Era la primera vez que me impactaba el modo en que decía mi nombre. Porque en el fondo supe que escondía demasiadas cosas. Pero en ese momento solo quería ser un simple hombre entre sus brazos.

Cerré los ojos y me dejé proteger. Supe que, aunque todo fuera una puta locura, en ese instante no quería estar en ningún otro lugar más que pegado a él, sintiendo su corazón latir desbocado junto al mío.

Me acarició la nuca con dedos suaves y tranquilos. Como quien intenta pedir perdón sin palabras o sabe que acaba de cometer el error más perfecto de su vida. Y yo, que nunca me había sentido querido de verdad, entendí que había una diferencia entre follar y aferrarse a alguien después del desastre.

Ese fue el verdadero problema.

Busqué sus ojos. Los encontré en medio de la luz tibia de la habitación. No sonreímos. No había necesidad de hacerlo. Nos entendimos en ese instante como se entienden los soldados que sobreviven a una batalla.

Él rozó mi mejilla con el dorso de la mano, arrastrando un mechón de mi cabello hacia atrás. Y entonces, sin avisar, sin prepararme, se inclinó y me besó.

Esta vez no fue sexo, ni hambre, ni furia. Fue algo infinitamente más peligroso. Un beso lento, callado y casi temeroso, que hablaba de todo lo que no sabíamos decir en voz alta.

—No debería haber sucumbido… —susurró en mi boca.

—¿Porque eres hetero?

—Porque quiero repetir y no es una buena idea.

Mi pulso se detuvo un instante antes de golpearme de nuevo. Aquella respuesta no era apropiada, destruía mundos.

—No pienses ahora, Cross —dije bajito—. Solo quédate conmigo esta noche. Mañana… no habrá pasado nada.

Y Daniel guardó silencio. Solo me abrazó más fuerte, como si ese gesto pudiera salvarnos a los dos de la locura que vendría después.

35



DANIEL

Estaba solo en mi cama.

Había despertado creyendo que James sería lo primero que vería, pero solo encontré un espacio frío y vacío.

«No sé qué demonios esperabas, ¿despertar abrazaditos?», pensé sintiéndome un estúpido.

Tardé unos segundos en recordar todo con claridad. Lo que habíamos hecho era tan real que mi mente todavía intentaba procesarlo. Había tenido a James bajo mi cuerpo, jadeando mi nombre, rindiéndose en mis brazos. Y yo lo había besado y me lo había follado como si me perteneciera a mí y a nadie más.

Ahora la cama estaba vacía y yo más lleno de él que nunca.

Me froté la cara. El sol apenas despuntaba por la ventana, tiñendo todo de ese gris sucio tan típico de Inglaterra. Me senté y me miré las manos, sintiendo un reflejo de lo que había sucedido durante la noche anterior. Aún podía saborear a James en mi boca, sentirlo en mis dedos, olerlo en mi piel. Y, por algún motivo que no lograba entender, no sentí pánico, ni arrepentimiento, ni rechazo.

Regresó el deseo. Un hambre visceral que me golpeaba las entrañas con una necesidad persistente. Una certeza silenciosa que me susurraba que una sola noche no bastaba para sacarlo de mi sistema.

Nunca había tocado a un hombre y mucho menos lo había deseado. Hasta anoche. Hasta que apareció el puñetero James Arthur Bellingham-Spencer.

«No lo pienses», me ordené, poniéndome en pie.

Me di una ducha rápida y me miré en el espejo, completamente desnudo. El cuello marcado, los labios hinchados, el cuerpo todavía encendido. Parecía un crío después de su primera vez. Y, joder, en parte lo era.

Una carcajada seca me vibró en el pecho.

Había sido el mejor polvo de mi vida. Pero ahora no sabía cómo actuar. Mi deber era protegerlo, no tocarlo ni desearlo. Mucho menos acostarme con él hasta perder el control.

Había cruzado la línea, lo sabía. Y también sabía que, en cualquier otro escenario, me habría costado la carrera. No sólo por la falta de ética y el posible escándalo si alguien lo descubría. Sino porque había traicionado el primer principio de todo lo que me habían enseñado: «no te impliques emocionalmente con tu objetivo».

Cerré los ojos. Maldita sea.

Terminé de vestirme, cogí el móvil y salí de la habitación. James seguramente dormía. Pero en cuanto se despertara, él actuaría como si solo hubiéramos jugado una partida de póker. Y yo se lo agradecería porque pensaba hacer lo mismo.

Era lo mejor para los dos.

Bajé las escaleras y me dirigí al comedor siguiendo el aroma a café como un perro de caza. Saludé a los miembros del servicio con los que me crucé y entonces me detuve en el umbral de las puertas.

Allí estaba él. Y mi polla tembló. Pero no fue solo por el deseo de tumbarlo sobre esa mesa y follármelo como un salvaje. Tampoco fue confusión.

Era simplemente por James, y eso empezaba a acojonarme.

Había ocupado su lugar habitual en la cabecera de aquella larga mesa de roble, luciendo una camiseta blanca de algodón y unos pantalones de pinzas grises que se amoldaban con una obscenidad casi criminal a sus muslos. Tenía el pelo perfectamente peinado y la mirada puesta en la taza que sostenía con ambas manos. Perfecto.

Impasible. Tan irónico como siempre. No había rastro de todas las reglas que habíamos roto horas antes.

Cuando levantó la vista y sus ojos azules se encontraron con los míos no hubo ni rubor ni sonrisas privadas. Tampoco picardía. Solo un leve gesto de cabeza como invitación muda a unirme a su desayuno.

Carraspeé y me acerqué con paso firme. Me serví una taza de café sin mediar palabra, sintiendo su mirada clavada en mi nuca. Pero no dije nada y él tampoco.

Me senté a su lado, en el mismo asiento de siempre, a su izquierda, y miré la silla que tenía enfrente. Lo cierto fue que me hubiera gustado que Richard Pembroke estuviera allí, desayunando con nosotros. Así la tensión habría dejado de cortarse con un cuchillo. Porque, por mucho que fingiéramos que no había pasado nada, ninguno de los dos podía escapar del hecho de habernos tocado como si fuera a acabarse el mundo en segundos.

Tomé un sorbo de café, notando cómo la amargura me raspaba la garganta. Me vino bien. Necesitaba algo que me recordara que la vida seguía su curso, aunque la mía estuviera patas arriba.

James dejó la taza sobre el platillo con un pequeño chasquido.

—¿Has dormido bien, Cross? —preguntó, y su voz fue como un disparo letal.

Levanté la vista y arqueé una ceja.

«¿En serio quieres jugar a esto, príncipe?», le preguntaron mis ojos, y su silencio me desafió. Bien, aceptaba el reto.

—Lo suficiente —espeté—. ¿Y tú?

James me regaló una sonrisa traviesa.

—De maravilla.

Era un mentiroso de mierda. Y también el cabrón más sexi que había conocido en toda mi vida.

No sé cómo aguanté el tipo. Quizá fue porque lo conocía demasiado bien. James no era de los que enfrentaban la intensidad de frente. Prefería bailar alrededor de ella hasta que el suelo se derrumbara. Y no podíamos obviar que la casa estaba despierta, cualquiera podía pillarnos. Así que fingimos normalidad. Pero bajo

esa capa de rutina, la tensión crepitaba y ambos sabíamos que la tregua no duraría demasiado.

Maldita sea. Sucumbiría sin pensarlo. Porque James ya no era solo mi protegido. Ahora, también era mi perdición.

—Sigue mirándome de esa manera, y olvidaré los formalismos, príncipe —gruñí antes de clavarle una mirada cruda.

James torció el gesto con una mueca intrigante y entrecerró los ojos. A continuación, se puso en pie.

—¿Es una amenaza? —dijo sin una pizca de tensión en la voz.

Yo también me levanté y me planté a un palmo de su cara. Estaba tentando demasiado a la suerte, pero me mantuve firme.

—Sí —le aseguré.

—Atrévete, Cross.

Su maldita sonrisa se ensanchó con malicia.

No pensé. Me olvidé de razonar porque el instinto se adueñó de mí, y me lancé a él. Lo agarré del cuello con una mano y estampé su cuerpo contra la estantería. El golpe sordo de su espalda contra la madera fue como una melodía que apagó toda lógica en mi cabeza.

James no protestó ni luchó. Sino que se pegó aún más y me ofreció su boca. Yo la atrapé desesperado. Sí, lo besé como un loco. Nuestras lenguas se batieron en un combate sin reglas. Mordí su labio inferior y él me devolvió la embestida con un gemido ronco que me recorrió la columna.

Mis manos ya no obedecían órdenes. Una se enterró en su pelo, tirando de él hacia atrás para exponer su garganta. La otra descendió rauda por su espalda, bajó hasta sus caderas y lo empujó contra mí, obligándolo a sentir lo duro que estaba por su culpa.

Joder, su cuerpo era un maldito infierno. Podía sentir su piel caliente por encima de su ropa, el contorno de su estrecha cintura, la maldita firmeza de su perfecto trasero.

Era tan ligero, tan flexible, tan condenadamente perfecto que me daban ganas de abrirle las piernas allí mismo y explorarlo hasta arrancarle cada gemido que estuviera dispuesto a darme.

James se frotaba contra mí como un animal en celo. Sus gemidos, su respiración errática, su boca buscando ansioso la mía.

Cada roce, cada maldito movimiento suyo avivaba el fuego que ya me estaba consumiendo por dentro.

Mi polla palpitaba atrapada en los pantalones, y si no fuera porque parte de mi cerebro todavía recordaba que estábamos en mitad de Spencer Manor, ya lo habría empotrado sin miramientos.

—¿Por qué me haces esto...? —gruñí contra su oído, sin poder contenerme.

Él soltó una carcajada bajita y arrogante.

—Has empezado tú entrando como si fueras el rey de este lugar —jadeó antes de enroscar su boca a la mía.

Mis manos ya lo tenían arrinconado contra la pared, pero fue él quien llevó la locura al siguiente nivel. Deslizó la mano entre nosotros y la cerró alrededor de mi erección. Solté un gruñido ronco, de esos que salen del fondo de la garganta y no saben de modales.

—¿Quieres volverme loco? —gruñí entre dientes mientras él continuaba torturándome de placer.

—¿Funciona?

Su mano, su cuerpo, su maldita lengua peleando con la mía… Todo era demasiado. Y mis promesas no valían una mierda porque allí estaba yo sucumbiendo de nuevo a él. Iba a correrme en los pantalones y ni siquiera me estaba tocando a pelo.

Volví a morderle el labio casi como castigo, y lo agarré con fuerza de las caderas. James gimió, empujando su erección contra mi vientre, jadeando como si cada roce fuera una súplica silenciosa.

—Quiero chupártela… —jadeó.

Estaba a segundos de desabrocharme los pantalones, hincarlo de rodillas en el suelo y enterrarme en su boca sin piedad cuando escuché las voces. Le siguieron unos pasos apresurados que resonaron en el pasillo.

Los dos nos congelamos como si nos hubieran echado un cubo de agua helada. La tensión que estalló entre los dos fue casi tan brutal como la que habíamos compartido mientras nos devorábamos.

James tragó saliva y yo me alejé de un salto y lo adecenté antes de retocar mi propio atuendo. Iba a ser imposible disimular nuestras erecciones, pero el miedo a ser pillados ayudó bastante.

—Su Alteza… —dijo Pembroke a mi espalda.

Cerré los ojos un momento, intentando recomponerme y meterme en el papel de guardaespaldas ejemplar.

—¿Qué pasa, Richard?

—Tiene visita. Su Alteza Real el Príncipe Edward le está esperando en el salón principal.

James frunció el ceño. Pero fue un gesto tan rápido que creí haberlo imaginado. Cuando volvimos a mirarnos, no hizo falta decir nada. El deseo seguía ahí, latiendo imparable. Pero, por ahora, quedó suspendido.

—Enseguida voy —dijo James, mirándome a mí, y se me acercó sabiendo que yo me entiesaría. Con un poco de suerte, Richard pensaría que habíamos discutido—. Podrías visitar mi habitación esta noche… —murmuró James con una sonrisa ladina justo antes de salir de la habitación, dejando tras de sí un rastro de tentación insaciable.

Apreté los puños y cerré los ojos de nuevo.

«Estoy jodido», pensé. Y lo peor era que me encantaba.

36



JAMES

—¿A qué se debe la visita, majestad? —solté en cuanto entré al salón.

Edward estaba junto al ventanal, mirando el exterior. Traje perfectamente pulcro, las manos cruzadas en las espaldas y el porte de un príncipe heredero.

—James, no hay ningún rey en esta sala —respondió girándose para mirarme.

Sacó a relucir esa paciencia entrenada que solo usaba conmigo desde que era un crío. Quizá buscaba recordarme que, pese a todo, seguía siendo mi hermano y era el único miembro de nuestra maldita familia al que le importaba.

—Pero lo serás pronto —dije encogiéndome de hombros.

De pronto, sentí esa punzada que sabía que, tarde o temprano, Edward cargaría con un peso que yo no podría aliviar y él no quería soportar. Las consecuencias de nacer el primero en una familia de reyes.

—Te recuerdo que nuestro padre tiene una salud de hierro —replicó, acomodándose en el sofá con naturalidad.

—Pues esperemos que le falle pronto y termine estirando la pata. El mundo no necesita tantos cabrones en el poder.

En el fondo, sabía que Edward iba a ser un gran rey. Era lo bastante decente como para convertirse en el orgullo de la nación.

—Gracias por tus halagos —ironizó, pero su mirada era más triste de lo que su tono dejaba ver.

—De nada.

Me dejé caer en el sofá, estirándome con toda la desfachatez del mundo, y puse los pies encima de la mesa de café.

—¿Y bien, a qué has venido? ¿Te apetecía codearte con la plebe?

—Ah, James… —suspiró.

Pero no lo sentí como un reproche. Más bien, noté cansancio y un poco de miedo, y entendí que aquella no era una visita de cortesía.

Cogí aire y miré alrededor. El salón de Spencer Manor parecía aún más grande de lo normal bajo aquella luz mortecina de la mañana. La presencia de mi hermano rompía la armonía. Traía consigo esa carga invisible que siempre precedía a las conversaciones de mierda.

Edward se acercó al minibar y sirvió unas copas. A continuación, caminó hacia el centro de la estancia y me miró con esa expresión suya de «no estoy enfadado, solo decepcionado», un clásico de la hipocresía de la Casa Real. Y me entregó mi vaso.

—¿No puedo venir a ver a mi hermano pequeño? —preguntó.

Solté una carcajada hueca y giré el vaso entre los dedos.

—Puedes. Pero eso implicaría que no estás lo bastante ocupado. Y ya sabes lo mal que lleva la «familia» eso de que el heredero sea tan complaciente.

Edward le dio un largo sorbo a su copa, como si necesitara lubricar la garganta antes de hablar, y yo me preparé.

—No he dejado de pensar en lo que dijiste… —empezó comedido—. Estoy enfadado contigo…

Alcé las cejas, fingiendo sorpresa.

—¿De verdad? ¿Por un simple comentario? ¡Vaya, estoy superando mis propias expectativas!

Me clavó una dura mirada. El príncipe de hielo, así se le conocía, y no me extrañaba. Edward tenía la capacidad de matar sin

necesidad de pestañear. Pero yo lo conocía demasiado como para dejarme intimidar. Así que le planté cara mientras el silencio se tornaba espeso entre los dos.

—No le das valor suficiente a las palabras, James.

—Créeme, si se lo diera habría perdido la cabeza hace mucho tiempo.

Principalmente porque mis «queridos» padres siempre se encargaban de recordarme mis defectos. Suerte que era un chico con una gran autoestima.

—¿Lo piensas de verdad? —indagó.

—¿El qué?

—«Quizá habría sido afortunado para todos…» —citó palabra por palabra.

Sabía a qué se refería. Al momento exacto en que planteé la posibilidad de que mi acosador me matara para quitarle una carga a mi familia.

—Solo era otra pulla en la mesa de los santos, ¿no? Papá disfrutó de ella. Mamá también. Todos fingieron que no escucharon nada. Como siempre.

—¡Joder, James! —explotó Edward—. ¡No puedes soltar algo así y esperar que lo ignore!

—El resto lo hizo, aprende de ellos —dije con desdén.

—Eres un ingrato.

Lo miré. Ahora sin bromas ni escudos que me ocultaran. Simplemente, saqué a relucir la horrenda verdad que nos envolvía desde hacía años.

—¿Y qué querías que hiciera, Edward? ¿Qué me pusiera a llorar, que pidiera perdón por ser quien soy, por no ser como tú, la jodida joya de la corona?

Vi cómo sus ojos se oscurecían de dolor y también de vergüenza.

—No estoy aquí como príncipe heredero. —Su voz bajó un tono —. Estoy aquí como tu hermano, James. Porque me importas tú, joder.

Se me escapó una carcajada rota y sarcástica que sonó como un eco vacío.

—Temes que cometa una locura, ¿cierto?

—¿Lo harás?

Un suicidio en la familia real provocaría un cataclismo. Quizá no les importaba tanto mi pérdida como el escándalo que supondría. Y que Edward empezara a titubear me dijo que no iba tan mal encaminado.

—Que me lo haya planteado no significa que tenga el coraje para hacerlo —admití.

—Tu frivolidad me exaspera —resopló pellizcándose el entrecejo.

—Edward. Estoy entrenado en la frivolidad. Al igual que tú estás entrenado en la perfección. Si alguno de los nuestros se entera de que estás aquí solo porque te preocupa mi estabilidad emocional, probablemente te reprenderá por ser tan débil.

Dejó el vaso sobre la cornisa de la chimenea, se guardó las manos en los bolsillos de los pantalones y me dio la espalda un instante.

—También he venido a persuadirte.

Me levanté del sofá y torcí el gesto, risueño.

—Ah, ya veo. Claro, la preocupación no es tanto por mí y si más por la imagen que puedo dar si alguien descubre que jamás podría amar a una mujer. ¿Es eso?

Me irritó muchísimo que Edward guardara silencio.

—¡Habla! —exclamé.

—¡Si lo que necesitas es ayuda, puedo ofrecértela!

Lancé el vaso contra la pared. Se hizo añicos mientras yo era devorado por esa asfixiante sensación de rabia.

—¿Te han pedido que me induzcas a pensar que estoy enfermo?

Edward tragó saliva. Fue muy evidente que él estaba en contra de todo aquello, pero, aun así, había hablado. Así que era tan culpable como los demás.

—No…

—Tú no eres tan creativo para esas crueldades. Solo obedeces como el buen perro que eres. Pero yo soy un gato muy travieso, así que te pido que especifiques un poquito.

Mi hermano se mantuvo firme, rígido como una estatua, aunque sus ojos delataban incomodidad.

—Llevas unos meses demasiado estresado, James. Ese acosador está complicándolo todo…

—Me importa una mierda ese gilipollas.

—Tal vez unos meses apartado, en un lugar seguro, te ofrezcan una perspectiva diferente de las cosas y logren… encauzarte.

Sonreí sin humor, mirándolo como si fuera un puto desconocido para mí.

—¿Así que te han pedido que me hagas ver que encerrarme en un centro de descanso solo lleva por objetivo protegerme? ¿Tan insulso y estúpido eres?

—Jamás podría juzgarte por tus tendencias. Esto no tiene nada que ver.

—Pero estás aquí pidiéndome que te de mi consentimiento para internarme. Porque en el fondo teméis que un día los malditos rumores se conviertan en hechos. Y Dios os libre de ser parientes de un maricón.

—¡James!

Su grito fue de pura impotencia. Edward no era mi enemigo, pero tampoco era lo bastante fuerte como para defenderme de la maquinaria que lo había moldeado.

Me abalancé a él para encararlo de frente.

—¡Qué te jodan! ¡Qué os jodan a todos! ¡No pienso largarme de aquí! —chillé antes de señalarle con el dedo—. Y por el bien de nuestra relación, no vuelvas a poner un pie en esta maldita casa, porque, la próxima vez que eso pase, te juro que olvidaré quién eres y ambos descubriremos que ser maricón no me resta valentía. ¿Te ha quedado claro, Su Alteza?

Entendió bien que aquello no era una amenaza vacía. De hecho, pudo ver en mis ojos que no me importaría darle una maldita paliza, aunque me rompiera el alma en el proceso.

Ya no había nada que hacer allí, así que fui yo quien abandonó el salón. Aquella casa se me estaba cayendo a pedazos y necesitaba poner distancia. No me detuve a pensar en las consecuencias ni si cometía un error. Solo me precipité hacia el exterior, me lancé al primer vehículo que vi y arranqué el motor con más furia que ganas.

Aceleré. Las ruedas derraparon sobre la grava, provocando una humareda. Pero, entre el polvo, vi la silueta de Daniel corriendo hacia mí.

No dejé que me alcanzara.

37



DANIEL

No dudé ni un segundo. Cuando vi que el Aston Martin de James derrapaba sobre la grava y salía disparado hacia el sendero, algo en mi interior cambió y eché a correr como un loco, pensando que aquella reacción poco tenía que ver con mi trabajo.

El eco de su discusión con Edward seguía resonando en mi cabeza. No era mi deber escuchar conversaciones privadas. Pero el cristal estalló y mi cuerpo reaccionó. Y entonces me convertí en un testigo silencioso e invisible de cada maldita palabra, incluida la despreciable insinuación de Edward.

Una enfermedad. Sí, para la familia real, que uno de sus miembros deseara a un hombre era una puta enfermedad.

Me hervía la sangre. No podía permitir que James se marchara solo con esa rabia latiéndole bajo la piel. No después de todo lo que había soportado.

Me lancé al suburban negro que solía usar. Solo tuve que girar la llave para que el motor rugiera. Mientras tanto, James se alejaba. Iba a tener que ser raudo para poder alcanzarle antes de que abandonara el perímetro. De lo contrario, no tenía ni idea de dónde terminaría.

Conocía los caminos privados de Spencer Manor como la palma de mi mano. Así que tomé el atajo del bosque sin pensarlo. El coche

vibraba, las ramas golpeaban la carrocería, pero no frené.

Cuando vi la silueta del Aston Martin entre los árboles, supe lo que tenía que hacer. Pisé a fondo, giré el volante en una maniobra brusca, y derrapé de lado, colocándome justo delante de su coche para cortarle el paso.

El chirrido de las ruedas, el humo y el polvo llenaron el aire en un instante.

Y entonces vi su expresión a través del parabrisas.

James había frenado en seco, tenía el cuerpo echado hacia delante por la inercia y los ojos cargados de una furia tan cruda que me golpeó de lleno. Lo había interceptado. Y ahora iba a tener que enfrentarme a su tormenta.

Me bajé del coche de un salto y cerré la puerta de un portazo que retumbó como un disparo en medio del bosque. La grava crujió bajo mis zapatillas cuando avancé hacia él. Solo podía pensar en alcanzarlo antes de que terminara de desmoronarse.

James también se había bajado. Estaba furioso cuando nos encontramos a medio camino y me empujó con todas sus fuerzas.

—¡¿Se puede saber qué coño estás haciendo, gilipollas?!

—Salvarte de cometer una estupidez —gruñí, encarándole sin ceder ni un centímetro.

—¿Salvarme? —Soltó una risa hueca y venenosa—. ¡No necesito que nadie me salve, mucho menos tú! —Se acercó más. Pude sentir su cálido aliento en mis labios—. Esta basura no es asunto tuyo, Cross. Deja de meter tus narices donde no te llaman.

—Te recuerdo que solo estoy haciendo mi trabajo.

James torció el gesto, derrochando incredulidad.

—¿Follarme también lo es, Cross? ¿O es que te crees especial? ¿Es eso?

Su voz resonó afilada y cruel. Pero no caí en la trampa. Lo vi. El temblor en su labio, el brillo insano en sus ojos, la forma en que su cuerpo vibraba como una maldita bomba a punto de estallar.

Era dolor y miedo y todo lo que no sabía cómo gestionar.

—No me hables así, James —rugí.

Me miró, desafiante, y avanzó un paso hacia mí. Por un instante, el silencio fue brutal. Pero no duró, porque James rompió

esa calma falsa, sonriendo con una arrogancia tan vacía que me revolvió las tripas.

—Retira el coche —me ordenó letal.

—No.

—¡Que lo retires, joder!

Me golpeó el pecho con ambas manos, nada que pudiera hacerme daño de verdad, pero el gesto fue suficiente para que sintiera la violencia contenida bajo su piel.

No respondí. No levanté ni una mano para detenerlo. Le di permiso. Porque entendía que aquella marea de resentimiento no era contra mí.

—¿Qué coño quieres de mí? —rezongó—. ¿Un polvo más? ¿Otra noche para saciarte?

Vi cómo su rabia se agrietaba por primera vez, y me entraron ganas de volver a la casa y darle una paliza al heredero.

James jadeaba como un animal herido y, aun así, no lo contuve. Todavía necesitaba vaciarse un poco más.

—En este momento eres un peligro para ti mismo —dije con una calma que no sentía—. Regresa a la residencia y trata de tranquilizarte.

—Y si me niego, ¿qué vas a hacer, Cross? —me encaró—. No tienes cojones. Solo estás aquí por obligación. ¿Te crees mejor que los demás porque no me llamas enfermo a la cara? —gruñó—. ¡Tú eres igual! ¡Todos lo sois! Solo que a ti no te importa follarme para después mirarme como si te creyeras mejor que yo.

Las palabras cayeron como martillos. Pero yo seguí ahí, sin moverme ni ceder.

—Cállate.

—¿O si no qué? ¿Qué pasa, Daniel? —se mofó—. ¿No tienes nada que decir? ¿No vas a defenderte? ¿O es que en el fondo sabes que tengo razón? Tanta rectitud. Tanta hombría. Y al final, solo eres un hombre que piensa con la polla.

James buscaba destrozarme. Quería arrancarme una reacción, cualquier cosa, aunque fuera odio. Mejor eso que el vacío o tener que enfrentarse a que alguien lo viera herido y sin su habitual disfraz de insolencia.

—No sabes lo que dices. —Negué con la cabeza.

—Adelante, corrígeme.

—Es demasiado victimista de tu parte que pienses que el mundo entero está en tu contra.

Quizá resumí de un modo muy frívolo sus razones para perder la cabeza. Pero en realidad yo solo quería sacarlo del pozo. La mera idea de que la gente le creyera un ser de segunda por ser diferente a la norma me había irritado muchísimo.

—Ah, entiendo, vienes a consolarme —se burló—. Pues ahórratelo. No necesito tu compasión de mierda.

—¿Y qué quieres hacer, ah? ¿Irte de juerga, beber hasta reventar y quizá follarte a alguien?

—¿Podrías mejorar la oferta?

—O podría reducirte y llevarte por la fuerza a la residencia.

—A ti te importa un carajo lo que yo haga, Daniel. Sé honesto, no vengas aquí fingiendo preocupación, porque tu sueldo depende de mi seguridad. Así que no te hagas el moralista conmigo.

Me miró desafiante, respirando con dificultad, como si luchar conmigo fuera la única forma de no derrumbarse. Y yo me di cuenta de que aquello podía eternizarse. Que, por más crueles y violentas que fueran sus palabras, nunca lo saciarían lo bastante como para acallar la rabia que sentía en ese momento.

Así que decidí actuar. No medité mi reacción ni medí las consecuencias. Solo hice lo que me gritaron mis instintos.

De pronto, me abalancé sobre él y lo estampé contra la carrocería de su coche. James soltó un gruñido, más de sorpresa que de dolor, pero no se resistió. Me acerqué tanto que respiré de su boca.

—¿Qué haces? —susurró trémulo.

Entonces, lo supe en cada fibra de mi ser. James no necesitaba palabras, sino una guerra. Necesitaba que alguien se hundiera en su incendio para salvarlo de sí mismo. Así que le estampé un beso violento.

James gimió, fue un sonido ronco y animal que me vibró en la garganta. Se agarró a mis hombros con desesperación y se dejó llevar. Le mordí el labio y él me devolvió la embestida como si

quisiera devorarme desde dentro. Nuestras lenguas se enredaron en una lucha feroz. Más que voracidad, aquello fue frenesí.

Empujé mis caderas contra las suyas, frotándome sin pudor. Sentí su erección endureciéndose pegada a la mía, atrapada entre nosotros como una promesa sucia y desesperada.

James jadeaba en mi boca, sus gemidos arrancaban los míos, su cuerpo temblaba de necesidad cruda. Se frotaba contra mí como si cada roce lo quemara por dentro.

Me separé un poco, los dos resollando como animales salvajes. Nuestras frentes se mantuvieron juntas mientras nuestros alientos se mezclaban.

—¿Esto también depende de tu seguridad, príncipe? —ironicé, y él me sonrió, ladino.

—Hijo de puta.

No me dio tiempo a reaccionar. James se agarró a mi nuca con ferocidad y me volvió a besar, esta vez sin ninguna contención. Sus labios eran hambre pura, se movían contra los míos con tal violencia que me sentí a punto de explotar.

Yo respondí igual, apretándolo contra mí. Noté cómo sus manos se colaban bajo mi jersey, buscando mi piel con un ansia que me hizo gruñir. Y me clavó las uñas en los costados como si quisiera dejarme marcas que dolieran días después.

James era fuego vivo, era brutalidad y necesidad fusionadas. Me tenía tan atrapado que me costaba respirar. Nuestra ropa era una barrera, pero no impedía que pudiéramos sentir el roce constante de nuestras erecciones. Tanta fricción nos arrancó gemidos ahogados.

Le mordí el cuello, succioné hasta marcarlo y sentí cómo se estremecía. Él hundió una mano entre mis piernas y apretó mi miembro. Me estaba desafiando a que me lo follara allí mismo, contra la carrocería del coche, en medio de aquel sendero franqueado de árboles cuyas copas apenas dejaban ver el cielo.

—¿Eso quieres? —jadeé contra su oído.

Quizá era de locos siquiera estar besándolo a la intemperie, pero no se me ocurría cómo parar.

—Quiero que me destroces —jadeó, y sus palabras fueron un maldito disparo directo a mi polla.

Mi mano descendió sin piedad, colándose bajo su cinturón, y encontré su cálida erección latiendo perfectamente dura para mí. La envolví con la mano y tiré de ella con una fiereza que lo hizo gemir en alto, como si le estuviera arrancando el alma.

—¿Así es cómo te gusta, príncipe?

—Más… —suplicó.

Me bajé la cremallera sin dejar de masturbarlo, saqué mi polla y la froté contra la suya. El contacto de nuestros miembros me hizo soltar una maldición gutural.

Nos masturbé a los dos al mismo tiempo, atrapándonos en mi puño, jadeando en sincronía mientras seguíamos besándonos como si nos perteneciéramos. James arqueaba las caderas buscando más fricción. Le rodeé el cuello con un brazo y con la otra mano lo apreté aún más fuerte.

—Te odio… —gruñó James, mordiéndome el labio.

—No me importa, puedo follarte hasta que lo olvides —jadeé.

Cada gemido era más crudo y salvaje. Y cuando sentí que su erección se contraía en mi mano, que su cuerpo entero se tensaba como un maldito arco a punto de romperse, supe que estábamos al borde del abismo.

—Mírame cuando te corras, príncipe.

James abrió los ojos, azul puro y desesperado. Fue esa maldita mirada la que me arrastró con él.

Nos corrimos al mismo tiempo, derramándonos en mi mano. James gimió mi nombre entre dientes, como si al pronunciarlo se desgarrara un poco más. Y yo, drogado por el placer, solo pude morder su clavícula preguntándome en qué maldito momento aquella extraña necesidad que me despertaba se había convertido en algo tan demencial.

No éramos amantes, ni amigos, ni enemigos. No éramos nada. Solo un maldito campo de minas que ninguno de los dos parecía querer evitar.

El silencio que quedó tras correrno s fue espeso como el alquitrán. Yo no podía moverme, aunque tampoco quería. Mantenía a James abrazado por puro instinto. Solo se oía el sonido de

nuestras respiraciones mal sincronizadas, intentando recuperar el control mientras nos mirábamos fijamente.

James fue el primero en bajar la mirada. Se limpió la mano con un pañuelo que sacó del bolsillo de sus pantalones y me lo ofreció.

—Ni se te ocurra decir que ha sido un error —mascullé, notando el pulso en las sienes.

Él soltó una risa por lo bajo.

—¿Y si lo digo, qué harás? ¿Follarme para convencerme de lo contrario?

No respondí. Solo lo observé. Tenía los ojos ligeramente enrojecidos, pero no por vergüenza, sino por ese tipo de agotamiento que se mete bajo la piel.

James dio un paso atrás, se subió la cremallera, se recompuso lo justo, y se pasó una mano por el pelo.

—No quiero volver —dijo de pronto, sin mirarme.

Había algo en su voz que me recordó a una súplica mal disimulada. No quería que lo viera débil, pero lo estaba diciendo a gritos.

—¿Y adónde quieres ir? —pregunté, acomodándome los pantalones.

James se encogió de hombros.

—No sé… Adonde no me reconozca nadie. Donde nadie me pregunte nada ni tenga que fingir que todo está bien cuando no lo está.

—Tendría que borrar el mundo entero y todavía no tengo esas habilidades.

Sus ojos por fin se encontraron con los míos. Y no había rabia esta vez. Solo un cansancio profundo. La sombra de un niño que se ha caído tantas veces que ha aprendido a levantarse sin llorar.

Asentí.

—Conozco un sitio cerca de Henley. Nadie preguntará.

James parpadeó un par de veces y se pasó la lengua por el labio inferior. Ahí estaba de nuevo el arrogante seductor.

—¿Me vas a invitar, Cross?

—Sube al coche.

James me regaló una sonrisa pequeña y verdadera. De esas que apenas le duraban unos segundos, pero lo hacían parecer un jodido milagro.

Nos subimos al suburban aún con la adrenalina vibrando en los huesos. Y mientras arrancaba el motor y tomábamos la salida del sendero, pensé que, si había un infierno reservado para agentes que se follaban a sus protegidos, yo me había ganado una suite de lujo.

Pero eso ahora no me importaba.

38



DANIEL

El viaje a Henley transcurrió envuelto en un silencio un poco cargado.

Me mantuve centrado en la carretera. Aunque, de vez en cuando, mis ojos se deslizaban hacia James, que permanecía recostado en su asiento. No mencionó nada desde que salimos. Solo existía como una presencia demasiado poderosa para ignorar.

Era casi surrealista. Yo, Daniel Cross, el agente modelo, estaba llevando al cuarto príncipe de la nación a un pequeño pueblo junto al río Támesis para que pudiera sentirse normal por un instante. Y quería hacerlo porque deseaba verlo respirar tranquilo.

«Parece una cita», pensé con un nudo en el estómago.

Cuando entramos en Henley, el ambiente cambió. Las calles empedradas, las casas bajas de ladrillo rojizo, las barandillas negras adornadas con flores, todo parecía sacado de una postal antigua. El Támesis se deslizaba sereno al borde del pueblo, bañado por un sol tímido y gris.

Vi de reojo que James se incorporaba ligeramente. Ahora ya no miraba por la ventanilla por inercia. Sus ojos azules destellaron un instante. No diría nada, claro, pero me bastó que sus labios se curvaran formando una mueca de satisfacción.

Encontré aparcamiento en una callejuela tranquila cerca del río.

—Vamos —dije antes de moverme fuera del coche.

James me siguió de cerca. Bordeamos una valla de madera envejecida y tomamos un camino de piedra que serpenteaba junto al agua.

Allí estaba el restaurante. Un edificio de piedra cubierta de hiedra, con ventanales pequeños de marcos oscuros y una puerta de roble. El cartel, discreto, apenas se leía.

The River's Hearth no era un restaurante de lujo ni un *pub* ruidoso, sino un espacio íntimo y cálido, perdido entre los árboles creado para esconderse del mundo y que nadie preguntase por qué.

James se detuvo un segundo frente a la puerta, como si estuviera evaluando el lugar.

—No esperaba algo tan… decoroso de ti, señor MI5.

Resoplé una sonrisa.

—Me asombra que te guste —dije abriéndole la puerta.

Cuando se cerró tras nosotros, el mundo exterior se desdibujó. Allí dentro, el aire olía a madera, a pan recién hecho y a algo cálido que no se podía identificar. Las luces eran tenues y anaranjadas y proyectaban sombras suaves sobre las paredes de piedra. Solo había unas pocas mesas ocupadas, la mayoría parejas que hablaban en susurros o grupos pequeños que reían bajito.

Una camarera nos recibió con una sonrisa discreta, como si ya supiera que aquel lugar era para quienes no querían ser encontrados. Nos saludó con amabilidad y nos acompañó a una mesa que había al fondo. Nos sentamos uno frente al otro. Pero su rodilla rozó la mía de manera deliberada. Lo miré, me estaba desafiando en silencio. Y como el buen demente que era, deslicé mi mano por su muslo de manera casual…

James clavó sus ojos en los míos, ese azul incandescente que estaba arruinándome la vida lentamente. No hacía falta tocar más. Ni hablar. El deseo flotaba en el aire como un secreto compartido que ninguno de los dos pretendía ocultar.

«Estamos jodidos», pensé y me hizo bastante gracia. Porque, por primera vez en mucho tiempo, estar jodido nunca me había parecido tan correcto.

La camarera nos trajo la carta sin demasiadas ceremonias. James la alzó y la ojeó como si fuera una citación judicial. Desde luego, el muy cretino tenía elegancia hasta para ser un capullo arrogante.

—¿De verdad vas a hacerme comer cordero a estas horas, Cross? —murmuró, con esa sonrisa que era puro veneno dulce.

Me encogí de hombros.

—Cosas peores has comido.

Terminamos pidiendo platos sencillos: un estofado de ternera para mí, un sándwich caliente de jamón curado para él, y dos pintas de cerveza que llegaron enseguida.

A medida que pasaban los minutos, el hielo entre nosotros empezó a derretirse lentamente bajo el calor de las miradas que cruzábamos cada vez que uno levantaba la vista de su plato.

—No me ha reconocido.

Me detuve un segundo antes de llevarme la pinta a los labios. Levanté la mirada y me encontré con sus ojos brillando con algo que no supe si era alivio o decepción.

—Y si lo ha hecho, poco importa —dije—. Me pediste normalidad. Aquí la tienes, James.

Se quedó quieto. Sostuvo mi mirada durante un largo instante donde solo existíamos nosotros dos, atrapados en una burbuja absurda a pesar del murmullo apagado del restaurante. No era un juego, sino una tregua silenciosa que se tejió a través de aquellas caricias furtivas bajo la mesa y el modo en que nuestras respiraciones se contenían cada vez que uno de nosotros sonreía de más.

—¿Y tú? —preguntó James sin levantar la vista—. ¿Te sientes normal estando aquí conmigo?

Esa pregunta era una bomba disfrazada de conversación trivial.

No supe qué responder. En el fondo, me sentía como un animal salvaje a punto de cometer una locura.

Apoyé los codos en la mesa y me incliné un poco hacia él.

—No siento nada normal cuando estoy contigo, James.

Vi cómo se tensaba, y supe que ese era solo el principio.

James se centró con desgana en su sándwich, apenas mordisqueándolo, mientras yo daba buena cuenta de mi estofado. Percibí que cada dos bocados, James se detenía, jugaba con la comida y apartaba las migas del plato con un gesto distraído. No era él. O mejor dicho, sí lo era cuando su cabeza estaba en otra parte.

—¿Siempre quisiste ser agente del MI5, Cross? —preguntó de repente.

Sonó casual, pero con esa cadencia que parecía buscar algo más profundo.

—En realidad, de pequeño soñaba con el ejército —confesé, llevándome la cerveza a los labios.

—Te pega. Eres tan disciplinado que molesta.

—Me lo tomaré como un halago —repliqué, apoyándome en el respaldo de la silla con una relajación que era más fingida que autentica.

La verdad era que no había dejado de pensar en saltar sobre él y tocarlo por todas partes. Ese maldito encuentro en el sendero no me había saciado lo suficiente.

James bajó la mirada, empujando con su tenedor unas miguitas de pan que había en su plato. El gesto me pareció tan vulnerable que me desconcertó más que cualquiera de sus pullas.

—Gracias… por esto… —dijo al final, casi en un murmullo.

Arqueé una ceja.

—¿Por un sándwich? —ironicé para destensarlo—. La verdad es que me has salido barato. Y ni siquiera estás comiendo. —Lo señalé —. Vacía ese plato. No quiero tener que cargar contigo solo porque has bebido demasiado.

James levantó la cabeza y me miró de un modo que parecía preguntarme cuánto más podríamos aguantar sin tocarnos. Sonrió de medio lado.

—¿Me recogerías en brazos, Cross?

—No firmé cláusula para eso —dije con sequedad—. Pero supongo que haría una excepción.

Soltó una risita baja, de esas que apenas rozan el aire, y se rascó la nuca, incómodo en su propia piel. Después, como si quisiera

demostrarme que todavía tenía el control de la situación, cogió su sándwich y le dio un mordisco.

Juro que, en ese instante, verlo comer me pareció la escena más insoportablemente erótica del mundo.

A continuación, se llevó el vaso de cerveza a los labios, le dio un sorbo corto, y ladeó la cabeza para observarme con esa expresión de gato curioso.

—¿En qué piensas? —indagué.

—No quieres saberlo.

—Entonces, no habría preguntado.

Suspiró. No era propio de él vacilar tanto. Pero lo que estaba a punto de decirme salió antes de que pudiera evitarlo.

—Me gusta esto. —Bajó la voz—. Es… normal. Y bonito. Y acogedor.

Ese maldito calor creció hasta el punto en que me erizó la piel. Me quedé mudo observando a ese chico, preguntándome cómo demonios era tan perfecto.

—¿Cómo conociste este sitio? —indagó apoyando la mejilla en su mano de una forma peligrosamente encantadora.

Me permití una media sonrisa.

—Durante unas prácticas de contravigilancia. Estaba en mi segundo año de formación en la Intelligence Officers' New Entry Course. —Sus cejas se arquearon apenas, curioso, pero no me interrumpió—. Recuerdo que me destinaron con Jace a Henley-on-Thames. Esa mañana empezó a diluviar, y estábamos muertos de hambre después de toda la madrugada vigilando nuestro objetivo. Acabamos entrando por casualidad en este restaurante. Y, desde entonces, se convirtió en nuestro punto de encuentro favorito.

—Jace es tu compañero —afirmó, más que preguntar.

—No. Él está en el MI6.

Entrecerró los ojos con una sonrisilla de superioridad que me dieron ganas de borrar a mordiscos.

—Vaya. Alguien es mejor que tú —se burló.

—No tiene nada que ver. Él tenía más interés por las misiones internacionales. Y yo prefiero las nacionales.

—¿Prefieres ser la niñera de un príncipe? Te hacía más ambicioso.

—Y yo a ti menos cotilla.

James se rio de una forma genuina. Durante un instante, nos quedamos así, cruzando miradas sobre la mesa, sin necesidad de palabras. Y supe que todo aquello me estaba acorralando. Que cuanto más lo conocía, más difícil se me hacía mantenerme al margen.

—Lo has escuchado todo, ¿verdad?

Me quedé un segundo en silencio. No por falta de respuesta, sino porque no quería suavizarle la verdad. Claro que lo había escuchado todo, y no podía estar más en contra.

—Me importa una mierda —espeté.

James arqueó una ceja, casi divertido por mi falta de tacto. Pero no se detuvo ahí.

—¿Y lo que pasó anoche, también te importa una mierda?

Clavé mis ojos en ese azul tempestuoso que eran los suyos.

—¿Qué quieres escuchar, James?

—Que sí, que te doy asco, que te arrepientes.

Suspiré, agarré mi cuchara y empecé a remover mi estofado como si el secreto del universo estuviera escondido allí. No quise darle más espacio a sus gilipolleces autodestructivas.

—Come.

Soltó una risa amarga y torció los labios en una mueca de falsa diversión.

—Eres un capullo insufrible.

—Y tú eres un cabrón pesimista.

James soltó una carcajada cargada de algo que parecía alivio.

—¿Te hace gracia? —pregunté.

—Pues sí. Kenny me lo dice siempre.

—Es más listo que tú —dije sin un ápice de compasión.

James me apuntó con un dedo, fingiendo indignación.

—Oye, frena las confianzas, Cross. No quieres que te monte un numerito en tu local favorito, ¿verdad?

Puse los ojos en blanco y, antes de que pudiera echarse atrás o enroscarse de nuevo en su agujero de sarcasmo, le metí una

cucharada de estofado directamente en la boca.

—Come —repetí.

James se atragantó un poco y me lanzó una mirada asesina mientras mascaba a regañadientes, pero cuando tragó, sus ojos se iluminaron como si acabara de descubrir el puto paraíso.

—¡Joder, eso está de muerte! —exclamó.

Me crucé de brazos con una sonrisa triunfal.

—Si no fueras tan remilgado ahora estarías disfrutando de un buen plato de estofado como Dios manda.

James se limpió la boca con una servilleta.

—Prepara la cartera, idiota. Voy a pedir.

Levantó la mano para llamar a la camarera y, por primera vez en todo el maldito día, lo vi sonreír de verdad. No era una sonrisa amplia ni descarada. Era pequeña, torcida y rota en los bordes. Pero era auténtica. Y eso, para mí, fue como ganar una guerra.

En cuanto la camarera le trajo su estofado, se puso a comer como si no hubiera un mañana mientras yo lo observaba como un adolescente enamorado.

«Mierda».

—Qué —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Pareces relajado.

—Me has vaciado las pelotas antes de venir. Por supuesto que lo estoy.

Mi cucharilla chocó contra el plato y, en un acto reflejo, arranqué un trozo de servilleta, la arrugué en una bolita y se la tiré directo a la cabeza.

—¡Oye! —protestó, mirándome con fingida indignación mientras el proyectil rebotaba en su precioso pelo revuelto.

Sonreí. Era imposible no hacerlo. Verlo así, sin la máscara de príncipe perfecto, sin la tensión a flor de piel, solo siendo él… era una maldita droga.

James se apartó un mechón rebelde de la frente y, como si nada, desvió la mirada hacia la ventana. Se quedó allí, apoyado en el marco de la silla.

Me quedé mirándolo. Parecía una maldita obra de arte. Una que no tenía derecho a desear tanto como lo hacía.

Me aclaré la garganta y volví la mirada a mi cerveza antes de hacer una estupidez como levantarme, cruzar la maldita mesa y besarlo hasta dejarlo sin aire.

—Vuelve a llover en el viejo Londres —suspiró.

—¿Qué harías si tuvieras un día para ser un ciudadano normal y corriente?

Quizá no fue la mejor forma de ocultar que el maldito príncipe estaba a punto de lanzarme por un precipicio.

—¿Un día libre? ¿Solo uno?

Asentí.

—Me gustaría… —empezó, frunciendo el ceño como si buscar en su interior fuera un ejercicio complicado—… ir a un parque de atracciones. Comerme una hamburguesa de esas grasientas en cualquier puesto de Notting Hill. Pegarme una siesta en el Hide Park. Subirme al London Eye de noche y beberme una botella de champán barato mientras me meto mano con un desconocido.

Me eché a reír. Era tan él. Por supuesto que lo veía capaz de meterse mano con un desconocido.

—¡No te rías! —protestó—. Tiene que ser emocionante.

—Follar en esa cosa no tiene nada de especial.

—Para mí, sí.

Alcé las cejas.

—¿Todo eso harías?

James se inclinó hacia mí y me regaló una sonrisa tentadora.

—Con mamada incluida —susurró.

Tragué saliva mientras él volvía a recostar con aparente indiferencia. El muy cabrón sabía perfectamente lo que hacía.

Levanté mi pinta para ocultar la maldita sonrisa que se me escapaba y le seguí el juego con voz neutra.

—Y esos garabatos... ¿se los enseñarías a alguien? —pregunté, refiriéndome a esos sueños que no podía alcanzar.

—¿Para qué? Solo tengo un día.

No sé por qué, pero esas palabras me apretaron el corazón. Un día. Como si no mereciera más. Como si su existencia solo pudiera

medirse en pequeños destellos robados.

—¿Desearías más?

—Nadie puede darme más, Daniel. Ni siquiera tú.

Se quedó mirándome. Y juro que por un instante el mundo se detuvo. No había mesas alrededor. No había camareros. No existía la Familia Real. Solo estábamos él y yo. Dos idiotas demasiado aturdidos como para admitir que empezábamos a albergar sentimientos incontrolables.

Apreté la mandíbula para no decir una estupidez como «pruébame» o «déjame intentarlo» o cualquier otra locura que no encajara en nuestro desastre particular.

—Quiero postre —murmuró.

—¿Chocolate? —Era su favorito.

—Sí, chocolate.

39



DANIEL

Pasamos todo el día deambulando por Henley, hablando de trivialidades. Pero, a medida que las horas pasaban, fui notando algo que me removió por dentro más que cualquier beso. Y es que, todo lo que James tenía de seductor, mordaz e insoportable, también lo tenía de brillante e inteligente.

Su forma de analizar el mundo, de leer entre líneas, de ver cosas donde nadie más veía era asombrosa. Un provocador por instinto, pero con una mente extraordinariamente aguda. Lamenté que su mundo le obligara a desperdiciarlo.

El atardecer nos sorprendió en un banco junto al agua, sin decir mucho. Solo observábamos los destellos dorados reflejándose sobre el Támesis como si todo estuviera bien y nada más importara. Pero se hacía tarde y debíamos volver, aunque ninguno de los dos quisiera.

Al llegar a Spencer Manor, ya había caído la noche. El cielo era una marea azul oscuro salpicado de estrellas cuando aparqué frente a la entrada lateral, la que conectaba con la galería que daba acceso al interior.

James se bajó en silencio con los hombros relajados y la mirada serena, pero su forma de caminar tenía esa mezcla de arrogancia y letargo que solo él sabía conjugar.

Caminamos uno al lado del otro sin mediar palabra. No cruzamos ni una mirada. Pero el aire entre nosotros ardía. Lo sentí en el modo en que sus dedos rozaron los míos durante un segundo eterno. En la forma en que su perfume se mezclaba con el aroma húmedo del jardín o cómo el sonido de sus pasos me provocaba punzadas de ansiedad.

Me detuve frente a la puerta de mis aposentos. James hizo lo mismo frente a la suya. Y entonces nos miramos. Sus ojos parecían diamantes incandescentes. Me irritaba muchísimo lo consciente que era de su extraordinaria belleza.

—¿Repetirías? —preguntó de pronto en un susurro—. Lo de anoche. ¿Repetirías?

No supe qué me molestó más si su forma de decirlo o la absoluta certeza que sentí.

«Lo repetiría mil veces», pensé contra todo pronóstico. Pero tragué saliva y me forcé a mantener la compostura.

—Es mejor que no compliquemos más las cosas, príncipe —dije sin emoción, aunque cada célula de mi cuerpo gritaba por hacer justo lo contrario.

James agachó un poco la cabeza.

—Entiendo —sonrió tímido—. Buenas noches, Cross.

—Buenas noches, James.

Sin más, abrió su puerta y desapareció dentro. Yo me quedé quieto. El corazón se me estrellaba como loco contra las costillas.

Me encerré en la habitación sin encender la luz. No lo necesitaba. Podía moverme a ciegas por ese espacio como si fuera un campo de batalla que conocía de memoria. Cada rincón, cada sombra, todo estaba siendo testigo de mi progresiva caída hacia el infierno que era James Bellingham.

Me desnudé y entré en el baño sin mirarme en el espejo. No quería ver lo que estaba reflejando. Ni la tensión de mi mandíbula, ni la línea endurecida de mi espalda, ni esa maldita semierección que no me había abandonado en todo el día, incluso después de correrme como un loco junto a él.

El agua caliente cayó sobre mí como una lluvia de lava. Cerré los ojos, apoyé las manos contra la pared y dejé que el vapor me

envolviera. Pero no funcionó. Su imagen no me dejaba. Otra vez.

Mi erección creció, y me froté el rostro, maldiciéndome. Habría creído que una ducha me calmaría y, sin embargo, salí con la polla tan dura que sentía sus latidos en la garganta.

Me puse unos pantalones de chándal sin ropa interior, dejando que el tejido suave se deslizara contra mi piel húmeda, apenas una capa delgada que no ocultaba nada. Me sequé el pelo sin ganas y salí al dormitorio con el corazón latiéndome en las sienes.

Mi error estuvo en clavar la vista en la puerta que conectaba con sus aposentos.

Esa maldita puerta.

«Buenas noches, James», me recordé diciendo.

Joder, qué mentira tan grande. No iba a dormir en paz con él en mi cabeza.

La lógica me suplicaba que me detuviera. Pero no me acordaba de cómo obedecer. Y terminé cruzándola.

La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por la luz tenue de la lamparilla. El murmullo lejano del viento se colaba por el ventanal, agitando las cortinas. Y allí, apoyado en el marco de la puerta de la terraza, como una visión salida de una fantasía, estaba James.

Sostenía una copa en la mano. Estaba descalzo y vestía unos pantalones flojos de algodón que apenas escondían la arrogancia de su cuerpo. La piel de su torso desnudo destacaba todos sus músculos y alguna que otra marca de un deseo salvaje que yo conocía demasiado bien. No era solo bello. Era devastador y me importaba una mierda si exageraba, así me sentía.

James no se giró inmediatamente. No lo necesitaba. Sabía que yo estaba allí. Lo sentía, y se estaba preparando para encararme.

Cuando al fin volvió la cabeza, su mirada azul me atravesó. No hubo palabras ni sonrisas irónicas. Solo hambre. Pura y brutal, sin máscaras ni excusas.

Sentí que el pulso se me disparaba cuando lo vi dejar la copa sobre el tocador con un movimiento lento, sin apartar los ojos de mí. Y, en ese instante, supe que estábamos perdidos. Que yo lo estaba más que él.

No sé quién dio el primer paso. Solo sé que el aire crujió entre nosotros cuando nos lanzamos el uno al otro.

Nuestros cuerpos chocaron con fuerza, invadidos por una necesidad cruda y desesperada. Lo agarré por la cintura con ambas manos, sintiendo el calor de su piel contra mis palmas, y lo apreté contra mí hasta que nuestras erecciones se rozaron a través de la ropa ligera.

Jadeó en mi boca mientras yo lo devoraba. Había estado todo el día deseando besarlo y ahora no lo soltaría hasta que me saciara. Me sentía hambriento de él. Lo que no imaginé fue que James respondiera con la misma necesidad.

Mis manos recorrieron su espalda y se deslizaron hacia sus caderas. Él se aferró a mi nuca, tirándome de mí como si temiera que pudiera alejarme. Pero no lo haría porque estaba demasiado obsesionado con sus besos.

James gruñó en mi boca cuando estrujé sus nalgas. Enseguida las subí para enterrarlas en su espeso cabello oscuro y lo obligué a inclinar la cabeza hacia atrás. En ese momento, ese hombre era mío. Solo mío.

—Has dicho que no querías complicar las cosas —gimió.

Tiré un poco más de su cabello. Joder, quería devorarlo al completo. Quería ponerlo de rodillas y enterrar mi polla en su preciosa boca.

—Cállate —rezongué—. ¿Cómo esperas que duerma tranquilo si me miras de esa forma?

—¿Y cómo te miro, señor MI5?

—Como si me estuvieras suplicando que te follara.

—Es exactamente lo que quiero.

—Maldito seas —suspiré antes de volver a besarlo.

No pude soportarlo más y lo levanté en brazos. Sus piernas rodearon mi cintura mientras su boca se hundía más en la mía. Lo lancé a la cama. James cayó de espaldas con un jadeo, el pelo revuelto, el pecho subiendo y bajando con violencia, y me mostró esa sonrisa provocadora.

Salté sobre él y regresé a sus labios. Joder, me encantaba besarlo, era insoportablemente adictivo. James aprovechó para

bajarme los pantalones, arañándome las nalgas mientras yo le arrancaba los suyos con una brusquedad que lo hizo gemir. Nos movíamos como bestias. Éramos necesidad, sudor y gemidos entrecortados.

Ni siquiera esperó. Apenas me arrancó la prenda, me empujó y se colocó a horcajadas sobre mí. El contacto de su piel desnuda contra la mía me produjo un estremecimiento brutal.

Dejó que su mirada se deslizara por mi cuerpo como una maldita serpiente hambrienta. Hasta que su boca descendió y comenzó a navegar por mi piel. Entonces, su cálido aliento se estrelló contra mi dura erección. Y me miró.

—Vas a ver a un príncipe comerte entero… —dijo con esa voz rasgada mientras sus dedos rodeaban la base de mi miembro.

Gruñí al ver como su lengua asomaba y me lamía al completo de un modo tortuosamente lento y obsceno. Desplomé la cabeza en la almohada y solté un gemido ronco.

Pero volví a mirar para corroborar que aquello no era una fantasía. James no tenía ni una pizca de reserva. Me sostuvo la mirada mientras se metía la punta en los labios, succionándola como si quisiera extraerme el alma entera. Mi espalda se arqueó por instinto y mi mano viajó hasta su cabeza para enterrar los dedos en su cabello.

Maldito desgraciado, sabía exactamente cómo matarme. Me tragó entero, tal y como me había prometido, dejándome ver cómo su garganta trabajaba para engullir todo lo que podía.

Cada vez que bajaba y sentía mi erección enterrarse más en su boca, gemía contra ella, como si el propio acto de chuparme fuera suficiente para excitarlo. El sonido vibraba en mi glande, sacudiendo hasta el último rincón del cuerpo.

—Joder, James... —mascullé entre dientes.

Entonces, separó la boca un instante, sus labios brillando húmedos, su lengua jugando con el preseminal que me goteaba.

—Quiero que te corras en mi boca... —suplicó lleno de lujuria.

Ese maldito sonido fue mi sentencia. Estaba tan cerca que me dolía. Sentía la presión construyéndose en la base de mi columna, la

electricidad recorriéndome los muslos, la necesidad de empujarme hasta el fondo de su garganta.

«Pero no quieres eso, Daniel», me dije.

Lo detuve empujándolo hacia mi pecho.

—No —jadeé en su boca mientras acomodaba sus muslos en torno a mis caderas—. Prefiero sentir cómo te deshaces sobre mí.

Él gimió, desesperado, y sus ojos brillaron porque sabía qué venía a continuación.

Lo giré sin contemplaciones. James soltó una risa ahogada y excitada al verse tumbado de espaldas en la cama. Lo arrastré de las caderas y abrí sus piernas para mí como una ofrenda prohibida. Entonces, guie mi erección hacia su entrada y me hundí en él. Quizá debería haberme tomado la molestia de prepararlo, pero James ya se había asegurado de eso. Tal vez se tocó a sí mismo mientras me lamía, porque su cuerpo me aceptó con una suavidad pasmosa.

Esperé a que se adaptara a mí, y me incliné hacia su oído mientras clavaba mis manos en sus caderas.

—¿Cómo quieres que te olvide después de haberte probado, ah? —le confesé ajeno a que él temblaría.

Ladeó la cabeza para mirarme y sus labios rozaron los míos al tiempo que su entrada se apretaba a mi alrededor como un guante de fuego.

—¿Esperas que continúe como si nada después de esa confesión? —suspiró asfixiado. Notaba su pulso disparado.

—Espero que finjas que eres mío, aunque solo sea por un instante.

«Sí, eres mío», gruñí en mi mente como si fuera un animal salvaje.

—Qué necio eres si crees que lo estoy fingiendo.

No supe cómo interpretarlo, pero dejé que mi corazón respondiera. Y empecé a moverme. Primero lento, como si quisiera memorizar cada latido, cada vibración que provocaba en su interior. Pero no duró. No podía durar. Mi piel y mi mente me gritaban que lo poseyera.

Así que le di la vuelta, me colé entre sus piernas y me clavé de nuevo en él. Cada estocada era una maldita explosión de placer, una

embestida sucia, húmeda y desesperada. El colchón crujía bajo nosotros y James se deshacía debajo de mí. Gemía, me mordía los labios y me pedía que no me detuviera.

Me incliné sobre él, mi frente pegada a la suya, nuestras respiraciones chocando.

—Mírame mientras te follo, príncipe —jadeé contra su boca.

Lo hizo. Me sostuvo la mirada mientras lo embestía, mientras su cuerpo se estremecía con cada golpe que lo llenaba de mí. Lo agarré por la cintura, lo incorporé para sentarlo a horcajadas sobre mí y lo penetré con más fuerza, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba y cómo su entrada se contraía, reclamándome, atrapándome, condenándome.

—Daniel... —jadeó contra mi cuello. Su voz rota fue el sonido más hermoso y sucio que había escuchado jamás.

Su nombre escapó de mis labios con un gemido tembloroso justo en el instante en que sentí cómo su cuerpo se estremecía violentamente alrededor de mí.

No me dio tiempo a pensar. El orgasmo me golpeó como una maldita avalancha. Solté un gruñido brutal, hundiéndome hasta el fondo, empapándolo por dentro con todo lo que sentía por él desde la primera vez que lo vi.

James gimió cuando su propio orgasmo estalló entre nosotros, manchándonos el vientre y las malditas sábanas. Se agarró a mí como si fuera su única ancla en el mundo, enterrando los dedos en mi espalda con una desesperación que me atravesó hasta los huesos.

El mundo desapareció. El tiempo se detuvo. No existía nada más que nuestros cuerpos temblando, aferrados el uno al otro. Me desplomé sobre él, incapaz de sostenerme un segundo más. James no se quejó. Me recibió con un abrazo intenso y hundió la cara en mi cuello, respirando agitado.

Yo no podía moverme. No quería.

Deslicé una mano por su nuca sudada y enrosqué la otra alrededor de su cintura, atrayéndolo más, como si temiera que se desvaneciera si me alejaba un centímetro.

Y nos quedamos así. Derrumbados y exhaustos. Perdidos el uno en el otro. Con el mundo desmoronándose a nuestro alrededor.

Quizá mañana perderíamos la cabeza.

Quizá no.

40



JAMES

Daniel Cross había conseguido que me durmiera con la cabeza sobre su pecho y que, por un instante, me hiciera creer que ese era el mejor lugar del mundo. Pero ahora estaba solo en la cama y me tocó tragarme el pequeño nudo de decepción que se me instaló en la garganta.

Sonreí. No sé qué demonios esperaba encontrar. Ese vacío era exactamente lo que pedía después de follar. Era como parte del acuerdo tácito que había entre los dos. Nada de arrumacos.

Me levanté con calma. Me dolía cada músculo del cuerpo, pero me pareció una sensación de lo más placentera. Esas agujetas eran un recordatorio irrefutable de que había tenido a Daniel entre mis piernas, hundiéndose en mí como si yo fuera su único universo.

«No te quejarás del magnífico compañero de sexo que te has agenciado», me dije. Supongo que tenía razón. Cross era un amante ejemplar. Apasionado e intenso. Tanto que a veces no sabía si de verdad me estaba follando o me hacía el amor como un loco.

Me puse en marcha y me dirigí al baño. Me esperaba un estupendo fin de semana. Silverstone era un gran acontecimiento y me moría de ganas por ver a Gianni coronándose como el mejor piloto del Gran Premio de Gran Bretaña.

El agua de la ducha cayó sobre mí. Cerré los ojos bajo el chorro caliente y dejé que las imágenes de la noche anterior me invadieran. Dormirme sobre Daniel no había sido un acto físico, sino uno de rendición emocional del que me arrepentía. Pero no podía mentirme a mí mismo, me gustó el modo en que sus brazos me rodearon y me protegieron.

Me vestí sin prisa. Polo gris oscuro, chaqueta entallada, el reloj que detestaba pero que hacía juego con el cinismo. Al mirarme en el espejo, analicé con detalle si algo de mí había cambiado.

«Nada en absoluto». No se notaba por ningún lado que estaba nervioso por cruzarme con Daniel.

Seguía siendo James Arthur Bellingham-Spencer, el príncipe de Reino Unido, experto en disimular muy bien y en disfrazarse de insolencia.

Me encaminé abajo en silencio, casi disfrutando de ese vacío que había dejado atrás. El desayuno me esperaba, pero mi estómago no tenía prisa. Supongo que estaba bastante saciado. Atravesé el vestíbulo, saludé a Lucy y me encaminé hacia el comedor. Pero escuché su voz que provenía del despacho.

Me acerqué despacio.

Daniel estaba inclinado sobre la mesa, hablando por teléfono a la par que observaba con rigor unos papeles que había extendido. La luz matinal le perfilaba el rostro con una suavidad casi cinematográfica, destacando la línea firme de su mandíbula y la curva serena de sus cejas.

Llevaba una sudadera remangada hasta los antebrazos, revelando la tensión elegante de sus músculos mientras pasaba un dedo por el borde de uno de los planos. Sus labios se movían con precisión, pronunciando palabras que no me molesté en atender, pero que iban cargadas de autoridad.

Lo admitía, había algo en su presencia que desarmaba. Y, por un instante, me molestó dejar de verlo como el guardaespaldas. Ahora era más el arquitecto de todas mis nuevas inseguridades. Como qué sería de mi vida cuando él ya no estuviera. Porque se iría, eso estaba claro. Nada bueno duraba lo bastante en mi mundo.

De pronto, levantó la vista y me miró como si hubiese sabido todo el tiempo que yo estaba allí, observándole. Sus ojos se clavaron en los míos con una firmeza que me desnudó. No dijo una palabra ni mostró señal alguna. Solo me miraba con esas pupilas de azul nítido e impasible.

Noté un leve destello, algo muy sutil e ínfimo que me dijo que recordaba a la perfección todo lo que había pasado entre nosotros. Entonces, colgó su llamada, se irguió con calma y me echó un vistazo de pies a cabeza.

—Has madrugado —dijo a modo de saludo.

Torcí el gesto. No era buen momento para sentirme pequeño e indefenso. Nada de lo que él hiciera tenía por qué afectarme. Daniel Cross me excitaba, solo eso. No albergaba ni un solo sentimiento por él.

«Claro que no, cariño», pensé con un tono bastante irónico.

—No más que tú, al parecer.

—Tenía trabajo que hacer.

Daniel desvió la mirada hacia el mapa. Era el circuito de Silverstone. Todo el diseño de un operativo completo de seguridad diseñado para que el mundo no me devorara en plena carrera.

—¿Todo eso es por mí? —Me acerqué despacio.

—Bueno, alguien quiere hacerte daño y no sabemos cuándo podría actuar —respondió tajante. Una verdad que no admitía matices.

Le mantuve la mirada incluso cuando me supe demasiado cerca de él.

—Y tú no se lo vas a permitir.

Ni se inmutó. Pero yo temblé cuando sus ojos se desviaron a mis labios.

—Ya te lo he dicho, es mi trabajo —sentenció.

Disimulé bien, pero su reacción me irritó. Porque lo dijo con la misma entonación que podría haber usado para hablar de una agenda o una patrulla de vigilancia.

—No me cabe la menor duda. —Forcé una sonrisa falsa—. Pero olvidas algo: si alguien tiene el objetivo de matarme, lo haría. Contigo o sin ti en la escena.

La frase se quedó en el aire como una amenaza flotante. Daniel entrecerró los ojos.

—¿No lo temes?

Me encogí de hombros.

—Me importa una mierda, la verdad. —Terrible, pero cierto.

Lo vi apretar la mandíbula y apoyó las manos en la mesa más que listo para continuar con su labor.

—Genial —murmuró con voz baja, tensa—. Ahora, si me permites, tengo trabajo.

Fruncí el ceño.

—¿He dicho algo que haya ofendido tu ego, Cross?

No sé por qué lo pregunté. Bueno, sí. Quería pinchar. Quería hacerlo reaccionar. Porque si reaccionaba… significaba que le importaba.

«¿Y qué más te da importarle, capullo?», pensé.

—Dices muchas gilipolleces al cabo del día, James —respondió sin mirarme—. Deja que elija si me apetece o no escucharlas.

—¿Qué gilipollez se supone que he dicho?

El golpe que dio sobre la mesa me produjo un estremecimiento. Fue seco y contundente. La habitación se encogió. O tal vez fui yo al ver cómo se le oscurecieron las pupilas conforme se acercaba a mí. Por primera vez, su envergadura me intimidó de un modo peligroso.

—Conozco formas de morir indoloras, James —dijo bajito y amenazador—. Si te interesan, puedo mostrártelas. Nadie tiene por qué saberlo. —Tuve un escalofrío cuando sus dedos repasaron mi mandíbula—. Sería algo entre tú y yo. —Se inclinó hacia mi boca—. A menos que quieras morir como un mártir. Lo cual explicaría por qué no te importa lo más mínimo la protección que se te ofrece.

Retrocedió, desafiándome en silencio, orgulloso de saber que me había noqueado por completo.

—Salimos en una hora. Espero que estés listo para entonces, Su Alteza.

Abandonó la sala, no sin antes darme un toque con su hombro al pasar por mi lado. Y yo me quedé allí, congelado, sin saber muy bien qué interpretación darle a sus palabras.

¿Era una molestia para él? ¿Le preocupaba mi vida de una forma genuina que iba más allá de su labor? ¿Quizá estaba perdiendo la cabeza por él y deseaba importarle?

Maldita sea.

41



JAMES

El coche se detuvo en una de las entradas principales del circuito cuidadosamente acordonada para la llegada de personalidades importantes.

A través del parabrisas ya se distinguía el movimiento de los asistentes, las cámaras apostadas y el ir y venir de organizadores con auriculares pegados al oído.

Richard iba a mi lado. A lo largo del trayecto, me había comentado cómo se desarrollaría el protocolo de seguridad y qué hacer en caso de situación de peligro. Pero sinceramente no le presté atención porque cierto agente del MI5 no había dejado de aniquilarme con la mirada.

Daniel fue el primero en bajarse del coche. Escaneó el entorno y, a su señal, los seis guardias de Spencer Manor que nos acompañaban en otros dos vehículos se distribuyeron por el perímetro en una coreografía precisa. No eran mera decoración, sino un muro de contención impresionante.

Respiré hondo. Sabía lo que venía. La gente que había allí esperaba ver a Su Alteza Real, el Príncipe James de Reino Unido, representante de la Corona en uno de los eventos deportivos más seguidos del país. Se me iba a cuestionar cada uno de mis

movimientos. Por más que estuviera allí porque quisiera ver a mi amigo, mi identidad nunca pasaría inadvertida.

Me expuse y el murmullo cambió. Aún no era una explosión mediática, eso vendría al cruzar las barreras, pero la atmósfera se tensó ligeramente, como si el aire reconociera mi apellido.

La entrada estaba flanqueada por dos altos representantes de la organización, uno británico y otro italiano, ambos con trajes de etiqueta y la sonrisa diplomática ya fijada. A su lado, un par de auxiliares.

—Su Alteza —saludó el anfitrión inglés, con una ligera inclinación de cabeza.

—Es un placer tenerle con nosotros, Altezza —añadió el italiano, con ese tono suave y serpenteante tan característico.

Respondí con la sonrisa exacta que se espera de un miembro de la familia real, amable pero distante.

—Gracias por recibirme. Estoy encantado de estar aquí.

No mentía del todo. Pero la realidad era que me hubiera gustado escabullirme en las gradas y ponerme a gritar como un loco con cada maniobra de mi amigo sin temer que una cámara me captara.

Me estrecharon la mano con gesto medido, uno a uno, incluidos los encargados de la seguridad y las acreditaciones, que se nos unieron un rato después. Yo respondí con la cortesía que me habían incrustado en los huesos desde que tenía uso de razón y me dejé absorber por ese desfile de nombres que olvidaría enseguida.

Y en medio de todo eso, Daniel.

Siempre un paso detrás como una sombra diseñada para no verse. No hablaba ni interfería, pero ahí estaba, con los ojos siempre en movimiento, su cuerpo alineado al mío y su mano sobre mi espalda como un ancla.

Por un instante, sentí que me sostenía. Parecía que ese contacto bastaba para estabilizarme y recordarme que, bajo todos mis títulos, las formalidades y las apariencias, yo seguía siendo alguien de carne y hueso, aunque a la gente le importara una mierda.

Apenas cruzamos el último filtro de seguridad, el infierno se desató. *Flashes*, micrófonos, reporteros pegando codazos entre sí, gritando mi nombre como si fuera una estrella del pop.

Avancé con la expresión perfectamente calculada. A fin de cuentas, estaba acostumbrado a ser observado como si mi mera existencia justificara titulares. Y saludé con la mano y una sonrisa gloriosa.

Fue entonces cuando una voz femenina atravesó la multitud.

—¡Su Alteza! ¿Qué opina del hecho de apoyar públicamente a un piloto monegasco como Gianni Moretti mientras hay cuatro británicos en la parrilla buscando su lugar?

Me giré hacia ella. Traje entallado, gafas de sol absurdamente grandes y una sonrisa fingida cargada de veneno.

«Ah, sí. Eres una de esas buscadoras de mierda».

Me acerqué lo suficiente como para que su micrófono captara mi respuesta con nitidez.

—Bueno, creo que la lealtad en este mundo es tan escasa como abundante es el descaro. —Le clavé una mirada que asomó por encima de mis gafas. Ella se congeló, intimidada y seducida—. Pero he de reconocer que mi amistad con Gianni no perjudica en absoluto mi compromiso con los locales.

El murmullo posterior fue exquisito. Risas contenidas y alguna mueca de incomodidad. Pero lo mejor fue que aquella estúpida parpadeó como si le hubieran arrojado purpurina en los ojos y bajó el micro con una mueca tensa.

Yo seguí caminando sin perder el ritmo, saludando consciente de la atracción que despertaba mi alrededor. Y justo cuando supe que estaba lo bastante lejos de un micro, mascullé para mí:

—Víbora…

Daniel lo escuchó. Lo supe porque, aunque no dijo nada, sentí su mirada sobre mi nuca.

—¿Qué miras? —le pregunté en cuanto accedimos al circuito.

Daniel ni siquiera pestañeó.

—Es desconcertante lo sorprendentemente bien que haces tu trabajo —me confesó, y yo arqueé una ceja.

Era lo más cercano a un halago que me diría jamás, pero preferí tirar de ironía.

—¿No esperabas que alguien como yo fuera profesional?

—En realidad, nunca lo he puesto en duda.

Nos movíamos a buen ritmo por aquel corredor acristalado, rodeados de gente que nos saludaba. Nuestro equipo de seguridad nos abría y cerraba el paso, y Richard hablaba por teléfono. Pero, en ese instante, para mí no existió nada más que él hecho de ir caminando al lado de ese hombre.

—Digamos que la gente no tiene la culpa de que una sola familia les gobierne. Si no han podido ni elegir, al menos les daré respeto.

Daniel ladeó la cabeza. Su expresión se tensó levemente, debatiéndose entre responder o callarse la ironía que estaba por brotarle de los labios.

—Qué amable de tu parte —dijo finalmente.

—Créeme, lo es —suspiré—. Soy el único de mi familia que no tiene un palo metido por el culo.

Silencio. Absoluto.

Pude ver cómo sus nudillos se tensaban al caminar y cómo su respiración se volvió un poco inestable. Me excitó muchísimo.

—No dices nada —lo desafié.

—¿Esperas una respuesta?

—Sí —admití sin disimulo—. Espero que por una vez me digas la verdad de lo que estás pensando. Para variar.

Daniel se detuvo y me clavó una mirada que me congeló. No me tocó, no hizo nada que cualquiera pudiera captar como sospechoso. Pero me invadió con una violencia tremenda.

—No es el mejor momento para arrastrarte a un baño y follarte contra la pared —resolló. Su voz sonó sucia y honesta.

Maldita sea, el corazón me dio un vuelco. Sentí el calor bajándome por la columna para instalarse en mi polla con un temblor seco. Era el aviso de una erección muy inoportuna, y no creí que mis pantalones de pinzas de color marfil disimularan esas ganas.

—¿Lo harías?

Miró al frente.

—Camina —me ordenó.

Mi piel se erizó. Secretamente, me encantaba cuando Daniel se ponía en modo comandante. Despertaba una necesidad en mi piel que hasta los más dementes habrían desaprobado.



El paddock de Ferrari no era un simple espacio de trabajo. Allá donde fueran lo convertían en un santuario de fuego, acero y leyenda. Cada paso dentro de él llevaba el peso de una historia escrita con sangre, gloria y neumáticos desgastados. No se respiraba aire, sino pura presión, como si cada molécula del ambiente supiera que allí no había margen para el error.

La escudería italiana no era un equipo cualquiera. Era un imperio forjado sobre la velocidad, la obsesión por el detalle y la exigencia por lo imposible.

Miré alrededor. Todo estaba diseñado para la guerra. Y sin embargo, había algo profundamente erótico en toda esa coreografía: el brillo metálico de los coches, el olor a combustible, los mecánicos moviéndose de un lado a otro, sabiendo perfectamente qué hacer. Era el lugar donde los hombres se convertían en leyenda. O se estrellaban intentándolo.

Y en el centro de todo ese maravilloso caos estaba Gianni.

El actual campeón del mundo se movía con un gesto tranquilo, casi indolente. Parecía flotar sobre tanta tensión. Pero yo lo conocía. Sabía que la presión le arañaba por dentro, aunque nunca lo mostrara. Ser Gianni Moretti no solo significaba ser el mejor, sino también no fallar jamás.

—¡Pero si es Su Alteza Real! —exclamó al verme y caminó hacia mí derrochando arrogancia.

A pocos hombres le quedaban tan bien el maldito mono rojo ajustado. De hecho, parecía que se lo había diseñado uno de sus

amantes italianos para destacar sus perfectos atributos. Sí, Gianni estaba para comérselo. Hasta un ciego lo habría notado.

—Pareces recién salido de una campaña publicitaria. ¿De qué coño vas, ah? ¿Buscas eclipsarme? —bromeé, y él abrió los brazos y se exhibió aún más, consciente de que todo el equipo que había en el *paddock* nos observaba divertido.

—Cariño, aquí yo soy el rey.

Nos dimos un abrazo efusivo, lleno de palmetazos, mientras nos reíamos a carcajadas.

—Cabronazo. No sabes el subidón que me ha dado verte. Están todos histéricos por la pole, y yo solo pensaba en si llegarías a tiempo o no.

Me alejé un poco para mirarlo, con las manos clavadas en su cuello.

—¿Cómo iba a perderme tu desfile?

Me regaló una sonrisa de esas que solo mostraba a su gente y volvió a abrazarme, esta vez más profundo.

—Pareces tranquilo para estar a punto de competir contra media parrilla británica dispuesta a matarte —ironicé justo antes de apartarnos, y aproveché para plancharle una pequeña arruga en el tórax del mono.

—Ambos sabemos que soy mejor que todos ellos, Jamie —respondió con la certeza de quien confía en sí mismo.

Cross se había quedado un paso atrás, en su rol de sombra en alerta. Pero Gianni lo detectó al instante y, sin pensárselo, se lanzó a darle un abrazo como si fueran colegas de toda la vida. Lo aturdidor fue que Daniel respondió, aunque algo tenso.

—¿Cómo lo llevas, Cross? —preguntó Gianni, señalándome—. ¿Sigue siendo el mismo cretino insolente de siempre?

—Procura no decepcionar —dijo Daniel, y mi amigo se carcajeó.

—Qué capullo —resoplé, fulminándolo con la mirada.

Daniel me ignoró con ese gesto leve y eficiente que usaba para evitar cualquier cosa que implicara emociones humanas. Pero, aun así, vi ese leve movimiento en la comisura de su boca.

Le caía bien Gianni, lo notaba. O al menos, le inspiraba esa mezcla entre respeto y ligera fascinación que le producía la gente

brillante que no tenía miedo a abrir la boca. Lo mismo le pasaba con Kenny. No me sorprendía, claro. Mis amigos eran un vendaval de puro carisma y, aquel que se molestara en prestarles atención, más allá de quiénes eran, descubrían a unos tipos increíbles dispuestos a cualquier cosa por los suyos.

—¡Ya está aquí el alma de la fiesta! —Aquella exclamación rebotó en todas las superficies posibles como si fuera la señal de una alerta roja.

Gianni y yo nos giramos a darle la bienvenida a Kenny Langford, que apareció tan espectacular como siempre, con aquella americana *beige*, camiseta blanca y pantalones de pinzas marrón oscuro.

—¡Sofía! —bromeamos Gianni y yo a la vez, fingiendo que solo habíamos visto a su novia.

—¡Qué hijos de puta! —protestó nuestro amigo, risueño—. ¿Me recorro medio país para venir a verte y así es como me lo pagas!

—Silverstone está a dos horas en coche desde Londres, imbécil.

—Pero me las he hecho. Por ti.

Se dieron un abrazo. Y Kenny me arrastró hacia él para estrujarme como si hiciera años que no nos encontrábamos. Así que me vi atrapado en medio de un caos de empujones y arrumacos que tenían de cariñoso lo mismo que de bruto. Sí, éramos tres idiotas riendo, dándonos palmetazos y diciéndonos burradas que nadie más entendía.

Daniel nos observaba con ese gesto de resignación serena. Pero no estaba solo. La gran Sofía Drakova se había situado a su lado de brazos cruzados.

Vestida de negro de pies a cabeza, gafas que le ocultaban medio rostro, la melena perfectamente peinada como si no existiera el viento y unos labios rojos de infarto. Era como una pantera en medio de una fiesta de cervatillos. Y sí, los cervatillos éramos nosotros, porque no existía hombre en este mundo que sometiera a esa diosa checa de piel nívea y mirada felina.

Digamos que, de haber nacido hetero, Sofía jamás se habría convertido en la pareja de Kenny, porque yo me habría interpuesto en el camino. Esa mujer era la perfección femenina, la inspiración de cualquier artista.

—¿Vais a dejar de hacer el ridículo y a meterme mano a mí también? —protestó antes de señalar al completo su espectacular figura embutida en aquellos pantalones apretados y aquella camiseta con escote—. A este cuerpo no lo veis con tanta frecuencia, niños.

—Ven aquí —sonreí.

Sofía Drakova vino a mi encuentro moviéndose como si fuera su pasarela privada. La gente la observó con deseo pero también con respeto y un poco de miedo. Cuando llegó a mí, se desarmó. Sofía era la única mujer dentro de nuestro grupo, pero no era «la amiga femenina», sino una más. Nuestra pantera.

—Hueles demasiado bien. Eso es peligroso —me dijo al oído mientras sus largas uñas rojas dibujaban la piel de mi nuca.

La miré con el ceño fruncido. Sofía y yo compartíamos esa devoción por la moda y los objetos de lujo. Entendíamos lo suficiente como para valorar hasta los remates de unos zapatos de coleccionismo. Así que, si ella hacía referencia a mi perfume, más que peligroso, era un problema.

—¿No te gusta?

Me sonrió como una gata.

—No te he pedido que pares.

Nos quedamos así un rato más, abrazados. Sin prisas. A nadie le sorprendía. Sofía y yo éramos de esos que se abrazaban como si nos hubiéramos salvado la vida.

Entonces, Gianni se acercó, con su media sonrisa pícara, a la espera de su turno.

—Has encogido —dijo Sofía, girándose hacia él.

—Qué cariñosa has sido siempre, Sofi —replicó Gianni, aceptando el abrazo con una carcajada baja.

—Y alta.

Nos echamos a reír mientras Kenny saludaba a Daniel. Los miré de reojo. Cross parecía muy cómodo con mi amigo. Es más, parecía otra persona, alguien mucho más… cordial y desenfadado.

Sofía siguió mi mirada, la clavó en Daniel y le metió un repaso tan intenso que tuvo hasta que bajarse un poco las gafas. Lo analizó con una falta de pudor que me hizo contener la respiración.

—¿Y este ejemplar? —preguntó sin parpadear, mirando fijamente a su nueva presa.

Esa mujer era, en definitiva, una diosa que los mortales nunca podríamos controlar.

—Daniel Cross —dijo él con firmeza.

El muy cabronazo no se sintió ni una pizca intimidado. O supo disimularlo muy bien.

—Sofía Drakova.

Se estrecharon la mano. No hubo flirteo ni tensión. Solo una conexión limpia y directa, como dos piezas que encajan por pura funcionalidad estética. Pero, por un instante, pensé en la pareja tan espectacular que hacían.

De acuerdo estaba que Kenny era un ejemplar hermoso, pero Daniel tenía ese «algo» varonil que llenaba cualquier espacio sin necesidad de moverse.

La realidad fue que me irritó. No por celos, eso jamás. Sino porque la química y la física entre los dos me recordó que lo mío con Daniel solo era transitorio. Y no tenía nada que ver con lo imposible, que también. No olvidaba que ese dichoso hombre era heterosexual y, por mucho que se hubiera vuelto loco y me hubiera follado, no significaba nada más.

Al final del día, seguía siendo heterosexual.

—Es mi guardaespaldas —aclaré, casi con tono automático. Pero no pude evitar que mi voz sonara un poco... posesiva.

—Del MI5 —añadió Gianni.

Sofía observaba todo con esa mirada suya de femme fatale con rayos X y entonces, soltó con un murmullo cargado de intención:

—Vaya, qué interesante se han puesto las cosas en los últimos meses. Voy a tener que ponerme en peligro yo también.

—Cariño… —intervino Kenny, aleteando las pestañas, su clásico gesto para evidenciar confusión—. Eso de la relación abierta… ¿en qué momento acordamos que fuera taaan abierta?

Sofía le dedicó una mirada ardiente. Se acercó, pellizcó su barbilla con dos dedos y le estampó un morreo que podría haber detenido el tiempo. Fue un beso de los suyos, salvaje y totalmente innecesario en público.

Todos alrededor desviamos la mirada, aunque el espectáculo era difícil de ignorar. Vi de reojo cómo Daniel alzaba levemente las cejas, visiblemente sorprendido por la escena. Y mientras observaba cómo se reían entre besos y empujones, no pude evitar pensar que, quizá, el amor más puro no era el que seguía las reglas. Sino el que se escribía a su manera, con tinta propia y muchas tachaduras.

Lo que Kenny y Sofía compartían era hermoso, pese a las múltiples aventuras de las que disfrutaban cuando estaban separados por sus trabajos. El convencionalismo no podía funcionar cuando uno tenía a su pareja a quince mil kilómetros. Pero, todo aquel que los conocía, sabía que esa tendencia se acabaría en cuanto Sofía se estableciera definitivamente en Londres.

—Te acostumbrarás. Son muy efusivos —le dije a Daniel mientras Gianni seguía observando, risueño.

Desvió la mirada hacia mí un segundo, como si evaluara si estaba bromeando o intentando justificar el caos emocional que acababa de presenciar.

—Ya veo —murmuró.

Entonces, Gianni se giró, le echó un vistazo a su móvil del bolsillo y resopló.

—Bueno, tengo que irme. ¿Estaréis en el palco u os quedáis por aquí?

Antes de que yo pudiera contestar, Daniel intervino con su tono sereno y completamente funcional.

—El palco tiene mejor cobertura.

—Previsor. Como a mí me gusta —dijo Gianni dándole un golpecito en el pecho.

Me reí en silencio. Dios, eran tan distintos. Mi amigo se acercó y me abrazó otra vez, aunque fue más rápido e íntimo.

—Suerte —le susurré al oído.

—Quiero detalles —me dijo él.

Me separé con una sonrisa tensa, sin atreverme a mirarlo a los ojos. Porque sabía perfectamente a qué se refería. No necesitaba preguntarlo. Gianni sospechaba. Y yo odiaba que tuviera ese instinto tan jodidamente certero.

42



JAMES

—¿Y bien, cuándo vas a crear un vestido digno de la mejor modelo del mundo? —La pregunta salió disparada de los labios de Sofía como un dardo.

Tuve que suspender el trago de mi copa de champán para mirarla de arriba abajo, y pensé que cualquier cosa que esa mujer se pusiera valdría para seguir admirándola.

—¿Estás de coña?

Sofía alzó una ceja. Sabía muy bien cómo acorralarme.

—¿Te lo parece?

El tono no tenía ni un gramo de ironía. Estaba hablando completamente en serio. La conocía lo suficiente como para saber que en su mente ya había diseñado la campaña, los estilismos, las localizaciones y probablemente quién iba a dirigir el documental de Netflix sobre mi vida como diseñador de moda de alta costura.

Suspiré y me giré hacia ella con exagerada solemnidad, porque a guapo y majestuoso no me ganaba ni ella.

—Sofía, deja el champán, querida. —Le regalé una sonrisa falsa.

—Supongo que ser un cretino viene de herencia, ¿verdad?

La carcajada de Kenny explotó como un petardo en pleno palco VIP. Yo no fui mucho más discreto. Me llevé una mano al pecho, fingiendo estar herido de muerte, mientras la miraba con adoración.

—Qué cabrona —dije entre risas—. Te recuerdo que un príncipe no puede emprender sus propios negocios. Es anticonstitucional o algo así.

—Pues déjalo —respondió ella toda sabia y salvaje—. Tienes talento, podrías follarte a tu guardaespaldas cada noche y ganarías millones a espuertas.

Casi escupo el champán. Literalmente. De hecho, me atraganté con elegancia —lo cual no es fácil— y empecé a mirar a mi alrededor en busca de algún curioso espontáneo. Porque Sofía no había susurrado, no. Lo había soltado con la misma naturalidad con la que comentaba el clima. Solo había un problema: nadie fuera de nuestro círculo íntimo sabía que yo era gay. Ni la prensa. Ni el personal del palacio. Ni el jodido paddock de Ferrari.

Mis ojos volaron hacia Daniel.

Estaba de pie a escasos metros, atento al movimiento, con el auricular bien puesto y esa postura suya de soldado. Tan impasible y centrado como siempre. Pero a mí no me mentía. Sabía perfectamente que lo había oído. Y lo que más me jodía era no saber qué coño había pensado al respecto.

—¿Cómo sabes que me estoy tirando a mi guardaespaldas? —Mi voz sonó tan estrangulada que hasta a mí me asombró.

Kenny se quedó congelado, copa en mano, como si de pronto no supiera si estaba en Silverstone o en un capítulo muy raro de su vida. Sus ojos me taladraron con intensidad.

—¿Te lo estás tirando? —soltó.

Genial. Podíamos pregonarlo por megafonía. Total, mi reputación ya se había visto contra las cuerdas en decenas de ocasiones. ¿Qué importaba otra más?

Nos miramos todos. Kenny con los ojos como platos. Yo con la cara de haber pisado una mina. Y Sofía, mientras tanto, sonreía como una emperatriz del caos. Parecía que había estado esperando aquella conversación desde el momento en que descubrió al puñetero Daniel Cross.

—No… Bueno, sí. —Miré a Sofía con los ojos entrecerrados—. Ah, bruja…

—Te pone ojitos —dijo ella como si estuviera hablando del perrito de una *influencer* y no del agente más frío del MI5.

—¿Qué coño…? ¿Te estás tirando a Cross? —insistió Kenny, que estaba en completo shock.

—Solo ha pasado una vez —me defendí al borde de tirarme por el palco.

Sofía se metió un canapé en la boca y murmuró con toda la mala leche:

—Una, dice…

—Bueno, quizá un par más —admití, intentando mantener algo de dignidad mientras la sangre me ardía en las mejillas—. Pero no hay nada entre él y yo.

—Solo una tensión sexual que se corta con cuchillo, cariño.

Kenny se giró hacia Daniel y lo analizó. A continuación, me miró a mí, y de nuevo volvió a mirar a Daniel.

—¿Era necesario que vinieras? —le solté a Sofía entre dientes.

—Estoy de finde romántico con mi *zlato* —replicó con una dulzura impostada mientras acariciaba la barbilla de Kenny como si fuera un cachorrito.

Zlato significaba «tesoro» en checo, pero lo dijo con una ironía tan preciosa que por un segundo me olvidé de lo bruta y bruja que era. Y Kenny… Bueno, mi amigo no sabía si estaba viviendo su relación o siendo rehén de ella. Lo cual, al final, terminó por arrancarme una carcajada nerviosa porque, en el fondo, todo era muy gracioso.

—¿Te estás tirando a Cross?

No lo soltó como una pregunta, sino como un diagnóstico. Como si aún no pudiera conectar esa idea con la imagen mental que tenía del imperturbable agente que, en ese preciso instante, seguía revisando el perímetro con la seriedad de un francotirador.

—En serio, Kenny… Para de una vez —resoplé.

—Decías que era hetero hasta la médula. Más hetero que yo, incluso.

—Pues no lo parecía anoche mientras me empotraba contra el cabecero de mi cama —solté con una sonrisa torcida, dejando caer la bomba con toda la intencionalidad.

—Joder… Con lo serio y calladito que parece —musitó Kenny, sacudiendo la cabeza—. Parecía más del tipo que se masturba en posición militar.

—Yo le intuyo una buena polla —añadió Sofía.

—¡Cariño! —Kenny giró la cabeza, asombrado y con una mezcla exacta de horror y fascinación.

—¿De verdad crees que no me fijo en esas cosas? —replicó ella, llevándose una aceituna a la boca. Y su novio no pudo evitar reírse.

—A saber qué mierda han visto esos ojos…

—Ninguna es como la tuya.

—Eso espero. Me está dando un bajón que te cagas.

Y entonces se besaron. Bueno, más bien se morrearon sin pudor porque ellos no sabían hacer las cosas a medias. Por suerte, se me acercó un camarero y me ofreció una copa de champán al ver que la mía estaba vacía desde hacía rato.

La cogí y me la llevé a los labios. Pero los ojos de aquel tipo me tensaron. Lo miré. Él me ofreció una sonrisa mientras me observaba de ese modo tan directo. Había algo en su aspecto que me despertó rechazo. No tuvo nada que ver con la cicatriz que asomaba en su cuello, medio oculta por la camisa.

Mientras tanto, el champán se deslizó por mi tráquea. El camarero seguía mirándome y, cuando me vio tragar asintió, con la cabeza y se largó. Definitivamente, fue uno de los momentos más extraños que había vivido. Y eso que mis amigos seguían morreándose a mi lado.

De pronto, algo se estiró dentro de mí y fruncí el ceño. Fue un tirón seco, apenas perceptible, pero lo bastante extraño como para encender una alarma interna que llevaba años silenciada.

Tragué saliva, intentando ignorarlo, y me moví incómodo, pero el escozor se intensificó mientras una fina capa de sudor me perlaba la frente.

La garganta empezó a cerrárseme con lentitud, como si una mano invisible la estuviera apretando desde dentro. El aire entraba, pero no salía igual, y una presión se instaló en mi pecho. La piel comenzó a arderme, especialmente en el cuello y la espalda, y supe,

sin necesidad de espejos, que estaba empalideciendo por momentos. Me picaban las palmas, los labios, incluso los párpados.

Era difícil concentrarse cuando los sonidos se volvían más lejanos, distorsionados, como si me hubiera sumergido bajo el agua. El corazón me retumbaba en los oídos, demasiado rápido. Sentí que me estaba apagando y fui dolorosamente consciente de ello.

Reconocía esos síntomas. Solo había una cosa que me los provocaba y eran los putos antibióticos betalactámicos. Pero allí nadie lo sabía. Esa información solo la tenía palacio y mi personal sanitario. No tenía sentido estar cayendo por algo así justo en ese momento.

«La copa… Han debido de ponerle algo…», pensé.

Alcé los ojos y me topé con los del camarero. Estaba a unos metros de mí, justo en el umbral de la salida del palco. Me observaba inmóvil, ya sin bandeja y ni siquiera parecía parte del personal.

Cuando me sonrió con ese descaro supe que él tenía algo que ver.

Me giré con lentitud y disimulo y mis ojos dieron con los de Daniel, que ya me estaba mirando de antes con el ceño fruncido. No sé cómo supo que algo iba mal. Sin embargo, Daniel Cross no necesitaba lógica. Solo un objetivo, y le bastó un instante para ver lo que yo quería que viera.

Mi mirada se desvió hacia el camarero, que se alejaba con paso orgulloso. Entonces, Daniel volvió a mirarme a mí. Por un instante, se debatió entre si venir en mi busca o interceptar a ese hijo de puta. Pero mis ojos le pidieron lo segundo. Y él obedeció.

Desapareció como un depredador que acababa de detectar a su presa. Y yo me quedé allí, con el veneno bailando por mis venas, las pulsaciones reventándome los oídos y el cuerpo que empezaba a ceder.

Noté cómo la vista se me nublaba por los bordes y cómo mi pulso se disparaba. La copa tembló en mi mano. Se me iba a caer y el cristal se haría añicos en mis pies y eso llamaría la atención de todo el mundo.

Pero no pasó. Porque Kenny me la arrebató y me sostuvo con una rapidez sorprendente.

—¡Ey! ¿Estás bien? —preguntó aturdido.

Clavé mis ojos en los suyos a tiempo de ver cómo se le dilataban. Fue suficiente para que en su mente se activara ese recuerdo que compartíamos. Bajo esa capa de puro terror que invadió sus pupilas. Volvía a tener doce años y estaba en la habitación de Eton viendo cómo yo me ahogaba en mitad de la noche tras haber tomado un antibiótico.

—Mierda —masculló entre dientes.

Justo entonces, apareció Richard, que se colocó detrás de mí. El calor y el peso de su cuerpo me estremecieron. Fue la mejor barrera para ocultarme del resto de invitados, que seguían con sus conversaciones, ajenos a todo.

Le siguió uno de los agentes de Spencer Manor que nos acompañaban. Reaccionaron sin mediar palabra ni armar revuelo. Solo acción y protocolo.

Todo estaba ocurriendo en silencio, pero la escena ya no era inofensiva, no para mí. Ya no era Silverstone, sino una cuenta atrás para caer en una inconsciencia de la que seguramente no volvería a despertar.

Entre Kenny, Richard y el agente me sacaron del palco. El cuerpo me pesaba toneladas, pero, aun así, me aferré al poco control que me quedaba. Me guiaron hacia un pasillo lateral del palco, una de esas salidas de emergencia ocultas tras unos paneles decorativos que parecían parte del diseño. El bullicio del circuito rugía como si nada hubiera cambiado.

—¿Qué le pasa? —preguntó Sofía con un deje de preocupación en la voz.

Pude ver su mueca de espanto por entre la niebla que inundaba mis ojos.

—Necesita epinefrina. Maldita sea —gruñó Richard, mirando de un lado a otro.

Se estaba preguntando qué tan rápido podía conseguir un médico sin que yo pereciera en el proceso.

—Sofía —dijo Kenny, sin titubeos, solo con la urgencia del que sabía exactamente a quién llamar en un incendio.

Ella no preguntó ni dudó. Ya estaba rebuscando en su bolso negro. Y sentí el suspiro de alivio de mi querido secretario hasta en las entrañas.

—Hay que tumbarlo —indicó Richard, sentándome en unas butacas.

—No… no —gruñí, apenas audible, luchando contra la debilidad que me arrastraba. No quería caer. Joder, yo era más fuerte que todo aquello.

«Pero no eres invencible, James», me dije.

—Cállate —murmuró Kenny con firmeza. Su mano sujetó mi nuca mientras Richard me tumbaba en las butacas—. Sofía.

—Aparta —ordenó ella. Y todos lo hicieron.

Se agachó a mi lado, de rodillas en el suelo. Su melena negra caía como un velo, enmarcando su preciosa cara. Mientras tanto, Kenny me levantó la camisa y me desabrochó el cinturón con una rapidez pasmosa.

Fue entonces cuando su novia me clavó el EpiPen en el muslo. La aguja atravesó mi piel violentamente. Pero no grité, solo apreté los dientes. El dolor fue seco, una chispa brutal que me recorrió de arriba abajo.

El efecto empezó a abrirse paso, lentamente. Todavía me ardía el pecho y los espasmos me recorrían, pero algo dentro de mí seguía empeñado en resistir porque no quería desmayarme.

No podía. Tenía coraje. Tenía orgullo. Tenía fuego. Y, por encima de todo, necesitaba ver a Daniel.

Necesitaba…

Mi mente se agarró a él como si fuera una cuerda en mitad del abismo. ¿Había atrapado a ese bastardo? ¿Por qué no venía? ¿Cómo demonios habían conseguido información sobre mi alergia?

«¿Dónde estás, Daniel?».

Entonces lo vi.

Apareció por el pasillo. La camiseta pegada al pecho, el rostro tenso, su respiración desbocada. Pero su imponente figura solo tenía por objetivo llegar hasta mí.

—Daniel… —jadeé con la voz rota, casi sin aliento.

Se lanzó a cogerme entre sus brazos.

—Ven aquí —resolló.

—Ni se te ocurra cogerme como si estuviera en apuros… —gruñí sin apenas fuerzas, aferrándome a mi último gramo de dignidad.

Pero no podía sostenerme. Las piernas me temblaban. La cabeza me flotaba. El mundo giraba demasiado rápido.

—Ah, cállate —murmuró exasperado.

Tiró de mí, y mencionó algo sobre una evacuación. Pero no llegué a entenderlo. Porque el mundo se apagó. Y todo lo que me llevé conmigo fue el calor de su cuerpo contra el mío.

43



DANIEL

Capté al instante el objetivo que me dio James. Pero, por extraño que pareciera, me costó reaccionar.

Mi primer instinto no fue perseguir a ese camarero, sino correr hacia el príncipe para llevármelo muy lejos de allí. Detalle que me convertía en una persona que lentamente perdía la objetividad de sus obligaciones. Y lo sabía, que las emociones se me estaban escapando de las manos, que toda esa fortaleza que había forjado durante años se estaba viendo comprometida por el deseo y esa extraña emoción que apenas podía controlar.

Si no hubiera estado tan pendiente de cada uno de los movimientos de James como un necio enamorado, tal vez habría visto que ese camarero no encajaba en el mapa de aquella situación.

La culpa me golpeó como un puñetazo seco. Había fallado. Pero no podía volver a fallar. Así que le di la espalda al príncipe, apreté los dientes y abandoné el palco.

—Sujeto sospechoso en movimiento. Sector VIP. Bloquead salidas de emergencia —dijo por el pinganillo.

No esperé respuesta. Sabía que mi equipo entendería la orden, estaban instruidos para ese tipo de cosas.

Me mezclé con la gente, evitando llamar la atención, pero sin perder de vista a mi presa. Hombre, metro ochenta y cinco

aproximadamente, de unos cuarenta años. Manos callosas, nada propias de un miembro cualificado del personal. Una forma de caminar carente de modales.

Seguí avanzando. Medí cada uno de mis pasos, controlando el pulso que se me había disparado por culpa de una rabia demasiado irresponsable. Ya no pensaba en James, ni siquiera en el veneno que corría por sus venas.

Mi único objetivo era ese tío y tenía que cazarlo.

El tipo miró hacia atrás y me vio, entendió que lo seguía. De pronto, aceleró.

Parecía desesperado y eso lo haría aún más fácil de capturar. Echó a correr.

Yo aceleré como un animal. El cabrón era veloz, demasiado quizá, pero no tanto como yo.

—Salidas cerradas. Equipo rojo en posición. Estamos cubriendo perímetro —me dijeron a través del auricular.

Bien. Ahora que no tenía escapatoria, cogerlo era cuestión de segundos. El tipo giró hacia un pasillo secundario. Lo bueno fue que se trataba de una zona apartada, sin apenas visibilidad. Con un poco de suerte, sin testigos que vieran lo que me apetecía hacerle.

Estaba tan cerca. Si estiraba un brazo casi podía tocarlo. Así que era el mejor momento para lanzarme a él.

Eso hice.

Salté como una bestia. Me colgué de su cintura y lo estampé contra el suelo con un golpe seco que le arrancó un gruñido salvaje. El tipo intentó revolverse, pero le di un rodillazo en las costillas. Se oyó un crujido. Sabía que no le había roto ningún hueso, pero le costaría respirar durante un rato.

Aun así, rodó e intentó incorporarse. Le metí un codazo en la nuca, lo giré con violencia. Y entonces, le clavé la rodilla en el cuello. Ya no podría levantarse. Estaba atrapado y, si apretaba un poco más, lo asfixiaría. Joder, me tentó hacerlo.

Los pasos de los agentes sonaron detrás. Vi cómo se acercaban aprisa.

—¡Lo tiene! —gritó uno.

Pero yo ya no necesitaba refuerzos. Porque ese cabrón ya estaba donde yo quería: bajo mi control y al borde del pánico.

Entendí que era un buen momento para ser ese salvaje que tanto le había costado domar a Amelia. Después de todo, tenía razones para serlo. Así que saqué mi navaja y, sin dudar, se la clavé en el muslo. Justo en la parte alta, donde la piel es fina, la carne tiembla y la muerte acecha.

El grito que soltó me atravesó el pecho como una descarga. Era el sonido exacto que debía emitir. El volumen correcto. El pánico justo. Me importó una mierda que mi audiencia contuviera el aliento. Allí todos debíamos estar acostumbrados a la sangre.

Me incliné sobre él.

—Si me obligas a mover la hoja un centímetro más —gruñí bajito, pegado a su oído—, te abriré la femoral y eso significa que te desangrarás como un perro en menos de tres minutos.

Lo comenté con la misma calma con la que podría haber leído una receta de cocina. Y presioné un poquito, apenas unos milímetros. Lo suficiente para que sintiera cómo la hoja rozaba la línea exacta entre la tortura y la muerte.

Lo sentí temblar debajo de mí. Pero, finalmente, cedió.

—Fue una… mujer —balbuceó—. Pelo oscuro…, ojos fríos.

—¿Cómo se puso en contacto contigo? —indagué.

—Me llegó un soplo. Un contacto me dijo que había una niña rica que necesitaba un favor… Quedé con ella en… el parque… de Hackney Downs hace unos días. No me dijo su nombre.

Su voz se quebraba con cada palabra, pero no moví la rodilla de su cuello y mucho menos saqué la hoja del cuchillo.

—Me… me entregó un vial. Un líquido. Y me dio instrucciones…

—¿Qué instrucciones? —le gruñí.

—Que me infiltrara en Silverstone… como camarero. Que le sirviera una copa al príncipe. Solo eso.

No mentía. Lo supe por el temblor de su barbilla y por la forma en que su vejiga estaba a punto de ceder.

—¿Ha sido ella quién te ha facilitado el acceso? —insistí.

—Sí. Me dio una acreditación y me dijo que había resuelto todo para que… pudiera entrar… Dijo tener muchos… contactos. No sé

más, lo juro.

«Es una mujer», pensé. «Todos esos ataques son orquestados por una mujer». Y debía de ser poderosa si tenía la capacidad para sobornar.

Entonces, como un relámpago, la duda me golpeó. ¿Y si esa mujer formaba parte de la familia de James? Ello explicaría sus recursos y sus contactos y daba sentido a la precisión de los ataques porque conocía detalles demasiado concretos de James. Si esa hipótesis resultaba ser cierta, probablemente la había tenido delante desde hacía semanas.

—Sujeto asegurado. Prioridad uno para su trasladarlo a las instalaciones del MI5. Custodia completa. Quiero trazabilidad total desde aquí hasta la celda —expliqué al tiempo que dos de mis hombres se inclinaban sobre él.

—Entendido, jefe.

Saqué la navaja y me la guardé.

—Bridas —exigí, y de inmediato me las entregaron para que pudiera hacerle un torniquete en la pierna.

En cuanto terminé, no me quedé a ver nada. Simplemente, me alejé de allí a paso ligero porque en lo único en lo que podía pensar era en James y en que su mayor amenaza venía de su entorno.

Un pensamiento arriesgado, pero mi intuición pocas veces fallaba.

44



JAMES

Desperté con la sensación de haber flotado demasiado tiempo.

La habitación estaba sumida en una penumbra delicada, iluminada solo por una pequeña lamparilla que había en un tocador. Solo se oía el zumbido lejano de un monitor y el leve golpeteo de unos pasos amortiguados y lejanos mientras Londres dormía y la noche lo cubría todo.

Parpadeé un par de veces, dejando que mis ojos se acostumbraran al espacio. Las sábanas blancas y suaves. La estancia, amplia y elegante. Ese olor a desinfectante caro. Todo estaba en su sitio, demasiado frío e inerte.

Excepto por él.

Daniel dormía en un sillón que había colocado junto a mi cama. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado y el cuerpo encajado en esa postura rígida que no engañaba a nadie.

Maldita sea, estaba agotado y, aun así, seguía conservando es atractivo tan imponente. Los rasgos más suaves ahora que estaba relajado, ausencia de tensión en la mandíbula, esa leve arruga entre las cejas que se le formaba incluso dormido. Había algo en él salvaje y sereno al mismo tiempo.

No pude evitar mirarlo. Quizá me hechizó la calma que desprendía o la forma en que su pecho subía y bajaba con lentitud, como si fuera el único lugar seguro en mitad de toda esa blancura.

Necesitaba tocarlo. Solo un instante. Así que levanté la mano con torpeza y dejé que mis dedos rozaran su mandíbula. Fue apenas una caricia frágil y tímida, cargada de un sentimiento demasiado profundo que no debía durar. Pero cuando quise apartar la mano, Daniel abrió los ojos.

Se me cortó el aliento y temblé cuando atrapó mi mano para prolongar el contacto entre los dos. Sentí que todo a nuestro alrededor se suspendía. Solo existía sus dedos enredados en los míos, todavía apoyados en su mandíbula. Y sus ojos clavados en los míos.

Carraspeé. No porque tuviera la garganta seca. Sino porque no sabía qué hacer con el silencio. Y temía que escuchara los atolondrados latidos de mi corazón, que rugía tan fuerte que me costaba pensar.

Quise incorporarme, aunque fuera solo para recuperar el control sobre mi cuerpo. Pero Daniel lo impidió.

—Tranquilo —murmuró con esa voz grave que se colaba por todos los poros de mi piel.

Entonces, se inclinó hacia el lateral de la cama y pulsó el botón para elevar el respaldo, que empezó moverse lentamente sin que yo tuviera que luchar.

Se me contrajo el vientre. Que Daniel supiera qué necesitaba me aterró más que cualquier otra cosa, porque evidenciaba lo pendiente que estaba de los detalles. En realidad, eso no era normal en una relación estrictamente laboral.

—¿Cuánto he dormido? —quise saber.

—Día y medio —dijo bajito.

—Mierda.

Me froté la frente intentando encajar en qué parte de mi vida había aterrizado. ¿Había venido alguien? ¿Se habría enterado la prensa? ¿Mis padres me odiarían un poco más por darles otro motivo para avergonzarse? Aunque, honestamente, lo último me daba igual.

—Se acaban de ir —desveló Daniel.

Sus ojos me sostenían con esa gravedad que no necesitaba adornos. Me había leído con una claridad extraordinaria. ¿Cómo podía conocerme tanto? No lo entendía. Pero ahí estaba, llenando los huecos que yo no me atrevía a desvelar.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Tus amigos.

No hizo falta que dijera más. Ambos sabíamos que yo no tenía una buena familia, pero mis compañeros eran la que había escogido.

—Kenny y Sofía no se han movido de aquí desde que llegamos. He tenido que amenazarlos para que se turnaran para dormir.

Se me escapó una sonrisa.

—Qué cariñoso eres —ironicé, dejando que mi voz se impregnara de esa sorna que era casi como un escudo entre nosotros.

—Gianni llegó después de la carrera.

Me dio la sensación de que buscaba que esa información no pesara tanto como lo hacía en realidad.

—¿La carrera?

Una chispa de diversión cruzó sus ojos. Fue tan rápida que si hubiera pestañeado, la habría perdido.

—Día y medio, ¿recuerdas?

Resoplé. Claro, todo había seguido girando mientras yo estaba atrapado en aquella cama por culpa de un cabrón.

—Dime que no le dijisteis nada antes de competir. —No quería cargar con la culpa de haberle jodido la carrera.

Daniel negó con la cabeza. Su mirada fija en mí, como asegurándose de que entendiera cada palabra.

—Se enteró después de ganar la pole. —Hubo una pausa breve, casi imperceptible—. Y tuvo una pelea monumental con su ingeniero jefe porque no quería competir.

—¿Qué...?

—Al final, Kenny intervino. Lo convenció. Gianni ganó. Pero en cuanto bajó del podio, vino directo hacia aquí. Ni siquiera se cambió.

Me quedé en silencio. Imaginármelo bajando del coche, cubierto de sudor con el mono rojo arrugado y cumpliendo con su protocolo

sin perder un segundo para después correr a mi lado… Se me encogió el corazón.

—Es demasiado obstinado —murmuré con una sonrisa. Y Daniel, en su silencio y quietud, pareció comprenderlo todo.

Ahora venía la peor parte, aquella que me importaba una mierda, pero debía saber si quería estar preparado para lo que sea que me esperaba fuera.

—¿Y mis padres?

—Solo Edward —contestó sin adornos.

—Edward… —suspiré.

Como siempre, la realeza tenía prioridades más importantes que un hijo medio muerto en un hospital. Pero mi hermano nunca fallaba. El mundo podría estar partiéndose en dos, que Edward siempre llegaría a mí, aunque yo no lo atesorase tanto como debiera o la corona se le estuviera hundiendo en el cráneo.

—Ha dicho que volverá mañana —añadió Daniel.

Asentí, sin ganas de seguir con esa conversación. Y a continuación se hizo un silencio breve, apenas interrumpido por el lejano zumbido de algún aparato médico.

—La prensa…

—Sí —me interrumpió Daniel, frustrado—. Pero Pembroke está capeando la situación.

Sonreí con amargura. Si alguien podía mantener en pie una mentira institucional es era Richard Pembroke. El mejor secretario de comunicaciones que podía tener un príncipe como yo.

—¿Lograste capturar a ese cabrón? —indagué, y Daniel soltó un leve resoplido.

—¿Por quién me tomas, príncipe?

El modo en que dijo «príncipe» me excitó. Pero también me hizo arquear una ceja. Lo miré con más atención. Noté la tensión en sus hombros. La forma en que sus dedos se apretaban contra los reposabrazos del sillón.

Torcí el gesto.

—Pareces… más serio de lo normal —comenté, tanteándolo con cautela.

Su mirada bajó un segundo. Me pareció que estaba considerando si era bueno desahogarse conmigo. Y cuando volvió a mirarme, supe que ya no había marcha atrás.

—Estoy enfadado —admitió.

La confesión cayó entre nosotros como una piedra en un estanque quieto.

—¿Qué he hecho esta vez? —Intenté que sonara a broma, aunque la voz me salió un poco más baja de lo que pretendía.

Él negó con la cabeza.

—Conmigo —sentenció.

—¿Contigo?

Por primera vez, sentí que el abismo entre nosotros no era tan grande como creíamos. Esa potencia casi despiadada de Daniel quedó suspendida momentáneamente por esos dejes de frustración e inseguridad. Ese hombre era un hombre al fin y al cabo, por más que yo me empeñara en endiosarlo.

—Se supone que estoy aquí para protegerte —masculló—. Y para encontrar al hijo de puta que está atentando contra tu vida. Y no he hecho ni lo uno ni lo otro.

Su expresión era la de alguien que había fallado en algo más importante que su propio deber. Me asombró que fuera tan sincero y que se mostrara tan auténtico. No éramos amigos y, sin embargo, lo parecíamos.

—Según se mire —repliqué—. Sigo respirando. Y ese cabronazo duerme entre rejas. ¿No te parece suficiente?

Fue la única forma que se me ocurrió de animarlo. Pero a Daniel no le bastó.

—No.

—¿Cuál habría sido el resultado ideal, Cross?

—Que no hubieras terminado en una habitación de hospital.

Me cortó el aliento y un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Al cobijo de su mirada, me costó contener las ganas que sentí de lanzarme a besarlo.

—Sabes que me encanta tener mis buenas dosis de protagonismo —intenté bromear, pero a Daniel no le gustó.

Me fulminó con la mirada, pero no con rabia, sino con algo más profundo. Algo que me encogió el estómago.

—No juegues con eso —gruñó.

Me mordí el labio para no replicar. Sentí que, si hablaba, diría algo que no debía. Así que, en su lugar, bajé la mirada y murmuré:

—Daniel… Estoy bien.

Nos miramos fijamente, perdiendo la noción del tiempo.

—Será mejor que descanses.

Fruncí el ceño, sabiendo que tenía razón, pero me molestó que quisiera interrumpir el momento más cercano que habíamos compartido hasta ahora. No tenía nada que ver con lo físico, era algo más íntimo y privado.

—Tengo hambre —protesté, volviendo a mi tono habitual para aligerar el ambiente.

Daniel soltó un bufido suave.

—Malcriado —bromeó.

45



DANIEL

James se ajustaba la corbata frente al espejo con esa elegancia instintiva. La luz de la mañana se filtraba a través de las enormes ventanas, envolviéndolo en un resplandor que lo hacía ver absolutamente majestuoso en su atuendo.

Desde mi posición, apoyado en la pared de brazos cruzados, no podía apartar los ojos de él. No era profesional observar al príncipe con ese deseo que me carcomía por dentro. Y aun así, no podía dejar de mirarlo pensando que, tarde o temprano, me lo arrebatarían.

«Como si alguna vez hubiera sido tuyo…», pensé irritado conmigo mismo.

Richard Pembroke repasaba el discurso moviéndose de un lado a otro.

—Breve, James. Sé cortés pero amable. No muestres emociones. Solo gratitud y dignidad.

El secretario parecía estar preparando a un general para una batalla mediática. En cierto modo, era exactamente eso. A la prensa se le había informado de que James había recibido el alta y abandonaría las inmediaciones antes de las seis de la tarde. Así que allí estaban, como hienas esperando en la entrada de aquel centro médico.

Tal era la atención que había despertado James, que había tenido que apostillar a cuatro guardias en la puerta para evitar posibles complicaciones. Sobre todo, cuando lo visitaron sus amigos, que llegaron tras el informe del equipo médico. Kenny, Gianni y Sofía habían pasado la mañana allí, tratando de imponer normalidad. Lo cual no era muy complejo teniendo en cuenta en lo que se convertían esos cuatro cuando estaban juntos. Puro caos de carcajadas, groserías y anécdotas.

James asentía a todo lo que Richard le decía mientras terminaba de ajustarse la chaqueta. Pero su mandíbula estaba más tensa de lo habitual y sus hombros, más rígidos. Me inquietaba haber aprendido a detectar cada mínima variación de su cuerpo. Evidenciaba que lo observaba más de lo debido.

Respiró hondo, se cuadró de hombros y se giró hacia nosotros.

—¿Cómo estoy?

—Perfecto —dijo Richard.

Yo preferí reservarme mi opinión.

—Perfecto para el matadero, querrás decir. —Ahí estaba la insolencia propia del príncipe, pero esta vez tenía un matiz un tanto inestable.

—No seas dramático.

—Dramático sería salir ahí fuera y fingir que no me importa una mierda lo que digan. —Se ajustó el cuello con un tirón brusco—. Pero tranquilo, Richard. Sé muy bien cómo representar mi papel. Hasta podría llorar si me lo propusiera.

—Prefiero que no lo hagas.

—¿Por qué? —Alzó las cejas, curioso—. ¿Arruinaría tu impecable discurso?

—Arruinaría algo más importante.

—Mi imagen. Claro que sí. —Sonrió sin humor—. Y dime, ¿ha dado el consentimiento Su Majestad?

Richard, impertérrito, se permitió un destello de ironía tan sutil que solo un observador muy entrenado habría detectado.

—Más importante aún, lo ha dado la reina consorte.

La carcajada seca de James me recordó a un cuchillo cortando el aire.

—Qué forma tan elegante de decir que a mi padre le importo una mierda.

No había rabia en sus palabras, solo esa resignación ácida que dolía más que cualquier furia. Pero, quien conocía bien a James, sabía que el amor de su padre no le importaba especialmente. Esa frustración tenía más que ver con el hecho de que el rey no fuera sincero con él.

—Eso no nos atañe ahora —replicó Richard.

—En fin… —suspiró James, pasándose una mano por el cabello —, ¿qué opinión tiene esa cacatúa estirada?

Richard ni parpadeó. El comentario sobre la reina consorte le resbaló como agua sobre mármol.

—La mujer que te ha parido piensa que estas palabras son las más adecuadas —dijo entregándole el documento en el que se habían impreso lo que debía decirle a la prensa.

James lo analizó con cierta altivez y un poco de aburrimiento.

—¿Un golpe de calor? ¿En octubre? —Levantó una ceja—. Un poco pretencioso, ¿no?

—Bueno —intervino Richard, sin alterarse—, los informes médicos publicados lo dan por plausible debido a una fiebre previa y las altas temperaturas que se dieron en el circuito. Además, debemos preservar tu alergia.

—Eso no ha funcionado demasiado bien si un tipo cualquiera ha estado a punto de matarme. —Dejó el documento sobre la mesa—. ¿Tenemos alguna novedad?

Era mi turno para intervenir.

—Estás al tanto de todo —comenté.

James giró la cabeza hacia mí. Su mirada rabiosamente azul se clavó en la mía. Y detecté algo. No era desconfianza, sino necesidad de certezas. Quizá también ganas de tenerme a solas ahora que era capaz de caminar por sí mismo.

—No —dijo suave pero implacable—. De todo no. Porque no me habéis contado si barajáis la posibilidad de que los implicados tengan relación con… la «familia».

El silencio tensó el ambiente.

—No lo descartamos.

—No me tomes por necio, Cross.

Pretendió sonar ligero e incluso me sonrió. Pero algo se escondía bajo su voz y solo alguien como yo podía detectarlo. Quizá porque sabía perfectamente qué se sentía al estar dentro de él o hundirme en su boca.

Me obligué a mantener la compostura y a soportar el peso de su mirada recorriéndome como una caricia prohibida.

—No lo hago —respondí con calma—. Pero durante una investigación es mejor mantener la prudencia. No es bueno conjeturar sin pruebas.

Torció el gesto, evaluándome como si quisiera desarmarme allí mismo.

—Sería demasiado despiadado que mi propia familia intentara matarme, ¿verdad?

Richard, impecable como siempre, intervino con un suspiro contenido.

—James, por el amor de Dios.

Pero el príncipe ya no escuchaba. Solo tenía ojos para mí. Una mirada cargada de ironía y una lujuria que él también luchaba por contener.

Carraspeé y me moví inquieto consciente de que Richard nos observaba con demasiada atención. Ese hombre no era estúpido.

—¿Se sabe algo de mi prometida? —preguntó James, volviendo la cabeza con un giro elegante.

—Está en París —dijo su secretario—. Llegará esta noche. Ya hemos reservado un hueco para ella en la agenda.

—Excelente —murmuró asqueado—. ¿Empezamos con la función?

Se alisó el traje con un gesto automático y yo me dispuse a abrir la puerta. Como si fuera una coreografía ensañada, salimos al pasillo. Dos de nuestros guardias encabezaban la marcha, avanzando con pasos firmes y medidos. Richard caminaba detrás de ellos controlando cada detalle de aquel desplazamiento, como un maestro de ceremonias en un funeral de Estado. Los otros dos guardias cerraban la formación, atentos a cada recoveco mientras yo caminaba junto a James.

La distancia entre nosotros era mínima, apenas unos centímetros que se habían llenado de un aire cargado de tensión. Sentía su calor irradiando a través de la tela de su chaqueta. El ritmo contenido de su respiración. El leve crujido de su puño al cerrarse. Cada pequeño movimiento suyo era una descarga eléctrica que parecía destinada a volverme loco.

James avanzaba con la cabeza alta, la espalda recta y los hombros firmes. Caminaba desprendiendo el carisma de un rey. No uno de esos fabricados por la tradición o la política. Sino uno de verdad, nacido para aplastar con su sola presencia.

Había arrogancia en su postura. Pero también una belleza devastadora. Y, joder, noté que algo crecía dentro de mí, un sentimiento genuino. Era como un incendio lento y peligroso que a duras penas podía contener tras la máscara de disciplina.

Alcanzamos el ascensor. La formación se ajustó manteniendo las posiciones. Aunque el reducido espacio me acercó un poco más a James. Ahora lo tenía tan cerca que su brazo rozaba el mío. Ambos fuimos plenamente conscientes, pero él aguantaba el tipo mirando al frente.

Por un instante, imaginé lo fácil que sería alargar la mano y enredar mis dedos a los suyos.

«No lo hagas», me dije. Pero fue inútil.

Toda mi atención se reducía a él. A su calor junto a mí. A su temblor apenas perceptible. A la certeza devastadora de que, por mucho protocolo y realeza que nos separara, no creía que hubiera fuerza en este mundo capaz de alejarme de ese hombre.

Ese era el problema, que mi sistema ya había asumido que James era fundamental para mí. Irremplazable. No sabía en qué nos convertía eso o qué significaba, pero tampoco me importó.

El ascensor descendía lento, como si estuviera poniendo a prueba mi control. El ambiente se iba cargando, y entonces mi mano se movió. Froté mis nudillos contra los suyos. No debería haberlo hecho, pero sucedió. Y James tembló. Fue imperceptible para los demás, pero no para mí. Se lamió los labios, nervioso, y me miró de reojo. Ese silencio que compartimos evidenció que, de haber estado

solos, ninguno de los dos habría puesto objeción a devorarnos como fieras.

Las puertas del ascensor se abrieron de golpe tras el tintineo y nos devolvió de golpe a la realidad. Lo primero que vi fue el mar de micrófonos y rostros ansiosos que aguardaban hambrientos de respuestas. Pero primero tocaba mostrar agradecimientos al director del hospital, que esperaba en el vestíbulo junto a una pequeña comitiva del personal médico que había atendido al príncipe.

James avanzó hacia ellos, conmigo en su retaguardia atento a cada movimiento. Lo vi erguirse como solo él sabía hacerlo, forzó una magnífica sonrisa y estrechó las manos de cada una de aquellas personas.

Fue un príncipe en toda su expresión, tan convincente que hasta habría engañado a los propios dioses. Pero no a mí. Ni a Richard. Porque, aunque su sonrisa brillaba en su precioso rostro, sus ojos buscaban una salida. Querían huir. Y cuando se deslizaron un instante hacia ese océano de gritos y codicia, supe que había llegado a su límite.

Richard y yo nos miramos. Habíamos hablado esa misma mañana sobre la posibilidad de ahorrarle al príncipe una exposición innecesaria. Nos importaba más su integridad emocional que el protocolo.

El equipo también había sido puesto al tanto, yo mismo les había advertido. Así que esperé la señal de Pembroke para actuar. No lo haría si no estaba plenamente conforme. Bastó con que asintiera con la cabeza.

De inmediato, me acerqué a James. Mi mano se cerró en torno a su brazo, firme pero cuidadosa, y lo invité a apartarse de la trayectoria que lo habría llevado directo a la boca de los lobos.

No se resistió, pero me miró desconcertado, pese a que su cuerpo se reclinó contra el mío, aliviado. Los guardias reaccionaron de inmediato, sincronizados como si hubieran ensayado aquel desvío decenas de veces. Y mientras nos alejábamos del estruendo y del desconcierto educado de la comitiva del hospital, supe que en ese momento no protegía a un príncipe de Reino Unido.

Sino al hombre del que me estaba enamorando.

46



JAMES

No pregunté adónde íbamos. Simplemente, me dediqué a mirar por la ventanilla las luces de la ciudad mientras Daniel me alejaba de la realidad.

Él conducía sin un rumbo aparente. O quizá lo tenía. Quizá había decidido que lo mejor era que me olvidara de quién era para convertirme solo en James, aunque fuera por un pequeño instante.

Respiré hondo. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí extrañamente en paz. No importaba si acabábamos en el fin del mundo o en el fondo del Támesis. Para qué iba a mentirme, mientras estuviera con Daniel, todo me daba igual.

Ignoraba cuánto tiempo había pasado desde que dejamos las inmediaciones del hospital cuando Daniel aparcó junto al río y apagó el motor. No se apresuró a salir, sino que giró la cabeza para mirarme y se inclinó para abrir la guantera. Cogió una gorra negra y una sudadera.

—Póntelas —me ordenó, y yo obedecí.

Me quité la chaqueta y empecé por colocarme aquella sudadera negra que olía exquisitamente a él. Incluso dejé que me ayudara a ajustarme la gorra. Cada uno de sus movimientos parecía decirme que yo le pertenecía, aunque esa no fuera la verdad.

Bajamos del coche. El aire frío de la noche me golpeó en la cara. Daniel se acercó a mí con disimulo y apoyó su mano en la parte baja de mi espalda mientras caminábamos por el borde del paseo.

Nadie sospechaba, éramos solo dos sombras más bajo las luces de las farolas. Pero tenía toda la concentración en su contacto firme. Maldita sea, me encantaba que se preocupara por mí. Me gustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. Y, al mismo tiempo, no podía dejar de sentirme inquieto. Porque sabía, sin necesidad de análisis ni autoengaños, que aquella era su labor. Protegerme de cualquier peligro. Poco importaba que yo estuviera volviéndome a adicto a su presencia.

Empezaba a preguntarme qué demonios se proponía Daniel justo cuando nos desviamos hacia el London Eye. Aquella enorme noria, tan majestuosa como callada, recortándose bajo el cielo nocturno como una corona de acero dormida.

Su inmensa silueta, que parecía latir junto al río, me recordaba la cantidad de veces que la había mirado desde mi habitación en Eton o cuando pasaba por allí en un coche oficial.

Miré a Daniel, desconcertado. Pero él estaba más pendiente del hombre que nos esperaba bajo uno de los arcos de acceso. Fruncí el ceño. A esas horas, el mirador estaba ya cerrado. Sin embargo, Daniel avanzó con confianza, y yo lo seguí, más por instinto que por otra cosa. No pude evitar preguntarme cómo demonios ese hombre recordaba la tontería que solté en Henley.

Me tendió la mano en cuanto terminó de hablar.

—¿Qué estamos haciendo, Cross? —pregunté por lo bajo.

—Querías experimentar algo real, ¿no? —murmuró, y la forma en que lo dijo, tan simple, tan brutalmente certera, me atravesó como una lanza.

El encargado nos dejó pasar. Supongo que no le importó que llevara gorra a esas horas de la noche ni que Daniel me hubiera dado la mano con una intimidad sobrecogedora. Al parecer, mi guardaespaldas tenía demasiados contactos.

El London Eye nos recibió como un santuario suspendido en el tiempo. La cápsula de cristal se cerró tras nosotros con un leve

chasquido y la estructura tembló un poco cuando comenzó a elevarse. Me sujeté instintivamente a la barandilla por esa absurda sensación de que, si no me anclaba a algo tangible, podría salir flotando. Ascendimos despacio, como navegantes perdidos sobre una ciudad salpicada de luces y cicatrices.

Y allí, mientras Londres se extendía en su versión más desnuda y hermosa, mientras la brisa nocturna rozaba los cristales como un susurro, comprendí que sería muy difícil huir de Daniel Cross y de todo lo que me hacía sentir. Ya no tenía fuerzas para protegerme a mí mismo de esa emoción. Solo quería estar allí junto a ese hombre.

Pero eso no se lo diría a él.

Lo miré travieso.

—Estás buscando una mamada, ¿verdad? —bromeé haciendo referencia a esa conversación que tuvimos en Henley.

Daniel se encogió de hombros. Buscaba hacerse el desinteresado, pero algo me decía que era demasiado consciente de los dos a solas dentro de aquel cubículo.

—Lo cierto es que prefiero que me la des a mí a que termines siendo toqueteado por un gilipollas.

Se me escapó una carcajada. Maldita sea, parecía un dios vikingo apoyado en la barandilla de brazos cruzados, mirándome como si en cualquier momento fuera a saltar sobre mí.

—Vaya, eres celoso.

—Probablemente lo hemos descubierto al mismo tiempo.

Me acerqué a él, haciéndome el arrogante.

—No soy de tu propiedad, Cross. Pertenezco a la nación.

—Aquí solo eres James. Y yo solo soy Daniel.

Su forma de mirarme podía equipararse perfectamente a una intensa tormenta, y a punto estuvo de dejarme sin aliento.

—Si vamos a fingir que somos dos tipos normales, podrías besarme ahora mismo —lo desafié.

Entonces, Daniel me cogió del cuello y tiró de mí. El beso fue una explosión salvaje y urgente. No hubo ternura al principio, solo la colisión ardiente de labios y dientes.

Gemí contra su boca cuando sus manos se clavaron en mis caderas y me giró para atraparme entre su cuerpo y la barandilla del

cubículo. Sentí su pecho firme pegándose a mi torso, su dura pelvis encajándose contra la mía y sus grandes manos anclándose en mis nalgas. Yo no me estuve quieto. Me aferré a él, colgándome de su cuello. Acaricié sus hombros y deslicé las manos por su pecho, notando la tensión brutal de sus músculos bajo la ropa. Maldita sea, lo toqué como un animal hambriento. Quería fundirme con él. Quería trepar por su cuerpo, perderme en él y no volver jamás.

—¿Dónde mierda has aprendido a besar de esa manera? —jadeé.

—Y yo qué sé… —sonrió él contra mi boca.

—Daniel…

Incliné la cabeza y dejé que sus besos descendieran por mi yugular, trazando un sendero por mi mandíbula.

—Me gusta cuando murmuras mi nombre —susurró contra mi cuello, provocándome un escalofrío de puro placer.

—Daniel... —repetí.

Sus manos rodearon mi cintura y me apretó contra su cuerpo mientras sentía su aliento caliente recorrer mi piel antes de regresar a mi boca. Esta vez nos besamos de un modo suave y durante tanto tiempo que, cuando me detuve a suspirar, noté un hormigueo en los labios.

Nos quedamos mirándonos fijamente, sin decir nada. Daniel me observaba como si estuviera a medio camino entre abrazarme y alejarme para salvarnos a los dos. Y yo lo miré como si ya no pudiera fingir más, como si todo el veneno, toda la soberbia y todo el cansancio del mundo se derritiera bajo el calor que solo él podía darme.

Había deseo, claro. Un deseo tan feroz que quemaba la piel. Pero también había algo que no se podía enterrar con un beso o un polvo brutal. Y ese algo buscaba quedarse entre los dos para siempre.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté al fin.

Daniel torció el gesto, sabía perfectamente a qué me refería. Y es que no le había pedido a nadie que me sacara del hospital porque entendía que debía enfrentarme a la prensa sobre lo que había pasado en Silverstone.

—Estabas a punto de ponerte a lloriquear —sonrió.

—Mentiroso —resoplé, dándole un empujón suave en el pecho.

Su sonrisa se apagó un poco y me sostuvo la mirada con gravedad.

—Había alternativas —añadió en voz baja—. No era necesario que te expusieras.

Cierto, las había. Pero la Casa Real no las quería. Y Daniel las había desafiado.

—Tarde o temprano, tendré que hacerlo. De hecho, mi prometida me está esperando para cenar.

Vi el leve endurecimiento de su mandíbula. Tan sutil que casi creí imaginarlo.

—Tu prometida… —repitió.

—Sí… Mi futura esposa —sentencié con una sonrisa amarga, antes de inclinarme para robarle otro beso necesitado—. Dime, ¿tienes algún plan después de esto? —pregunté en voz baja, mi aliento chocando contra su boca.

—¿Qué quieres? —Su voz fue un susurro rasgado.

—Puesto a jugar a este juego... —murmuré, arrastrando las palabras de un modo seductor—… podrías llevarme a un lugar techado y continuar fingiendo mientras me...

Hice una pausa. Me recreé en su mirada. Quise ver el momento exacto en que se quebraba por dentro.

—¿Qué? —jadeó, y yo le regalé una sonrisa lenta.

—Mientras me haces el amor.

Lo vi tragar saliva, como si la palabra le hubiera abierto una herida en mitad del pecho. Pero no reculó, sino que sus manos se hicieron más fuertes en torno a mí.

—Podría invitarte a una copa de vino antes —ironizó.

—O prepararme algo rico de comer —añadí, y él sonrió.

—¿Qué entiendes tú por «algo rico»?

—Hmmm… —Fingí pensarlo, haciéndome de rogar—. Unos espaguetis. Con salsa al pesto.

Daniel soltó una carcajada peligrosamente íntima. Me impactó porque aquella era la primera vez que lo veía reír de verdad.

—No sé cocinar.

—Pero yo sí —repliqué inflándome de falsa arrogancia.

Él me escaneó de arriba abajo, como si midiera todas las posibilidades que implicaba llevarme a su terreno.

—Se me ocurre el lugar perfecto.

Tragué saliva.

—Pues llévame allí, señor MI5.

47



JAMES

Jamás hubiera imaginado que Daniel Cross quisiera mostrarme el epicentro de su intimidad. Pero cuando vi cómo se adentraba en Clerkenwell, lo miré extrañado.

No sabía qué esperar, quizá un apartamento frío y clásico hasta el aburrimiento, el típico lugar que simplemente usaba para descansar, aséptico y sin vida. Pero, cuando cruzamos la puerta de su ático, me quedé clavado en el umbral, ojiplático.

Aquello era… precioso. Probablemente, ese calificativo se le quedaba corto.

El espacio era amplio, de techos altos y columnas de ladrillo que le daban ese aire crudo y honesto, sin artificios. Las estancias se conectaban por unos arcos interiores y unos paneles de cristal de colores. Todo abierto, compartiendo una conexión armónica.

Había decenas de plantas desperdigadas por todas partes, algunas trepando por las paredes y otras enredándose a los pilares. Colgaban en macetas del techo, decorando las esquinas como si aquel refugio urbano se hubiera rendido al capricho de una vida silvestre. El verde contrastaba con el acero, con la madera oscura de los muebles y con los ventanales que ofrecían un vistazo a la enorme terraza.

La decoración era todo sueño. Había libros desperdigados por el salón sin orden aparente, pero con esa pulcritud inconsciente que solo tiene el que cuida lo que ama. Y junto al acceso a la terraza había una escalera que llevaba a la parte superior, donde se encontraba la habitación principal. Estaba expuesta a la vista bajo un techo de cristal desde el que podía verse todo el cielo.

Tragué saliva y un escalofrío me atravesó entero cuando puse un pie dentro. Por una extraña razón, me sentí a salvo. Era absurdo y ridículo, pero la única verdad. Aquel espacio era Daniel. El mismo hombre del que me estaba enamorando sin remedio.

—¿Qué es este lugar? —pregunté porque en el fondo era idiota y no sabía muy bien cómo disimular que toda la atmósfera me estaba devorando poco a poco.

—Mi apartamento.

Tragué saliva. Joder, estaba tan nervioso.

«Ubícate, James. No es la primera vez que estás a solas con él», me dije.

—Vaya, menudo sueldazo te paga el MI5, Cross.

Daniel se encogió de hombros.

—No me quejo.

Nos miramos y, en medio de ese precioso apartamento tan lleno de vida, me di cuenta de lo insoportablemente inseguro que me sentía. Allí era simplemente James y eso me desarmaba porque no estaba acostumbrado. No sabía cómo actuar. Ni siquiera sabía qué hacer con las manos o cómo sostener la mirada de Daniel, que era un maldito océano sin fondo.

A él no parecía afectarle nada en absoluto. No mostraba nervios, ni hambre, ni deseo. Se mantenía en su eterno equilibrio helado, como si yo no fuera más que otro pequeño detalle en un mundo que podía controlar a la perfección.

—¿De verdad sabes cocinar? —preguntó.

—No —admití.

Su carcajada me atravesó como un relámpago. La sentí vibrar en mi pecho, y enseguida se me erizó la piel y se me tensó el vientre. Supe que aquello era la amenaza de una erección, la misma que a duras penas había conseguido controlar desde que

abandonamos el London Eye. Lo peor de todo fue que Daniel ni siquiera estaba intentando provocarla.

—Lo suponía.

Se quitó la chaqueta, la dejó sobre el sofá y se encaminó a la cocina, donde tenía una pequeña bodega de vinos. Seleccionó una botella y me miró antes de ofrecérmela.

—Toma —ordenó—. Abre el vino. ¿Podrás?

Avancé hacia él y se la arranqué de las manos. Aquella ironía fue lo que necesitaba para volver en mí. De lo contrario, seguramente habría terminado empujándolo contra la encimera y devorándolo entero.

—Capullo —rezongué para su diversión.

Empezó a prepararlo todo para cocinar, moviéndose como un maldito *ninja* que sabía perfectamente lo que hacía.

—Tú también has mentido al parecer —dije refiriéndome a lo que había proclamado en el London Eye sobre su supuesta inutilidad en la cocina.

Apenas ladeó la boca en una sonrisa silenciosa, y agarró una tabla de cortar y arrancó un manojo de albahaca fresca de un pequeño huerto que tenía en la ventana.

Era puro control y eficiencia vestido de traje. Me parecía insultantemente sexi el modo en que el cinturón le marcaba la cintura o la forma en que las pinzas de su pantalón negro se ceñían a su precioso trasero.

Cogí aire hondamente e hice mi parte: abrir el vino. Lo serví en dos copas trabajando en no vomitar el corazón y evitando pensar cómo sería arrodillarme ante él y meterme su polla en la boca.

Le ofrecí una copa y me apoyé en la isla con la mía entre las manos, más que dispuesto a disfrutar del espectáculo que era ese hombre. Mientras tanto, Daniel cogió una olla y la llenó de agua.

—Me he pasado la vida viviendo en la calle y comiendo en comedores sociales —comentó con total naturalidad—. Uno tiene que aprender lo esencial si quiere sobrevivir, y cocinar es primordial —añadió mientras ponía el agua a hervir—. Además, estuve ocho meses trabajando en un restaurante italiano como ayudante de cocina.

Alcé las cejas.

—¿En serio?

Asintió, y esa serenidad me partió en dos. Porque allí estaba Daniel Cross: el hombre que me follaba como un dios, que me protegía como un soldado y que ahora me cocinaba como si fuéramos algo más que dos personas condenadas a soportarse. Y yo, que siempre había creído tenerlo todo bajo control, estaba empezando a sospechar que esta vez iba a perder estrepitosamente.

—Hablas de tu pasado con una frialdad escalofriante.

Daniel continuaba preparando la salsa como si confesar algo así no fuera un acto de vulnerabilidad brutal.

—Es mejor así —dijo sin más.

Me mordí la lengua un segundo, debatiéndome entre callarme o hundirme aún más en un territorio que no sabía si tenía derecho a pisar. Pero era demasiado difícil contener la curiosidad. En el fondo, quería saberlo todo de él.

—¿Fue duro? —indagué tímido.

Daniel dejó la cuchara de madera sobre el mármol y se apoyó en la encimera, dándome la espalda. No fue un gesto dramático ni teatral, sino el movimiento de alguien que se toma un instante antes de decidir cuánta verdad merece el otro.

—¿A ti qué te parece? —contestó al cabo de unos segundos, evidenciando una fatiga muy antigua.

Sentí que algo me apretaba el pecho. Recordaba a la perfección el momento en que mencionó que su herencia habían sido unos padres adictos al fentanilo que se mataron entre ellos y que se había criado en una chabola de mala muerte rodeado de indeseables.

Sus palabras me habían golpeado entonces. Pero ahora, viéndolo moverse en su preciosa cocina, supe que también me habían marcado. Porque había algo devastador y hermoso en él. La fuerza que había empleado para enterrar su pasado me conmovió.

—Lo siento —susurré—. Supongo que no soy quién para meter las narices en tu vida.

—¿Por qué? —preguntó, girándose al fin para mirarme.

El corazón me dio un vuelco. Era tan hermoso y lo sentía tan inalcanzable.

—Porque la mía no tiene ni punto de comparación —confesé, sintiéndome un crío—. Cuando me paro a meditar sobre esas cosas, me siento como un imbécil caprichoso que solo sabe lloriquear por estupideces. —Bajé la mirada y me reí de mí mismo—. No sé qué es ganarse el sueldo, luchar por poner un plato de comida en la mesa o sobrevivir en esa jungla de ahí afuera. —Señalé el exterior con la barbilla—. Soy, como dirían, un gilipollas estirado.

Cuando volví a mirarlo, esperaba encontrar burla o distancia en sus ojos. Pero lo que vi fue una ternura devastadora. Daniel se acercó despacio y se colocó a mi lado.

—James —dijo con una gravedad que me caló hasta los huesos —, son tipos de sufrimientos diferentes. Pero no por ello tienes menos derecho a quejarte. Y mucho menos a pensar que tu pesadumbre es inferior a la de los demás.

Me sostuvo la mirada con una firmeza imposible de esquivar.

—Seguramente, si cualquiera de los que viven ahí fuera y luchan cada día estuvieran en tu lugar, no resistirían como lo has hecho tú. Así que no te menosprecies por no haber vivido en las calles. —Hizo una pausa—. Créeme, tu palacio puede ser una jungla aún peor.

Me quedé mirándolo, atónito, como si acabara de salvarme de ahogarme en un pozo en el que siquiera sabía que estaba. Y sentí cómo mi estúpido corazón se desbocaba.

En mi mundo resultaba extraño hablar de sentimientos o expresar emociones. Eso era demasiado vulgar para la élite. Nos criaban en una especie de prohibición tácita y en la maldita creencia de que no teníamos derecho a odiar la vida porque habíamos nacido en el privilegio. Un privilegio que nunca escogimos y la mayoría de las veces resultaba una condena de la que no podíamos escapar.

Ni la soledad ni los sentimientos fueron alguna vez un problema para mí. Quizá porque entendí demasiado pronto el sentido del cinismo. Pero, a más atención prestaba a los detalles, más complejo se volvía todo.

Así que lo ignoraba, y sonreía. Porque sonreír se me daba muy bien.

Tenía dinero. Tenía belleza. Tenía apellidos, que eran como una especie de llave mágica que habría todas las puertas. Alguien así no podía odiar la vida. Ni siquiera cuando el mundo se me echaba encima y amenazaba con empujarme por un precipicio.

Daniel había entendido todo eso como solo un hombre que había conocido ambos universos podía comprender. Y ahora me sentía tan conmovido como expuesto. Tenía que romper esa absurda intensidad antes de que me rompiera en mil pedazos.

Le ofrecí una sonrisa torpe.

—Vigila los halagos, Cross. Soy un hombre arrogante.

Daniel arqueó una ceja y, de pronto, me soltó un suave codazo en las costillas.

—¡Oye! —protesté sonriente. Y él se rio con ganas antes de volver a los fogones para mezclar la pasta con la salsa.

—Ven aquí —me dijo enroscando los espaguetis con el tenedor.

Me lo metió en la boca con delicadeza, ajeno a que el sabor estallaría en mi lengua y me estremecería de puro placer. Incluso cerré los ojos.

—¿Qué te parece? —quiso saber.

—Te quiero. —Lo solté sin pensar, embrujado por aquella delicia.

Pero mi cuerpo se entiesó cuando miré a Daniel. Él me contemplaba impertérrito, aunque se le habían dilatado las pupilas y lo vi coger aire un poco asfixiado.

—Cuida lo que dices —Ese gruñido me hizo tragar saliva.

—¿Es una amenaza? —lo desafié.

Daniel dejó el tenedor en la encimera y borró la distancia entre los dos, consciente de que mis pulsaciones se acelerarían.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —dijo bajito, y yo alcé el mentón.

No estaba dispuesto a evidenciar más de lo debido que los nervios apenas me dejaban respirar.

—Ilústrame.

—Vas a sentar tu trasero real frente a esa isla, vamos a cenar sin provocaciones. Y después —sus manos se clavaron en mi caderas y tiró de mí para estrellarme contra las suyas— te tumbaré sobre ella y te… haré el amor.

Temblé y rocé su boca con la mía.

—¿No podemos empezar por el final? —jadeé, pero Daniel se alejó de pronto y me dejó boqueando como un bobo.

—Se enfría la pasta.

Resignado, tomé asiento en el taburete mientras Daniel colocaba nuestros platos sobre un mantel individual y rellenaba nuestras copas de vino antes de acomodarse frente a mí. La pasta humeaba entre nosotros como una tregua silenciosa, y decidí centrarme en cenar.

—En serio, Daniel, esto está de muerte —murmuré.

—Me alegra que te guste —sonrió orgulloso.

—Podrías enseñarme.

Daniel me miró con escepticismo.

—¿Y que me quemes mi preciosa cocina? No, gracias.

—Idiota. Tengo grandes habilidades, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —replicó, inclinándose ligeramente hacia mí. Parecía muy interesado en mi respuesta.

—Seguro que tú no podrías ni encender un fuego en medio de un bosque con dos piedras para calentarte una mísera lata de habichuelas.

La carcajada que soltó vibró en la estancia como un trueno amable y, joder, me erizó la piel de la nuca de puro gusto.

Lo cierto fue que entre tanta charla se me olvidaron los nervios y hasta quién era yo y quién era Daniel. Simplemente, fuimos dos amigos con derecho a roce disfrutando de una magnífica cena cargada de complicidad.

Pero cuando miré al exterior, la nostalgia me golpeó de improviso. No debía dejarme engañar, aquello no se parecía en nada a mi vida y pronto tendría que despertar de ese sueño para volver a la realidad que me esperaba allí fuera.

Entonces, como si sus pensamientos y los míos se cruzaran sin permiso, Daniel preguntó en voz baja:

—¿Qué piensas?

Ya habíamos terminado de cenar. Así que apoyé los codos en la encimera, jugueteando con la copa de vino, y no pude evitar sonreír.

—Me gusta este sitio —confesé—. Tiene un punto acogedor que me recuerda a ti.

Él parpadeó casi sorprendido.

—¿Soy acogedor?

—Eres... —Pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

—¿Qué? —insistió Daniel sin apartar los ojos de mí. Su voz apenas fue un susurro que me estremeció.

Entendí de pronto que no estábamos hablando de su apartamento. Ni de su cocina. Ni de los puñeteros espaguetis. Estábamos hablando de nosotros. De lo inevitable. De lo que ya nos estaba consumiendo.

Le di un sorbo a mi copa y la dejé sobre la mesa más fuerte de lo necesario. El cristal tintineó, pero me importó una mierda si se hacía añicos.

—Ah, no sé qué le haces a mi cabeza —solté exasperado—. Finjo que tengo el control cuando estoy contigo y, sin embargo, a la mínima que me miras con esos malditos ojos, me desordenas por completo.

Daniel no respondió enseguida. Se limitó a observarme con una fijeza que me taladraba. Su calma era una provocación y su contención, un insulto a mis nervios pelados.

—¿Eso te molesta? —preguntó al fin, tan seductor que lo odié con todas mis fuerzas.

—¿No ves que sí? —espeté, y me puse en pie.

Daniel seguía sentado, en esa postura que tanto me encendía, la misma que destilaba poder y seguridad y un erotismo insoportable. Sí, me miraba como si estuviera desafiándome a hacer algo estúpido. Como si me estuviera invitando a perder la poca dignidad que me quedaba.

Avancé hacia él con lentitud.

—Me voy a subir a horcajadas sobre tu regazo y voy a besarte como un loco —confesé amenazante—. Y tú te dejarás. Incluso responderás. Y eso es lo que no entiendo. Porque apenas me soportas, Daniel. Ni siquiera eres gay. Ni te acercas. En una escala de heterosexualidad, tú seguramente serías rey.

Un brillo oscuro y peligroso atravesó su mirada.

—No discreparé —admitió.

—Pero tampoco pareces dispuesto a explicarme por qué.

Daniel se irguió ante mí, aumentando esa tensión abrasadora que crecía entre los dos.

—¿No decías que esto era un juego? Juguemos de verdad. Y finjamos todo lo que no somos.

Me humedecí los labios. Me odié por cómo me temblaron las manos de pura anticipación.

—Fingir se me da muy bien —murmuré, justo antes de rendirme y lanzarme de cabeza al abismo que era Daniel Cross.

48



JAMES

Si alguien me hubiera dicho que podía elegir dónde pasar el resto de mi vida, sin duda, habría escogido la boca de Daniel.

Él movió su mano con una lentitud que me destrozó. Empezó enredando sus dedos a mi cabello y los deslizó por mi nuca, acariciándome con una suavidad devastadora. No hubo precipitación en sus labios. El deseo existía, rallaba la locura, pero estaba ligado a una necesidad de posesión. Buscaba establecerse entre los dos de un modo dulce y brutalmente lento.

Me apreté contra su cuerpo, buscando más contacto. Mi erección empezó a latir en mi pantalón, pero Daniel no me dio lo que quería. En cambio, me sostuvo con fuerza por la cintura y ahondó más en el profundo beso que estábamos compartiendo.

—Quiero follarte tan lento que olvides hasta tu nombre —me dijo al oído.

Su respiración, cálida y pesada, resbaló por mi yugular.

—Eso lo consigues con solo besarme.

Me froté contra su dura polla.

—Ah, me encanta cuando haces eso —jadeó.

—¿Así? —Repetí el mismo gesto, estaba vez lamiendo sus labios.

—Sí… No sé ni cómo demonios he resistido hasta ahora.

—Habla por mí también.

Me aferré a su camisa, pidiéndole sin palabras que rompiera ese tormento, que me besara de verdad, que me arrancara el alma de una vez. Pero no. Su boca volvió a rozar la mía sin sellarla, como un verdugo que disfruta viendo a su prisionero suplicar. Y volvió a susurrar:

—No… No corras, príncipe... Esta noche es tuya y mía. No tengo ninguna prisa.

Se me escapó un jadeo. Lo odié y lo amé. Y me rendí a él mientras me frotaba más fuerte contra sus caderas. Quería perder el control. Necesitaba perderlo. Pero me enloquecía que fuera él quien marcara el ritmo y me domara. Me encendía saber que esa noche sería mi hombre. Solo mío.

Daniel atrapó mi rostro entre sus manos y me besó. Fue sucio y lascivo y abrasador. Un beso de esos que arañan la piel, y el calor nos empujó a ser animales que se arrancaron las camisas entre gemidos entrecortados.

Sentir su piel ardiente, su pecho contra el mío, su vientre firme pegado a mí mientras su erección crecía, me arrancó un gemido roto que Daniel atrapó en su boca.

Entonces, me giró con rudeza, clavó sus manos en mis caderas y me empujó contra la isla, atrapándome entre la superficie y su cintura. El frío de la piedra y la presión de su cuerpo me cortaron el aliento.

Apoyé las manos sobre el mármol. Mi cuerpo entero pedía a gritos ser devorado. Y como si me hubiera escuchado, Daniel apoyó sus labios en mi cuello. Siguió con su lengua lenta y el roce de sus dientes mientras se deslizaba hacia mi nuca.

—Joder, James... —Su mano se resbaló por mi costado—. Me vuelves loco.

Me tenía temblando de puro deseo cuando sus dedos se colgaron de mi cinturón para desabrocharlo. El sonido del cuero me provocó un escalofrío que me recorrió de pies a cabeza. Daniel me bajó los pantalones con una calma desesperante hasta dejarlos amontonados alrededor de mis tobillos. Yo me deshice del resto, arrancándome los zapatos y los calcetines en el proceso.

Quedé completamente expuesto para él, notando el calor de su cuerpo detrás del mío como una deliciosa amenaza. Entonces, la sentí. Su erección, que había sido liberada de la prisión que era su bragueta y la dejó caer sobre mis nalgas desnudas.

Me arqueé involuntariamente y miré hacia el cristal que había a mi derecha porque necesitaba disfrutar del espectáculo. Vi a Daniel alzándose gloriosamente sensual, observando el modo en que su dureza descansaba contra mi piel, quieto como una estatua, como si estuviera reafirmando que era él quien tenía el poder.

Me excitó tanto la masculinidad que destilaba su gesto que no pude evitar contonear mis caderas y abrí un poco más las piernas. No me habría importado que me embistiera de una sola estocada, aunque no estuviera listo.

Lentamente, capturó la base y deslizó la punta de su polla, húmeda y caliente, por la línea de mi entrada. No me penetró, solo me rozó y jugó con mis nervios.

—Eres demasiado cruel, Daniel… —gimoteé.

Daniel soltó una risa baja y ronca, directamente contra mi cuello, y luego me sujetó por las caderas, apretándome con una firmeza tan posesiva que me estremecí.

—Ya te he dicho que voy a follarte lento —gruñó contra mi yugular.

—Vas a poseerme —jadeé sin aliento.

—Exacto.

—¿Y lo deseas?

—Con todas mis fuerzas.

No pude aguantarlo más y desvié el rostro para besarlo. Nos devoramos como salvajes. Daniel me giró, y antes de que pudiera soltar siquiera un gemido de sorpresa, me levantó con una facilidad demoledora. Su cuerpo era pura fuerza contenida, y yo me aferré a su cuello sin pensarlo y enrosqué las piernas a su cintura.

No dijimos nada, no hizo falta. Solo me escondí en su cuello y lo lamí. El sabor de su piel, el latido feroz de su yugular, el inconfundible aroma a deseo que desprendía… Maldita sea, me enloquecía. Era demencial todo lo que ese hombre me despertaba.

Subió las escaleras con pasos firmes, sin mostrar el menor esfuerzo. Yo me dejé llevar, rendido a la sensación de pertenecerle solo a él. Para cuando abrí los ojos, un cielo estrellado se extendía sobre nosotros. Sí, las estrellas brillaban e iban a ser testigos mudos de lo que pasaría entre Daniel y yo.

Me desconcertó la vulnerabilidad que experimenté. Tuve miedo de todo lo que sentía por Daniel. Miedo de lo fácil que sería destruirme si lo pretendiera. Él percibió mi estremecimiento y decidió enterrar su boca en mi clavícula y morderme con suavidad. Lo suficiente para recordarme quién era el dueño de esa noche. Mi dueño.

Gruñí bajito, entrecerrando los ojos, notando cómo el mordisco viajaba directo a mi erección, que tembló de pura expectación.

Daniel me depositó en su cama con una reverencia casi sagrada y se inclinó sobre mí. Empezó a acariciarme con una lentitud inhumana, rozando mi piel con la yema de sus dedos. No sé cuánto tiempo estuvo así, pero mi cordura lentamente se desmoronaba y solo podía pensar a través de sus caricias. Era aturdidor el poder que tenía ese hombre para empujarme al límite.

De pronto, se alejó. No se apresuró en terminar de desnudarse. Lo hizo tan despacio que me retorcí de puro placer. Se bajó el pantalón y dejó que su dureza se exhibiera gloriosa, perfectamente esculpida para destruirme.

Tardó en moverse. Me mantuvo ahí, expuesto y tembloroso bajo su mirada abrasadora, saboreando mi rendición. Él cabronazo incluso sonrió como si supiera que ya era suyo.

Quizá tenía razón. No, qué demonios, lo era, maldita sea. Lo era por más terror que eso me suscitara.

Cuando por fin actuó, no fue para poseerme, sino para adorarme. Se inclinó sobre mí y empezó besando mi clavícula. Resbaló por mi pecho, lamiendo y mordisqueando con una precisión cruel, arrancándome gemidos cada vez más desesperados.

Apenas pude contener una exclamación cuando tocó mi erección y empezó a prepararme con su lengua y sus dedos.

—Me encanta verte tan desesperado… —resolló sabiendo que su voz era un latigazo de placer.

Cuando mi cuerpo no pudo más y empezó a temblar de pura lujuria, Daniel se incorporó y me giró con una facilidad demoledora para ponerme en cuatro. Sus manos acariciaron mis caderas y se clavaron en mis nalgas antes de levantarlas y exponerme al completo para él. Fue entonces cuando sentí el calor pesado de su erección frotándose entre ellas. Y, sin mediar palabra, sentí cómo su glande presionaba contra mi entrada.

Empujó muy despacio, tan despiadadamente lento que sentí que el mundo se deshacía a mi alrededor. Centímetro a centímetro, fue invadiéndome. Me aferré al cabecero con fuerza. La sensación de su grosor, de su calor, de su presencia llenándome hasta lo más profundo era tan intensa que me arrancó un gemido roto.

Daniel no se movió rápido ni se dejó llevar por la urgencia. Me poseyó con una delicadeza desquiciante. Sus manos acariciaban mis costados, sus labios besaban mi espalda. No era sexo, sino una condena dulce. Una declaración muda de todo lo que no nos atrevíamos a decir en voz alta.

Yo era suyo y él lo sabía. Y, por primera vez en mi vida, me importó una mierda perder. Porque su cuerpo también era mío. Aunque fuera yo quien se estuviera entregando a él de esa forma tan primitiva.

Daniel se movía dentro de mí con suave rotundidad. No hubo prisas ni intensidad, solo ese control absoluto que me arrancaba gemidos ahogados con cada empuje profundo y cada retirada desesperante. Me sentía al borde del colapso y, al mismo tiempo, rogaba en silencio que aquello no terminase nunca.

—Mientes muy bien, señor Cross —gemí.

—Casi tanto como tú, Su Alteza —susurró sin dejar de hundirse en mí.

—¿Qué más mentiras podrías ofrecerme?

Daniel bajó una mano por mi abdomen y empezó a frotar mi erección.

—Que soy adicto a ti —runruneó.

—Continúa —pedí, empujando mis caderas hacia atrás, buscando más de esa condena deliciosa.

—Me encanta tu piel, y ver cómo te retuerces bajo mis caricias.

Mi cuerpo se tensó de puro placer y me mordí el labio para no gritar.

—Me gusta cuando me invades con rudeza —reconocí.

—Hoy no quiero ser rudo, príncipe.

—¿Y qué quieres ser? —pregunté, volviendo apenas la cabeza para buscar sus ojos.

—El hombre que desea hacerte el amor.

Esta vez me giré yo, quería tenerlo de frente. Daniel me tomó entre sus brazos y me sentó a horcajadas sobre él. Noté cómo guiaba su duro miembro hacia mi entrada, y me atravesó con una contundente estocada.

El gemido que soltamos ambos quedó suspendido en la penumbra de la habitación. Me sentí invadido de una forma tan sublime que me temblaron hasta los muslos. Empecé a cabalgarlo, lento, frotándome contra su pecho, dejando que sus manos me guiaran, sin dejar de mirarnos.

—Te odio —susurré con la voz rasgada.

—Mentiroso —respondió con una ternura que me desarmó aún más.

—Sí... Miento constantemente…

Sus grandes y cálidas manos recorrieron mi pecho como si quisiera memorizar cada pulgada de mí. Me acarició los pectorales, bajó por mis costillas, y luego ascendió de nuevo, hasta llegar a mi cuello. Allí se detuvo, atrapándome con una presión suave pero innegable.

—Ah, ¿qué me has hecho, James? —murmuró.

—Probablemente, lo mismo que tú a mí…

Daniel soltó un gruñido bajo y salvaje, y tiró de mí para atraparme en un beso desesperado. Entonces, me empujó contra el colchón y empezó a moverse dentro de mí con una fuerza nueva, mucho más profunda y cruda.

Me aferré a sus hombros, gimiendo a la par que cada embate me arrancaba pedazos de mí y los mezclaba con él. El placer se acumuló tan rápido que cuando quise darme cuenta, me corrí gloriosamente, soltando un gemido que fue más una rendición que un clímax.

Pero Daniel no se detuvo. Siguió moviéndose dentro de mí buscando su propio placer. Lo sentí tensarse, su respiración rompiéndose contra mi cuello. El orgasmo lo alcanzó con violencia y liberó un gruñido gutural que hizo vibrar hasta los cimientos de la cama.

Me aferré a él cuando se me desplomó encima. Lo que no esperé fue que me entregara un beso tan intenso cuando siquiera había recuperado el aliento. Y me abrazó con fuerza mientras las estrellas nos vigilaban a través del techo de cristal. El mundo podía venirse abajo a nuestro alrededor, pero en ese instante, en esa cama, no existía nada más.

«Creo que acabo de entregarme a él sin reservas. Y no me importa que no haya vuelta atrás».

49



DANIEL

El sonido del móvil vibrando en el suelo fue lo que me arrancó del sueño.

La luz nocturna se colaba suavemente por el techo acristalado, bañando el dormitorio con un azul denso como la tinta. Fuera, Londres dormía. Pero mi mundo se reducía al príncipe que dormía a mi lado.

Lo miré. Estaba de lado, con la espalda descubierta y el cabello revuelto sobre la almohada como una corona desordenada. Tenía una pierna sobre mi muslo y el brazo estirado, como si, incluso en sueños, se negara a soltarme.

Aquello había dejado de ser un juego. Quizá James creía que había fingido, pero la realidad era que, todo lo que habíamos hecho, había sido yo entregándome al completo.

El móvil vibró otra vez. No quería moverme, pero me resigné a hacerlo con cuidado de no despertar a James. Él protestó en sueños, pero siguió durmiendo como si nada.

Hurgué en los bolsillos de mi pantalón y saqué el móvil. En la pantalla, resaltaba el nombre de Amelia Clarkson.

Inspiré hondo antes de descolgar.

—Agente Cross —dije a modo de saludo.

—No he recibido el informe de situación.

No sonó a reproche, pero si noté una advertencia en su voz. Ambos sabíamos que aquella había sido la primera vez que había olvidado algo tan esencial.

—Ha sido… —Me pellizqué el entrecejo—… un error de coordinación.

—Ya…

La pausa fue milimétrica. Pero la leí al instante. Amelia no era estúpida. Probablemente, ya sabía dónde estaba, con quién y que no había marcha atrás. Porque los sentimientos habían entrado en la ecuación.

El instinto me llevó a mirar de reojo a James y me perdí en la maldita y perfecta curva de su espalda. Mi polla se sacudió.

«Concéntrate, Cross», gruñí por dentro, frotándome la nuca.

—¿Alguna novedad? —pregunté, estricto.

—Tu hipótesis sobre un sospechoso dentro del círculo del príncipe cobra fuerza —informó Amelia—. Definitivamente, todo apunta a una mujer. El último detenido nos ha llevado hasta dos implicados más, y ya son tres testimonios los que acreditan la participación de una dama de buenos modales. Y cuatro testigos coinciden en que existe un tal David.

—Aun así, hay algo que no cuadra —añadió ella.

—La conexión, ¿verdad?

—Exacto. —Amelia se tomó otra de esas pausas cargadas de significado—. No hay registros de nadie llamado David con acceso a información reservada sobre el príncipe.

—¿Has valorado que ese tal David esté conectado directamente a la dama? —insistí, vislumbrando el patrón que empezaba a dibujarse.

—En efecto. Según los testimonios, al parecer, es el chófer de esa mujer. Pero todavía no hemos logrado identificarla plenamente.

Me apoyé en la ventana y apreté los dientes. No era solo el deber lo que latía en mis venas ahora. Era algo mucho más visceral, mucho más personal.

—Descartas a la reina y a sus hermanas.

—También a las cuñadas del príncipe, sus abuelas y primas —confirmó Amelia, sin dudar.

Cerré los ojos un instante. El nudo en mi pecho se apretó. Las piezas empezaban a encajar, al menos para mí. Y entonces, lo solté, sin filtro, con la precisión de un disparo:

—¿Y la hija del conde de Surrey?

El silencio que siguió fue tan cortante que casi me pareció escuchar su respiración alterada al otro lado de la línea. Porque no era una pregunta inocente ni una conjetura precipitada. Llevaba días barruntándolo en silencio, excavando por mi cuenta, disimulando mientras trabajaba junto a Richard Pembroke y el equipo del MI5.

Días revisando informes confidenciales, antecedentes familiares, conexiones políticas. Todos mis instintos apuntaban hacia ella. Si la prometida del príncipe estaba involucrada, no solo destruiría a James, sino que pondría de rodillas a toda la maldita monarquía.

—¿De verdad piensas que ella podría estar involucrada? —preguntó con una frialdad despiadada.

—Su padre tiene una estrecha relación con el rey. Es lógico que cuente con detalles privados sobre James. Detalles que no constan en ningún informe público. Y eso incluye su alergia.

—Si estás en lo cierto, sabes que habrá una crisis diplomática.

—Que seguramente se saldará en la sombra.

Porque así funcionaba el sistema. Nadie permitiría que semejante escándalo saliera a la luz.

—De acuerdo —aceptó—. La investigaremos.

—Mantenme informado.

Colgué la llamada y solté el aire contenido en un largo suspiro. Dejé el móvil sobre la cómoda y me giré hacia la cama, donde James seguía durmiendo medio destapado. Su exquisito cuerpo iluminado por el resplandor fantasmal de la ciudad.

Caminé de regreso a él y me tumbé a su lado. El colchón cedió bajo mi peso y James se removió. Fue entonces cuando aproveché para acariciar su mejilla, delineando la curva de su mandíbula con la yema del dedo. Luego bajé lentamente, explorando su cuello y su clavícula hasta posarme sobre su pecho, donde sentí el pulso tranquilo de su corazón latiendo bajo la piel.

—¿Dónde estabas? —murmuró bajito, adormilado.

—He olvidado el informe de situación —admití en voz baja, y James frunció ligeramente el ceño, sin abrir los ojos.

—Entiendo. ¿Ya has terminado?

—Sí.

Se acomodó contra mí, deslizando su pierna por mis muslos.

—Pues abrázame —ordenó como quien exige un tributo que ya le pertenece.

—James…

«Maldito seas», pensé. Porque en ese preciso instante, supe que estaba completamente enamorado de un maldito príncipe de Reino Unido.

—¿Hmm? —murmuró, apenas rozando mis labios con su aliento tibio.

No pude contenerme. Lo besé lento, hundiendo mis dedos en su suave cabello y apretándolo contra mí.

—Me encanta cuando me besas —susurró en mi boca.

Apoyé mi frente contra la suya, mi mano recorriendo su cintura, mi erección frotándose contra su cadera.

—Y a mí me encanta besarte.

James abrió los ojos y clavó aquellas arrebatadoras pupilas en las mías.

—¿Eso también es mentira?

—No he mentido en nada, príncipe.

Sus párpados se cerraron de nuevo al tiempo que una sonrisa satisfecha curvaba sus labios.

—Bien. Porque yo tampoco.

50



DANIEL

Supe que algo iba mal desde el instante en que abrí los ojos.

La luz diurna se colaba a borbotones por las ventanas. El olor a sexo todavía flotaba en el aire. Todo eso seguía en mí. Pero él ya no estaba.

Me levanté sin más, me puse mis pantalones y bajé abajo con un nudo en la garganta. Encontré a James en el salón. Vestido. Peinado. Impecable. Como si nada hubiera pasado.

Se encontraba de pie junto al ventanal, con el móvil en una mano, tecleando algo con pulso firme. No me miró. Ni siquiera giró la cabeza al oír mis pasos.

—Buenos días —dije algo tenso.

—Buenos días —replicó él, y se instaló un silencio tan cortante que me dieron ganas de romper algo.

Actué como si su frialdad no me afectara y pudiera seguir fingiendo que todo estaba bajo mi control. Pero el muro que se había erguido entre los dos era tan evidente que casi podía verlo.

Por la noche, James se había desnudado para mí, se había rendido. Y ahora volvía a ser ese príncipe distante, ese idiota de sangre azul que no dejaba entrar a nadie.

—¿Quieres café? —intenté.

—No, gracias.

Me tragué las palabras que se amontonaron en mi lengua. No era el momento de indagar qué demonios estaba pasando dentro de su cabeza. Eso llegaría después, quizá.

Así que me cambié y nos marchamos sin más. James caminó hasta el coche como si fuera mi cliente, no el hombre que me había suplicado que le hiciera el amor unas horas antes.

Puse rumbo a Spencer Manor. El silencio continuaba entre nosotros y era una jaula oxidada. Yo conducía mientras James tenía la mirada perdida en el paisaje, que poco a poco fue convirtiéndose en una vasta extensión verde.

Lo observé de reojo. Su expresión era una máscara perfecta. Ni rastro de aquella sonrisa dormida con la que me había besado esa madrugada ni del runruneo satisfecho que había soltado al pedirme que lo abrazara. Todo eso había desaparecido y lo peor era que ni siquiera mostraba su típica actitud insolente.

No. Era otra cosa. Un tipo de frialdad nueva, mucho más mecánica, como si algo dentro de él se hubiera apagado. Parecíamos desconocidos.

—¿Estás bien? —pregunté al fin.

—¿Por qué no iba a estarlo? —replicó él sin despegar la vista de la ventana.

—Apenas has hablado.

—No tengo mucho que decir —suspiró—. Solo quiero llegar a casa y darme una ducha.

—Podrías haberlo hecho en la mía.

—Prefiero mi entorno, pero gracias.

Esa fingida cortesía me hirió más que cualquier insulto. La realidad era que hubiera preferido su sarcasmo y su arrogancia, incluso sus gritos. Pero esa indiferencia… Sí, me estaba rompiendo por dentro. Y lo peor era que no entendía qué demonios había hecho mal.

Una hora más tarde, aparqué frente a Spencer Manor con el estómago hecho un nudo y las manos aferradas al volante como si aún pudiera evitar el accidente que ya había ocurrido.

James no esperó. En cuanto el motor se apagó, salió del coche sin mirarme ni decir una sola palabra. En la puerta, esperaba

Richard, que aparentaba normalidad, pero había algo raro en su mirada. Me dio la sensación de que sabía que lo que estaba por venir no sería agradable para ninguno de los implicados.

James no le dedicó más que un gesto breve con la cabeza.

—¿Está al teléfono? —preguntó sin detener el paso.

—Sí. En el despacho —respondió su secretario.

El príncipe se marchó sin más. Su silueta, arrogante y perfecta, desapareció por el corredor sin volver la cabeza.

—¿Qué ocurre, Richard? —pregunté en voz baja, incapaz de fingir frialdad.

El secretario me miró con camaradería y se tomó un instante antes de responder.

—No lo sé, Daniel. Solo me ha pedido una llamada con Su Majestad. Pero no me ha dicho en qué está pensando.

Fruncí el ceño.

No sé por qué pensé que James estaba construyendo una salida y a mí no me estaba incluyendo en ella.

51



JAMES

El sillón junto a la ventana me envolvía como un viejo monstruo domesticado. Era casi tan antiguo como los propios cimientos de aquella vieja mansión, pero solía recurrir a él cuando sentía que la realidad me asfixiaba.

Justo como estaba pasando ese día.

«Ponme en contacto con mi padre. Urgente», le había escrito a Richard en cuanto desperté en la cama de Daniel, envuelto entre sus fuertes brazos como si fuéramos amantes de verdad.

Richard me informó que Su Majestad tenía una mañana muy ocupada, pero le insistí con algo más que malas formas. En cuanto llegamos a Spencer Manor, mi «bendito» padre estaba al teléfono.

—Majestad —le había dicho a modo de saludo irónico, mostrando una calma que no sentía.

—¿Qué se te ha antojado, muchacho?

Me salté los preámbulos. No podía permitirme flaquear.

—Quiero el cese inmediato del agente Cross.

Hubo un silencio. No porque estuviera sorprendido, sino porque estaba calculando el nivel de molestia que aquello le suponía.

—¿Algún motivo formal? ¿Un informe irregular? ¿Ha incumplido su deber? ¿O simplemente es otro de tus caprichos?

Recuerdo que entonces el aire me supo a óxido y cerré los ojos.

—Si no lo haces, yo mismo filtraré a la prensa una imagen mía besando a un hombre.

Pude oír el rumor de su decepción. No se escandalizó por mis palabras, ni siquiera le hirieron. Entendí que solo estaba asqueado por lo que implicaría ocultar que su hijo menor era gay. Y nadie quería un maricón en la Casa Real, según él.

—¿Estás amenazando a tu rey?

—No. Estoy amenazando a mi padre.

Hubo otra pausa. Esta vez más larga. Y colgó como quien arruga un papel y lo tira a la basura. Actuó como rey y yo había hablado como un hijo perdido, dispuesto a alejarse del único hombre al que había amado.

Mi reflejo en el cristal tenía los ojos rojos, pero no por el llanto. Era algo peor. La furia de no poder llorar porque eso me haría ver débil. Y yo no quería esa debilidad que ofrecían los sentimientos y las emociones.

En alguna parte de aquella enorme casa, Richard seguramente ya habría recibido la orden y estaría informando a Cross del cese de su actividad. Y quizá un poco más tarde, Daniel vendría a buscarme.

No, ese «quizá» denotaba posibilidad, y yo estaba muy seguro de que lo haría. Aparecería furioso conmigo y exigiendo unas respuestas que yo le negaría. Porque no le haría cargar con todo lo que sentía por él.

En mi jaula dorada solo había espacio para mí. Así que era mejor darnos un adiós digno. Cross no merecía todo lo que el mundo le haría si se descubría lo que había pasado entre los dos. Mucho menos necesitaba batallar con que yo me hubiera enamorado locamente de él.

Me froté las manos contra los muslos como si pudiera borrar sus huellas de mi piel. Su tacto y su aroma aún seguían en mí.

Miré hacia el jardín. El paisaje estaba tan tranquilo y ajeno. Era tan libre. Yo nunca lo sería. Porque la corona lo devoraba todo. Y lo haría con él también. La prensa. Los compromisos. Las sonrisas falsas. El silencio obligado. El secretismo. Si existía una remota posibilidad de reciprocidad por su parte, Daniel terminaría harto de

todo eso. Me miraría un día y me odiaría por haberlo atado a esa mierda de mundo. O peor, me miraría con indiferencia y hastío.

Aunque, en realidad, para Daniel yo solo era una curiosidad. Una mera aventura. Un príncipe caprichoso al que follarse un par de noches.

No lo culpaba. Era yo el que había caído estrepitosamente.

«Si lo dejo ir ahora, quizá dolerá menos que mañana». Así que todo aquel propósito escondía también unas intenciones muy egoístas.

Y como si se tratara de un vendaval, la puerta rebotó contra la pared con un estruendo seco.

No necesité girarme para saber que era Daniel. Noté el peso de su mirada clavarse en mí como una lanza. El silencio lo llenó todo durante unos segundos eternos. Tiempo en el que deseé que no dijera nada y se marchara. Muy lejos de mí.

—¿Es cierto? —espetó—. ¿Has pedido que me cesen?

Inspiré hondo, me puse en pie y lo miré directamente. Entonces, asentí con una parsimonia calculada, y alcé las cejas en un gesto desdeñoso.

—La idea de hacerlo a través de mi padre buscaba ahorrarnos una conversación incómoda, señor Cross.

Vi de soslayo cómo su mandíbula se tensaba y apretaba los puños.

—¿De qué coño va todo esto, James?

Evité mirarlo porque no podía con sus ojos. Así que me acerqué al ventanal y le di la espalda.

—Sal de mis aposentos, por favor. Estoy cansado.

—Y una mierda —escupió.

Giré sobre mis talones, torcí el gesto y me puse la máscara, esa que llevaba años perfeccionando para cuando todo ardía por dentro.

—Tu ciclo aquí ha terminado. Solo has sido una polla más. No repito amantes a menos que cobren por ello y mucho menos quiero a uno rondando por mi casa.

Daniel parpadeó y, por un momento, pensé que le iba a dar un puñetazo a la pared.

—¿De verdad piensas que voy a creerme esa mierda después de cómo me miraste anoche mientras te follaba?

No respondí. Tan solo lo miré con los labios sellados, las manos escondidas tras la espalda y el pulso disparado. Estaba luchando por no lanzarme a él y suplicarle que me mintiera, que me dijera que él también me quería.

De pronto, me eché a reír. Fui el cabrón que cualquiera podía esperar.

—¿Qué pasa? ¿Estás decepcionado? —me mofé—. ¿Creías que iba a dejarlo todo por ti?

Su expresión se endureció.

—Yo nunca te he pedido nada —replicó entre dientes—. Tampoco lo he imaginado. Esto que ha pasado entre nosotros ni siquiera estaba en mis planes.

—Es que no ha pasado nada, Cross. —Le regalé una sonrisa gélida—. Solo hemos follado.

Daniel parpadeó. Fue mínimo, casi imperceptible. Pero me hizo sospechar que algo de todo aquello le estaba hiriendo. O quizá eran imaginaciones mías, fruto de las ganas de aferrarme a él.

—Razón de más para no entender por qué coño le das tanta importancia.

—Ya te lo he dicho —insistí, endureciendo aún más el tono—. No quiero cruzarme con un amante en mi casa. No es práctico ni profesional. Mucho menos… elegante.

Por un instante, creí que me pegaría o se pondría a gritarme como loco antes de agarrarme del cuello y besarme hasta dejarme sin aliento. Pero Daniel no reaccionó. Solo me observó con ojos furiosos, y ansié ser otro hombre. Uno que pudiera permitirse amarlo sin destruirlo.

—Bien. —Habló el agente del MI5—. Los caprichos del príncipe deben prevalecer.

Abandonó la habitación dando un fuerte portazo. Y yo me quedé allí, congelado en medio de aquella habitación, con el corazón hecho trizas y el silencio retumbando en los muros.

«Si en algún momento hubiera sentido algo por mí…, se habría quedado», pensé mientras todo se apagaba a mi alrededor. «Pero no

lo ha hecho. Y eso es todo lo que necesito saber».



Era de noche cuando Richard entró en mi habitación. Me encontró en el mismo lugar en el que me había pasado todo el día. Solo que ahora la humedad que se había escapado de mis ojos se había secado en mis mejillas y me escocía la piel.

—James —suspiró de un modo demasiado fraternal.

No me giré. Me hice incluso más pequeño, y continué mirando por esa maldita ventana por la que había visto cómo se marchaba Daniel hacía unas horas.

—No digas nada… por favor —susurré.

Pero Richard avanzó un poco más hacia mí.

—¿De verdad crees que era lo mejor?

Lo dijo con una delicadeza que evidenció lo harto que estaba de verme fingir que todo me daba igual. Lo cierto era que todo me importaba, joder. Todo.

Apreté los dientes y tragué saliva. No quería romperme.

—Me he enamorado de él, Richard. —Lo dije con una honestidad escalofriante—. ¿Esperas que crea en los cuentos de hadas? —Al fin lo miré y forcé una sonrisa que le rompió el corazón —. Soy un príncipe. Y eso es una maldición, aunque todos lo vean como lo contrario.

Me pasé una mano por la cara y miré de nuevo hacia la campiña oscura. No había estrellas esa noche.

—Lo nuestro es imposible —sentencié—. Además, sé que solo he sido un capricho para Daniel. Se le pasará. Me olvidará. Es mejor así.

«Es mejor así», me repetí, pero esta vez no me creí ni una sola palabra.

—Ah, James…

Richard se acercó a mí. No hizo ninguna pregunta más. Solo se sentó en el brazo del sofá y tiró de mí para atraparme entre sus brazos como lo habría hecho un padre de verdad.

Apoyé la frente en su pecho y rompí a llorar.

52



DANIEL

La ciudad seguía latiendo afuera, con su gris rutinario y sus ritmo incesante, pero dentro de aquellas paredes el tiempo se había suspendido. Reinaba el silencio, una luz tenue y un aire viciado, fruto de varios días sin ventilar.

El equipaje que traje de Spencer Manor seguía en el vestíbulo desde hacía una semana. Había platos en el fregadero, una taza con restos de café sobre la encimera y un par de camisetas esparcidas por el sofá. No era mi estilo, nunca lo había sido. Digamos que tenía una especial obsesión por el orden. Pero no disponía de energías para fingir que seguía siendo yo.

Llevaba días sin salir. Ni siquiera para correr. Hacía mis rutinas de ejercicio en mi gimnasio y me limitaba a moverme de la cama al salón como un espectro, sobreviviendo a base de comida enlatada y *whisky*. Tampoco me había molestado en encender mi teléfono porque no quería saber nada del exterior.

Había sido cesado. No con un escándalo ni palabras duras, sino con una frialdad burocrática espeluznante. Amelia me lo dijo en su despacho, sin adornos. Un mes fuera para contentar a los de «arriba» y «poner en orden mis prioridades».

Ambos supimos que no tenía nada que ver con mi rendimiento y que ella no estaba en absoluto de acuerdo con la decisión; seguía

pensando que yo era su mejor agente. Pero aquella sentencia silenciosa venía del rey y, ante eso, poco podíamos hacer.

Ahora me encontraba frente al televisor, con la mirada perdida en la pantalla. El volumen estaba bajo, pero lo suficiente para escuchar el murmullo de un reportaje en directo.

—«…la reapertura del histórico mercado de Camden Town ha contado hoy con la presencia del príncipe James de Bellingham. Esta es su primera aparición pública desde su ingreso hospitalario la semana pasada, lo que ha generado una gran expectación…».

Allí estaba el maldito hombre que me destrozaba mi sistema nervioso con solo respirar. El mismo que me obligó a replantearme todo sin tan siquiera pedírmelo. El príncipe que me echó de su vida con la misma elegancia con la que llevaba ese abrigo de Burberry.

La imagen era impecable. James saludaba a la prensa, sonreía con ese magnetismo entrenado, estrechaba manos, se inclinaba hacia las niñas que le ofrecían flores. Perfecto. Intocable. Hermoso como un pecado.

Sin embargo, nadie veía más allá. La palidez, la forma en que escondía el cansancio bajo los párpados, esa leve rigidez en los hombros. No era el James que yo conocía, sino una versión editada y maquillada al antojo de la Corona.

Apreté la mandíbula.

Algo se había roto. No sabía si en él, en mí o en ambos. Pero el vacío que me había dejado no lo llenaba nada. Quizá nunca lo haría.

De pronto, se oyó el chasquido de la cerradura. No me inquieté, solo había dos personas con la llave de mi apartamento. Y esos eran Amelia Clarkson y Jace Grayson. Lo cierto fue que imaginé antes a la primera que al segundo, pero la vida me había enseñado que no podía dar nada por sentado. Sobre todo si existían personas como mi amigo.

—Debes estar hasta las trancas si has optado por el *whisky* a estas horas —dijo Jace con su tono irónico habitual.

No respondí. Me limité a dejar el vaso sobre la mesa con lentitud. Era insoportable que todo en mí apestara a ausencia.

«Maldito James Bellingham».

Jace se acercó con paso firme y me apretó el hombro. Su toque fue breve, pero me provocó un escalofrío. La de cosas que habíamos vivido juntos, eso nunca podríamos olvidarlo.

Tomó asiento a mi lado.

—¿Cómo es que estás en Londres? —pregunté.

—Alto secreto, compañero. Pero no es el recibimiento que esperaba. Un *whisky*, una pistola apuntándome a la cara, algo de dramatismo… Vamos, Daniel. Estás flojo.

Lo miré y me topé con la misma visión de siempre, la que robaba el aliento a cualquier mortal.

Jace Grayson parecía salido de una revista de lujo diseñada por una mente psicótica. Alto, elegante, seductor y peligroso. El cabello oscuro, revuelto justo lo suficiente como para parecer casual, aunque yo sabía que cada centímetro de su imagen estaba cuidadosamente construido. Los ojos grises con un brillo cortante que evaluaba todo con precisión. Tenía un cuerpo esbelto, atlético, y se movía como una sombra educada. Como alguien que sabía matar en tres segundos, pero disfrutaba explicándolo con una copa de vino en la mano y una sonrisa en los labios. Era guapo hasta la molestia.

Todo en él era control. Y sin embargo, yo lo conocía lo suficiente como para saber que debajo de esa perfección pulida había un caos que lo mantenía despierto por las noches.

—Pareces distinto —me aseguró, cruzándose de piernas.

—Tú también —respondí sin pensar—. Italia no te trata tan mal como imaginaba.

Me dedicó una sonrisa maliciosa.

—La mafia siciliana tiene su punto.

Alcé las cejas.

—¿Estás pensando en cambiar de bando? —Me esperaba cualquier cosa de él.

—Dios me libre. Eso te motivaría a entrar en el MI6 y entonces yo estaría jodido. No podría librarme de ti ni metiéndome en un campo de minas antipersona.

Resoplé con una sonrisa. Bajé la vista y me froté la frente.

—He perdido reflejos.

Jace no se sorprendió. Sabía exactamente a qué me refería.

—Solo con él. Pero no con los demás.

Probablemente, era cierto. Aún podía desarmar a un hombre armado en menos de cinco segundos. Todavía podía conducir como un demente por las calles de Londres sin perder el control. Aún podía calcular una ruta de escape en la oscuridad, a ciegas, con solo tres datos y un plano mental.

Pero no podía dejar de pensar en él. No podía dormir ni sacármelo de la piel. Me había fallado a mí mismo. No como guardaespaldas. Sino como hombre.

—¿Cómo lo sabes? —murmuré.

—Eres el mejor agente que he conocido.

Solté una risa breve y seca, sin alegría.

—Lo dices porque soy el único que te aguanta.

—Cierto —admitió sin una pizca de vergüenza.

Me detuve a coger aire hondamente y me pasé una mano por la nuca, intentando borrar algo que en realidad tenía enredado a mis huesos.

—Ah, Jace… no debería haber seguido tus consejos.

Si no hubiera caído en las redes de la atracción, quizá ahora no estaría lamentando que me había enamorado de un maldito hombre.

—No te tortures, Daniel. —No hubo ironía esta vez—. Alguna vez tenías que caer.

Sí, porque yo siempre había sido frío y distante en lo que a los sentimientos se refería. Yo nunca amaba, solo follaba por necesidad. Y James había destruido todo eso.

—¿Y ha tenido que ser con un tío? —rezongué frustrado.

—Para colmo, un príncipe.

—Eso, tú arréglalo. Siempre has sido pésimo para dar ánimos.

Sonrió como si se sintiera orgulloso de ello. Mientras tanto, yo volví a fijar la mirada en el suelo, en ese rincón vacío de la alfombra donde ya no quedaban respuestas.

No entendía lo que había pasado ni cómo llegamos hasta ese punto. Solo lo acepté y me fui porque pensé que James deseaba eso de verdad.

—¿Y si no fue por ti? —soltó Jace de pronto—. ¿Y si fue por él mismo?

Levanté la cabeza para mirarlo, pero no dije nada. Aunque algo dentro de mí tembló.

—No me des opciones, Grayson. No las quiero.

De lo contrario, saldría corriendo hacia ese príncipe y me lo llevaría conmigo. Y odiaba la idea de sentirme tan vulnerable, joder.

Asintió. Había compartido muchos silencios conmigo. Muchos momentos que no necesitaban palabras. Este no era diferente.

—En serio, Jace, ¿qué haces aquí? —pregunté sin rodeos.

—Podemos pasar meses sin hablarnos, Daniel. Pero nunca nos hemos dado la espalda en horas bajas.

Sus palabras me golpearon.

—Te ha avisado Amelia, ¿verdad?

Jace ladeó la cabeza, divertido.

—Eres el niño de sus ojos. —Sonrió burlón—. Aunque intente disimularlo con sarcasmo y cafés amargos.

Le sostuve la mirada y cogí aire hondamente. Mi mejor amigo estaba allí, eso era lo más importante.

—¿Sigues en la investigación? —inquirió.

—De manera extraoficial. Amelia se ha visto comprometida a apartarme después del rapapolvo de la Casa Real.

—Pero no te han quitado el instinto. —Me guiñó un ojo—. ¿Has encontrado algo?

Entrecerré los ojos. Esa pregunta no era inocente. Sabía cómo funcionaba mi mente y que solo necesitaba un pequeño estímulo para hacer el mundo arder.

—Sí —admití—. Pero necesito más tiempo. Y acceso.

—¿Quieres ayuda?

Algo en mi pecho se tensó. Con Jace, pedir ayuda significaba una implicación auténtica y aún no estaba seguro de quererlo arrastrar al nido de víboras que era la Casa Real.

—No lo sé —confesé—. Solo sé que esto no ha terminado. Y que él... sigue en el centro de todo.

No hizo falta que dijera su nombre, Jace lo entendió. Siempre lo entendía.

—¿Y qué tienes?

Cogí aire. La duda seguía ahí, como un mal presentimiento que no desaparecía ni con *whisky* ni con duchas frías.

—No me quito de la cabeza a esa chica —admití, dibujando en mi mente los gélidos ojos de Diana Ellington—. He pedido que rastreen todos sus movimientos económicos para ver si los extractos coinciden con los pagos hechos a los implicados. Nada.

Jace me observó con la mirada afilada.

—Estuvo en París la semana pasada, ¿no?

Fruncí el ceño.

—¿Y tú cómo sabes tanto?

—Bueno... —sonrió como si acabara de robarme el postre—. Amelia y yo hemos debatido largo y tendido sobre tu extraordinario olfato —dijo con sarcasmo—. Según me ha contado, han investigado la aerolínea en la que viajó nuestra dulce damisela y… ¡oh, sorpresa! —gesticuló antes de adoptar una mueca seria y despiadada—. Nunca se subió a ese avión.

El silencio me cayó encima como una losa.

—¿Qué?

—Información de última hora.

Entonces, abrió la chaqueta y sacó un documento doblado con el sello del MI5. Me lo tendió sin ceremonia y yo lo tomé a la desesperada con manos tensas. Era una orden de seguimiento encubierta en la que se confirmaba que el asiento estaba reservado, pero nunca fue ocupado por Diana. Una mentira perfectamente ejecutada.

El informe estaba firmado por Amelia junto a una nota que rezaba: «Para D.C., por si sigue sin poder dormir».

La muy cabrona me la había filtrado a través de Jace. Por debajo del radar. Protegiéndose a sí misma, pero dándome lo que necesitaba.

—Siempre ha sido una hija de puta muy lista... —murmuré, sin poder evitar que se me escapara una sonrisa cargada de respeto.

—Ya te lo he dicho, eres su debilidad —recalcó Jace, que había aprovechado para encender mi teléfono y me lo entregó.

Le di un codazo cariñoso y lo cogí más que dispuesto a llamar a Amelia. Pero entonces empezaron a entrar notificaciones y detecté al

menos seis llamadas de Richard Pembroke. Fruncí el ceño. Me pareció extraño porque todas se habían realizado hacía pocos minutos y se suponía que Richard estaba con el príncipe en Camden Town.

De pronto, volvió a sonar.

—¿Pembroke? —dije al descolgar.

Mi pulso ya predecía el problema.

—Daniel. Se ha activado el Protocolo GRAYFALL.

Por un instante, todo desapareció. Incluso los latidos de mi corazón.

53



DANIEL

La desaparición de un miembro de la Familia Real activaba un mecanismo de contención conocido internamente como GRAYFALL. No figuraba en documentos públicos ni registros parlamentarios. Era un procedimiento de carácter ultra reservado, empleado exclusivamente en casos de desapariciones sin confirmación oficial, con alto potencial político y mediático.

El protocolo establecía tres fases. La primera era aislamiento, que conllevaba bloquear comunicaciones con la prensa mediante una orden judicial de la D-Notice. Lo que impediría la publicación de cualquier detalle relacionado con el individuo desaparecido.

La fase dos tenía que ver con el encubrimiento. Se basaba en crear una narrativa institucional que explicara la ausencia del príncipe. Como se le había visto en el Mercado de Camden Town, se había informado de que Su Alteza Real se encontraba indispuesto. De ahí que hubiera tenido que abandonar el lugar.

Y por último la fase tres, que tenía que ver con el control de daños. El Centro de Ciberinteligencia del MI5 ejecutaría un barrido digital para frenar cualquier filtración. Al mismo tiempo, en el sótano de Thames House se activaría una célula encubierta compuesta por un reducido número de personas.

Yo debía estar en él, aunque no tuviera cobertura oficial. No necesitaba órdenes escritas, solo tenía un objetivo: encontrar a James antes de que el Gabinete lo supiera. Si el Parlamento se enteraba, la Corona entraría en crisis. Pero a mí lo único que me importaba era recuperar a ese maldito hombre.

Me puse en pie. Jace me observaba aturdido. No quería preguntar porque sabía que yo estaba intentando ordenar mis pensamientos. Me froté el rostro. Tenía los músculos de la mandíbula entumecidos. El pulso me temblaba por culpa de la rabia. Sí, era una rabia gélida que me heló hasta las venas.

—Jace —dije al fin, clavándole la mirada—. Dime la verdad. ¿Cuántas probabilidades crees que hay de que mis sospechas sean ciertas?

—Honestamente, un ochenta por ciento. —No lo dudó.

—Bien, pues necesito rastrear a Diana Ellington.

Sus ojos apenas se entrecerraron. Procesó la información al vuelo, sin hacer preguntas ni cuestionar mi instinto. Solo se levantó con una lentitud elegante y dijo:

—Déjamelo a mí.

En ese momento supe que el juego había cambiado. Y esta vez, no íbamos a fallar. Confiaba en Jace porque era el mejor espía. El más preciso y letal. Si había una grieta por la que colarse, él la encontraría.

Nos trasladamos a mi despacho. Era un espacio sobrio y funcional, con luz fría que contaba con un equipo de pantallas duales, encriptadores, acceso satelital, línea segura directa al MI5 y un software de rastreo que ningún civil debería conocer. Además de un armario asegurado en el que guardaba un arsenal de material armamentístico.

Jace no esperó instrucciones y se sentó delante de los ordenadores.

—¿Tienes acceso a las cámaras de seguridad oficiales?

—Soy espía, compañero. Por supuesto que tengo acceso.

—Sorpréndeme.

Le bastaron unos segundos para tumbar la protección de la base de datos de Scotland Yard con la precisión de un maldito

hacker de élite. Sus dedos empezaron a volar sobre el teclado con la mirada fija en las pantallas y el rostro sereno.

Yo, mientras tanto, llamé a mi jefa.

—Dame a un equipo, Amelia —solté sin preámbulos—. Tengo a Jace rastreando a *lady* Diana. Necesito intervenir.

Hubo un silencio al otro lado. Pero no de sorpresa.

—Richard ya me ha informado. Imaginé que no te quedarías de brazos cruzados.

—Por supuesto que no.

Otro breve silencio. Casi podía verla. Estaba valorando cómo de grande sería el rapapolvo si se saltaba las órdenes de arriba.

—Estás dentro, Cross —aceptó. En realidad, le importaba una mierda las reglas—. A partir de este momento te activo como agente externo, sin restricciones de consulta. Tienes acceso completo a la documentación clasificada bajo GRAYFALL.

—¿Cuántos lo saben?

—Solo diez personas en todo el Reino Unido están informadas del caso. Incluyéndote a ti y a Grayson.

Diez. Eso lo decía todo.

Jace seguía trabajando frente al monitor con una precisión que rozaba lo clínico. Su mirada no parpadeaba. Las ventanas de búsqueda se abrían y cerraban a una velocidad abrumadora. El teclado crujía bajo sus dedos. Y de pronto, se detuvo.

—La tengo —murmuró.

Me incliné hacia la pantalla de inmediato. Eran imágenes recientes de Diana que habían captado las cámaras de tráfico hacía veintiséis minutos. En ellas se la veía entrando en un edificio con un pañuelo en la cabeza, unas gafas grandes y una actitud nerviosa.

Me quedé helado un segundo.

—Ubicación —exigí.

—Plaistow.

Entrecerré los ojos. Sí, reconocía el lugar. Era una zona de conflicto en la que rara vez se veían a personas de alta alcurnia. Lo que significaba que Diana tenía un propósito allí.

—¿Puedes retroceder la grabación?

Mi amigo reaccionó de inmediato. Entonces, en la esquina inferior del encuadre, apareció una furgoneta negra. No tenía matrícula visible, pero lucía los cristales tintados y se detuvo frente al mismo edificio donde Diana había entrado.

—Ahí está —dijo Jace en voz baja.

La cámara cambió de ángulo. Aquella toma de la acera contraria ofrecía una visión más clara del momento en que las puertas traseras se abrieron de golpe. Dos hombres emergieron de su interior rápidamente con ropa oscura, gorras y guantes. Y entre ellos…

Apreté los dientes al ver cómo tiraban de James. Le habían cubierto la cabeza con una capucha, pero yo sabía que era él. Su cuerpo algo lánguido, las piernas que no ofrecían resistencia, los brazos colgando. Quizá lo sedaron. O peor aún, tal vez lo tumbaron a golpes.

—Traza un mapa completo de ese puto edificio. Quiero planes, accesos, puntos ciegos, actividad térmica. Todo. Y envíaselo a Amelia —ordené.

Pero Jace ya estaba en ello. Su rostro había perdido cualquier rastro de sarcasmo. Solo quedaba el profesional. El asesino elegante.

El móvil seguía en manos libres y la voz de Amelia llegó nítida y sin titubeos.

—Te enviaré un equipo de élite. Unidad encubierta. A partir de ahora, tú llevas el operativo. Incorpórate preparado, agente Cross.

—Entendido. —Colgué.

54



JAMES

Desperté con un sabor a óxido en la boca que me raspaba la garganta. Notaba la lengua pegada al paladar, pastosa y adormecida, y, cada vez que intentaba tragar, el dolor en la mandíbula me paralizaba. La sangre se me había pegado a la cara. Podía sentirlo por el picor en la piel y ese hormigueo incesante propio de las heridas. Estaba atado a una silla con unos nudos tan fuerte que las muñecas me ardían. También me habían inmovilizado los tobillos con bridas de plástico.

Pestañeé aturdido, intentando ubicarme. Me encontraba en una habitación que tenía las ventanas tapiadas con cartón, pero la puerta estaba entreabierta y podía ver un largo pasillo. El lugar olía a encierro, a orina vieja, a comida podrida, a sudor rancio y desinfectante barato. El aroma perfecto para describir toda la miseria que me rodeaba.

Las paredes desconchadas mostraban marcas negras de humedad y algún grafiti mal borrado. El suelo estaba lleno de botellas vacías, bolsas de basura abiertas llenas de ropa y cascos de cerveza.

Cada vez que inspiraba, el aire me entraba a trozos. Tenía la sensación de que se me habían fracturado un par de costillas porque el pinchazo que sentía al respirar era demasiado intenso. Y a eso

debía sumarle el zumbido constante en los oídos y la visión borrosa del ojo izquierdo. Podía asegurar que el combo era de primera.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Solo me acordaba de estar abandonando el Mercado de Camden Town en piloto automático. Richard se había adelantado para llamar al coche y yo solo quería sentarme, quitarme los zapatos y dormir una semana entera a ver si, con suerte, olvidaba a Daniel.

Pero entonces un brazo me atrapó por la cintura y otro me cubrió la boca con una tela húmeda. Cloroformo. Me resistí, claro que lo hice. Pateé, empujé, arañé, pero mis piernas dejaron de responder y el mundo se me vino encima como una ola espesa.

Mi regreso a la consciencia fue a través de un golpe y ya estaba atado, así que no me pude defender. Tampoco pude esquivar la sucesión de patadas y puñetazos que me dieron. Me pegaron con tanta fuerza que a punto estuve de vomitar.

«No grites. No supliques. Aguanta». Me lo repetía una y otra vez como un mantra, como una cuerda mental a la que aferrarme para resistir.

Vi que el suelo tenía marcas de arrastre, como si hubieran movido muebles a la fuerza. O cuerpos. No sabía qué me resultaba más inquietante si eso o que cerca de mí hubiera una colilla todavía encendida. Eso significaba que uno de ellos seguía cerca, quizá vigilando desde un punto que yo no alcanzaba a ver.

Cerré los ojos un instante. No pude evitar verlo.

A Daniel.

Pensé en si ya sabría lo que me había pasado. Si me odiaba por echarlo o si estaba haciendo lo imposible por encontrarme. Por un instante, deseé verlo aparecer.

Entonces, escuché cómo se abría la puerta del salón con un chirrido suave. A continuación, le siguieron unas voces amortiguadas y los pasos de unos tacones afilados arañando el suelo. El ruido no encajaba con el lugar. Era un detalle disonante. Como una sonata clásica en medio de un vertedero.

Pero pronto descubrí de quién provenía.

Diana Ellington apareció perfectamente arreglada. Llevaba un abrigo gris perla ajustado al cuerpo, guantes de piel blanca y un

pañuelo de seda cubriéndole el cabello. Los labios pintados con un rojo vivo y sus ojos de un azul glacial me recorrieron entero con algo más que orgullo.

Sonrió. Fue una mueca tan perniciosa como elegante que me congeló hasta el tuétano. Apenas pude sostenerle la mirada. Entre el dolor que sentía, el escozor en los párpados hinchados y el mareo constante lo único que logré hacer fue tragar saliva con dificultad y emitir un sonido gutural que podría haber sido su nombre o una maldición.

Ella ladeó la cabeza con dulzura como si me compadeciera. Y entonces habló.

—¿No es curioso que hayas tenido que verte así para que al fin me mires con algo más que desprecio?

No tenía prisa. Caminó a mi alrededor mientras me inspeccionaba. Cada paso era calculado y controlado, y su aroma flotaba en el aire como un veneno dulce.

—Siempre fuiste demasiado hermoso, James —continuó—. Incluso ahora, tan apaleado, sigues pareciendo un jodido querubín. No sabes la rabia que me da que sigas siendo tan tú. Tan... inalcanzable.

Se detuvo frente a mí y se inclinó.

—¿Te sorprende verme?

—Lo cierto es que sí —me sinceré y la desafié con la mirada—. ¿Está es la única forma que se te ha ocurrido de llamar mi atención? Te felicito. Lo has conseguido.

Me soltó un bofetón. Fue doloroso, pero, inesperadamente, me arrancó una sonrisa.

—Eres despreciable —gruñó—. Sabes bien que llevo toda mi vida amándote locamente, James. Desde que éramos niños. Desde que supe que tú ibas a ser la maldita estrella de la Casa Real.

Me pudo el estupor. El zumbido en mis oídos se mezclaba con su voz. No supe si fue la rabia, el desconcierto o el puto cloroformo que todavía perduraba en mi sistema. Pero no pude interrumpirla. Tan solo la miré absorto.

—Me he pasado los años esperando una reacción tuya —continuó ella—. Pero tú solo… me odias.

Nunca lo vi venir. No supe leer las miradas, ni los silencios, ni esas sonrisas que parecían cortesía, pero escondían una guerra. Para mí, Diana era odiosa y me detestaba. Saber que me amaba de una forma tan enfermiza y con esa rabia contenida me dejó noqueado.

—Nunca hiciste nada para que cambiara de opinión —rezongué —. Y aun así ibas a ser mi esposa.

Su mirada cambió. No fue un gesto exagerado ni una expresión teatral, sino algo sutil. Apenas un destello en sus pupilas que se deslizó por su bonito rostro como una grieta fina en un cristal caro.

—Tu esposa… ¿Realmente me habrías tratado como tal?

Ambos sabíamos que no.

—Hubo un momento en que me bastó con saber que iba a casarme contigo. Pero ahora… —Deslizó la mano dentro de su bolso de piel y se aferró a la empuñadura de una navaja afilada—. Acabemos con esto, James. Si no puedes ser mío... —susurró amenazante—… prefiero verte muerto.

No dudó. Reaccionó antes de que yo pudiera asimilar que esa hoja terminaría clavándose en mi abdomen. Me atravesó con una presión espantosa, regalándome un dolor absoluto que me asaltó con un estallido sordo. Le siguió una punzada caliente que me recorrió desde el tórax hasta los pulmones. Y me doblé o lo intenté, pero la cuerda me mantenía inmóvil.

Diana jadeó. Sí, jadeó mientras me miraba como si aquello fuera una consumación. Como si, en su mente enferma, por fin estuviéramos unidos de alguna forma. Su respiración se aceleró, sus ojos brillaban. Era la locura envuelta en seda y perfume caro.

Entonces, extrajo el cuchillo. Un terror visceral cruzó su mirada al ver cómo la sangre brotaba de mí. Yo caí de lado, arrastrando la silla conmigo. Impacté con fuerza contra el suelo mientras ella me observaba aturdida y temblorosa.

Quizá estaba asumiendo lo que acababa de hacer. Y soltó la navaja, trémula, antes de salir de allí a toda prisa. Me dejó jadeando como un loco, boqueando en busca de un aire que entraba en mis pulmones como si fueran cuchillas.

No creí que la puñalada fuera profunda teniendo en cuenta el tamaño de aquella navaja. Pero dolía como un demonio, joder.

La navaja. Sí, estaba a un metro de mí. Tan cerca.

Empecé a arrastrarme. Usé el hombro, el codo, la frente. Me impulsé con las piernas atadas como había aprendido en las prácticas de evasión con la Guardia Real. El cuerpo no era una máquina perfecta. Era carne y hueso. Pero si uno sabía usarlo podía convertirse en un arma.

Lo alcancé. El mango estaba manchado de sangre, pero lo reconocí por el frío del metal. Lo giré entre las manos, lo apoyé contra la cuerda y empecé a tirar. El corte fue inmediato. Aunque un poco cruel porque me abrió la piel de la palma. Pero no me detuve.

«Respira. Céntrate en la maniobra, no el dolor».

Una mezcla de rabia y alivio me invadió cuando vi mis manos liberadas y enseguida me dediqué a arrancarme las bridas de los pies.

En cuanto me liberé al completo, me puse en pie, tambaleante. Pero no tuve tregua. La puerta se abrió de golpe.

—¡Eh! —gritó un tipo.

Era el más corpulento, joder. Ya sabía de lo que era capaz el hijo de puta. Reventaba que daba gusto. Me miró. Vio el cuchillo en el suelo. Vio mis manos manchadas de sangre. Y sonrió. El muy cabrón sonrió.

—¿Tú? ¿De verdad crees que vas a salir de aquí?

Me tambaleé y tuve que recurrir a apoyarme en la pared. Cada uno de mis músculos temblaban. Quizá en otro momento, uno en el que no me estuviera desangrando como un cerdo y no me hubieran pegado una brutal paliza, habría podido partirle la cara. Pero ahora… Digamos que tenía mis dudas.

Se me acercó con chulería. Caminaba como si fuera a aplastarme con un pulgar. Levantó una ceja, burlón.

—Ni siquiera puedes mantenerte de pie.

«Mira, James, a tomar por culo», me dije.

Entonces, me lancé a por él. No solo por valentía, sino por cálculo. El tipo era una bestia de casi dos metros, pero eso lo convertía en alguien lento y pesado que había subestimado mi capacidad de defensa. Sí, era un príncipe con las costillas jodidas y

las manos destrozadas. Pero también era militar y mi mayor disciplina era el Kendo.

Lo evadí con el hombro derecho justo cuando intentaba bloquearme y aproveché para hundirle el codo en la tráquea. El golpe no fue perfecto, pero lo descolocó. Tosió y dio un paso atrás. Yo aproveché para rodearlo. Le barrí la pierna con el pie. Cayó hacia un lado, trastabillando. Intentó sujetarme, golpeándome en la espalda, gesto con el que logró arrastrarme con él.

Peleamos como animales. Puñetazos. Empujones. Manotazos salvajes. Él intentó asfixiarme con el antebrazo. Pero lo bloqueé girando la cadera y le clavé los dedos en los ojos. Me rugió en la cara. Me golpeó en el estómago, y le di un cabezazo que le abrió la ceja.

Joder, aquello era visceral. El suelo se había convertido en un *ring* mugriento. Mis nudillos sangraban. Su nariz se rompió con un *crack* sordo. Pero no se rendía. Creo que ninguno de los dos lo haría hasta que uno dejara de respirar.

55



DANIEL

La furgoneta redujo la velocidad y el motor ronroneó como un depredador antes de apagarse. Dentro, mi equipo y yo íbamos en completo silencio. Nadie hablaba cuando el aire olía a sangre.

La noche envolvía Plaistow con ese silencio extraño que precede a la tempestad. No había ni un alma en la calle. Todo respiraba de una quietud casi tenebrosa.

—Confirmamos una única entrada, jefe —anunció uno de mis hombres.

Asentí y analicé aquel bloque. Era un edificio civil, lo que reducía las ventajas de un operativo más directo y rotundo.

—Ventanas tapiadas en el tercer piso —informé—. Uso de visor térmico.

—A la orden.

Me crujieron los nudillos al ajustar los guantes de combate y estiré los músculos del cuello. Para mi desgracia, no sería una intervención larga. Lo que yo hubiera querido es liarme a tiros con cualquiera de los bastardos involucrados. O mejor, destrozarlos con mis propias manos. Pero debía mantener la compostura y pensar en la principal prioridad.

Les hice una señal a mis compañeros y bajé primero. Me agazapé en posición de combate a la espera de que los demás se

desplegaran tras de mí, con el subfusil pegado al torso apuntando al suelo, pero listo para alzarse al menor movimiento.

Avanzamos con sigilo un grupo de cinco agentes hasta alinearnos contra la pared, uno detrás de otro. Alcé el puño, gesto que indicaba ausencia total de movimiento y esperamos a que, desde la furgoneta, nuestros compañeros nos confirmaran si, en efecto, el piso de las ventanas tapiadas tenía algún tipo de actividad.

El edificio era un bloque ruinoso de cinco plantas. Sabía lo que estaba viendo mi compañero desde la furgoneta en su visor térmico. Un infierno de puntos de calor porque había gente en cada apartamento. Familias cenando, parejas discutiendo, algunos viendo la tele.

—Piso tres, jefe —dijo el agente a través del auricular—. Una zona del plano muestra una actividad más intensa. Dos figuras. Movimiento irregular.

Mi instinto rugió.

—Es una pelea.

—Tiene toda la pinta.

La respiración me cambió. Los músculos se me tensaron bajo mi indumentaria de asalto. Esa anomalía en el mapa no era ruido doméstico, sino violencia. James tenía instrucción militar y era un especialista en kendo. Así que no me sorprendería que hubiese optado por un cuerpo a cuerpo.

Pero no me preocupó que no pudiera vencer —sabía bien que podía tumbar a un oso pardo si se lo proponía—, sino que lo hubieran herido previamente.

—Avanzamos —ordené.

—¡En alerta, chicos! —secundó uno de mis compañeros.

Hice una señal con dos dedos y el equipo se dispersó. Una parte cubrió el perímetro. La otra, me siguió dentro. Subimos por las escaleras abasteciéndonos del reflejo de las farolas que se colaba por las ventanas del bloque. Paredes cubiertas de humedad. Grafitis. Olor a comida, marihuana y desesperación.

En la tercera planta, nos dio la bienvenida un pasillo largo y tres puertas. Pero solo me importaba una y el rumor que nos llegaba a través de ella.

De nuevo, hice una señal con la mano. El equipo se alineó de inmediato mientras yo me pegaba al marco y me inclinaba con cuidado. No se oían voces, sino golpes. El ruido de un forcejeo brutal y de unas respiraciones que sonaban a resistencia. Alguien peleaba por no morir.

Señalé las órdenes: dos hombres a cada lado de la entrada, uno cubriendo la retaguardia, el otro apuntando desde la escalera. Me puse en posición, cogí aire y pateé la puerta con fuerza. El marco cedió de inmediato y todos irrumpimos al mismo tiempo. El pasillo interior era estrecho, con una cocina mugrienta a la izquierda y una sala llena de basura a la derecha.

Yo avancé recto mientras mis compañeros se desplegaban por el apartamento. Mi respiración era lo único que escuchaba dentro del casco.

Y entonces lo vi.

Al fondo. En una habitación a medio iluminar por una lámpara parpadeante estaba James, que no pudo esquivar la maniobra de su oponente y terminó empotrado contra la pared.

Cubierto de sangre, con la camiseta hecha jirones y los pies descalzos. Su rival era un hombre corpulento, mucho más alto y grande que él, pero mostraba evidentes signos de ataque. Lo que me indicó que James había peleado como un animal.

Pero ahora lo tenía sujeto del cuello con ambas manos y buscaba asfixiar a mi príncipe. James jadeaba y pataleaba con el rostro enrojecido y los ojos desorbitados.

Dejé el subfusil en el suelo, no podía permitirme disparar dentro de ese infierno. Avancé raudo y salté sobre la espalda de aquel tipo. Lo rodeé por detrás, pasándole el brazo por el cuello, asenté el codo bajo su barbilla y giré con todo el peso de mi cuerpo. Noté el crujido de sus huesos, justo como quería. No fue una fractura definitiva, solo un movimiento preciso para desconectarlo sin matarlo, pese a que me hubiera encantado destrozarlo por completo.

El tipo se tambaleó, soltó a James y se desplomó a mis pies. A continuación, James se hincó de rodillas y luchó por recuperar el aliento. Quise lanzarme a él, pero mis compañeros entraron en la habitación como un vendaval.

—Piso despejado —informó uno de ellos.

Asentí, con la vista aún fija en el príncipe.

—Lleváoslo. —Señalé al tipo—. Acordonad la zona. No quiero ni una puta filtración —ordené en voz baja, como si hablar demasiado fuerte pudiera romper lo que tenía delante.

Los agentes obedecieron sin discusión y se llevaron al tipo, cargándolo como si fuera un equipaje inútil. Un instante después, nos quedamos solos.

El silencio se instaló entre nosotros como una losa vibrante. Él seguía en el suelo, apoyado contra la pared, con la cabeza gacha, temblando por el esfuerzo y la confusión. Su respiración era errática.

Nos miramos. No había certeza en sus ojos, ni siquiera imaginaba quién era yo. Podía haberme reconocido por la voz, sí, pero la braga, el casco y el tono contenido lo habían opacado todo.

Decidí exponerme y me quité el casco. A continuación, me bajé la braga al cuello, lentamente. Y James se congeló.

Su expresión cambió por completo. El desconcierto dio paso al alivio, el alivio al asombro. Y el asombro a una emoción tan cruda que lo dejó sin aliento. Me miró ojiplático, como si no supiera si echarse a reír o a llorar o desmayarse.

Tambaleante, intentó ponerse en pie, pese a que sus piernas se empeñaban en ceder. Se ayudó de la pared como pudo mientras su pecho subía y bajaba. Estaba cubierto de sangre seca y sudor y golpes, tenía una pinta lamentable, pero, maldita sea, logró enderezarse. Porque a cabezota no lo ganaba nadie.

Lo analicé de arriba abajo. Vi las heridas, la piel hinchada, el labio partido. Vi todo lo que le habían hecho, todo lo que se había visto obligado a soportar. Y no pude más.

No dije su nombre ni le advertí de nada. Tampoco le pedí permiso. Simplemente, borré la distancia que nos separaba, lo cogí de la nuca y, un instante después, empezamos a devorarnos como si no hubiera vida más allá de aquella habitación.

No podía decir que estuviéramos besándonos. Más bien parecía una batalla de lenguas y dientes. Pero no me importaba, tan solo sabía que tenía atrapada su boca, que me hundía en ella con besos

profundos y jadeantes, con un hambre feroz que hizo que las rodillas de James se debilitaran, y las mías también.

Lo empujé contra la pared y bloqueé su cuerpo con el mío mientras una creciente necesidad se instalaba en el corto espacio que nos separaba. Quizá aquella no era la mejor reacción. James estaba herido y no era el lugar ni el momento. Pero nada de eso importaba cuando lo tenía jadeando contra mí y el cuerpo me rugía como si no lo hubiera tocado en siglos.

Nuestras lenguas batallaron, se enroscaban una a la otra. Insistía en aquel beso y James me devolvía la misma voracidad, ajenos al sabor metálico de la sangre que impregnó nuestros labios.

Al príncipe le dio igual el dolor. El deseo había estallado y ardía en su piel. Noté cómo se apoderaba de él, cómo sus gemidos me arrastraban a ese punto de no retorno, y no pude evitar frotar mis caderas contra las suyas. Solo podía pensar en el deseo que sentía por aquel hombre y aquella enloquecedora necesidad de hacerlo mío, allí mismo, de pie, sin tan siquiera desnudarnos.

Asfixiado, James deslizó una mano entre nuestros cuerpos y agarró mi erección antes de liberar un ronquido de placer que se unió al mío. Empuje mi polla contra aquella codiciosa mano. Maldita sea, deseaba más.

Entonces, James subió sus manos por mi pecho, marcándome con sus cortas uñas, y las enredó a mi cabello para tirar de él. El gesto rompió el beso unos segundos para mirarnos fijamente.

—Me deseas, ¿verdad? —rezongó lascivo.

—Eres mi maldita debilidad —reconocí.

—Ah, te odio…

—No me importa.

Cuando volvió a besarme, sus labios sabían a resentimiento, ira y algo muy primitivo. Fue el beso más profundo e intenso que jamás nos habíamos dado. Y yo respondí como si lo odiara con todas sus fuerzas y lo ansiara sin límites. Necesitaba con urgencia sentir aquellos labios por todas partes, navegando por todo mi cuerpo. Y como si James hubiera leído mis pensamientos, deslizó sus besos hacia mi clavícula para mordisquearla y lamerla. Apoyé las manos en

la pared y torcí el gesto solo para darle más espacio y ver qué demonios hacía conmigo.

Por un momento, me hubiera encantado que me sometiera en todos los malditos sentidos. Solo para terminar embistiéndolo como un loco.

Sin embargo, eso no pasaría. Ya podía escuchar a mis hombres regresar. Iban a cazarnos comiéndonos como salvajes. Me obligué a separarme de él, ignorando la punzada que sentí en mi erección cuando gimió en protesta. Y me obligué a reactivar el modo operativo.

James seguía jadeando, aún tembloroso, los ojos vidriosos, pero en pie. Y entonces un agente irrumpió en la habitación.

—Tenemos la zona asegurada, jefe. El perímetro está despejado.

Asentí.

—Necesito material médico —anuncié, tratando de disimular el incendio que se estaba dando en mi cuerpo.

El agente se movió raudo mientras yo guiaba a James hacia el salón y lo ayudé a sentarse en una silla. Se dejó caer con un gruñido ahogado. El abdomen le latía con fuerza bajo la camiseta rota y manchada. Las heridas eran muchas, pero la puñalada no parecía profunda. Aun así, necesitaba atención urgente.

—¿Vas a follarme aquí? —preguntó travieso.

—Qué más quisiera —resoplé.

Mi compañero trajo consigo un botiquín pequeño. Abrí el paquete con una destreza automática. Saqué el alcohol, lo vertí sobre una gasa y la pasé por la herida. James apretó los dientes, pero no gruñó. Solo respiró por la nariz y sostuvo mi mano cuando le clavé la cuchilla para abrir un poco la herida. Necesitaba comprobar si era superficial.

Al ver que sí, supe que bastaría con cauterizar con unas grapas. Y, pese a lo doloroso que fue, eso también lo resistió sin apartar la vista de mí ni un solo segundo.

—Está bien —murmuré solo para él—. Ya está.

Y lo estaba. Herido. Pero vivo.

—Alerta, civiles. Intervención de la guardia urbana —me informaron por el auricular.

No podíamos quedarnos más tiempo. Me giré hacia el agente más cercano y asentí.

—Lo sacaremos como uno de ellos.

James se dejó cubrir por una capucha y esposar. Obviamente, no apreté los grilletes, pero cumplirían su función visual. Dos agentes lo sujetaron por los brazos como si lo estuvieran trasladando. Nadie en la calle dudaría de que lo que estaba viendo era un operativo de detención encubierta. Plaistow tenía sus propios códigos. Y nadie preguntaba.

Abandonamos el edificio en silencio y lo subieron a la parte trasera de un Suburban negro sin distintivos. Yo ocupé el lugar frente al volante y arranqué el motor.

Fuera, la ciudad seguía con su miseria. Dentro, James respiraba.

Y yo… volvía a tenerlo. Aunque solo fuera por unos minutos.

56



JAMES

El Suburban avanzaba por las calles residenciales de Belgravia sin llamar la atención. El motor era lo único que rompía el silencio, pero no redujo la tensión que se había instalado desde que abandonamos Plaistow. Era tan espesa que podía cortarse con un cuchillo.

En algún momento, Daniel me dijo que me pusiera una sudadera que había en una mochila que tenía junto a los pies. Yo obedecí porque tenía frío, pero fue lo único que nos dijimos. Después de eso, él se concentró en la carretera y yo en el exterior, pensando que esa era la única manera de calmar el dolor.

Me sentía exhausto, pero me mantenía lúcido. Más de lo que cabría esperar después de todo lo que había pasado. Me prohibí pensar en Diana, en el secuestro, en la paliza que me dieron y en el hecho de haber estado a punto de morir asfixiado a manos de una mole de más de cien putos kilos.

Honestamente, cuando empezó a faltarme el aliento, recuerdo que cerré los ojos y vi a Daniel frente a mí, desafiándome a resistir. Quizá por eso lo soporté más de lo que una persona en mis condiciones podría haber aguantado. Pero ahora no tenía que imaginármelo. Bastaba con desviar un poco la vista para encontrarme con la suya reflejada en el retrovisor.

Daniel estaba concentrado en conducir, aunque aprovechaba cualquier momento para mirarme. Supongo que buscaba confirmar que no me había desmayado.

Lo analicé. Llevaba la indumentaria táctica, toda de negro como si fuera un maldito espectro. El chaleco antibalas aumentaba el volumen de su pecho definido, sus poderosos muslos contorneados por la tela de su pantalón y los cintos que aún no se había quitado. Y la braga arrugada en su cuello, marcándole la mandíbula.

Maldito fuera, incluso vestido de guerrero me cortaba el aliento. No, en realidad, así vestido era más impresionante, porque lo había visto en acción y había caído rendido a sus pies.

Observé sus hombros y el modo en que sus manos se aferraban al volante. Parecía tranquilo, pero noté una rabia contenida. Me costó no perderme en esa expresión que oscilaba entre el control absoluto y algo más oscuro.

Y el silencio seguía, pero ninguno de los dos hablaba, pese a las miles de cosas que flotaban entre nosotros, más vivas que nunca, esperando encontrar una grieta por la que colarse.

Me enderecé un poco en el asiento. La adrenalina se había desvanecido por completo y lo único que quedaba era ese dolor sordo que no sabía si provenía de mis heridas o de lo que Daniel me provocaba al mirarme.

—¿Adónde vamos? —me atreví a preguntar.

—A una casa segura —dijo sin apartar la vista de la carretera—. Allí podrán atenderte como es debido y descansar sin levantar sospechas.

Me acomodé contra el respaldo, sintiendo la presión del vendaje. Cada palabra me costaba esfuerzo, pero necesitaba hablar, aunque fuera para ordenar el caos que tenía en la cabeza.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

—Richard me avisó.

—Eso lo he supuesto, pero ni siquiera él conocía mi paradero.

Daniel tensó apenas los dedos sobre el volante. Cuánto me molestó que estuviera actuando como un agente y no como el hombre que me había besado hacía menos de una hora.

—Cierto, eso solo lo sabía Diana.

Me impactó esa respuesta. Había muchas cosas que aún no entendía y esa fue una de ellas. Sabía que Daniel tenía sus secretos, era lógico tratándose de un miembro del MI5, pero no creí que me ocultara información sobre mi propia integridad.

—Sospechabas de ella —suspiré algo molesto.

—Una de mis funciones es sospechar de todo el mundo.

Su respuesta fue fría y automática, pero no la sentí vacía. Lo observé un segundo más, leyendo entre líneas. Estaba dolido. No por lo que había pasado, sino por no haber llegado antes, por no haberlo evitado. Quizá también por haber tenido razón.

—¿Qué vais a hacer con ella? —quise saber.

—Eso le corresponde a Amelia Clarkson y a Su Majestad.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros, pero ahora era distinto porque me pareció entender cómo se sentía Daniel. O tal vez fueron mis ganas de creer que él albergaba sentimientos tan fuertes como los míos.

—Para el coche —exigí.

—James…

—He dicho que pares, por favor.

Hubo una pausa, pero finalmente Daniel tomó el desvío hacia una calle secundaria. Terminó aparcando en un discreto callejón oculto a la vista de cualquiera. Nos consumieron las sombras cuando apagó el motor.

Y el mundo enmudeció.

Daniel y yo compartíamos el mismo oxígeno, estábamos a apenas unos centímetros y, sin embargo, me pareció inalcanzable.

De pronto, se bajó sin decir palabra. El coche se meció cuando abrió la trasera y se colocó a mi lado. A continuación, tocó el botón táctico de su pinganillo, apenas un roce tras la oreja, y ordenó:

—Continuad hacia el piso franco. Enseguida llegamos.

No esperó a recibir respuesta. Enseguida se quitó el auricular y lo lanzó al asiento delantero antes de quitarse uno a uno los cinturones de los muslos. Cuando hubo terminado, los dejó junto al auricular, y se acomodó en su lugar.

Todo en él emanaba tensión y deseo y un control que parecía a punto de romperse. Entonces, me miró. Mierda. Aquella expresión…

Parecía que lo acababa de besar hasta robarle el aliento. Pupilas dilatadas, mejillas pálidas y labios entreabiertos. Esa mirada anhelante y hambrienta que me entregó me pareció francamente descarada y obscena, el tipo de mirada que amenazaba con follarme hasta la saciedad. Y, joder, lo quería cada maldita noche de mi vida.

Cerré los ojos y respiré hondo.

Lo deseaba tanto que dolía. De hecho, había empezado a dolerme físicamente, maldita sea. Noté los testículos muy tensos. Me endurecí con tanta rapidez que no podía pensar con claridad.

—No, no me toques —me quejé, removiéndome en mi asiento.

Daniel se detuvo y agachó la cabeza, agotado. Creo que lo estaba de verdad, ambos lo estábamos.

—¿Vas a contarme qué ocurre? —dijo bajito, con una voz tan ronca que vibró en todo mi sistema.

En realidad, me llenó de rabia y lo miré con violencia porque ya no tenía coraje para seguir mintiendo.

—Sabes que estoy enamorado de ti, ¿verdad?

—Nunca me has preguntado si es recíproco —gruñó.

Una pequeña y lejana parte de mí se horrorizó. Jamás había imaginado que alguien como yo, tan frívolo y descarado, terminaría enamorándose hasta las trancas de un hombre que estaba en las antípodas de mí. Pero es que no podía parar. Todo ese tiempo alejado de él, que apenas había sido una semana, había supuesto una maldita tortura. Que ahora Daniel me estuviera confesando que él sentía lo mismo me causaba tanta incredulidad como miedo.

—Ni se te ocurra jugar conmigo, Cross —lo amenacé—. Porque me encargaré de que lo lamentes toda…

No pude terminar la frase. Daniel me calló estampando sus labios contra los míos, y mi mente se quedó completamente en blanco, incapaz de comprender lo que estaba pasando.

Fue un beso exquisito, que me hizo sentir como si estuviera cayendo desde un helicóptero sin paracaídas. De todos los momentos de intimidad que habíamos compartido, ninguno había sido tan rotundo y contundente.

Su boca, que se movía sobre la mía con arrogancia y una seguridad incuestionable, me llenó de espasmos. Daniel se erigía

como mi dueño, y eso me cabreó a la par que me enloqueció.

Cuando finalmente me liberó, solo pude parpadear sin aliento mientras mis pensamientos chocaban entre sí.

—¿Crees que esta forma de besarte se puede fingir? —susurró pegado a mis labios.

—Eres un agente del MI5. Por supuesto que podrías fingir. Lo has hecho antes.

—Sí, soy un agente del MI5 que podría poner patas arriba esta puta nación. Pero tú eres el hijo del rey y, si alguien descubre que he jugado contigo, me hundirán la vida. ¿Quién tiene más que perder de los dos, James?

Me quedé callado. No porque no tuviera respuesta, sino porque su razonamiento era demasiado aplastante. Yo podía ser humillado, sí. Podía perder reputación y quizá un poco de privilegios. Pero seguiría siendo príncipe, pesara a quien pesara.

Sin embargo, él podía perderlo todo. Su carrera, su libertad, su vida. Si alguien se enteraba de que el guardaespaldas del príncipe había cruzado esa línea, no solo lo cesarían, sino que acabarían con él en todos los malditos sentidos. Daniel lo había sabido desde el primer día. Por eso me apabulló que, aun así, quisiera arriesgarse. Por mí, por lo que podíamos ser juntos.

—No puede ser real —susurré asfixiado—. Ni siquiera te gustan los hombres.

Daniel me sostuvo la mirada. No había rastro de duda en ella.

—Pero me gustas tú. No tiene por qué atraerme ninguno más.

Me llevé una mano a la frente, frustrado. Todo aquello era una locura. Estaba preparado para el rechazo, no para que me confesara que él también estaba enamorado de mí.

—Maldita sea, Daniel… ¿Tenías que ser tú? Sabía que ibas a traerme problemas en cuanto te vi.

Me regaló una sonrisa canalla.

—Pensé lo mismo cuando te me acercaste envuelto en ese batín de seda. —Acarició mis mejillas—. Hace unas semanas, me habría burlado de cualquiera que me hubiera dicho que podía terminar enamorándome de un tío. Pero ahora es lo único que siento. Y eso no lo puedo anular así como así, Jamie.

Cerré los ojos. Se me cortó el aliento y el pulso me retumbaba en los oídos. No me lo podía creer. Pero la forma en que sus labios repasaron mi mandíbula era una constatación innegable.

No exageraba si decía que era adicto a ese maldito hombre. Lo era, lo necesitaba desesperadamente a cada instante. Y quería demostrárselo. Así que me importó una mierda el dolor, me lancé a él para subirme a horcajadas sobre sus prietos muslos. Daniel suspiró en mi boca antes de volver a besarme. Me empujé contra su pelvis, acariciando su ancho pecho con las palmas de las manos. La pregunta ya no era si él me correspondía, sino si yo podría aprender a vivir con ese feroz sentimiento.

—Cariño… Tengo que llevarte al piso franco —suspiró excitado.

Joder, si quería detenerme, no era la mejor idea.

—¿Te das cuenta de que solo podrás tenerme en secreto? —jadeé.

—No me importa.

—A mí sí… Te he echado de menos.

Daniel lamió mi labio inferior con la punta de su lengua mientras su erección crecía contra la mía. Y yo volví a hundirme en su boca. Apenas teníamos espacio para movernos como deseábamos, pero no me importó. Empecé a frotarme contra él más que dispuesto a arrancarle un gemido.

—James… —Aquel jadeo gutural sonó al tiempo que sus manos se clavaban en mis nalgas.

—Eres mío.

—Jamás lo pongas en duda.

57



JAMES

La casa estaba en penumbra cuando salí de mi habitación. Habían pasado unas horas desde que llegamos, pero me parecían días.

En cuanto, aparecí allí, un equipo médico me curó las heridas, se me tomó declaración, y Richard me ayudó a lavarme. Incluso me vistió como si fuera su propio hijo.

El agotamiento y los analgésicos deberían haberme tumbado, pero no funcionó. Mi cuerpo estaba padeciendo ese tipo de fatiga que no se aloja en los músculos, sino en los márgenes de la conciencia.

Entré en la cocina, me preparé un té y me senté en una banqueta junto a la encimera. No sé cuánto tiempo pasó, pero el agua ya no echaba humo. Los sonidos de la noche flotaban como ecos discretos. El tictac suave de un reloj, el zumbido del frigorífico, el rumor lejano de un coche pasando por la calle.

Daniel se había marchado a las oficinas del MI5. Me dejó a cargo de uno de sus agentes, un tipo tan discreto que apenas notaba que estaba en el salón.

Me hubiera gustado pasarme la noche entre los brazos de Cross, pero tenía que reportar. Y aunque deseaba que se quedara conmigo, lo cierto era que también necesitaba estar solo para poner en orden mis pensamientos.

No logré una mierda. Pero allí estaba, intentándolo.

Escuché pasos suaves detrás de mí y me giré a tiempo de ver a Richard. Se detuvo en el umbral unos segundos, sin decir nada. Cuando entró, lo hizo caminando con esa calma medida que siempre lo había caracterizado, y tomó asiento en el taburete que había a mi lado.

No le importó que yo me limitara a observar mi taza. Él simplemente estaba ahí. Y eso bastó para que mi respiración se aflojara un poco.

Lo miré con una mezcla de afecto, agotamiento y algo más difícil de describir. No era simplemente agradecimiento por ser la única persona que había estado a mi lado, incluso cuando yo no me aguantaba. Era esa clase de conexión silenciosa que se da cuando dos personas se apreciaban de verdad, sin esperar nada a cambio.

Cogí aire.

—Dime, Richard…, si lo dejara todo, ¿me seguirías? —solté de pronto, sin haberlo siquiera meditado.

Mi querido secretario ni siquiera parpadeó. Pero su silencio fue una réplica en sí misma. Sabía lo que le estaba pidiendo. Sabía que no era un pensamiento lanzado al azar. Porque lo que planteaba no era solo una duda existencial, sino una decisión real y tangible.

Estaba considerando dejar la Casa Real. Abandonarlo todo, incluso el futuro que habían diseñado para mí desde que nací.

Sabía también que esa vida monárquica era su mundo. Que Richard la servía con una lealtad férrea, con un compromiso que no se fingía. Y que su temple, su carácter y su brillantez podían llevarlo a la cúspide dentro de palacio.

Su carrera estaba trazada. Su camino era limpio y recto. Yo solo era un inciso en todo eso. No podía pedirle que renunciara por un crío caprichoso que no sabía dónde encajaba. Pero una parte de mí lo deseaba con una intensidad irracional. Porque la sola idea de perderlo era más de lo que podía soportar.

Pasaron unos segundos. Después, unos pocos más. Su mirada clavada en la mía, los ojos del hombre al que quería como un padre. Y entonces, Richard habló.

—Jamás dejaría solo a un loco como tú.

No pude evitarlo. Solté una carcajada breve y nerviosa, que se rompió al final porque se mezcló con el nudo que tenía en la garganta. Y, aun así, no pude evitar que los ojos se me empañaran.

Richard alzó su mano y acarició mi mejilla.

—Serás muchas cosas, James —dijo bajito—, pero cobarde no es una de ellas.

Me apoyé en su pecho sabiendo que él me abrazaría.

—Estoy cansado, Richard. Cansado de fingir que no siento nada. De vivir para los demás. Solo quiero… ser libre.

Mi voz no tembló, pero por dentro sentí cómo se me abría una grieta. No buscaba compasión. Solo necesitaba que alguien me dijera que estaba bien sentir, que no era un error enamorarse ni desear un cambio.

—Libre junto a él.

Lo miré de reojo.

—Sí… —Hice una pausa—. Pero no creo que mi vida sea mejor si tú no estás en ella.

Se puso en pie.

—Siempre has creído que es muy difícil quererte. —Me dio un toquecito en la nariz, como hacía cuando era un estúpido adolescente—. En eso siempre hemos discrepado, muchacho.

No respondí. El nudo en la garganta ya no era miedo, sino una suerte de alivio triste. Como si, por fin, alguien me hubiera quitado un peso que llevaba demasiado tiempo cargando.

—Tu hermano vendrá mañana. Quiere verte.

—Perfecto —ironicé—. Me encantan los juicios sumarios al alba.

Richard sonrió, cómplice.

—Eso es más propio de Su Majestad —bromeó.

Y luego se alejó por el pasillo, dejándome a solas con la taza de té, la noche, y la certeza de que, por una vez, no necesitaba fingir nada.

58



DANIEL

Me encontraba en la cafetería privada de la séptima planta, una sala donde el silencio era oro y el café sabía a secretos. El papeleo después de un operativo siempre era demasiado cargante. Montones de justificaciones y evidencias perfectamente clasificadas para su posterior revisión.

Cualquiera podría creer que el MI5 tiene via libre para usar cualquier método y estaba en lo cierto, pero no escapaba de la burocracia. Al ser un organismo dependiente del Ministerio del Interior con bastante autonomía, había que informar a Downey Street de todo tipo de intervenciones.

Amelia apareció sin hacer ruido, tan impecable como siempre, con su melena recogida en un moño bajo, que ni las bombas podrían despeinar, y un abrigo azul marino que todavía olía a despacho cerrado.

Lo cierto era que parecía cansada. Lógico teniendo en cuenta que se había pasado la madrugada dirigiendo dos operativos, con todo el lío que eso conllevaba.

Se acercó a mí y depositó una carpeta sobre la mesa.

—Tu expediente —anunció con un aire cómplice—. Está limpio, como debe ser.

Y se sentó con elegancia, cruzando una pierna sobre la otra mientras sus dedos tamborileaban sobre la tapa de la carpeta. Yo la observé sin tocarla. Era lo justo. Después de todo, no había cometido ningún error.

«Bueno, te has tirado al príncipe», me dije, y fruncí los labios.

—¿Qué ha pasado con Diana? —pregunté sin rodeos.

—Un segundo equipo la interceptó mientras tú descendías a tu pequeño infierno en Plaistow. —Lo matizó sin pudor alguno—. La recogieron en una carretera secundaria a las afueras de Hackney, sola, llorando, con restos de sangre en las manos y los tacones destrozados. Iba desarmada. No opuso resistencia.

No me atrevía ni a imaginar la escena. Debía haber sido muy chocante para mis compañeros dar con ella en ese estado.

—Espero que no la viera nadie —gruñí.

La verdad era que me importaba una mierda. Pero habría supuesto un escándalo que alguien la fotografiara. Con la añadida humillación que ello conllevaba.

—Por suerte, no.

—¿La habéis interrogado?

—Brevemente —admitió, soltando un suspiro casi invisible—. Fue trasladada a una unidad de contención médica. Tranquilizantes. Informe preliminar psiquiátrico. Dicen que no distingue el presente del delirio.

Me incliné hacia atrás, dejando escapar una sonrisa resignada. Así funcionaba toda esa mierda. Tenías que nacer con buen apellido para librarte de la justicia. De haber sido un cualquiera, seguramente se habría pasado media vida en la sombra.

—Qué apropiado.

—Eficaz, diría yo —replicó Amelia. Estaba demasiado acostumbrada a esas triquiñuelas de la Casa Real.

Mi café seguía humeando, pero ya no me interesaba.

—¿El conde de Surrey ha metido mano? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—Solicitó intervenir. Al parecer, le hizo una llamada personal a Su Majestad, que quería asegurarse de que su futura nuera no pasara una sola noche en una celda.

—¿Aunque hubiera apuñalado a su hijo menor?

El silencio de Amelia fue más elocuente que cualquier palabra. Y su leve fruncimiento, su única confesión. Así que desvié el tema hacia lo verdaderamente importante.

—¿Y el tal David, se sabe quién coño es? —espeté, rozando el filo de mi taza con la yema de un dedo.

—El segundo nombre de su secretario. Edmund David Crowley —sentenció.

Negué con la cabeza, incrédulo.

—Increíble.

—No, Daniel. Es monarquía, política y miedo —suspiró, esta vez con el leve temblor de quien ya no intenta disimular el hastío—. Lo último que quiere el Gabinete es un escándalo que implique a una noble comprometida con la familia real intentando asesinar al cuarto hijo del rey por celos patológicos. No hay narrativa pública que soporte eso. La palabra «histeria» ya pesa demasiado.

Apoyé los codos sobre la mesa, inclinándome hacia ella con una mezcla de ironía y furia latente.

—Entonces, ¿qué será de Diana? ¿Un retiro en Suiza? ¿Un centro en el campo con visitas programadas?

—Algo así —admitió, sin parpadear—. Ya lo están gestionando. La prensa será alimentada con una versión más digerible: problemas de salud, exceso de presión, un «incidente privado» sin trascendencia pública. Y todos felices.

Tragué saliva. Me ardía la garganta. Todo aquello me parecía una maldita mierda. Era tan injusto. Pero de eso iba mi trabajo. No era policía ni juez. Yo solo me encargaba de evitar desastres. Pero nadie me entrenó para enamorarme de uno de ellos.

—Todos no.

—Quizá no —concedió finalmente—. Y para James, mucho menos. Pero tú y yo sabemos que no estamos aquí para buscar justicia, sino para que el sistema no se desmorone.

Cierto. Esa era nuestra única misión. La que nos habían grabado a fuego desde que pusimos un pie en este mundo de telones, pólvora y secretos sellados. Y la cumplíamos a rajatabla.

—¿Y si él lo quiere contar? —indagué.

Amelia apoyó los codos sobre la mesa, gesto que evidenció su agotamiento.

—Si él habla, el Palacio se encargará de negarlo todo. Lo tacharán de inestable y le recordarán quién es y lo que se espera de él.

Apoyé la espalda en el respaldo, dejando caer los brazos. No hacía falta que dijera nada más. Ambos sabíamos lo que venía después.

—Entonces, solo le queda callarse y soportar en silencio, como ha hecho siempre, ¿no?

—No está solo, Daniel —susurró ella, con ese deje de firmeza que no admitía réplica.

Alcé la mirada.

—¿De verdad lo crees?

Asintió con la certeza serena de quien ha visto a demasiada gente hundirse en soledad. A mí, por ejemplo, cuando era un mocoso que no sabía ni dónde estaba el maldito norte.

—Sí. Porque tiene a alguien dispuesto a saltar por él cada vez que el resto del mundo decida borrarlo. Y créeme —bajó ligeramente la voz—, en esa casa, tener a alguien así vale más que cualquier título.

Me permití sonreír.

—También tiene a Richard.

Amelia se relajó en su asiento y alzó una ceja.

—Cierto. Ese hombre es encantador.

El brillo en su mirada fue lo bastante evidente como para que me aprovechara. No tendría otra oportunidad de meterme con la jefa.

—¿Percibo atracción?

—Cállate. Soy doce años mayor que él —resopló toda avergonzada.

Me llevé la taza a los labios con una sonrisa maliciosa.

—Oh, qué sacrilegio.

Siempre había pensado que Amelia necesitaba un hombre a su lado a la altura de su sabiduría. Richard era perfectamente adecuado, y muy atractivo para ella.

—Te juro que a veces me dan ganas de encerrarte en un contenedor —bufó sin acritud.

—Ya lo ha intentado el MI6 y no funcionó.

—Porque tú, Cross, eres esa clase de desgraciado que lo resiste todo. Y siempre con esa cara de no haber roto un plato.

—Es mi único talento —musité, alzando una ceja—. Bueno, ese y engatusar a miembros de la realeza.

Amelia soltó una risa silenciosa, pero sus ojos seguían fijos en mí con ese brillo que cruzaba la línea entre la ternura y la admiración silenciosa.

—No lo merece, Amelia —resoplé en voz baja, sintiendo que cada palabra me desgarraba un poco por dentro—. Es un chico brillante.

Quizá a priori, James no era más que un estirado de mierda al que le sobraba insolencia y le faltaba humildad. Pero me habían bastado unas horas a su lado para descubrir una complejidad emocional que me terminó poniéndome de rodillas. Era lamentable que una persona tan soñadora tuviera limitaciones hasta para soñar. Y Amelia también lo sabía. Quizá lo supo mucho antes que yo.

—Sí. Y por eso lo tienes que proteger —me pidió.

Tragué saliva. No era fácil decir lo siguiente, aunque ya no quedaban muchas máscaras por romper.

—Sabes que estoy enamorado de él, ¿verdad?

La risa que soltó fue suave y breve, pero sincera.

—Lo supe desde el primer momento, muchacho. ¿Por quién me tomas?

Sacudí la cabeza con una media sonrisa amarga.

—Es una locura.

Amelia estiró su mano para alcanzar la mía. Sus bonitas uñas dibujaron mis nudillos y cerré los ojos un instante de puro bienestar.

—Daniel, te he visto sufrir de todas las formas posibles. Te he visto romperte y recomponerte. Te he visto cometer errores, pedir perdón, redimirte, escalar, pelear. Y también te he visto convertirte en un hombre impecable. No te atrevas a poner en duda tus capacidades ni tu valor solo porque te hayas pasado la vida

creyendo que el amor no sirve para nada. Porque sirve. Sino mírate. Míranos.

Me quedé en silencio, saboreando sus palabras. Aquello no era una charla entre colegas. Era mi hogar buscando darme alivio.

—Eres como una madre para mí, Amelia.

Ella asintió, sin negar la fugaz emoción que cruzó su mirada.

—Y ahora te estoy hablando como tal. Porque mi irreverente muchacho ha encontrado a su compañero. Deberías estar celebrándolo.

—Aunque sea un tío —ironicé.

—Uno demasiado insolente —bromeó, y por un momento vi a la Amelia que me rescató aquella mañana de hacía ya tres lustros.

Se puso en pie y se alisó la chaqueta con una pasada rápida con las manos.

—Vete a descansar —me ordenó, y se giró más que lista para irse.

Pero, apenas avanzó unos pasos, se detuvo a mirarme de nuevo por encima del hombro. Sus ojos brillaban más de lo habitual, quizá por la luz del amanecer que ya despuntaba.

—Por cierto… Estoy orgullosa de ti.

No supe cómo reaccionar. Simplemente, sentí que se me cerraba la garganta por una milésima de segundo. Me puse en pie con lentitud, como si cualquier gesto fuera a romper aquel momento, y me acerqué. No dije nada, solo la abracé. Porque lo necesitaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Ella respondió al abrazo, claro que sí, pero con su característico desdén irónico que servía de escudo contra la ternura.

—Vete, vete —masculló, revolviéndome el pelo como cuando tenía quince años—. No me gusta cuando te pones cariñoso. Bastante tengo ya con Jace.

Me aparté un poco, sonriendo con descaro.

—Mentirosa.



Subí las escaleras con el paso controlado, aunque sentía las piernas más pesadas de lo habitual por culpa del agotamiento. Necesitaba descansar cuanto antes.

El edificio estaba en completo silencio, con el tipo de calma que llega después de una noche devastadora. Cuando alcancé el último tramo, me detuve al ver una figura de espaldas, firme y elegante cerrando la puerta del piso franco. El abrigo de lana gris, perfectamente entallado, caía sobre unos hombros rectos y seguros. Y es que el príncipe Edward era tan hermoso como su hermano pequeño.

Justo entonces se giró y me descubrió preparándole un saludo educado. Su rostro serio y agotado se suavizó al reconocerme.

—Su Alteza —le hice una suave reverencia, y Edward avanzó hacia mí sin perder ese halo de dignidad contenida.

—Disculpe la visita, señor Cross.

—En absoluto. No tiene de qué disculparse.

Sus ojos, tan fríos como analíticos, descendieron hacia mis manos y luego volvieron a subir a mi rostro. No me evaluaba como se evalúa a un enemigo, sino como se mide a un soldado que ha hecho lo que debía. Y noté cierto orgullo en él.

—Richard y el equipo médico me han informado de que usted hizo un trabajo brillante cauterizando sus heridas. Y protegiendo a mi hermano.

Apenas asentí.

—Solo hacía mi trabajo, y la herida no era demasiado profunda. Se recuperará pronto.

Edward dejó escapar una exhalación muy suave, pero su rostro permaneció imperturbable.

—Sí, eso parece…, pero… —Su tono descendió una octava, arrastrando algo más oscuro—. Quisiera destruirla con mis propias manos.

No necesitó dar nombres. La imagen de Diana emergió sin esfuerzo en el corto espacio que nos separaba. Pero lo más increíble

de todo fue que ese hombre, el heredero al trono de mi país, estuviera confesándome sus deseos.

—En eso estamos de acuerdo —dije sin apartar la vista de él.

Silencio. Unos segundos que me ayudaron a imaginar lo fácil que sería ser amigo de ese hombre. A continuación, se acercó un poco más, como si quisiera que ese instante fuera solo nuestro.

—Señor Cross… Cuide de él, por favor.

Lo miré de frente, sin artificio.

—Con mi vida, Su Alteza.

Edward asintió una vez, con la gravedad de quien ha recibido una promesa sagrada. Después, me pasó de largo y, al rozarme el hombro, me pareció que dejaba tras de sí algo más que autoridad. Era el respeto de hermano, de hombre. De soldado de su propio deber.

Respiré hondo antes de entrar en el apartamento. El pasillo estaba en penumbra. Tenía sentido, el día estaba nublado y todavía no se había asentado. Apenas eran las siete de la mañana.

Se respiraba un silencio denso mientras lo cruzaba. Saludé a mi compañero con la cabeza y me desvié hacia la habitación de James, notando cómo cada paso que me acercaba a él me despojaba del lastre de aquella madrugada.

Al llegar, encontré la puerta entreabierta. La terminé de abrir y me apoyé en el marco a observar a James. Estaba sentado en la cama, mirando por la ventana envuelto en una camiseta blanca limpia y un pantalón de chándal gris. El vendaje asomaba por debajo de la tela, ceñido a su abdomen.

Entonces, me miró. La luz del exterior perfiló su precioso rostro. Maldita sea, era insoportablemente guapo. No estaba seguro de si alguna vez me acostumbraría a ese hombre, a todo lo que despertaba en mí.

—Has tardado —murmuró.

—Demasiado papeleo —desvelé, quitándome el abrigo y dejándolo sobre la butaca más cercana.

—¿Y Diana?

Esa pregunta me pareció que escondía años de decepciones familiares.

Me quedé quieto unos segundos, en silencio. No porque no supiera qué decir, sino porque lo que tenía que callar lo decía todo. Era la única respuesta posible en un mundo donde los secretos pesaban más que la justicia. James lo sabía. Sus extraordinarios ojos me lo dijeron, por eso no insistió. Solo asintió despacio con la cabeza y desvió la mirada de nuevo hacia el exterior.

—Entiendo —susurró.

Cerré la puerta con suavidad, asegurándome de que el leve clic del pestillo no rompiera el equilibrio de ese momento. A continuación, me descalcé, sin prisa, como si cada acto cotidiano fuera una forma de volver a James sin sobresaltos. Solté la funda del arma con cuidado, la dejé sobre la cómoda, me quité el cinturón táctico y el chaleco, y empecé a sustituir la ropa de combate por una camiseta básica y unos pantalones deportivos que encontré en el armario.

En realidad, quería darme una ducha y dormir todo un día. Pero también necesitaba ese momento de tranquilidad junto al príncipe.

—Me he cruzado con tu hermano —comenté.

—Lo he imaginado —sonrió—. Quería saber cómo estaba. Vino antes del amanecer. Me había quedado dormido en el salón cuando apareció. Y yo como un necio me he pasado dos horas aferrado a él sin decir una maldita palabra.

Hubo algo en su voz que me desgarró. No sé si fue esa forma de confesarse a medias, con la garganta atrapada en la nostalgia, y esa mezcla de vergüenza y necesidad que lo hacía tan humano, tan indefenso.

—Ese hombre te adora —confesé con calma, porque era cierto, aunque en el pasado hubiera cometido errores—. Creo que haría mucho más por ti si no llevara el peso de una corona que no ha pedido.

James esbozó una sonrisa amarga.

—Pero solo puede demostrarlo a espaldas de nuestro padre.

El veneno de esa verdad se instaló entre nosotros. Sabía que James se había pasado la vida rodeado de gente, pero sin compañía real. Que había crecido en salones abarrotados de protocolo,

rodeado de voces que no escuchaban, de gestos ensayados y de una familia que lo miraba con un ojo crítico y otro ausente.

Edward adoraba a James, sí. Pero solo podía demostrarlo en privado y cuando nadie pudiera acusarlo de tener un corazón.

Me acerqué a James. Su rostro aún mostraba rastros de los golpes, pero seguía ahí, entero y hermoso. Y era mío.

Alargué la mano y le perfilé el mentón con una delicadeza que no me era habitual. No era una caricia para consolar, sino para recordarle que yo sí lo veía al completo y estaba dispuesto a quedarme para siempre a su lado.

—¿Estás bien? —susurré mientras mis dedos seguían marcando el contorno de su mandíbula.

James me miró con esos ojos suyos, tan abiertos, tan brutales y humanos, y la respuesta salió de su boca sin filtro.

—No. Porque llevas demasiado tiempo sin besarme.

—Eso puedo arreglarlo —murmuré gutural.

Me incliné, lo tomé por la cintura y lo atraje con lentitud. Su cuerpo encajó contra el mío con esa familiaridad feroz que tanto echaba de menos. Y entonces nuestras bocas se encontraron sin prisa, pero con una intensidad que nos quemó la piel. Nos entregamos sin urgencia, porque ya no había nada que esconder ni disimular.

James tembló entre mis brazos. Acababa de entender que había encontrado a su hombre, al que jamás lo abandonaría y le sería leal hasta el final.

—¿Vas a quedarte conmigo? —susurró en mi boca.

—Me irrita que lo dudes.

Agachó la cabeza y apretó los labios como si contuviera un llanto que no iba a permitir salir. Se mordió la mejilla y entonces me lo pidió, bajito y tan honesto, que me rompió el corazón.

—Abrázame, Daniel.

Y lo hice. No como un amante ni su guardaespaldas. Ni siquiera como el agente que lo había rescatado. Lo abracé como el hombre que lo amaba y al fin había entendido dónde estaba su hogar.

59



JAMES

El espejo del tocador devolvía una imagen impecable. Me observaba en silencio, rodeado de una luz cálida y sutil que envolvía la habitación con una calma tensa, como si el aire mismo supiera que algo importante estaba a punto de suceder. Razón no le faltaba.

El traje que llevaba era sobrio, de líneas impecables y un azul profundo casi negro. No era el atuendo de un príncipe. Era el de un hombre que iba a hablar por sí mismo por primera vez en toda su vida.

Apreté los dedos sobre los reposabrazos, tratando de contener esa sacudida que me atravesó el estómago. Fuera del amparo de aquella preciosa habitación ubicada en el corazón de Clarence House, me esperaban. El equipo de la BBC ya lo tenía todo preparado. La entrevista sería grabada y se emitiría al día siguiente en horario de máxima audiencia. A los ojos del mundo, se trataba de una simple conversación institucional. Para mí, era una declaración de principios.

No se lo había contado a Daniel. Ni una sola palabra. Él sabía que iba a dar una entrevista, pero no la naturaleza exacta de lo que iba a decir. No porque desconfiara de él, sino porque, si lo sabía, trataría de protegerme. Y esta vez, necesitaba saltar sin paracaídas.

Era mi caída. Mi decisión y mi libertad.

Miré mi reflejo una vez más y me forcé a sostenerme la mirada. El hombre que me observaba desde el otro lado tenía el corazón encogido, sí, pero también sentía una determinación que jamás me había permitido abrazar. Por supuesto, tenía miedo. Al escándalo, al rechazo, a decepcionar a quienes aún creían en mí.

Pero, por encima de todo, sentía una descarga brutal de vértigo… y satisfacción. Porque el caos que estaba a punto de provocar iba a ser hermoso.

Pensé en Edward. Le había hablado de mis intenciones creyendo que me lo prohibiría y me recordaría el deber, el protocolo y nuestro linaje.

Sin embargo, en lugar de eso, se levantó y me abrazó tan fuerte que creí que me rompería. Me apoyaría con uñas y dientes y yo noté cómo esa verdad se había instalado en mis entrañas.

Pero eso no fue lo único que me aturdió. Edward me ofreció su propia casa para grabar la entrevista. Me confesó que podía servirme como un escudo entre mi decisión y el mundo. Aunque, en realidad, me pareció más una forma de expresar sus ganas de protegerme. Aquel gesto era la mayor muestra de amor que jamás había recibido de un miembro de mi familia.

Cerré los ojos. Respiré hondo. Y me dije que ya no había vuelta atrás, pero tampoco quería darla.

De pronto, la puerta se abrió y entraron Kenny y Gianni, sin estridencias ni alardes, pero cargando consigo una energía tan poderosa que me hizo erguirme sin pensarlo. Eran tan distintos entre sí como lo eran de mí, pero allí, en ese instante, fuimos exactamente lo mismo: hermanos por elección.

—Joder, estás guapísimo —soltó Kenny—. No me extraña que Cross esté deseando quedarse a solas contigo para empotrarte contra el armario.

—Armario que va a dejar en breve, querido —añadió Gianni, y los muy cretinos se chocaron los cinco.

—Capullos… —sonreí.

El monegasco se acercó y se apoyó en el tocador. Me miró sin prisas, como si pudiera ver a través de mí.

—Venga, desembucha —afirmó, y yo cogí aire hondamente.

—Estoy acojonado.

—Perfecto —replicó Kenny—. Eso significa que vas en serio. Pero olvidas que estamos aquí.

—Gracias, chicos, de verdad —susurré.

No tenía fuerza para nada más. Pero ellos entendieron todo lo que se escondía detrás de esas palabras. Lo habían paralizado todo en sus vidas para venir a mí.

—¿Por qué coño nos das las gracias? —masculló Kenny—. Si fuera por mí, saldrías ahí fuera en tanga con una pancarta que rezara «soy adicto a la polla de Daniel Cross» mientras suena el himno nacional de fondo. Pero, bueno, tu versión también vale.

Gianni sonrió por lo bajo.

—Lo que Kenny y su impecable falta de elocuencia quieren decir —intervino— es que estamos contigo. En cada palabra. En todas las decisiones que tomes. Y si después de esta bomba mediática alguien osa señalarte, le metemos un puro por el trasero.

No pude evitar soltar una carcajada que alivió la presión en mi pecho. Justo entonces, Richard entró en la habitación. Se acercó en silencio, con pasos firmes y medidos, y se colocó detrás de mí.

—Ese cuello está fatal —murmuró con suavidad, y empezó a ajustarme la camisa con una precisión que solo alguien como él podía manejar—. La BBC tiene cámaras en 4K. No pienso permitir que parezcas un estudiante mal vestido en tu primera rueda de prensa fuera del amparo de la Casa Real.

—Siempre tan amoroso —ironicé—. Pero te recuerdo que estamos literalmente en la casa del Príncipe de Gales.

—Que es tu hermano.

—Sí, eso también. —Me encogí de hombros.

Richard no replicó, solo me alisó el cuello con cariño de artesano. En cuanto terminó, se quedó allí un segundo más, como si no quisiera soltarme todavía, y me miró a través del espejo.

—¿Estás listo?

Sus ojos no preguntaban por protocolo, sino con el alma. Lo miré sin vacilar.

—Nunca lo he estado tanto.

Sonrió como un padre orgulloso de un hijo que, por fin, se atrevía a volar. Me di la vuelta y los observé a los tres. Esa era mi verdadera familia.

—Vamos —dijo Richard al fin.

Empecé a caminar. Kenny me golpeó el hombro con fuerza contenida. Gianni me dio una palmada en la espalda. Y salimos de la habitación.

No sabía qué iba a pasar después, pero ya no me importaba. Cruzamos un breve pasillo hasta el salón contiguo, donde un equipo reducido de cámaras y técnicos habían convertido la estancia en un plató de lo más refinado. Nada de luces cegadoras ni escenografías teatrales. Todo era sobrio, cálido y preciso. Una alfombra crema. Dos butacas de terciopelo gris grafito. Una mesa de cristal con dos tazas de té perfectamente dispuestas. Y, al fondo, las banderas del Reino Unido y del estandarte real enmarcando la escena con discreta solemnidad.

Vi al equipo trabajar en silencio, revisando niveles, ajustando encuadres, conectando los monitores al control técnico, que estaba en el salón adyacente. Ahí se quedarían mis amigos, mi hermano, Richard y Daniel, junto al productor y el editor del programa. Nadie más tenía acceso. No había necesidad de testigos ajenos. Aquel momento era demasiado íntimo.

Entonces, lo vi.

Jerry Vaughan. De pie junto a una de las cámaras, conversando con uno de los operadores. Llevaba traje azul medianoche muy parecido al mío, sin corbata, la camisa blanca abierta por el cuello y el mismo aire de autoridad sigilosa que lo había convertido en el periodista más respetado —y temido— del país.

Era un hombre difícil de definir. Su tono de voz jamás subía más allá del murmullo, pero sus preguntas cortaban como bisturíes. Había hecho llorar a ministros, tambalear gobiernos, humanizado a criminales de guerra y desnudado a jueces corruptos sin levantar un solo insulto. Lo llamaban «el oráculo de la verdad» y con razón. Su estilo era elegante, letal, desprovisto de dramatismo. Era simplemente verdad al desnudo. Y eso bastaba para hacer temblar.

Presentaba The Vaughan Report, el espacio de mayor impacto sociopolítico de la televisión británica. Su franja horaria en BBC One era de máxima audiencia, pero también tenía una emisión sin cortes en BBC Parliament, lo cual convertía cada entrevista suya en un documento político. Y además estaba Veritas, su podcast de culto, donde las confesiones y los análisis caían con la precisión de una bomba racimo. Así que aquel hombre era el más adecuado para la noticia del año.

Se giró en cuanto me vio y me sonrió con esa expresión suya, que no era exactamente cordial, sino… humana. El tipo de sonrisa que no intentaba conquistar, sino entender y respetar.

—Príncipe James. —Me tendió la mano—. Es un honor.

—Solo James. Y el honor es mío, Jerry —respondí, estrechándola con firmeza.

Hubo unos segundos de silencio, en los que él me observó como si fuera capaz de ver las palabras que todavía no había dicho.

—¿Está listo para esto? —quiso saber.

—Hasta hace un instante lo estaba. Ahora…, digamos que me pone un poco nervioso.

Asintió con un leve gesto de comprensión. Era evidente que Richard le había entregado la escaleta, y también habían hablado largo y tendido sobre los riesgos, y las repercusiones. Aun así, allí estaba. No como una figura decorativa del periodismo, sino como un aliado invisible de la verdad.

—Todo fachada, joven. Aunque también mucho orgullo.

—Lógico, con su trayectoria…

—Me refería a ti.

Me detuve un segundo a procesar la frase. La mezcla de ternura y brutalidad me dejó sin palabras.

Llegamos al centro del plató y tomamos asiento. Las cámaras se alinearon. El director técnico levantó la mano, esperando la señal del reloj.

Jerry se inclinó hacia mí una última vez.

—Confía en ti mismo, James.

—También confío en ti —suspiré.

—Me alegra saberlo.

La cuenta atrás empezó. Luces encendidas. Micrófonos listos.

Cayó el telón. Y la historia era la mía, explicando con voz pausada y temblorosa que durante muchos años había fingido ser otra persona para mantener la paz en mi familia, para encajar en un molde que me fue impuesto, para no defraudar a quienes esperaban de mí obediencia ciega. Lo había hecho por deber. Por amor. Por miedo al rechazo. Y también por cobardía.

Expliqué que me había enamorado de un hombre que me había cambiado, que me había salvado la vida en todos los sentidos imaginables. Y que era la persona más íntegra que había conocido. Que si algo me hacía fuerte en la actualidad era amarlo como lo hacía.

Recuerdo que mi respiración se aceleró al ver la mirada tan respetuosa y cómplice de Jerry y como me animó en silencio a continuar. Me dijo sin palabras que vertía en aquel momento toda su impecable y notoria reputación para defender mi imagen. Y sin darnos cuenta llegamos a esa parte de la entrevista en que anunciaba, con un nudo en la boca del estómago, que renunciaba a mis deberes reales. No porque no respetara lo que significaba la monarquía, sino porque ya no podía representar a una institución que me obligaba a ocultarme.

Confesé que era una decisión profundamente meditada, que no buscaba denunciar o desafiar nada. Sino que era, sencillamente, un acto de amor a mí mismo.

Y se hizo el silencio un instante antes de que el regidor diera por finalizada la grabación.

Jerry Vaughan se inclinó muy despacio hacia mí. Sus ojos estaban húmedos, aunque su voz seguía siendo el ancla de la entrevista.

—Gracias, James. Por decir la verdad. Por contarla desde el corazón.

En ese instante, supe que ya no era un príncipe. Sino, simplemente, James Bellingham-Spencer.



La habitación privada que Edward me había cedido en Clarence House estaba sumida en la penumbra cálida que dejaban las últimas luces del atardecer colándose por los visillos.

Abajo, en el gran salón, aún resonaban las risas suaves y las conversaciones del improvisado cóctel que se había organizado tras la entrevista. Kenny bromeando con Richard. Gianni enseñando memes a Edward en su móvil. Jerry Vaughan charlando orgulloso, consciente de que acababa de realizar una de las entrevistas más importantes de su vida.

Pero yo me escabullí en cuanto vi a Daniel desaparecer en las sombras. Seguí sus pasos escaleras arriba y nos encerré a los dos en la habitación, dejando al otro lado el ruido del mundo.

Lo observé apoyado en la puerta. Se había colocado junto a la ventana. El nudo de la corbata ligeramente flojo, los ojos clavados en algún punto lejano que no existía. Su espectacular figura envuelta en ese traje que le quedaba como un guante.

Daniel Cross.

El hombre que me salvó. El hombre que me amó en silencio. El único por quien había decidido prenderle fuego al palacio de cristal en había estado atrapado toda mi vida.

La alfombra amortiguó cada uno de los pasos que me llevaron hasta al minibar. Nos serví dos copas de *whisky* y me acerqué a Daniel sin prisas.

No me miró enseguida. Parecía que todavía estaba procesando lo que acababa de ver en pantalla. O quizá le costaba asumir que yo, un príncipe de Reino Unido, le había confesado a todo el país que estaba enamorado de él.

Le tendí una de las copas y Daniel la tomó con lentitud mientras yo le daba un sorbo a la mía. Me observó con incredulidad o adoración, pero ardía. Ardía tanto que tuve que apartar la mirada un segundo, solo para respirar.

—¿No vas a decir nada? —suspiré inquieto.

—Todavía estoy intentando procesar todo lo que ha pasado.

Seguía escaneándome de arriba abajo. Probablemente, pensaba que todo lo que había oído en esa entrevista había sido una ilusión.

—Ha pasado —afirmé sin dudar—. Y no voy a esconderlo.

Daniel negó con la cabeza. Se le notaba desbordado, fruto de esa forma tan suya de cargar con el peso del mundo, incluso cuando el mundo no era suyo. Dio un paso hacia atrás, se llevó la copa a los labios y la vació de un trago. Después, la dejó sobre el tocador con un golpe seco y se pellizcó el entrecejo.

—James… Tus declaraciones van a incendiar al país.

—¿Y sabes qué? Me siento ligero. Como si por fin pudiera respirar.

Me crucé de brazos, fingiendo calma, pero en realidad era la primera vez que me sentía tan vivo. No por la repercusión, sino porque no tenía nada que esconder. Era yo. Por fin.

—Has renunciado a todo. Por mí. —Se le rompió un poco la voz.

—He renunciado a mentirme —le corregí—. Tú solo has sido el motivo por el que me atreví a ser valiente.

Se quedó callado un instante, observándome con una mezcla de amor y rabia.

—Podrían crucificarte. No. Te van a destruir en los tabloides.

—Que lo intenten —esbocé una sonrisa torcida—. No nací para gustarles. Además, Jerry Vaughan no lo permitirá.

Eso le arrancó una carcajada breve. Un intento de risa que se le quedó atrapado en la garganta, pero que a mí me produjo mucho alivio.

—¿Por eso lo escogiste a él?

—Bajo toda esa fachada de hombre implacable, existe un buen tipo. Y nadie en toda Inglaterra se atreverá a desafiarlo.

—Joder, James…

Se pasó una mano por el pelo, frustrado, y terminó poniendo los brazos en jarras. A continuación, inclinó la cabeza hacia atrás y cogió aire antes de clavarme una mirada de lo más intensa.

Yo dejé mi copa al lado de la suya y avancé. Lo alcancé despacio, pensando que estaba tan enamorado de él que me asustaba. Apoyé las manos en su pecho. Su calor traspasó la tela de

su camisa, noté incluso su pulso acelerado, y busqué sus ojos cuando apenas nos separaban unos pocos centímetros. Nos miramos sintiendo ese tipo de hambre que no se sacia fácilmente.

—No quiero compasión, Cross —murmuré dejando que cada sílaba se instalara entre nosotros—. Lo que quiero es que entiendas que no me arrepiento.

—¿Ni un poco? —jadeó, y yo negué con firmeza.

—Ni una pizca. Tú mereces un compañero que esté a la altura.

Daniel tragó saliva, como si esas palabras fueran más de lo que estaba preparado para recibir. Y aun así las sostuvo. Las abrazó sin pestañear.

Apoyé mi frente en la suya. Ese hombre era mi amigo, mi compañero. Mi pareja. Nos habíamos elegido el uno al otro. Sin títulos ni disfraces.

—No soy nadie —susurró Daniel. No se creía merecedor de mí.

Lo miré con ternura y acuné su rostro entre mis manos, acariciando sus mejillas con los pulgares.

—Eres mi paz —dije bajito—. Y mi caos. Y el hombre que amo. Por supuesto que eres alguien.

Cerró los ojos un instante. Ambos sabíamos que esas palabras eran demasiado grandes y reales. Y completamente suyas.

—Nunca pensé que oiría eso de un príncipe.

Sonreí, medio irónico, medio vulnerable.

—Técnicamente, ya no lo soy.

Él bajó la mirada y sonrió también, negando suavemente con la cabeza.

—Eso me da igual. Siempre serás mi príncipe.

Entonces, me besó. No fue un beso hambriento ni urgente. Fue uno de esos que solo buscan sentirse y sostenerse. Labios pegados sin movimiento, solo el calor de un refugio.

Cuando nos separamos, mis manos seguían en sus mejillas. Las suyas, en mi cintura. Había un temblor eléctrico entre los dos que nunca desaparecía, pero ya no nos asustaba. Formaba parte de nosotros.

—¿Y ahora qué? —preguntó él, apenas audible.

Yo incliné la cabeza, sonriendo con descaro. Había regresado el insolente.

—Ahora… me besas de nuevo y me echas un polvo legendario, cariño.

Daniel se echó a reír, esta vez de verdad.

—A sus órdenes, alteza.

Sin más, clavó sus manos en mi trasero y me levantó sabiendo que rodearía sus caderas con mis piernas. Me carcajeé mientras él me llevaba hasta la cama con pasos firmes y absolutamente decididos.

En cuanto, me lanzó sobre el colchón, nuestras risas se mezclaron, y lo siguiente fue una guerra de besos, manos y jadeos que no buscaba impresionar. Solo entregarnos y fundirnos el uno en el otro.

Nos teníamos y, en lo más profundo de mi corazón, sabía que sería para siempre.

Nota de la autora

Gracias por acompañarme en esta historia hasta el final. Royal Secret ha sido luz en días oscuros, y que tú estés aquí significa un mundo para mí.

Si James y Daniel te han sacado una sonrisilla golosa o te han arrancado un suspiro, pues no te cortes y deja una reseñita en Amazon. Me haría muchísima ilusión leer tu opinión, por breve que sea. Ayuda más de lo que imaginas, y yo te lo agradeceré con el alma (y muchos más libros).

Con todo mi cariño,
Alessandra Neymar.

¡Sigue leyendo!

Descubre otras de mis historias en:



Y únete a nuestra comunidad de lectores:

